

LA PRECUELA OFICIAL Y ORIGINAL DEL JUEGO MÁS
ESPERADO DEL 2012: *HITMAN. ABSOLUTION*



HITMANTM
D A M N A T I O N

RAYMOND BENSON

Lectulandia

La Agencia necesita de nuevo al asesino más brutal y efectivo del mundo, su agente 47. La misión que van a encomendarle requerirá de toda su fuerza y su capacidad para ocultarse entre las sombras, además de sus sigilosas tácticas. Pero lo que la Agencia no sabe es que el encargado de la misión tiene su propia agenda. Y es que en esta ocasión, traicionado por los suyos y perseguido por aquellos que le creen una amenaza, el agente 47 va a destrozar y aniquilar a todo aquel que se cruce en el camino hacia su meta: averiguar la verdad última del peligroso mundo que le envuelve.

Lectulandia

Raymond Benson

Hitman. Damnation

ePub r1.0

Titivillus 05.11.16

Raymond Benson, 2012
Traducción: Paz Pruneda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

P R Ó L O G O

Lo único importante era mantener al Agente 47 con vida.

Eso es lo que Diana Burnwood se había estado diciendo durante años, incluso aunque no fuera una prioridad principal para los tutores como ella. Una ley no escrita decía que los agentes de campo tenían que ser ignorados y abandonados si había el más mínimo peligro de que la Agencia resultara comprometida. Y sin embargo, Diana siempre había sentido una conexión especial con 47 —en la medida en que era posible tener algún vínculo con aquel hombre—. Quería que triunfara en sus distintas misiones y hacía cuanto estaba en su mano para cubrirle las espaldas. Ese era su trabajo.

Bueno, *lo era*.

Diana planeaba desaparecer en cuanto el golpe actual se completara. No tenía elección. Teniendo en cuenta lo que estaba intentando hacer, la Agencia no se detendría ante nada para eliminarla. La vía de escape estaba trazada y el plan de viaje era inalterable. Desaparecería durante algún tiempo y luego haría su jugada. Regresar al laboratorio de Chicago resultaría extremadamente peligroso, pero era absolutamente esencial arrebatarles el «paquete» y largarse de la Agencia.

Los problemas comenzaron cuando Benjamin Travis fue designado como su superior. Diana se sintió inmediatamente en desacuerdo con el tipo. Aunque no era el jefe supremo de la Agencia de Contratación Internacional, Travis había demostrado ser algo más que un competente ejecutivo. Era duro, testarudo, inteligente y ambicioso. No era de extrañar que hubiera sido ascendido a su puesto actual. En ese aspecto, Diana no tenía ninguna queja contra el hombre.

Lo que no le gustaba de Travis es que fuera un gilipollas sin principios y peligroso.

Cuando Diana se enfrentó a él por su proyecto estrella recién clasificado, haciéndole notar que costaría la vida de muchos inocentes, Travis se burló y dijo: «¿En serio? ¿Y me lo dice la tutora de un asesino? Deme un respiro, Burnwood. Usted misma ha causado daños colaterales a centenares. No se crea tan buena y

superior a mí de repente».

Normalmente lo habría dejado pasar, continuando como si nada. Sin embargo, esta vez, las implicaciones de la aventura de Travis eran algo más que ligeramente inquietantes. En su opinión, el hombre estaba poniendo en peligro la integridad de la Agencia.

Diana ya estaba trabajando en la misión del Himalaya con 47 cuando decidió tomar medidas. En principio quería esperar a que la misión se completara, pero la situación se había vuelto demasiado volátil. Había que hacer algo rápidamente, y había decidido arriesgar su vida para llevarse el paquete y salir corriendo. Pero primero tenía que quitarse de en medio durante un tiempo y planear cuidadosamente su próximo movimiento.

¿Se habrían dado cuenta de que les había traicionado? Probablemente. Sabía que en cualquier momento irían a por ella. Tendría que haber abandonado París hacía horas, pero le debía a 47 continuar supervisándole durante la operación en marcha.

Termina el trabajo y luego desaparece rápidamente.

Abrió su ordenador portátil y lo encendió. El *software* encriptado estaba activo, no había forma de que nadie pudiera acceder a su red. Mientras se conectaba con el satélite sobre Nepal, Diana comprobó, una vez más, los pequeños monitores. Las dos cámaras en miniatura que había instalado en el corredor del hotel, fuera de su habitación, eran indetectables y de última generación. Cada una apuntaba en direcciones opuestas para poder observar todo lo que pasara por el pasillo. Una tercera cámara, instalada cerca de los ascensores y la escalera, la alertaría en caso de que hubiera visitantes en la planta. No es que fuera un plan perfecto, pero al menos los tres monitores del escritorio servirían para advertirla en caso de que quisieran atacarla.

El transmisor se conectó a la señal de satélite. La imagen de una montaña cubierta de nieve se materializó en su ordenador. Kangchenjunga, una de las montañas más difíciles del Himalaya. Diana comprobó su reloj. Las seis de la mañana y unos minutos. Eso significaba que allí estarían cerca de la una. La hora oficial en Nepal era un tanto inusual, pues tenía un desfase de cuarenta y cinco minutos con respecto al Sistema Horario Universal. Si sus cálculos eran exactos, 47 debía de estar en el lugar esperándola.

Acercó la imagen hasta la parpadeante baliza a un lado del pico. El detector que llevaba 47 era indetectable a simple vista, pero se advertía claramente por satélite. De hecho era bastante ingenioso, pensó Diana. La Agencia tenía algunos juguetes muy chulos.

Otra de las maravillas de las que estaba provisto el satélite, era su habilidad para analizar estructuras físicas, ya estuvieran construidas por el hombre o fueran naturales. En este caso, el programa detectó dónde acababa la superficie de roca de la montaña y dónde empezaban las gruesas capas de nieve, de modo que podía identificar fácilmente las zonas susceptibles de avalancha.

—Hola, 47 —dijo a su auricular—. ¿Me recibe?

—Alto y claro —fue la respuesta. No había ningún matiz de calidez o placer que indicara que había reconocido su refinado acento británico. Típico de un *hitman*^[1]. Era hombre de pocas palabras y de absolutamente ninguna emoción.

—¿Está el objetivo en su sitio? —preguntó.

—¿Es que no puede verlo?

Desplazó la cámara pendiente abajo y distinguió a la partida de escaladores chinos, aproximadamente a unos doscientos metros por debajo de la posición de 47.

—Afirmativo. ¿Qué tal la escalada?

—Fría.

—¿Han funcionado bien todos los mosquetones y mecanismos de amarre?

—Sí.

—¿Ha tenido que escalar mucha montaña, 47?

—¿Dónde coloco el invento?

Ella sonrió para sí. El Agente 47 siempre iba al grano.

—El ordenador está calculándolo mientras hablamos. Espere... De acuerdo, ya está. Se encuentra muy cerca. Muévase unos treinta y seis metros aproximadamente hacia el este. Se encontrará en un saliente que parece ser de hielo, pero que realmente es de nieve muy compacta. Eso será perfecto y, además, está justo sobre las cabezas del objetivo.

—Ya veo a lo que se refiere. Deme unos minutos para abrirme paso hasta allí.

Diana observó cómo la pequeña figura utilizaba una cuerda, un pico y una serie de mosquetones para desplazarse lateralmente por la cara del risco. Admiró la forma en que 47 parecía capaz de hacer cualquier cosa. Era un atleta extraordinario, entrenado para trabajar en todos los elementos. Por supuesto había sido genéticamente configurado para ser un superhombre de todo tipo. Diana se preguntaba a menudo hasta dónde llegaba su tolerancia al dolor y la fatiga. La ascensión debió de haber sido terriblemente dificultosa, sobre todo habiéndola hecho en solitario. Afortunadamente, no estaba a tanta altitud como para que el helicóptero contratado para recogerle no pudiera encontrarlo. De haber estado unos trescientos metros más arriba, 47 hubiera tenido que descender el Kangchenjunga de la manera más ardua.

Entonces los vio.

Diana frunció el ceño y entornó los ojos. Desplazó rápidamente el ratón y acercó el *zoom*.

Dos hombres. Casi encima de 47.

—47, veo dos enemigos, a unos sesenta metros a la una. —Enfocó la cámara hacia los hombres todo lo que pudo—. Son chinos.

—No me sorprende —contestó 47—. Ya sospechaba yo que el objetivo había enviado a un equipo explorador montaña arriba precediendo a su propia expedición. Querían cerciorarse de que el camino fuera seguro. No les gusta demasiado tener a

Nam Vo a su alrededor. ¿Pueden verme?

—No sabría decirlo. Creo que no... Espere... Están avanzando. Deben de saber que está ahí.

—¿Cuánto tiempo me queda antes de que me tengan a tiro?

—Mucho. Solo ponga el artilugio en su lugar y salga a toda prisa de ahí. El helicóptero le...

Un movimiento en uno de los monitores captó su atención. Alguien acababa de surgir del ascensor de su planta. No uno, sino dos. Se detuvieron un momento mientras la puerta de la escalera se abría y dos nuevos hombres aparecían a la vista. Iban vestidos con traje y parecían ser ejecutivos corrientes hasta que uno de ellos dejó caer una gran bolsa al suelo y la abrió.

—¿Diana? —llamó 47—. ¿Está ahí?

—Deme un segundo, 47 —espetó.

Uno de los hombres sacó cuatro chalecos antibalas, que se apresuraron a ponerse.

¡No!

La Agencia la había encontrado.

No había tiempo que perder. Cortó de inmediato la conexión vía satélite, tiró del enchufe de su ordenador, y se levantó del escritorio.

Los hombres del monitor se armaron con rifles de asalto que, por su aspecto, parecían M-16.

Diana agarró rápidamente su ordenador y una pequeña bolsa de viaje, que ya estaba llena y lista para llevar. Se dirigió a la ventana de la salida de incendios, la abrió, y tiró el ordenador por ella. La máquina cayó seis plantas antes de hacerse añicos al estrellarse contra el suelo. Miró por el rabillo del ojo a los monitores de su escritorio y vio que los hombres estaban acercándose sigilosamente a su habitación. Entonces lanzó la bolsa por la ventana observando cómo caía a la acera. No hubo daños, dentro no había más que ropa, pasaportes y dinero.

Mientras los hombres abrían de una patada la puerta de su habitación del hotel, Diana ya estaba bajando la escalera de incendios. La alta pelirroja, vestida con un carísimo traje de chaqueta de Versace, se escabullía con los pies desnudos por las escaleras metálicas, hacia la calle. Escuchó gritos por encima de su cabeza.

¡Más rápido!

Bajó los escalones de tres en tres. Cuando llegó al rellano de la primera planta, uno de los hombres gritó: «¡Ahí está!». Diana se aferró a la barandilla, se encaramó a ella y se deslizó sobre el pasamanos los seis metros que la separaban del suelo. Tras aterrizar de golpe sobre las plantas de sus pies, hizo una mueca de dolor, y continuó moviéndose.

Entonces empezaron los disparos.

Agarró su bolsa, dobló la esquina del hotel, y salió corriendo calle abajo delante del tráfico. Los conductores frenaban en seco y daban bocinazos. Las balas zumbaban a los lados, agujereando la acera tras ella. Para cuando consiguió llegar al otro lado de

la rue Froissart, los hombres que la perseguían estaban todavía bajando por la escalera de incendios.

Diana se sumergió en la boca del metro de la esquina, volando prácticamente escaleras abajo, y alcanzó el andén justo cuando el tren entraba en la estación. El cronometraje no podía haber sido más perfecto. Se subió al vagón, se abrió paso a través de la multitud de pasajeros y, al encontrar un sitio vacío, se derrumbó en él. Las puertas se cerraron y el tren se puso en marcha. Abrió su bolsa, sacó sus zapatos de tacón de Prada y se los calzó. Ahora no era más que otra elegante parisina viajando a través de la bulliciosa ciudad. Confiaba en que la Agencia no fuera capaz de seguir su rastro una vez que llegara a su destino. La ruta era segura y no tenía fisuras. Tal vez el destino estuviera realmente de su lado.

Respiró hondo y entonces sintió un pellizco de remordimiento. No había pretendido abandonar a 47, pero no tuvo elección.

Lo siento, viejo amigo, pensó. Espero que algún día lo entiendas. Envía pensamientos positivos a mi camino, si es que eres capaz de hacer algo así.

Adiós... y buena suerte.

DOCE MESES DESPUÉS

Era siempre una variación del mismo sueño.

Esta vez tenía, ¿cuántos?, ¿trece años? Sí. Trece. Reconocí los pasillos del sanatorio y pasé por delante de un retrato enmarcado de mi padre —uno de ellos, en todo caso—, el doctor Ort-Meyer. Vi mi reflejo en el cristal, era exactamente como me recordaba a esa edad.

Pero ¿dónde estaba todo el mundo? El sanatorio estaba vacío. Mis pasos resonaban como si estuviera en una caverna.

Me dije a mí mismo que debería correr. Él estaba acercándose, aunque aún no podía percibirlo. Normalmente solía sentirlo llegar. Era una sensación que me veía incapaz de describir, pero sabía que estaba allí. Justo al doblar la esquina. Viniendo a por mí.

Así que corrí.

Y entonces lo tuve detrás, surgido de ninguna parte. Prácticamente podía olerlo. Podía sentir su frialdad. Siempre hacía frío cuando él estaba cerca.

Me atreví a mirar por encima de mi hombro mientras corría. La oscura figura no tenía rostro, como de costumbre. Casi como si solo fuera una sombra, pero yo sabía bien que no.

Él era la Muerte.

De eso no había duda. La Muerte había estado viniendo a por mí en sueños desde hacía mucho tiempo.

Corrí más rápido. Estaba casi seguro de poder mantenerme lejos de ella, pero la temperatura a mi alrededor se hizo más fría. Se estaba acercando. ¿Cómo hacía para moverse tan rápido? Se estaba volviendo una experta en la caza. Estaba aprendiendo.

Pero yo también estaba aprendiendo. ¿No era así?

Doblé por una esquina encarando un pasillo interminable que desaparecía en la

nada, casi en el infinito. ¿Conseguiría llegar al final antes de que me atrapara?

Aceleré y sentí que mis piernas trabajaban para poner distancia entre la sombra y yo. ¿Escuché cómo me llamaba? ¿Cómo podía llamarme? No tengo nombre. ¿O sí? No lo recuerdo.

Las cosas siempre eran un caos en mi sueño.

De pronto a mis piernas les costaba moverse. Como si estuviera hundido hasta la cintura en unas invisibles arenas movedizas. Por más que lo intentaba, solo podía avanzar a paso de caracol. Los músculos de mis muslos y pantorrillas me dolían por el esfuerzo.

El gélido aliento frío estaba ahora sobre mi nuca. Estaba justo detrás de mí, tal vez lo suficientemente cerca como para estirar el brazo y tocarme.

¡No! ¡Tenía que escapar! No podía permitir que la Muerte me tocara.

Sentí su mano, estirada y dispuesta a agarrar mi hombro. Lo único que podía hacer era caer hacia delante, como si acabara de tropezar con un montón de ladrillos. ¡Pero no caía lo suficientemente rápido, era más bien como flotar! Entonces sentí la helada y punzante presión de sus dedos.

Grité mientras aterrizaba en el suelo de baldosas del pasillo...

... y desperté.

La desorientación me duró algunos segundos, como siempre.

El desagradable nido de abejas dentro de mi pecho parecía que fuera a explotar. Algunos lo llamarían ansiedad. No sé lo que era para mí. Comoquiera que decidiera llamarlo, no me gustaba.

Inmediatamente me incorporé en la cama. La habitación del hotel aún estaba a oscuras. No, lo cierto es que había luz fuera. Tenía las cortinas echadas. El reloj digital de la mesilla indicaba las 5:43. Pretendía despertarme de la siesta a las 6:00. Esto había estado sucediéndome a menudo. Mi alarma interna estaba totalmente enloquecida. Al menos me había despertado antes y no demasiado tarde.

Tenía un trabajo que hacer.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Descorrí las cortinas con cuidado y eché un vistazo fuera. El sol del Caribe era brillante y caliente. Vi a hombres y mujeres con ropa de playa. La piscina del complejo estaba llena de huéspedes, salpicando y dando brincos. Sabía que la playa también estaría abarrotada.

¿Cómo sería poder enfundarse en un traje de baño, salir ahí fuera y unirse a la gente para divertirse? ¡Ocho Ríos, Jamaica! ¿Acaso no desearía cualquier ser humano tirarse en una tumbona y relajarse con una piña colada mientras el sol tuesta tu piel convirtiendo tus células en cancerígenas? ¿Esperar al baile nocturno y ligarse a alguien del sexo opuesto? ¿Disfrutar de un fin de semana en el paraíso?

Qué idea tan estúpida. Sabía que no era capaz de hacerlo.

Volví a cerrar las cortinas, sumiendo de nuevo la habitación en la oscuridad.

Observé que mi mano estaba temblando. Siempre me ocurría al despertar. Después de tantas horas sin tomar la pastilla me daban temblores. Desnudo, entré en el baño y encendí la luz. Busqué el bote de plástico que guardaba en una bolsa. La había dejado en la encimera después de registrarme en el complejo turístico. Deslicé una pastilla en la palma de mi mano y la metí en la boca. Luego abrí el grifo, junté las manos en forma de cuenco y las llené con suficiente agua para tragar la medicación.

Mi reflejo en el cristal me sorprendió. Ciertamente ya no tenía trece años. No estaba seguro de cuántos tenía, aunque fui «creado» en 1964. Ese era el lado malo de ser un bebé probeta.

Volví a poner la tapa en el bote. No había etiqueta. Obtenía la oxicodona ilegalmente, de modo que no había ningún tipo de indicación en él. Además, ningún doctor en su sano juicio me habría prescrito estos poderosos analgésicos durante tanto tiempo como llevaba tomándolos.

Supongo que la gente diría que soy un adicto, pero, de hecho, podía dejarlo en cuanto quisiera. Solo que no quería. Estaba casi seguro de que, dada la forma en que estoy cableado, la oxicodona no me afectaría como a una persona «normal». Empecé a tomar las pastillas después de la lesión. Por aquel entonces realmente necesitaba los analgésicos. Pero incluso después de curarme, descubrí que me gustaban los efectos. Las pastillas no me dopaban como le sucedía al resto de la gente. En su lugar, despejaban mi cabeza y me tranquilizaban.

Era infalible: si tardaba muchas horas en tomarme una, tenía un dolor de cabeza insoportable, y me volvía ansioso e inquieto, sufriendo vívidas pesadillas. No estaba acostumbrado a experimentar la ansiedad. Nunca. Ahora me sucedía a menudo si no tomaba la pastilla. ¿Significa eso que soy un adicto? A mi manera, tal vez.

Volví a la habitación. Tenía un barco que coger. Tenía un objetivo que eliminar. Tenía un trabajo que hacer. Era hora de vestirse.

Sabía que no estaba operativo al cien por cien. No me encontraba en mi mejor forma. Desde que tuvo lugar el accidente. Incluso desde que Diana... No me ayudaba demasiado pensar en ello, pero algunas veces no podía evitarlo.

La dificultad era sortear a la Agencia. Habían intentado localizarme. Los mensajes habían llegado a través de los canales de costumbre. No había contestado. No tenía deseos de trabajar con la ACI nunca más. Había pasado el momento. Ya no era el asesino que había sido. Lo sabía. Por eso ahora trabajaba como freelance. Así es como me ganaba la vida, con encargos fáciles, como el que tenía esta noche.

Héctor Corado. Un tipo mediocre especializado en el tráfico de seres humanos. Y mi empleador, Roget, era igual de despreciable. Pero era un trabajo. Y era dinero. No tanto como ganaba con la Agencia, pero suficiente. Realmente no me importaba el dinero. Mientras tuviera lo justo para seguir viviendo y vestir como me gustaba, era feliz.

Feliz. Menudo concepto.

Si pudiera reírme, lo haría.

Los festejos eran patentes en la playa de Sandals Grande en el complejo de Ocho Ríos. Hombres y mujeres en traje de baño entraban y salían de las cálidas aguas color azul verdoso, otros jugaban al voleibol en la arena y, el resto, estaban tumbados con una bebida en la mano mientras el sol descendía lentamente por el horizonte. Era esa hora mágica del día en Jamaica, el momento del crepúsculo, en el que el cielo se teñía de naranja rojizo antes de volverse negro como el carbón y quedar salpicado por el resplandor de las estrellas.

El Agente 47 ignoró todo eso mientras se abría paso hasta el muelle para embarcar en el *ferry* que llevaría a unos cuantos invitados selectos al yate de Fernández. Vestido con un traje oscuro de lana fina de la mejor calidad, una camisa de algodón blanco, guantes de cuero negro, y el accesorio añadido de una corbata de un encendido color carmesí, 47 sabía que su aspecto era excepcionalmente elegante. El asesino sentía un gran placer en escoger su vestuario. Después de todo, había muy pocas cosas en el mundo que le resultaran divertidas. Con su alta estatura, su lustrosa calva y un enigmático código de barras tatuado en su nuca, 47 era decididamente una figura llamativa. Su apariencia era la adecuada para la ocasión, dado que el grupo que se dirigía al yate de Fernández estaba allí únicamente por invitación. Los ricos isleños, famosos o infames, serían los exclusivos invitados. La persona que había contratado a 47, un hombre al que conocía solamente como «Roget», había conseguido una invitación para él bajo el nombre de «Michael Brant». Su tapadera era sencilla: sería un europeo de origen indeterminado que había hecho fortuna con el agua. Aquel era un tema sobre el que 47 no tenía por qué saber demasiado —el agua era agua y era fácilmente embotellada y vendida—. No tendría ningún problema engañando a Emilio Fernández, el billonario *playboy* propietario del yate. Fernández, que había logrado su dinero de forma dudosa, residía normalmente en Nassau, pero pasaba la mayoría de su tiempo en el barco, viajando de isla en isla y organizando extravagantes fiestas.

A 47 no le importaba en absoluto Fernández ni la fiesta. Su único interés era

Héctor Corado. Su informante le había asegurado que el criminal estaría en el barco de Fernández como un invitado especial.

Fue una buena cosa que quien contrató a 47 le hubiera advertido de que los invitados serían cacheados y tendrían que pasar por un detector de metales en el muelle antes de subir a bordo. En consecuencia, 47 se había dejado todo su armamento. Su única arma era la ropa que llevaba puesta y un fino cable de fibra de carbono, que pasaría inadvertido ante el detector de metales e, incluso, en un cacheo a conciencia. En muchos aspectos, el cable de fibra era una de las señas de identidad de 47.

Alrededor de treinta personas esperaban ante la línea de seguridad del muelle. Unos fornidos guardias, con pistolas automáticas enfundadas en sus cinturones, guiaban a hombres y mujeres hasta la barca después de revisarlos. Todo el mundo iba de punta en blanco. Hombres muy apuestos, exudando poder y prosperidad; mujeres hermosas, luciendo su hermosura y una sugerente sexualidad. El *ferry* ya había hecho dos viajes hasta el yate para desembarcar invitados. Se esperaba que asistieran alrededor de trescientas personas. Un detalle muy conveniente para 47. Cuanto más multitudinaria fuera la fiesta, más desapercibido pasaría su trabajo. Y lo más importante, la barca continuaría haciendo viajes de vuelta a la orilla cada media hora, para los juerguistas que hubieran sobrepasado su límite.

Mientras el barco navegaba lentamente hacia el yate, 47 no pudo evitar sentirse impresionado. Calculó que el *Daphne* medía entre ciento doce y ciento veintidós metros de largo y su tonelaje debía de rondar las cinco mil. Había oído decir que el *Daphne* viajaba a diecinueve nudos por hora, lo que, dado el tamaño del crucero, era muy rápido. Construido y diseñado por Lürssen en Alemania y equipado por Blohm & Voss, el *Daphne* contaba con una amplia cubierta para fiestas, dos piscinas, y lujosos camarotes que normalmente estaban reservados para los invitados especiales de Fernández. Tenía también un helipuerto, donde 47 creyó distinguir la silueta de un Bell 206 sobre la plataforma.

El helicóptero de Corado.

Para cuando 47 llegó a la cubierta del *Daphne*, ubicada cerca de la proa, la fiesta se hallaba en todo su apogeo. Una orquesta en directo, especializada en música *reggae* y calipsos, tocaba los éxitos de Bob Marley y otros temas conocidos, mientras algunas parejas y personas solas llenaban la zona designada como pista de baile. El alcohol fluía libremente de las barras situadas en varios puntos de la cubierta. Los invitados tampoco se privaban de consumir drogas delante de quien fuera. La marihuana y la cocaína corrían a plena vista. Después de todo, esta era una fiesta privada y no había posibilidad de que las fuerzas del orden se personaran. Nada de aquello impresionó a 47, que no sentía ningún interés por el baile ni por las drogas. Es cierto que, de cuando en cuando, bebía un trago, pero nunca en exceso. Sin embargo, lo que captó

su atención fue el monumental despliegue de comida dispuesta en un bufet: ackee^[2] con pescado salado, mariscos, bistecs, verduras al vapor o salteadas de todo tipo y color, una gran variedad de ensaladas, sopa de pescado, pollo jamaicano, cordero al *curry*, plátano frito y una multitud de frutas tropicales. De postre, los invitados podrían probar otras delicias caribeñas como: el pastel de coco, el bizcocho gratinado, el pudín de patata, los buñuelos de plátano; junto con el surtido más tradicional de bizcochos de chocolate y tartas de frutas. 47 no había cenado, así que se permitió mezclarse entre la multitud, llenar un plato y aprovecharse de la hospitalidad del anfitrión antes de ponerse manos a la obra.

Hitman se acercó a una de las mesas altas, alrededor de la cual los invitados se arremolinaban y comían. Desde allí podría supervisar la cubierta entera. La información de Roget era correcta. Fernández había contratado algunos guardias — todos armados— y los había situado en puntos estratégicos del barco. Estaba prohibido para los invitados llevar armas a bordo, pero ¿sus propios hombres? *No problema.*

Eso estaba bien. Todo iba desarrollándose según el plan.

47 observó la multitud sin ver a Corado. A quien sí distinguió fue a Emilio Fernández, rodeado por unas deslumbrantes jovencitas, abriéndose paso a través de la gente y saludando a los rostros familiares con efusivos apretones de mano y sonrisas. El hombre debía de tener alrededor de cuarenta años, y recordaba a una versión más amistosa de Al Pacino en *Scarface*, rezumando simpatía. Cuando el billonario se acercó, 47 se preparó como si fuera la señal para entrar en escena.

—Y saludos también a usted, señor —dijo Fernández.

—Buenas noches. —47, que sabía interpretar su papel a la perfección si tenía que hacerlo, sonrió. Lo que normalmente incomodaba al agente cuando era él mismo, le resultaba muy fácil si estaba en una misión. En muchos aspectos, era casi como un juego para él. ¿Le saldría bien el engaño? Eso era lo excitante.

—Emilio Fernández. No creo que nos hayamos visto nunca. —El hombre le tendió una mano.

—Michael Brant —dijo 47 estrechándosela. Su apretón era un tanto pegajoso. Fernández obviamente había llegado donde estaba gracias a su dinero, no a su fuerza ni a su *machismo*. Todo lo contrario que Corado, dondequiera que estuviera.

—Oh, señor Brant. Usted se dedica a... —Fernández chasqueó los dedos uno detrás de otro, tratando de recordar lo que sabía sobre su invitado.

—Agua. Tengo una compañía de agua en Luxemburgo.

—¡Eso es! Qué astuto por su parte invertir en agua. ¿Cuánto tiempo lleva en ello?

—Mi familia ha estado en esto del agua desde antes de que yo naciera. Heredé el negocio.

—Ya veo. Bueno, qué familia tan lista. Todos necesitamos agua, ¿no es así? Bienvenido a bordo, señor Brant.

—Gracias. Tiene usted un barco precioso, señor.

—El *Daphne* es mi orgullo y mi alegría. —El hombre vio a alguien que conocía y lo saludó—. Debo continuar. Por favor, diviértase, señor Brant. Tengo entendido que muchas de las mujeres a bordo del yate están más que deseosas de conocer a un hombre como usted. —Hizo un guiño lascivo y siguió andando con su harén. Una de las chicas, de piel oscura, con figura de modelo y grácil, echó una mirada a 47 por encima de su hombro, mientras se alejaban.

¿Una invitación?

47 no prestó atención. Ahora que estaba saciado y con el vientre lleno, había llegado el momento de la caza.

Dio una vuelta por cubierta y, finalmente, descubrió a Corado. El hombre estaba sentado con una preciosa joven hispana en una mesa cerca del mamparo de entrada a los camarotes y a los niveles inferiores del barco. Dos fornidos guardaespaldas le acompañaban; ambos se mantenían detrás de Corado con los brazos cruzados. Corado era un hombre de baja estatura que probablemente tenía complejo de Napoleón. Aparentaba cuarenta y muchos años. Llevaba bigotes de morsa y el cabello oscuro con algunas canas peinado hacia atrás. Un enorme puro cubano sobresalía de su boca. Los tres hombres vestían trajes confeccionados a medida. 47 se preguntó si Fernández les habría dado permiso para llevar armas. Sin duda un miserable como Corado no iría a ninguna parte sin la protección de armas de fuego.

Bien. Hora de poner el plan en marcha.

47 necesitaba un arma.

Se apartó de la mesa de Corado y caminó por estribor hasta la popa, donde se hallaba el helipuerto. Como era de esperar, uno de los guardias de Fernández le bloqueó el paso cuando estaba a medio camino. 47 echó un vistazo tras él para asegurarse de que nadie más les observaba.

—No se permiten invitados en popa, señor —indicó el hombre.

El ruido de la fiesta resultaba ensordecedor, incluso a esa distancia de la orquesta y del bullicio. 47 desplegó sus mejores dotes de actor para parecer un invitado achispado.

—¿Cómo dice?

El guardia habló más alto.

—No se permiten invitados en popa.

—Oh, solo quería echar un vistazo a ese maravilloso helipuerto. Es el helicóptero de Emilio, ¿no? Soy un gran entusiasta de estos aparatos. Ese es un Bell 206, ¿no es así? Creía que eran de uso exclusivo de militares y policías.

—Lo siento, señor, tiene que regresar a la cubierta.

47 deslizó la mano en el bolsillo de la chaqueta y agarró el cable de fibra.

—Venga, hombre, ¿no puede dejarme verlo?

—No, señor, lo siento.

El asesino ladeó su cabeza hacia el helipuerto.

—Entonces ¿cómo ha conseguido *esa* gente llegar hasta allí?

El guardia se giró de golpe para ver de qué estaba hablando el señor calvo y 47 aprovechó el momento para pasar el cable alrededor del cuello del hombre, tirando de él con ambas manos. Dado que el cable tenía pequeños asideros en cada extremo, no hizo falta mucha fuerza para estrangular al hombre hasta matarlo.

Todo sucedió en quince segundos. El guardia se desplomó en los brazos de 47. Hitman volvió a girar su cabeza alrededor: despejado. ¿Podría lanzar al hombre por la borda? No, tal vez alguien pudiera verlo si quedaba flotando. Ahí mismo, a su derecha, estaba la puerta que llevaba a la bodega, de modo que 47 rodeó con sus brazos el fornido pecho del cadáver y lo arrastró dentro.

La habitación era un almacén lleno de chalecos salvavidas. Afortunadamente, pensó 47, nadie los necesitaría y el guardia no sería descubierto. Dejó el cuerpo en una esquina y lo cubrió con algunos chalecos, pero solo después de haber despojado al hombre de su Glock 17. No era una mala arma en absoluto. 47 se dijo que podía haber sido mucho peor. Comprobó el cargador, metió la pistola en la cinturilla bajo su chaqueta y, satisfecho, abandonó el cuarto.

Regresó a la fiesta y permaneció junto al bar más próximo a la mesa de Corado. La mayoría de los invitados tenían que hacer cola en las distintas barras para coger sus bebidas; sin embargo, a Corado le habían asignado un camarero exclusivamente a su servicio. Cuando no estaba atendiendo al criminal, el sirviente esperaba en la barra, sus ojos clavados en las largas y bronceadas piernas de una altísima rubia que bailaba cerca. Pero, en cuanto Corado agitaba una mano, el camarero se apresuraba a la mesa y tomaba nota. Entonces volvía corriendo y transmitía ásperamente las instrucciones al ocupado barman.

47 tomó una servilleta de cóctel y un bolígrafo del bar y escribió un mensaje en español.

¡ACABO DE SABER QUE LA POLICÍA LLEGARÁ EN 10 MINUTOS PARA ARRESTARLE! POR FAVOR, MÁRCHESE LO MÁS DISCRETAMENTE POSIBLE, VUELVA AL ESPACIO AÉREO CUBANO ENSEGUIDA Y NADIE SABRÁ QUE ESTUVO AQUÍ. LO SIENTO, AMIGO MÍO. LE VERÉ PRONTO. EMILIO.

Cuando terminó, dejó el bolígrafo junto a una bandeja redonda y conservó la servilleta en la mano. El barman colocó una nueva servilleta y una bebida en la bandeja. «Aquí está la de la chica», señaló. El camarero no le escuchó, distraído una vez más por las piernas de la rubia. El barman agitó rápidamente un Martini, lo vertió en la copa, añadió una aceituna, y colocó otra servilleta y la copa en la bandeja. «Y aquí tienes la del hombre», dijo. Y luego se dio la vuelta para seguir atendiendo a otros invitados.

En ese momento 47 se apoderó de la copa de Martini, colocó su servilleta con la nota encima de la otra, y volvió a dejar la bebida donde estaba.

El camarero finalmente apartó los ojos de la rubia, cogió la bandeja sin advertir la servilleta de Hitman, y se dirigió rápidamente a la mesa de Corado. 47 observó cómo

primero servía a la chica, y luego dejaba el Martini de Corado —con la servilleta de 47— sobre la mesa. El mafioso apenas se fijó en el camarero.

47 se trasladó a una posición diferente aunque sin dejar de observar a su presa. El criminal dio un sorbo a su bebida... y entonces vio la nota. Cogió la servilleta, leyó el mensaje y, rápidamente, llamó a uno de sus guardaespaldas. El hombre armado se inclinó hacia delante, examinó la nota, y ambos intercambiaron algunas palabras. Corado frunció el ceño. Dijo algo a su acompañante y se levantó. Ella trató de protestar, pero él la agarró bruscamente por el brazo y la levantó.

El Agente 47 se dirigió a toda prisa a estribor para llegar hasta la popa. La música estaba tan alta como siempre, lo que le venía de perlas. Nadie escucharía lo que estaba a punto de hacer.

Llegó hasta el helipuerto antes que Corado y su camarilla. Se aplastó contra el mamparo, con el Glock en una mano. No tuvo que esperar demasiado.

Corado, la chica y los dos guardaespaldas aparecieron por babor. Se movían rápido y en silencio, pero Corado estaba claramente asustado y la chica enfadada. Uno de los guardaespaldas se dirigió al asiento del piloto. Corado tuvo que empujar a la chica mientras esta se resistía maldiciendo en español. Entonces le soltó una fuerte bofetada. Eso la calló.

El guardaespaldas que hacía las veces de piloto abrió la portezuela del aparato y se dispuso a subir.

Ahora.

47 abandonó su refugio quedando a la vista del grupo, levantó el Glock y disparó al guardaespaldas en el asiento del piloto a través de la puerta abierta. Antes de que la víctima fuera consciente de haber recibido un disparo, 47 giró el brazo, buscó la posición del segundo guardaespaldas y apretó el gatillo. El hombre se estremeció y se desplomó sobre la cubierta. Le había costado exactamente dos segundos con tres centésimas eliminar la seguridad de Corado.

47 confiaba en que los tiros y los gritos aterrorizados de la chica no hubieran sido escuchados al otro lado del barco.

Corado palpó su chaqueta tratando de sacar la pistola que escondía ahí. Aparentemente no estaba acostumbrado a tener que defenderse por sí mismo: siempre había alguien cerca para hacer ese trabajo.

Hitman le disparó dos veces, una en el pecho y otra en la cabeza.

Fácil.

Solo quedaba la chica, que ahora estaba histérica. Empezó a correr hacia babor, gritando a voz en cuello.

47 volvió a levantar su arma para eliminarla del mapa... pero su mano tembló involuntariamente. Aun así, apretó el gatillo.

¡Falló! ¿Cómo podía haberle sucedido?

Para entonces, la chica había desaparecido detrás del mamparo, corriendo por babor hacia la proa.

Hitman salió a toda prisa tras ella.

A pesar de que la joven tenía largas piernas musculosas, él era más alto y fuerte, además de estar genéticamente diseñado para ser un atleta superior en cualquier situación. La atrapó en seis segundos, cuando aún no había recorrido ni la cuarta parte de la longitud del barco.

La cogió por la cintura, el Glock aún en su mano derecha. La joven continuó gritando y resistiéndose.

Solo había una cosa que hacer.

El Agente 47 la levantó y la lanzó al agua por encima de la borda.

A continuación, se detuvo un instante para echar un vistazo a un lado y a otro. Afortunadamente, el guardia situado a unos quince metros, estaba mirando hacia delante y no presencié el acto.

47 lanzó el Glock por la borda y luego, tranquilamente, se encaminó hacia el helipuerto. Recogió y apiló los cadáveres uno a uno, y los subió al helicóptero. Los cuerpos quedaron acurrucados en el suelo, donde tardarían en ser descubiertos. Satisfecho, Hitman dio un rodeo por estribor y regresó a la fiesta. Emergió con soltura hasta llegar a una hilera de personas haciendo la conga que se acababa de formar. Puso su mejor cara de felicidad, siguiendo el ritmo con sus pasos, y se perdió entre los asistentes.

El trabajo había sido un éxito; sin embargo, 47 estaba disgustado consigo mismo. El temblor de su mano había estado a punto de costarle la misión. ¿Serían los analgésicos? Por supuesto que sí. Hitman no tenía duda y, no obstante, se negaba obstinadamente a aceptar el mensaje de lo que aquello significaba. En su lugar, buscó en el bolsillo de su chaqueta, encontró el bote de plástico, lo abrió, vertió una pastilla en su boca y se la tragó sin agua.

Durante la media hora siguiente, se calmó y continuó actuando como uno más de los privilegiados invitados en una exclusiva fiesta en el Caribe. 47 no advirtió ninguna muestra de que hubieran descubierto su trabajo. Nadie tenía motivos para ir a popa. Si Fernández echaba en falta a su amigo, pensaría que el criminal y su novia habían bajado a uno de los camarotes.

Finalmente, el asesino se subió a la barca con otros veinte exhaustos y muy borrachos invitados, y retornó a Ocho Ríos y a su seguridad.

Para haber sido una bulliciosa fiesta, 47 decidió que no había estado tan mal.

Otro superyate, casualmente también construido por Lürssen, surcaba lentamente las aguas del este de España sin rumbo fijo. De casi ciento diez metros de eslora, el *Jean Danjou II* no se diferenciaba de otros barcos de lujo propiedad de personas adineradas de España o Francia. Después de todo, la Costa del Sol, y especialmente el puerto de Marbella, era uno de los destinos náuticos más exclusivos de los ricos y famosos. Allí, las multimillonarias embarcaciones de recreo se contaban por docenas. Muchas de ellas atravesaban el estrecho de Gibraltar desde el Mediterráneo al Atlántico, o en sentido contrario. El *Jean Danjou II* no era una excepción. Los organismos encargados de la vigilancia marítima sabían que el barco tenía su amarre en Marbella, pero estaba registrado a nombre de una corporación con base en Suiza. Supuestamente, el propietario era un pez gordo de la OPEP^[3]. Claro que, naturalmente, todo esto era falso. La compañía suiza era, en realidad, la tapadera de otro negocio establecido en Portugal. Y lo mismo ocurría con esa empresa que, a su vez, no era más que un simple eslabón en la larga cadena de falsedades; un eslabón que tenía conexiones con un grupo bancario de las islas Caimán. En resumen, nadie sabía a ciencia cierta quién era el propietario del yate.

Pero si la Interpol o cualquiera de los organismos dedicados a la vigilancia del mundo tuvieran la oportunidad de visitar el interior del *Jean Danjou II*, descubrirían una auténtica colmena de antiguo personal militar, algunos de los mayores expertos en información tecnológica y especialistas en criptografía, además de la sede principal de los mandos intermedios de una oscura y secreta red internacional.

Dado que nunca atracaban demasiado tiempo en un lugar, el yate era el marco ideal para albergar al cerebro motor de la Agencia de Contratación Internacional. Y, mientras los más altos dignatarios, como el presidente de Estados Unidos, los primeros ministros de Inglaterra y Rusia, o el rey de Arabia Saudí, conocían sobradamente la existencia de la Agencia, e incluso los niveles más altos de la élite de organizaciones de inteligencia como la CIA y el SIS^[4] tenían la posibilidad de entrar en contacto con los líderes de la Agencia, estas entidades negaban tener conocimiento

de tan inmoral, aunque en ocasiones útil, sociedad. Los servicios de la ACI eran pretendidos tanto por los buenos como por los malos. No obstante, si Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia o cualquier otra nación del mundo deseaba localizar el cuartel general de la Agencia o conocer a sus administradores, ya podían mirar a la luna. Era inimaginable que la ACI estuviera a plena vista, moviéndose de puerto en puerto por el mar abierto.

El *Jean Danjou II* era el hogar perfecto para un mal necesario.

La joven asiática de veintiocho años —conocida solamente como Jade— volvió a comprobar las cifras en su cuaderno, echó un vistazo al monitor del puesto de trabajo con la etiqueta «Caribe» para anotar cualquier cambio en los datos, hizo algunos cálculos y luego se levantó. El centro de mando hervía de actividad y distracciones, pero a ella no le costaba nada mantenerse concentrada. Miró su Rolex de acero y oro blanco y vio que solo le quedaban cinco minutos para presentarse en la sala de reuniones. El tiempo justo para una rápida comprobación y asegurarse de que todo marchaba sobre ruedas.

El centro de mando, situado en las profundidades del *Jean Danjou II* en la cubierta tres, tenía el tamaño del área en forma de diamante de un campo de béisbol. Las paredes estaban cubiertas de mapas electrónicos y enormes pantallas de ordenador de alta definición. Más de doce puestos, dedicados a monitorizar las actividades de la Agencia en diversos territorios por todo el mundo, ocupaban la estancia. Cada uno de ellos estaba a cargo de un analista o de un gerente. Un personal incansable y dedicado controlaba las muchas operaciones en activo de la Agencia. El trabajo de Jade consistía en supervisar el centro de control, así como servir de ayudante personal a uno de los jefazos de la ACI.

La conducta profesional de Jade, vestida con un traje sastre de cuero oscuro y medias estampadas, con gafas y el cabello negro recogido en un moño, parecía sugerir que fuera la secretaria ejecutiva de alguna compañía de la lista de Fortune 500^[5]. Pero si uno miraba más allá de su belleza y observaba sus muchos tatuajes —la mayoría de ellos de dragones— y la severa e implacable voluntad tras sus ojos castaños, resultaba evidente que era una mujer temible y peligrosa.

Después de hacer la ronda por cada puesto y obtener los últimos informes de situación de cada trabajador, Jade volvió a mirar su Rolex. Había llegado la hora de reunirse con su jefe. Informó a Julius, su subordinado inmediato, sobre dónde estaría, y luego dejó el centro de mando en sus diestras manos.

Si bien la mayoría de los barcos contaban con espacios estrechos y claustrofóbicos, el interior del *Jean Danjou II* parecía más un edificio corporativo, dotado de la más alta tecnología, que un yate de lujo. Cada director, responsable de las distintas funciones que mantenían a la Agencia en el negocio, tenía su propia oficina privada. Jade sabía que, algún día, ella también tendría una. Si conseguía el

ascenso a gerente, obtendría una mayor responsabilidad. Y eso significaba más dinero. Trabajar para la Agencia era el mejor oficio del mundo.

Al subir a la cubierta dos por la escalera de mármol y acero, Jade saludó con un gesto a uno de los guardias armados que patrullaban el barco las veinticuatro horas. Le gustaba hacerles sentir que apreciaba su protección, cuando, de hecho, ella era capaz de abatir a tres de ellos de golpe, rajando sus gargantas con los afilados tacones de aguja que calzaba siempre, y luego proseguir tranquilamente su trabajo.

Finalmente llegó a la sala de reuniones y entró.

—Justo a tiempo, Jade. ¡Dios mío, es usted condenadamente eficiente! —declaró el hombre sentado en la larga mesa frente a un ordenador. En ese momento estaba terminando su comida: un bocadillo de salami, queso, lechuga, tomates y pimientos—. Recuérdeme otra vez dónde siguió su adiestramiento de combate.

—Los occidentales lo llaman el Triángulo Dorado —contestó—. Más concretamente, Birmania. Pero pasé mucho tiempo en Laos.

—Inmersa en la jungla, ¿eh?

—Sí, señor.

Benjamin Travis dejó que sus ojos se pasearan de arriba abajo por el cuerpo de la joven, algo que hacía a diario y que a ella no parecía importarle. Muchos hombres del barco, y también algunas mujeres, la encontraban atractiva, lo que tenía sus ventajas.

—Siéntese —dijo Travis—. ¿Qué es lo que me trae?

Jade se sentó colocando su cuaderno delante de ella.

—Tenemos una nueva pista sobre el paradero del Agente 47.

Travis alzó las cejas.

—Llevo oyendo eso mismo cada mes desde hace un año, Jade.

—Esto es diferente, señor. Una fuente fiable nos ha informado de que 47 fue visto en Jamaica hace tan solo dos días. De hecho, la fuente es uno de los nuestros.

Travis desplazó su silla lejos del ordenador. Con sus cuarenta y pocos años, siempre vestía trajes grises, camisa blanca y corbata de la Agencia. Debían de sobrarle más de diez kilos, pues su barriga caía por encima del cinturón, y tenía tendencia a transpirar más que otros hombres. Con su grueso bigote rojizo, gafas, y el auricular en el oído, se parecía más bien a un agente retirado de la CIA que había visto tiempos mejores. En realidad, al igual que Jade, Benjamin Travis no podía ser subestimado. Epítome de «un hombre de la compañía», era conocido entre sus colegas por mostrarse intolerante ante la incompetencia. Cualquier fallo era severamente castigado. Como uno de los jefes de la Agencia, era astuto, cruel y ambicioso. Dirigía equipos de asesinos que operaban por todo el mundo. Y pasaba tanto tiempo en la sala de control como su ayudante personal, a menudo haciendo su trabajo.

No era de extrañar que hubiera ascendido rápidamente hasta convertirse en uno de los mandamases de la Agencia.

—¿Jamaica? —repitió.

—Sí, señor.

—No me diga. ¿Cuánto tardará en comprobarlo? —preguntó.

—Tengo a Julius en ello. Esta vez parece prometedor, Benjamin. Nuestro hombre en Jamaica suele ser bastante fiable en lo que a inteligencia se refiere, aunque no se pueda confiar en él para asuntos financieros.

Él se limitó a asentir. Jade sabía que Travis nunca sacaba conclusiones precipitadas sin tenerlo todo confirmado.

—¿Y qué más?

—Eso es todo, señor. Seguimos sin noticias de Burnwood. Me temo que su rastro se ha enfriado.

Travis volvió a asentir.

—Eso parece. Gracias, Jade. Por favor, manténgame informado. En cuanto tenga la confirmación sobre 47, quiero saberlo.

—Sí, señor. —Se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Espere.

Jade se detuvo dándose la vuelta.

—¿Sí?

—Por favor, informe al capitán de que ponga rumbo al Caribe. Si lo que dice es cierto, quiero estar cerca para interceptar al tipo. —Se encogió de hombros—. Y si esa pista suya resulta ser un callejón sin salida, entonces nos detendremos en Cuba, Bahamas o cualquier otra parte, para poder bajar a tierra. Nos vendrá bien.

—Sí, señor. —Lo anotó en su cuaderno, empujó las gafas hacia arriba por el puente de su nariz, y abandonó la habitación.

Travis volvió su atención al ordenador y terminó de estudiar el último informe de Chicago. Los resultados habían superado con creces las expectativas. Sabía que su proyecto estrella tenía el potencial para lograr que la Agencia se convirtiera en una fuerza que el mundo entero se vería obligado a reconocer. La ACI poseería algo que haría que los gobiernos se postraran a sus pies.

Representaría poder. Un poder inimaginable.

En unos meses más, el proyecto estaría completado. A medida que avanzaba el experimento, su potencial parecía ser ilimitado.

Travis podía olfatear su próximo ascenso. Era muy posible que incluso fuera propuesto como presidente de la Agencia. Podría haber ocurrido antes si Diana Burnwood no le hubiera traicionado. Esa zorra le había amenazado con causar problemas a su proyecto debido a una estricta conciencia desarrollada en el último momento. Se había convertido en una bomba de relojería, y tenía que encontrarla. Su mayor temor era que el Agente 47 se le adelantara, contactara con Diana y, juntos, unieran sus fuerzas contra la Agencia. Lo último que Travis deseaba era que Diana encontrara antes que él al agente más valioso de la ACI.

Abrió el informe del Agente 47 y volvió a examinarlo. Se sabía de memoria todos los detalles sobre el asesino, aunque nunca lo hubiera conocido personalmente. Sin embargo, las gestas de Hitman eran legendarias. Travis estaba ansioso por que llegara el día en que pudiera estrechar la mano de 47 y darle, de nuevo, la bienvenida al equipo. Eso, siempre que pudieran encontrarle y se prestara voluntariamente a volver.

Un caso interesante el del Agente 47. El mayor asesino del mundo fue «creado» en un sanatorio mental de Rumanía como un clon a partir del ADN del doctor Otto Ort-Meyer y cuatro hombres más. Nacido el 5 de septiembre de 1964, el agente fue etiquetado con el número 640509-040147, con un tatuaje identificativo en su nuca, y criado junto a otros clones de la «Serie IV» por el personal del sanatorio. Junto con los demás, 47 fue entrenado desde su juventud para matar con precisión. Instruido en el uso de las armas de fuego, equipamiento militar, y las herramientas más clásicas para el asesinato, podía manejar cualquier arma con facilidad.

Después de treinta años de incesante entrenamiento, 47 supuestamente asesinó a un guardia de seguridad y escapó de los terrenos del sanatorio. Algunos decían que no había «escapado», sino, más bien, que se le había «permitido» marchar, dejando libre al mayor asesino del mundo.

El resto, como suele decirse, es historia. Al menos la parte que era conocida.

Respecto a la personalidad de Hitman, no había demasiada documentación. El Agente 47 tenía gustos caros para la ropa, la comida y la bebida, pero, aparte de eso, no tenía demasiado interés por las posesiones materiales. Se sentía muy orgulloso de su arsenal personal, un maletín que contenía dos *AMT Hardballers*^[6] personalizadas. El asesino hablaba muy poco, pero, cuando lo hacía, usaba habitualmente un tono brusco informal, desprovisto de emoción. No se le conocía interés por el sexo. Y mientras que el Agente 47 era extremadamente fiable y un perfeccionista respecto a su trabajo, el hombre no se fiaba de nadie. Excepto, posiblemente, de Diana Burnwood.

Travis se preguntó si esa convicción seguiría siendo igual de fuerte, después de lo sucedido con 47 en el Himalaya.

¿Creían haberle visto en Jamaica? Tal vez fuera verdad. ¿Sabría 47 dónde estaba escondida Diana? ¿Habrían estado en contacto? Después de todo, Hitman y su tutora tenían una relación especial y única. Si alguien podía acercarse de forma íntima al Agente 47, esa era Diana.

Pero nadie había visto ni tenido noticias sobre la mujer desde hacía un año. Ni tampoco del Agente 47, para ser exactos. Se había apartado de la compañía tras la última misión. Al principio la Agencia pensó que el asesino había muerto, pero, inconscientemente, 47 fue dejando miguitas de pan que indicaban que había sobrevivido al desastre en Nepal. La Agencia dedicó meses a rastrearlo, pero 47 era astuto y esquivo. No quería que lo encontraran.

Motivo por el cual Travis temía que Hitman y Diana estuvieran compinchados. Esa podría ser una combinación letal para él.

Apretó los puños y golpeó con fuerza la mesa. Jade tenía que estar en lo cierto sobre la pista. Si la Agencia podía echar el guante al Agente 47 y reclutarle de vuelta en su organización, Travis tendría la oportunidad de cumplir su ambición, terminar su proyecto estrella y volver a 47 contra la única persona en el mundo en la que el asesino confiaba.

Helen McAdams apagó el ordenador y colocó los nuevos recortes de noticias en uno de los muchos archivadores marcados como «Publicidad Prensa». Su jefe quería que todo lo que se publicara sobre él fuera documentado y archivado. Otro ayudante, George, se encargaba de las apariciones televisivas. Y un tercero indagaba en Internet guardando los comentarios de los internautas y los mensajes, ya fueran buenos o malos. Charlie Wilkins, líder de la Iglesia de la Voluntad, era un hombre que documentaba su vida diariamente. En el futuro, le gustaba decir, alguien tendría todo el material necesario para una completa y fiel biografía.

Por ese día el trabajo había terminado. Helen recogió sus pertenencias, apagó las luces de su oficina, y salió cerrando la puerta con llave. Tenía el tiempo suficiente para correr hasta su apartamento y tomar algo de cenar antes de dirigirse al centro de reclutamiento para entrevistar a los nuevos miembros de la Iglesia. Aunque cobraba por su trabajo como uno de los muchos asistentes personales del Reverendo Wilkins, Helen se mantenía ocupada con otras tareas voluntarias en Greenhill. Para ella, el reclutamiento era una de las más interesantes, porque allí podía conocer a gente nueva. Siempre había la posibilidad de que el hombre adecuado apareciera y se uniera a la Iglesia de la Voluntad, alguien con quien pudiera hacer amistad... y tal vez algo más.

Era bueno mantenerse ocupada. A Helen nunca le había gustado estar ociosa: «la pereza es la madre de todos los vicios» y demás tonterías, pero la necesidad de mantener su mente activa era vital para su tranquilidad, especialmente desde su estancia en el hospital. Era parte de su proceso de recuperación. Mantenerse por encima de las numerosas tareas conseguía, además, que no pensara en su situación. Helen rara vez admitía para sus adentros que estaba sola, pero el problema siempre estaba allí. Después de que sus padres fallecieran en un trágico accidente de carretera, y su hermana muriera víctima de un cáncer de ovarios, Helen a veces temía estar completamente sola en el mundo. Sin embargo, eso no era del todo cierto. Tenía a la Iglesia y a los amigos que había hecho allí. Y, por supuesto, a Charlie. Al Reverendo

Charlie Wilkins. Él era la luz, la esperanza y la inspiración que le hacía seguir adelante. Si no hubiera encontrado la Iglesia de la Voluntad... Bueno, no quería pensar en cómo habría acabado.

Pero antes de irse a casa, aún le quedaba otra tarea que hacer. Helen caminó por delante de las oficinas de los otros ayudantes y descendió hasta el gran vestíbulo camino del santuario privado de Wilkins, donde el hombre trabajaba y rezaba. La puerta de su oficina estaba cerrada, pero ella tenía una llave. La hacía sentirse especial ser la única entre los ayudantes personales a la que él había confiado una llave de su oficina. Cuando el reverendo estaba fuera por negocios, uno de los cometidos de Helen era regar las muchas plantas que tenía allí dentro. Era feliz por poder hacerlo. Sentía su presencia en el lugar, lo que la hacía sentirse bien.

La oficina de Charlie Wilkins era una copia del despacho oval de la Casa Blanca en cuanto a diseño, pero el reverendo la había decorado de forma muy diferente. Por una parte, una enorme ventana curva cubría una de las paredes con vistas al lago Aquia. La mansión se había erigido sobre la orilla norte, dado que a Wilkins le gustaba la visión del agua. Según explicaba, le ayudaba a meditar. La luna y las estrellas se reflejaban en la superficie por la noche, razón por la que siempre solía rezar en su oficina, exactamente a medianoche, cada vez que se encontraba allí. Helen coincidía en que era un lugar hermoso y pacífico. El recinto de la Iglesia de la Voluntad no podía haberse construido en otra zona más hermosa de Virginia. Por eso se llamaba Greenhill^[7].

Otras diferencias respecto al despacho oval incluían la abundancia de verdor. Wilkins tenía mucha mano para las plantas y creía que todas ellas tenían alma. Debía de haber más de cien tiestos en la oficina, y Helen se tomó su tiempo para regar los que correspondía. Las plantas tenían diferentes horarios: algunas debían ser regadas diariamente, otras solo una vez a la semana o menos.

También había numerosos artefactos religiosos y obras de arte. De hecho, estaban desperdigados por toda la mansión. Una habitación idéntica a esa, situada justo debajo, en el sótano, albergaba, supuestamente, cientos de tesoros, pero Helen nunca la había visto. Tenía un cartel de acceso restringido excepto para el personal selecto.

Wilkins abrazaba todas las religiones del mundo. La Iglesia de la Voluntad no se basaba en ninguna en particular. Cristianos, musulmanes, judíos, budistas, hindús e incluso miembros de la ciencia ficción: todo el mundo era bienvenido a la Iglesia de la Voluntad. Wilkins había adoptado astutamente aspectos de cada una, combinándolos para crear la suya propia. Y funcionaba.

La Iglesia de la Voluntad tenía ramificaciones por toda América. Se había extendido como un fuego descontrolado en unas pocas décadas. Y con el carisma y encanto de Charlie Wilkins, su perspicacia para el mundo del espectáculo y su buen aspecto, había logrado conquistar a un notable porcentaje de la población americana. Algunos decían que debía presentarse a presidente, pero Wilkins estaba satisfecho con dejar que la Senadora Dana Linder lo hiciera. Después de todo, ella era un

miembro de su Iglesia. Wilkins cumplió con su papel al hacer campaña por ella, siendo uno de sus mayores contribuyentes.

Helen estaba convencida de que el país necesitaba la influencia de las doctrinas de la Iglesia de la Voluntad. La pasada década había sido difícil para América. La alta tasa de desempleo, de hasta el 23 por ciento, el inaceptable aumento de los precios de la gasolina, la caída de gran parte de las infraestructuras de los estados, y la insatisfacción general entre la gente, habían conducido a la peor depresión desde la ya famosa de 1930. No era de extrañar que varios grupos de insurrectos hubieran surgido por toda la nación. Guerrilleros armados y enmascarados que cometían, periódicamente, ataques terroristas sobre propiedades federales y gubernamentales. Hasta ahora, no había habido pérdidas humanas —solo materiales—, pero la situación estaba empeorando. Los medios solían centrarse en el Nuevo Ejército Modelo. Secreto y letal, el NEM parecía tener los medios y la habilidad para golpear en cualquier parte y en cualquier momento. Liderado por un misterioso fugitivo conocido como «Cromwell», el Nuevo Ejército Modelo era perseguido por el FBI y la policía de cada estado, pero, por otra parte, tenía un halo místico a lo Robin Hood, que los ciudadanos de a pie adoraban. Helen estaba convencida de que el pueblo americano se dedicaba a proteger al NEM, ayudando a esconder y transportar a sus miembros de un lugar a otro.

Cuando terminó de regar las plantas, Helen apartó de su mente los oscuros pensamientos sobre el estado de la unión. Eran las 5:45. Tenía que apresurarse a su apartamento para poder llegar a tiempo de ver el programa de televisión de Wilkins. Lo veía siempre que podía. Cerró la puerta de la oficina, corrió a toda prisa por el gran vestíbulo y entró en la rotonda principal de la mansión. Dio las buenas noches a los dos guardias de seguridad situados allí y salió por la puerta principal.

La mansión era un pequeño palacio, separado del resto de Greenhill por una alta alambrada electrificada. Wilkins era tan famoso que necesitaba protección. Aunque la mayoría de los miembros de la Iglesia eran de confianza y adoraban al líder, se habían producido algunos casos en los que personas mentalmente desequilibradas habían tratado de entrar en la mansión para hacer daño al reverendo. De ahí que se hubiera instalado la alambrada electrificada, los equipos de seguridad y otras precauciones. Había también unos pocos edificios en el interior de la valla: una nave que hacía las veces de almacén y garaje para la limusina de Wilkins, y una casa para los guardas.

La puerta era mecánica. Cualquiera que quisiera abrirla necesitaba una llave electrónica que solo se entregaba a unos pocos miembros selectos del personal. Helen deslizó la suya por la ranura magnética y el mecanismo chasqueó. Empujó la puerta y salió. Esta se cerró automáticamente tras ella.

Luego descendió por el camino asfaltado hasta la calle principal de Greenhill, donde los miembros de la Iglesia se congregaban para las distintas actividades. Había un colmado, un dispensario, un salón de actos, un gimnasio y otras distracciones,

como las que uno encontraría en cualquier distrito de una ciudad americana. Tres edificios de apartamentos albergaban unos cien pisos para solteros y familias. Como Greenhill era el cuartel general de la Iglesia de la Voluntad, muchos de sus miembros vivían en los apartamentos y trabajaban para la organización. Wilkins poseía un *jet* privado y, en consecuencia, había construido una pista de aterrizaje en las afueras. La principal atracción de la comunidad era la bonita iglesia, un enorme santuario utilizado para el servicio del domingo y otras reuniones. El estilo recordaba a una gran catedral católica, cada una de sus fachadas cubierta por magníficas vidrieras. Cuando Wilkins estaba en el pueblo, solía pronunciar allí los sermones. Incluso muchas personas que no eran miembros de la Iglesia, se acercaban de todas partes del país para escucharle. Era, esencialmente, una estrella de *rock*.

Greenhill estaba bastante aislada respecto a otras poblaciones de Virginia. Situado al este de la interestatal 95, el recinto estaba al sur de Coal Landing y al oeste de Arkendale. Hacia la orilla noroeste del lago había otros pueblos, calles e instalaciones de recreo. Willow Landing Marina no quedaba demasiado lejos. Sin embargo, el área que Greenhill ocupaba en la orilla norte del lago Aquia era privada y tranquila. Por supuesto ningún miembro de la congregación era un prisionero. Cualquiera podía entrar y salir según le apeteciera. Los residentes a menudo visitaban Stafford, Garrisonville y Garrisonville Estates, las ciudades de mayor tamaño de los alrededores. Y si uno quería ir a una gran ciudad, Washington D.C. y sus extensos suburbios estaban a menos de una hora en coche.

Helen entró en su edificio, inspeccionó su buzón en el portal —siempre estaba vacío, pero lo comprobaba diariamente de todas formas—, y luego subió las escaleras hasta el segundo piso. Su apartamento de un dormitorio era tan bueno como cualquiera que pudiera encontrarse en una ciudad, y la renta era puramente nominal debido a que trabajaba para la Iglesia. Un espacio confortable y hogareño, decorado con baratijas que había coleccionado durante años y con iconos de la Iglesia de la Voluntad. Su favorito era un póster enmarcado con el autógrafo de Charlie Wilkins, que señalaba con un dedo acusador al espectador al estilo del Tío Sam, con la pregunta «¿Querrás?» dentro de un bocadillo de diálogo. La doctrina de la Iglesia giraba en torno a que cada uno tomara el control de su destino, buscando y empleando la fuerza interior para avanzar día a día en la vida. Wilkins creía que cada individuo debía seguir la «Voluntad» del hombre común, unido colectivamente por el deseo de ser gobernado únicamente por el «Ser Supremo», y no por hombres y mujeres que hacían falsas promesas y conducían a la gente a políticas partidistas, senderos de guerra y catástrofes financieras. El Ser Supremo no tenía que ser necesariamente «Dios», pero podía serlo si eso era lo que el individuo quería creer. La Iglesia de la Voluntad permitía a sus miembros interpretar la religión de la forma que quisieran, mientras siguieran determinadas creencias.

Helen vertió una lata de sopa en una cacerola para calentarla en la cocina, y se fue al baño a lavarse la cara y las manos. Mientras se secaba, contempló sus facciones y

repitió el mantra que Wilkins le había enseñado.

Soy guapa. Soy valiosa. Soy Helen McAdams y tengo la Voluntad.

Muchos hombres la encontraban atractiva, pensó. Helen sentía cómo la miraban. ¿Y por qué no? Tenía treinta y un años, era delgada y con una cara agradable. Había salido con algunos miembros de la Iglesia, pero no había surgido nada de ello. Su timidez y su inseguridad tenían buena culpa de su fracaso para mantener una relación duradera. Su novio de la universidad..., bueno, prefería no ahondar en lo sucedido allí. Desde entonces, la vida amorosa de Helen había estado en la parte más baja de la escala que mide el éxito y el fracaso.

Dicen que «la soledad es solo una palabra», se dijo para sus adentros.

Las seis. Hora de encender la televisión.

Volvió al salón, encendió la televisión y se encaminó a la cocina para verter la sopa caliente en un cuenco. Sacó del frigorífico la botella de vino blanco empezada, tapada con un corcho, se sirvió una copa, y luego se llevó la cena al sofá delante de la televisión.

Las noticias estaban acabando. El principal titular se refería a un reciente ataque del Nuevo Ejército Modelo esa mañana en el edificio de la Conserjería Interior de Impuestos de Cincinnati, Ohio. Tres bombas habían estallado simultáneamente, destrozando un lateral entero de su estructura. Afortunadamente, había sido antes de la hora punta, de modo que solo unas cuarenta y tantas personas resultaron heridas. Dos víctimas. Si las explosiones hubieran tenido lugar durante el horario de oficina, la tasa de muertos habría sido desastrosa. En muchos aspectos, Helen simpatizaba con la causa del NEM, pero se oponía firmemente a la violencia. El hecho de que la gente inocente formara parte de los «daños colaterales», como a Cromwell le gustaba llamarlos, resultaba deplorable. Aun así, el Nuevo Ejército Modelo y otros grupos combatientes habían conseguido avivar el desasosiego que existía en el país. Helen creía que si tanta gente era infeliz, el gobierno tendría que cambiar para satisfacerlos.

Finalmente, el espectáculo de variedades de Wilkins, oportunamente llamado *¿Querrás?*, apareció en pantalla con su pegadiza sintonía. Era uno de los programas más vistos de la televisión, aunque no se emitía por la red normal o por televisión por cable. Charlie Wilkins poseía su propia cadena de televisión y la llenaba no solo con su espectáculo sino con dramas y series cómicas, películas hechas especialmente para televisión, noticiarios e, incluso, dibujos animados para los niños, patrocinados por la Iglesia de la Voluntad. Millones de espectadores la veían. *¿Querrás?* tenía una parte de entrevistas, otra de actuaciones musicales, un espacio de debate político y una última parte de reclutamiento evangélico. El programa se grababa en un estudio en el interior de la mansión de Greenhill, cuando Wilkins se encontraba en la sede (de lo contrario se programaban repeticiones). Las entradas eran muy codiciadas, y se decía que el espectáculo atraía a más turistas que los monumentos de Lincoln y Washington o el mismísimo Instituto Smithsonian.

Finalmente, el reverendo apareció para dar la bienvenida al estudio a la audiencia

y a los espectadores en sus casas.

Charlie Wilkins tenía más de sesenta años. Lucía una magnífica melena de pelo blanco y centelleantes ojos azules que fundían los corazones de las amas de casa de todos los rincones. Era terriblemente atractivo, lo que tenía mucho que ver con su encanto. Cuando levantaba una ceja y sonreía —un gesto característico a menudo satirizado por algunos cómicos— sus ojos relucían y exudaban buena voluntad. Pero, en general, era su carisma y encanto lo que ganaba a la gente. Era agudo, optimista, y hablaba con la voz de un ángel. Su suave timbre de barítono tenía el poder de hipnotizar a los oyentes. Si hubiera proclamado ser el Segundo Advenimiento, cosa que no hacía, muy probablemente la mayoría de la gente le hubiera creído. Sin embargo, también recibía críticas. Algunos, extremadamente francos, consideraban que Wilkins era solo otro tarado más dirigiendo un «culto». Otros eran más moderados y, si bien despreciaban la «santidad» de Wilkins, también admitían su simpática y fascinante personalidad con la que se había ganado un merecido respeto. Incluso los americanos que no se habían rendido a Wilkins pensaban que, al menos, era un hombre bastante entretenido.

Después del monólogo de introducción y de las bromas de costumbre que rivalizaban con cualquier cosa escuchada en los distintos espacios nocturnos de televisión, Wilkins anunció: «El invitado de esta noche no es otro que la candidata a la presidencia, la Senadora Dana Shipley Linder. Sé que se ha generado mucha expectación, así que terminemos rápidamente con los consejos de nuestros patrocinadores para centrarnos, cuanto antes, en nuestra protagonista. Volvemos enseguida».

Como siempre, las propias compañías de Wilkins proporcionaban los anuncios a su canal. La cadena de restaurantes de comida rápida del reverendo, Charlie's, se había convertido en la segunda más importante después de McDonald's, un lugar para gente con poco tiempo que perder. Y, si bien la comida era más cara que la de sus competidoras, Charlie's se había especializado en garantizar productos sanos y orgánicos. Verduras ecológicas. Carne de vacuno, alimentado con hierba fresca, y de pollo, criado en libertad en granjas propiedad de la Iglesia de la Voluntad sin que se añadieran compuestos químicos artificiales. A Helen le gustaba mucho y solía comer en un Charlie's que había en el centro de Greenhill varias veces por semana. Todo el mundo en Estados Unidos estaba familiarizado con el logotipo de Charlie's, una caricatura de la mata de pelo blanco de Wilkins con la palabra «Charlie's» escrita donde debería estar su cara.

El programa continuó y el reverendo presentó a Dana Linder. Como principal opositora al actual presidente, Mark Burdett, la estrella de Linder se había elevado rápidamente tras la creación de un nuevo partido que rivalizaba con Demócratas y Republicanos. El Primer Partido de América comenzó como un movimiento de las zonas rurales, pero pronto se extendió como una marea de dimensión nacional. Culpano a los Demócratas y Republicanos por sus excesivas e incesantes luchas

partidistas en el Congreso, el Primer Partido de América prometía terminar con todo eso. Algunos de sus candidatos ya ocupaban sus respectivos escaños en la Cámara de Representantes y en el Senado a raíz de las últimas elecciones a mitad de mandato. Con el referéndum del presidente en menos de un mes, los expertos pronosticaban un giro radical. Burdett no conseguiría un segundo mandato, de modo que, por primera vez en la historia reciente, alguien no Republicano ni Demócrata ocuparía la Casa Blanca. Linder era la mujer que probablemente haría realidad semejante pronóstico.

Dana Shipley Linder tenía treinta y muchos años y había servido como representante de Maryland. Era alta, de cabello oscuro, atractiva. No había duda de que era inteligente y había sabido coger el pulso de América. Helen la admiraba.

—Gracias por venir a nuestro programa, Dana.

—Charlie, ya sabes que solo tienes que pedírmelo. Haré cualquier cosa por el sacerdote de mi juventud —declaró sonriendo.

Wilkins sonrió y puso los ojos en blanco.

—Algunos de vosotros tal vez no lo sepáis, pero sí, es cierto, cuando Dana y su hermano Darren se quedaron huérfanos siendo niños, yo era su pastor y amigo personal de la familia. Cuidé de ellos. Me gusta pensar que les guie lo necesario para convertirse en unos espléndidos adultos.

—Desde luego que lo hiciste, Charlie —repuso ella—. ¡Y por entonces eras tan joven!

Él agitó un dedo hacia ella.

—¡Bueno, bueno! ¡Aún soy joven! ¡Igual que tú! Lo que me recuerda algo, Dana: ¡feliz cumpleaños!

La audiencia aplaudió y la candidata se sonrojó haciendo un gesto con la mano para rechazar tanta atención.

—Charlie, eso fue hace un mes. Has llegado un poco tarde.

—Pero no te he visto desde entonces. He oído que tuvisteis una fiesta espléndida.

—Oh, así fue. John, los niños y yo organizamos un buen espectáculo en Towson. Siento mucho que estuvieras fuera y no pudieras venir.

—Yo también. Ya sabes que de haber podido habría asistido. —Cogió sus manos y las levantó—. En cualquier caso, espero que fuera una celebración feliz.

—Lo fue. Por supuesto, habría sido mejor si... si Darren hubiera estado allí.

Wilkins asintió con una mirada comprensiva en su rostro, mientras la audiencia rompía de nuevo en aplausos. Muchos miembros silbaron mostrando su apoyo.

Helen pensaba que gran parte de la popularidad de Linder se debía a que tenía un hermano considerado un héroe. Darren Shipley era un infante de marina que había muerto en Irak durante una importante misión desalojando a los insurgentes de un edificio. Hubo una enorme explosión, y Darren pereció entre las llamas. Un experto reportero cubrió el fallecimiento de Shipley y el Primer Partido de América se ocupó de sacarle provecho. El público adoró la historia del apuesto marine y su estupenda hermana, él todo un héroe nacional que sacrificó su vida por su país, y ella una

política destinada a cambiar América.

Fue una buena estrategia.

Wilkins continuó la entrevista.

—En solo un mes, los americanos irán a las urnas para elegir a su próximo presidente. He oído que tienes una dura agenda de campaña.

Linder asintió.

—Ya sabes cómo es eso, Charlie. Según nos vamos acercando a la meta, se hace más intenso. Pero ¿sabes?, tengo que darte las gracias por todo.

—¿A mí?

—Fuiste tú quien sugirió que me postulara para un cargo público cuando era más joven. Tu influencia me espoléó. Y voy a hacer que te sientas orgulloso.

—Es estupendo oír eso, Dana. ¿Hay algo que quieras decir a la gente de América?

—Sí, desde luego. —Miró directamente a la cámara—. A todos los que estáis ahí, conozco y entiendo vuestra frustración. El Presidente Burdett ha perdido totalmente el contacto con lo que está sucediendo. Su política exterior es un desastre. Está tratando de hacer las paces con grupos terroristas y naciones que se supone que son enemigas de América, en un esfuerzo por influir en el precio de la gasolina. Pero ha fracasado. Nuestra economía y la tasa de desempleo están peor que nunca. Tenemos grupos combatientes causando estragos en propiedades del gobierno. El Presidente Burdett ha transformado la Guardia Nacional en unas tropas de asalto. En su esfuerzo por controlar a los guerrilleros, la Guardia Nacional está hiriendo a civiles inocentes. Bueno, pues ya me he hartado. Y sé que vosotros también. Estoy harta de Demócratas y Republicanos y de sus constantes peleas que nunca llegan a ninguna parte. Hace dos años, el pueblo habló y situó a muchos de los candidatos del Primer Partido de América en cargos públicos. Confío en que eso vuelva a suceder el día de las elecciones. Si salgo elegida presidenta, prometo devolver América al pueblo y no a las manos de un gran gobierno que nos está aplastando como a insectos.

Wilkins alzó un dedo para atraer la atención.

—¿Sí, Charlie?

—¿Qué tienes que decir a las críticas que acusan a tu candidatura de ser una propaganda de la Iglesia de la Voluntad? Todo el mundo sabe que tú eres miembro de ella y que crees en nuestros preceptos.

—Me alegra que me lo preguntes, Charlie. Tan solo quiero puntualizar que cada vez más y más personas se están volviendo hacia estos preceptos, como tú los llamas, los conozcan o no. Pero quiero dejar claro que mi pertenencia a la Iglesia de la Voluntad es personal. Todos los presidentes han tenido su propia religión. Yo tengo la mía. Y aunque la Iglesia me aporta valores que seguir y practicar, eso no significa que vaya a llevar la Iglesia a la Casa Blanca. Dicho esto me niego a ser una hipócrita. Muchas cosas de las que enseña nuestra Iglesia pueden ser aplicadas para gobernar el país. La Iglesia pide a sus miembros que actúen según su voluntad interior. Bueno, yo

pido al país que actúe, también, según su voluntad interior.

Aplausos. Gritos y vítores.

Helen sonrió. Definitivamente estaba en la misma onda que Dana Linder. No había duda de que la mujer se llevaría su voto.

Antes del siguiente anuncio, Wilkins dijo:

—En interés de la imparcialidad, he invitado al Presidente Burdett a que venga a nuestro programa la próxima semana, y ha aceptado. —La audiencia recibió esta declaración con abucheos y silbidos. Wilkins levantó las manos—. Vamos, vamos. Seamos respetuosos, amigos. El presidente tiene el mismo derecho a estar en *¿Querrás?* y dar su opinión que Dana Linder. Estoy deseando recibirle.

Helen se acabó la sopa, dio un último sorbo a su copa de vino, y se llevó el cuenco y la copa a la cocina. Ya los lavaría más tarde. El centro de reclutamiento abría a las 7:00. Uno nunca sabía quién podía aparecer en Greenhill para afiliarse, especialmente después del conmovedor discurso de Linder.

Dedicó unos minutos a repasar su maquillaje y cepillarse su larga melena castaña en el cuarto de baño. Sí, era hermosa. No había razón en el mundo por la que no pudiera atraer a un hombre decente. ¿A quién le importaba si había tenido algunos... problemillas... en el pasado? Eso era exactamente lo que era. El pasado.

Helen apagó la televisión, se puso la chaqueta y se marchó del apartamento. La noche era joven.

Y si resultaba infructuosa, mañana sería otro día.

Roget pagó mis honorarios. Y como beneficio adicional me ofreció dar un paseo en su avión privado hasta Río de Janeiro. Pensé que podría ser un buen lugar para visitar y buscar trabajo, así que acepté. Además me resultaba conveniente porque podría llevar mi maletín a bordo conmigo —aquel que contenía mis pistolas—. Se trata de unas AMT Hardballers, pero yo las llamo Silverballers por las cachas de nácar.

El avión era un jet Lear para ejecutivos, de modo que el fuselaje era relativamente pequeño. Había sitio para doce pasajeros, pero yo era el único a bordo. No había ningún asistente de vuelo. En ningún momento vi al piloto, pero una voz por la megafonía me advirtió de que me abrochara el cinturón y todas esas cosas. Despegamos de Bahía Montego por la tarde y pusimos rumbo a Río.

Los telediarios de Jamaica estaban plagados de noticias sobre la muerte de Corado. Emilio Fernández había sido requerido para ser interrogado. Estados Unidos había enviado a un agente del FBI con ese mismo propósito. Corado era buscado en unos cuantos países. Supongo que ahorré un montón de dinero a los contribuyentes dado que el tipo ya no necesitaría un juicio. Corado era escoria y no me costó nada borrarle del mapa. No estaba seguro de cuál era el asunto que Roget tenía contra él. Tal vez Corado se había inmiscuido en el territorio de Roget. Aunque este último tampoco me parecía trigo limpio. Por lo que yo sabía, su negocio consistía en el tráfico de personas.

Aunque tampoco me importaba.

Cuando el avión abandonó el espacio aéreo caribeño, recliné el asiento y traté de relajarme. Confiaba en poder dormir durante el vuelo, pero sentía un pellizco de ansiedad. Me había tomado la pastilla un poco antes, pero empezaba a preguntarme si no tendría que tomar dos a la vez. Se dice que la gente acaba por desarrollar cierta tolerancia a estas cosas. Hasta el momento, eso no me había sucedido. Supongo que sería porque soy diferente.

No llevábamos ni diez minutos en el aire cuando cogimos una turbulencia.

Aquello no era bueno. Miré por la ventanilla y vi que una tormenta había surgido como de la nada. Las nubes eran oscuras y amenazadoras. Los rayos centelleaban a nuestro alrededor y el avión experimentaba violentas sacudidas. Parecía como si el jet acabara de atravesar una nube de plutonio. Esperaba que el piloto hiciera algún anuncio o algo, pero, desde cabina, solo llegó un silencio mortal.

Aguanté en mi asiento unos cuantos minutos más, aunque, por lo general, soy capaz de distinguir cuándo un avión está teniendo problemas. Estábamos perdiendo altitud. No había nada debajo salvo el océano. No me gustaba el aspecto de aquello, así que me desabroché el cinturón y avancé por el pasillo hasta la puerta de la cabina, que estaba cerrada. Golpeé con los puños y grité: «¡Eh, los de dentro! ¿Qué está pasando?». De nuevo un silencio mortal. Volví a aporrear la puerta.

Regresé a mi asiento para coger una de las Silverballers. Abrí el maletín, saqué la pistola, inserté un cargador de siete balas de 45 ACP en la recámara, y volví hasta la puerta. Solo necesité un disparo.

Imaginad mi sorpresa cuando la empujé. No había nadie en cabina. Ni piloto ni copiloto. Nadie.

Tenía alguna experiencia con aviones, de modo que me deslicé en el asiento del piloto. Si conseguía nivelar el avión e impedir que se estrellara en el mar, me daría por satisfecho. Pero el control de mandos no respondía. Estaba atascado. Fue en ese momento cuando observé la caja negra con las luces rojas encendidas, justo debajo del salpicadero. El avión funcionaba por control remoto.

La Silverballer volvió a toser. La caja se hizo añicos al mismo tiempo que el avión sufría una fuerte sacudida. Al mirar por el parabrisas, comprobé que uno de los motores había dejado de funcionar. Genial. Volando con un solo motor en medio de una tormenta. La aeronave no respondería cuando tratara de mover el mando de control.

Era hora del plan B.

Me levanté y busqué un paracaídas en la cabina. Si el avión iba a caer, quería saltar antes de que impactara con el agua y, con un poco de suerte, tener un aterrizaje más suave. Pero, por supuesto, no había ningún paracaídas a la vista, de modo que volví a los asientos de pasajeros. Busqué en los compartimentos superiores. Estaban todos vacíos. Miré bajo los asientos. Al menos había un chaleco salvavidas. Lo extraje y me lo puse alrededor del pecho. Sabía que tendría que soplar por los tubos para inflarlo. Pero eso podía esperar.

Incluso hice un rápido reconocimiento del lavabo. Nada.

Se me habían acabado las ideas.

El avión pareció virar ligeramente aunque aún perdía altitud. No podía hacer otra cosa más que volver a mi asiento y abrocharme el cinturón. Traté de recordar cuál era el mejor sitio donde colocarse cuando un avión se estrellaba. Pero el Lear era tan pequeño que no creí que hubiera ninguna diferencia por cambiar de sitio.

Iba a morir.

Extrañamente, no estaba asustado. Me sentía preparado para aceptar mi destino. Toda mi vida había esperado que la Muerte viniera a llamarme. Dado el modo en que las cosas se habían desarrollado durante el último año, casi agradecía su visita.

Cerré los ojos. Una oleada de paz inundó mi cuerpo.

Pero entonces la bola de angustia burbujeó en mi pecho. Eso solo podía significar una cosa, así que abrí los ojos y miré por la ventanilla. La lluvia azotaba el plexiglás. Y entre las nubes oscuras... un rostro. No, no un rostro. El contorno de un rostro. Uno familiar.

La Muerte. La misma figura sombría y sin rostro de mis sueños. Observando cómo el avión caía.

Me abracé para amortiguar el impacto. ¿Resistiría el avión el impacto contra el agua? ¿Flotaría o se hundiría?

Iba a morir. La última vez que ese pensamiento cruzó mi mente fue en Nepal. En el Himalaya.

Un año atrás...

El Agente 47 dio un golpecito a su auricular.

—¿Diana? ¿Está ahí?

Si no se equivocaba, la línea se había cortado. ¿Por qué le había dejado así? Primero le proporciona unas vagas instrucciones, le dice que dos enemigos se están abriendo camino hacia su posición en la montaña, y luego, ¿desaparece? Tal vez era un fallo técnico. Sin duda volvería a conectarse en cualquier momento.

Mientras tanto, 47 sacó el emisor de ultrasonidos de su mochila. Era un dispositivo que recordaba a una linterna de unos treinta centímetros, con la carcasa exterior de metal. Sin embargo, su interior albergaba un complejo transmisor que emitía unas poderosas ondas. El oído humano no podía apreciarlas, pero sin duda volvería loco a cualquier perro a muchos kilómetros a la redonda. Y lo más importante, las ondas podrían afectar a elementos naturales como rocas, hielo o nieve. Colocado verticalmente sobre la nieve de la ladera del Kangchenjunga, donde Hitman estaba ahora agazapado, provocaría una avalancha pasado un minuto o dos. El truco consistía en clavarlo exactamente sobre la falla geológica. Solo el ordenador de Diana podía calcular el lugar exacto.

Había conseguido llegar hasta el saliente atestado de nieve que ella le había indicado, pero no tenía idea de dónde debía clavar el artefacto. Para entonces, los dos guardaespaldas chinos estarían muy cerca. ¿A qué velocidad podían descender por la ladera de la montaña? 47 no era ningún experto en alpinismo, pero sí era capaz de recorrer unos tres metros cada cinco minutos. Si ellos eran tan buenos o mejores, les llevaría un buen rato llegar hasta donde se encontraba.

47 se atrevió a tumbarse boca abajo sobre el saliente e ir acercándose centímetro a centímetro hasta el borde. Era una buena bajada, pero desde allí podía ver a Nam Vo y a su grupo desplazándose. Estaban en la posición perfecta. Tenía que colocar el dispositivo ya.

¿Dónde se había metido Diana?

El asesino rodó hacia un lado para poder levantar la vista. El sol era terriblemente

brillante, pero sus pequeñas gafas Uvex bloqueaban los rayos más peligrosos. Lamentablemente, el sol estaba prácticamente encima. El resplandor le impedía distinguir a los dos guardias descolgándose en su dirección.

47 se arrastró con cuidado hasta la cara frontal del saliente para que no pudieran verle. Una vez más golpeó en su auricular. Aún funcionaba porque escuchó el chasquido de la estática. Nada. Definitivamente, algo iba mal al otro lado de la línea.

Había sido una misión peligrosa. El general chino conocido como Nam Vo había llegado a Nepal para poder estar cerca del Tíbet. Nam Vo disfrutaba enviando de avanzadilla por toda la frontera a una pequeña fuerza de sádicos militares que sembraba el pánico en las aldeas tibetanas. Sus soldados violaban mujeres, torturaban a los hombres y dejaban que los niños se murieran de hambre. Si Vo actuaba bajo las órdenes del gobierno chino, o simplemente se había convertido en un miserable por cuenta propia, no estaba claro. Todo lo que 47 sabía era que un grupo concreto había contratado los servicios de la Agencia para asesinar al monstruo. Tal vez fuera un grupo de resistencia tibetano. Tal vez un bien intencionado activista en América o Inglaterra. Tal vez el mismo Dalai Lama en persona. Improbable, aunque a 47 le era indiferente. Unas veces la Agencia le decía quién era el cliente y otras no. Lo más frecuente es que el cliente fuera anónimo.

Urdir el plan para asesinar a Nam Vo en el Kangchenjunga había sido otro componente peligroso. El alpinismo ya era lo suficientemente azaroso cuando se hacía por deporte. Si además se le añadían armas mortales y el objetivo de matar gente, entonces se convertía en locura. El Agente 47 quiso buscar otra forma de llegar hasta Vo, pero Diana insistió en que el hombre era inabordable. Había descubierto que le gustaba escalar, así que mantuvo los ojos y oídos bien abiertos sobre Nepal y, finalmente, se enteró de la expedición para subir el «Kanch», como los locales llamaban a la montaña.

Normalmente solía dejar el método y la forma a elección del Agente 47, pero esta vez fue ella quien planificó todo. 47 se adelantaría para escalar la montaña y estar en posición de lanzar toneladas de nieve y hielo sobre el hombre. Hacer que la muerte de Nam Vo pareciera un accidente —mejor aún, una catástrofe natural— era la clave del éxito de su misión. Corrupto o no, el gobierno chino no se tomaría bien que uno de sus más destacados militares fuera asesinado. Buscarían venganza. Y podrían pagarlo con el Tíbet o incluso con Nepal. 47 no había tenido ningún problema con su ejecución hasta ahora.

¿Dónde estaba Diana?

Después de colocar el dispositivo de ultrasonidos, 47 debía desplazarse lateralmente a través de la cara de la montaña hasta un determinado risco que le habían indicado. Una vez allí un helicóptero proveniente de Katmandú aparecería, sobrevolando, y le lanzaría una escala de cuerda. Se habrían largado mucho antes de que las autoridades tuvieran tiempo de investigar la avalancha.

¿Habría partido ya el aparato de Katmandú? Seguro que no. Era Diana quien

debía dar luz verde al piloto después de que 47 colocara con éxito el artefacto y provocara la explosión sónica.

Tal vez el satélite había fallado. Eso debía ser. Diana nunca le hubiera abandonado así. Ella era la única persona del planeta en la que casi confiaba, a pesar de su serio problema para fiarse de nadie. Solo confiaba en un ser humano, y ese era él mismo.

Su reloj interno le advirtió de que ya era casi la una y cuarto. Llegaba tarde. Si no actuaba rápido, la misión tendría que ser abortada. Y el Agente 47 nunca abortaba sus misiones. La sola idea resultaba inconcebible para su alma.

Una vez más, el asesino se arrastró hacia el borde de la roca. Nam Vo estaría probablemente a unos cuarenta y cinco metros más abajo, aunque aún seguía a su alcance.

¿Dónde estaba Diana?

El sonido de disparos le sobresaltó. Una ráfaga de balas agujereó la nieve a unos quince centímetros de su cabeza. 47 rodó hacia un lado y, esta vez, los vio. Uno de los hombres colgaba de una cuerda en un ángulo tal que le permitía tener una vista completa del risco helado. El otro le estaba mirando. El hombre colgado llevaba un rifle de asalto, probablemente un QBZ-95. 47 era como un pato de goma en un tiro al blanco.

El asesino retrocedió hacia la pared de la montaña, pero el guardaespaldas chino aún seguía teniéndole a la vista. El hombre volvió a disparar; las balas rebotaron en la pared de roca mientras 47 trataba de aplastar su cuerpo contra la nieve cuanto le era posible. No había duda: tenía que salir de allí.

El sonido del rifle de asalto debía de haber alertado a Nam Vo y a su equipo. Buscarían cobertura y 47 perdería su oportunidad. Solo había una cosa que hacer. Colocar el dispositivo a ciegas y esperar lo mejor.

Que fue exactamente lo que hizo.

47 conectó el aparato para que empezara a funcionar y luego lo enterró todo lo que pudo en la nieve. La pequeña baliza recordaba a una estaca metálica. ¿Cuánto tiempo tardaría el saliente en ceder? No tenía intención de quedarse para descubrirlo.

Más disparos.

47 se quedó quieto y retrocedió. Sacó una de las *Silverballers* de su mochila, apuntó al tirador suspendido y disparó.

Tocado. Pero no muerto. El sol brillaba demasiado. Era como intentar disparar a una bola de fuego y golpear un punto. Aun así, 47 pudo escuchar un grito de dolor del hombre que, a pesar de todo, no soltó su QBZ-95 y disparó de nuevo. 47 decidió ir en la dirección opuesta a la que se suponía que debía escalar. Parecía la única manera de evitar ser perforado. No tenía ni idea de cómo sería la ruta ni a dónde le llevaría, pero tenía que moverse.

Sintió un temblor.

¿Dónde estaba Diana?

La montaña se estremeció bajo sus pies.

¡Muévete! ¡Muévete! ¡Ya! ¡Ya!

Pero el tirador chino bloqueaba su paso con una barrera letal...

... justo entonces el Lear tuvo una fuerte sacudida, continuando su descenso en picado hacia el mar.

El Agente 47 salió de su ensoñación y regresó al presente. Estaba atado al asiento en la cabina del avión, completamente impotente. Sopesó abrir la escotilla de emergencia y saltar fuera antes de que la aeronave chocara contra el mar. ¿Sobreviviría? Posiblemente. Valía la pena intentarlo. Llevaba el chaleco salvavidas. Si la caída no le mataba, podría inflarlo en el agua. Mejor eso que quedarse sentado con un inútil cinturón de seguridad rodeando su cintura.

Soltó el cinturón y se puso en pie. Avanzó aferrándose al respaldo de los asientos para acercarse a la puerta, situada justo detrás de la cabina de los pilotos. El avión se escoró de forma brusca, lanzando a 47 al suelo. Volvió a levantarse para continuar en lo que, tal vez, sería un último acto, pero entonces se acordó de su maletín. Si iba a morir, quería perecer con sus queridas herramientas encima. Regresó sobre sus pasos, moviéndose torpemente a través del fuselaje, mientras el *jet* se sacudía e inclinaba erráticamente. Cuando llegó a su asiento, 47 se inclinó y agarró el maletín con su característica insignia, parecida a una flor de lis, estampada en su exterior.

Y vuelta a la puerta.

No se atrevió a mirar por la ventanilla mientras se movía. ¿Cuántos segundos le quedarían? ¿Un minuto, dos? ¿Menos?

Necesitó un esfuerzo sobrehumano para llegar a la escotilla. Las instrucciones para abrirla en caso de emergencia estaban impresas por la cara interior. No era demasiado complicado. Empujar la palanca y tirar de esa otra.

Así que hazlo. ¿A qué estás esperando?

Empujar. Tirar.

La escotilla se separó del fuselaje saliendo despedida hacia el espacio. Una fuerte ráfaga de aire húmedo estuvo a punto de succionarle hacia fuera, pero se agarró a una barra de seguridad en el lateral, haciendo presión con los zapatos contra el marco.

Ahora podía ver el pozo de muerte más abajo. ¿A trescientos metros? ¿Quizá

menos? Pero con la tormenta sacudiendo la abertura, era difícil saberlo con seguridad.

En cualquier caso, estaba claro que apenas le quedaban unos segundos.

¡Salta!

Si pensaba hacerlo, tenía que ser ya.

¡Salta!

El Agente 47 atravesó la abertura y recibió el azote de la lluvia y el viento golpeándole como un martillo pilón. Durante un momento no pensó que estaba cayendo; solo fue consciente de estar suspendido en medio de un torbellino. Inexplicablemente, notó que aún tenía asido el maletín con una mano. El asesino creyó ver el *jet* virando hacia la oscuridad por encima de él, alejándose, pero no estaba seguro. Estaba ciego y sordo a causa del terrible infierno que le rodeaba.

Sin ninguna razón lógica, empezó a contar para sus adentros.

Uno..., dos...

¿Se estaba moviendo? ¿Acaso ese frenético y frío torbellino estaba haciéndole dar más y más vueltas?

Tres..., cuatro...

El ruido era insoportable. Era como si estuviera en medio del rugido de mil bestias.

Cinco..., seis..., sie...

Un muro helado golpeó contra su cuerpo y la cacofonía cesó abruptamente. El poderoso viento fue reemplazado por una envoltura de gélido líquido.

Durante un momento creyó perder la consciencia. No estaba seguro.

Relájate. No luches. Déjate llevar.

Años de entrenamiento habían acostumbrado al Agente 47 a rendirse totalmente al mar. Luchar no serviría de nada. La única manera de emerger y atrapar el precioso oxígeno de la superficie era volverse inanimado, una ingrávida partícula en el océano.

Y funcionó.

La calva cabeza del Agente 47 emergió a la superficie y, por fin, pudo respirar. Solo entonces empezó a patallar y a mover los brazos en un intento de avanzar. El mar estaba realmente encrespado y extremadamente peligroso.

Increíblemente, aún sostenía el maletín. Era como si se hubiera convertido en una prolongación de su brazo.

¡El chaleco salvavidas!

Casi lo había olvidado.

Con su mano libre, tiró hacia arriba del tubo para metérselo en la boca. Soplar se hacía extremadamente difícil. Ya era duro respirar normalmente en semejantes condiciones y, sin embargo, consiguió hacerlo. Le llevó una eternidad pero, lentamente, el chaleco se fue inflando y cumplió su misión de mantener al asesino a flote.

Completamente agotado, 47 dejó que las olas le llevaran donde quisieran, y se

sumió en un manto de oscura inconsciencia.

Voces y ruido entraban y salían confusamente de su cerebro. Cuando sus párpados se abrieron, unas borrosas luces brillantes perforaron sus retinas como lanzas. Sintió ganas de toser, pero su intento quedó en un simple gorjeo. Había unas manos sobre él, empujando, aplastando...

Escuchó con claridad las palabras: «¡Está vivo!».

Y volvió a hundirse en una burbuja de vacío.

Cuando consiguió abrir los ojos, su visión ya no era tan borrosa. Las brillantes luces aún seguían sobre él, y se dio cuenta de que ya no estaba flotando impotente en el océano. No obstante, la sensación de ser mecido por las olas persistía.

El Agente 47 yacía en una cama. Llevaba puesta una bata de hospital y estaba cubierto de cálidas sábanas y mantas. Una aguja estaba clavada en el dorso de su mano derecha, el tubo que salía de ella llegaba hasta una percha en la cabecera, donde había un gotero. Cuando giró la cabeza vio a una enfermera de espaldas a él.

Tosió, pero apenas emitió un ininteligible graznido.

Ella se dio la vuelta. Tenía cabello oscuro, alrededor de treinta años.

—¡Ah, ya está despierto! Voy a buscar al doctor.

¿Dónde estoy?

El asesino estudió su entorno. No era una habitación corriente de hospital. Era demasiado pequeña. Las ventanas eran redondas. Claraboyas.

Estaba en un barco.

No era extraño que aún sintiera el balanceo del mar.

Un hombre negro con una bata blanca de laboratorio entró en el camarote, seguido por la enfermera. De aproximadamente unos cincuenta años, llevaba gafas y tenía un rostro amable.

—Buenos días —le saludó con acento británico—. Soy el doctor Chalmers. ¿Cómo se siente?

El Agente 47 no contestó.

—Ha pasado una dura experiencia. Por suerte nosotros estábamos cerca. Le recogimos del agua. Casi se ahoga.

De nuevo no dijo nada.

—No se preocupe. Se va a recuperar. Tiene una constitución muy fuerte.

47 ya lo sabía.

—Le hemos estado suministrando líquido a través del gotero. Estaba deshidratado. Un tanto irónico, ¿no cree? ¿Deshidratarse en medio del océano?

El asesino no respondió.

El doctor señaló el estetoscopio que colgaba de su cuello.

—¿Puedo hacerle un chequeo?

Sin esperar su respuesta, el hombre lo apoyó sobre el pecho de 47 para escuchar su respiración. El asesino no protestó.

—Sus pulmones están limpios. —El doctor hizo un gesto de asentimiento a la enfermera, quien le colocó un manguito en el brazo para medir su tensión arterial. Lo fue apretando y luego dejó que se deshinchara.

—Doce-siete y cincuenta pulsaciones —declaró la enfermera.

—Eso está muy bien —comentó el médico—. Apuesto a que está sediento y muerto de hambre. La enfermera Parkins le traerá un vaso de zumo y algo de comer. Trate de descansar. Ha sufrido una dura experiencia.

La enfermera salió rápidamente del camarote. El médico esperó a que 47 dijera algo; cuando vio que no era así, se dio la vuelta para salir. Se detuvo ante la escotilla curva, se dio la vuelta y respondió a la pregunta que no había formulado.

—Todo se aclarará en breve.

Y luego se marchó.

Fue en ese momento cuando el Agente 47 advirtió la insignia impresa en la bolsa del gotero. Era triangular, una calavera y unos huesos cruzados por debajo de una corona dentro de una pirámide, el emblema en latín *Merces Letifer* en la parte de abajo.

—«Comercio letal».

El emblema de la ACI.

La Agencia.

Después de una comida de huevos revueltos, tostadas y zumo de naranja, el Agente 47 sintió que recuperaba las fuerzas. Quería saltar fuera de la cama y averiguar qué estaba pasando. Teniendo en cuenta que se encontraba en un barco, supuso que sería el *Jean Danjou II*, el superyate de la Agencia. ¿Qué otro podría ser?

La perspectiva de que la ACI le hubiera encontrado le resultaba de lo más perturbadora. 47 hubiera deseado permanecer oculto. De haber decidido contactar de nuevo con la Agencia, hubiera preferido que fuera en sus propios términos.

La incómoda y familiar bola de fuego provocada por la ansiedad creció súbitamente en su pecho. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde la última vez que tomara una pastilla de oxicodona? Los síntomas de la abstinencia le atacarían pronto con toda su crudeza. ¿Dónde estaba su maletín? ¿Sus ropas? ¿Sus analgésicos?

Antes de que intentara salir de la cama, una atractiva mujer asiática, vestida con traje de ejecutiva y llevando un cuaderno, entró en el camarote.

—Buenos días, Agente 47 —saludó sin rastro de acento—. Mi nombre es Jade, soy la ayudante personal del equipo de administración de ACI. Supongo que ya habrá deducido quiénes somos.

47 la miró durante varios segundos y luego asintió.

—Imagino que tendrá muchas preguntas. El señor Travis estará aquí en breve para hablar con usted. Será su nuevo tutor.

El asesino habló por primera vez desde que había revivido.

—Ya no trabajo para la Agencia.

Jade recibió la puntualización con una inclinación de cabeza.

—El señor Travis le hablará sobre eso. Mientras tanto, estoy autorizada para informarle de que se encuentra a bordo del *Jean Danjou II*, y que estamos...

—Eso ya lo sé.

—... estamos navegando por el Atlántico, muy cerca del Caribe. Llevamos muchos meses buscándole. Su último patrón, el hombre al que usted conocía como Roget, fue quien nos alertó —a cambio de un precio— de que su avión salía de Jamaica con usted dentro.

—No había ningún piloto a bordo.

—Hicimos que Roget instalara el control remoto para poder amerizar la aeronave de forma segura en el agua. Lamentablemente, apareció una tormenta y uno de los motores falló. Por lo visto usted dañó la caja del control remoto, y no pudimos ayudarle. Menos mal que estábamos en las cercanías cuando el *jet* se desplomó en el agua, aunque nos costó varias horas encontrarlo. Es usted un hombre afortunado.

¿Le estaría diciendo la verdad? El Agente 47 pensó que su explicación sonaba creíble. Además, sabía muy bien que la Agencia era capaz de urdir semejantes engaños.

Un hombre de mediana edad, vestido con traje, apareció en el umbral de la escotilla. Llevaba gafas y un gran bigote, y podía apreciarse en él cierto sobrepeso.

—¿Qué tal está el paciente? —preguntó.

—El doctor Chalmers dice que se está recuperando muy bien —contestó Jade—. Agente 47, este es Benjamin Travis.

El hombre se acercó a la cama y le tendió la mano. Hitman la ignoró, y Travis se encogió de hombros.

—Puedo imaginar cómo se siente. Escondiéndose de la Agencia durante un año para, de repente, encontrarse en nuestro barco. Apuesto a que cree que fue un montaje.

—¿Dónde está Diana? —preguntó 47.

Travis y Jade intercambiaron una mirada y luego él prosiguió:

—Ahora llegaremos a eso. Solo quiero asegurarle que todo lo que Jade le ha contado es cierto. Sí, es verdad, queríamos encontrarlo. Sí, hubiéramos pagado mucho dinero por recuperarlo, y lo hicimos. Sí, en cierto modo, Roget trabajaba para nosotros. Como informador y, en ocasiones, como contratante. Siento mucho que el vuelo no saliera como habíamos planeado.

—¿Dónde está Diana? —repitió Hitman con un tono algo más insistente.

—Está bien. —Travis cogió una silla y se sentó. Jade continuó de pie—. Diana Burnwood traicionó a la Agencia. Dañó irreparablemente a la organización,

comprometiendo un proyecto clasificado en el que estaba trabajando la alta dirección. Y... le abandonó durante una misión crucial. El encargo del Himalaya no habría salido mal si ella no se hubiera largado. Le dejó en una posición muy vulnerable. Supongo que se acuerda de eso.

Se acordaba. Los ojos del Agente 47 se estrecharon mientras trataba de escrutar el rostro de Travis buscando la trampa.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—No puedo entrar en detalles sobre temas clasificados, pero basta decir que pretendía causar su muerte. Diana presentía que usted sería la única persona a la que podríamos enviar tras ella, una vez que descubriéramos su traición. Y tenía razón. En cuanto sepamos dónde se esconde, le mandaremos tras ella. Después de todo, usted la conoce mejor que nadie.

—Ya no trabajo para la Agencia.

—Confiaba en que pudiéramos discutir eso.

—Ya no trabajo para la Agencia.

—Tiene que escucharme, 47. ¿Querrá hacerlo?

El asesino guardó silencio.

—Sabemos que ha estado trabajando por su cuenta. Sabemos que le están pagando menos de lo que merece. Bastante menos, de hecho. Usted era el mayor activo de la Agencia. Queremos que vuelva. Estamos dispuestos a doblarle el sueldo.

—No me importa el dinero.

—Ya lo sabemos. Nunca le ha importado. Pero sí le importa su reputación. Le importa la calidad de su trabajo. Le importa hacer las cosas lo mejor posible.

—Ahora mismo no estoy ni mucho menos operativo al cien por cien.

—Nosotros creemos que sí —respondió Travis—. El hecho de que sobreviviera al salto del avión y a las posteriores horas en el mar lo demuestra. ¿Sabe que estuvo flotando en medio de un mar embravecido, durante siete horas, antes de que le recogiéramos? Eso es extraordinario. Ningún otro ser humano, ni siquiera uno con su..., eh..., *especial* estructura genética, habría resistido esa experiencia. Usted lo hizo, 47. Todos estamos asombrados y... humillados.

47 no respondió.

—Mire, ¿por qué no trata de descansar y lo piensa con calma durante la noche? Acaba de pasar veinticuatro horas muy difíciles. Pero, para ser francos, le necesitamos. Hay un asunto urgente que es perfecto para usted. Nosotros no tenemos necesidad de comprobarlo, pero usted puede demostrarse a sí mismo que está, como usted dice, operativo al cien por cien. Y... ¿acaso no quiere vérselas con Burnwood? Ella le abandonó, le dejó tirado como un trozo de carne para que le devoraran los perros.

El asesino no sabía qué pensar de Diana. El relato parecía estar incompleto. Pero Travis tenía razón. Si de verdad había provocado intencionadamente el fracaso de la misión del Himalaya, entonces se merecía que le dedicara toda su... *atención*.

—¿Cuál es el encargo? —preguntó.

Travis se puso en pie.

—Bien podría ser la misión más difícil de su carrera. Considérelo como un reto. Pero ¿por qué no descansa el resto del día? Volveremos a hablar de ello mañana. Puede esperar hasta entonces. —Señaló dos botones de llamada diferentes en la cama de 47—. Si necesita cualquier cosa, pulse uno de esos botones. El rojo es para la enfermera. El azul es para nosotros.

—¿Dónde están mis cosas? ¿Han recuperado mi maletín?

Travis sonrió.

—Es increíble, 47. Incluso estando inconsciente y zarandeado como un pecio en el mar embravecido, siguió agarrado a ese maldito maletín. Lo tenemos. —Hizo un gesto hacia una taquilla al otro lado del camarote—. Está todo hay dentro. Su ropa, todo. Hemos llevado su traje a la tintorería. Está impecable y como nuevo, colgado ahí dentro. Abrimos el maletín para comprobar sus armas, y están bien. Querrá limpiarlas, engrasarlas, hacer todas las cosas necesarias para dejarlas en perfectas condiciones, pero milagrosamente todos sus enseres han sobrevivido con usted. Es usted uno entre un millón, 47. La Agencia se sentirá muy agradecida, y se lo demostrará como se merece, si decide volver con nosotros.

Tras decir eso, el hombre ladeó la cabeza hacia Jade, y los dos salieron de la habitación.

47 esperó unos minutos y luego apartó las sábanas. Sacó las piernas de la cama y puso los pies en el suelo. Entonces, agarró la percha del gotero, que tenía ruedas, y la arrastró por el suelo mientras caminaba vacilante hasta la taquilla. La abrió y descubrió el traje negro colgado de una percha en perfecto estado. El maletín estaba en el suelo de la taquilla. 47 lo sacó y volvió a la cama con él. Lo abrió, examinó las dos *Silverballers* y luego tanteó con la mano buscando el resorte que permitía acceder al compartimento oculto que se escondía debajo de las pistolas. Sus diversos pasaportes, el dinero de varios países y el cable de fibra estaban dentro.

Así como los analgésicos.

47 abrió el bote, sacó dos pastillas y se las tragó con el resto del zumo que quedaba.

Volvió a poner cuidadosamente todo en su sitio, metió el maletín en la taquilla, la cerró y regresó a la cama.

El sueño le venció rápidamente. Por suerte la figura de la Muerte se mantuvo alejada.

La noche transcurrió pacíficamente y el Agente 47 durmió mejor de lo que lo había hecho en meses. Tal vez contribuyera el suave balanceo del barco. A mitad de su segundo día a bordo se encontraba totalmente rejuvenecido. Travis le envió recado de que cenarían juntos y hablarían esa noche; mientras tanto, podía sentirse en el *Jean Danjou II* como en casa.

Aunque era hombre de declarada independencia, 47 dejó que la enfermera Parkins le mimara. Era gratificante sentirse atendido. Tanto Parkins como el doctor Chalmers comprendieron muy pronto que el asesino era de pocas palabras, así que renunciaron a entablar conversación con él. En cambio, le animaron a que saliera de la cama, se vistiera y diera paseos.

El yate era enorme. 47 recorrió la cubierta de proa a popa y vuelta a empezar. Luego exploró las entrañas del barco. Ningún guardia le impidió entrar en las zonas restringidas. Pasó un buen rato en el centro de control, observando las distintas operaciones y al personal. Hitman supuso que Travis estaba intentando insuflarle confianza. El hombre quería que 47 se considerara de nuevo parte del equipo.

La mujer conocida como Jade parecía muy competente. Manejaba la sala de control con admirable paciencia y eficacia. Travis entraba y salía de la habitación, dando órdenes y escuchando los distintos informes. En un momento dado, se dirigió a 47 y le preguntó cómo se sentía. El Agente le respondió que bien, y Travis confesó que estaba deseando que llegara el momento de su reunión a última hora. Por lo demás, todo el mundo en el barco ignoraba al asesino. Se le permitió quedarse detrás de los distintos puestos de trabajo y estudiar los monitores, los mapas y los datos que llegaban de todas partes del mundo. La Agencia estaba muy ocupada. Al parecer, el negocio de matar no corría peligro de recesión.

Esa noche la cena fue servida en el comedor exclusivo del yate, decorado en un lujoso estilo Luis XIV, como si el lugar fuera un prestigioso restaurante francés. Los camareros llevaban uniforme y guantes blancos. Travis, Jade y 47 eran los únicos comensales.

La comida fue excepcional. Empezaron con una botella de Dom Pérignon del 57, que Hitman tuvo que admitir que se fundía en el paladar. Aunque nunca había sido un gran bebedor, el Agente 47 apreciaba el buen vino y el champán. Tenía gustos caros, aunque durante el último año no había podido permitirse el tipo de comidas a las que estaba acostumbrado. Sabía muy bien que esta era otra táctica de Travis para atraerle de vuelta a la Agencia, así que decidió disfrutarlo.

Una botella de Château Pétrus, uno de los vinos mejores y más caros del planeta, fue servida durante la comida, que consistió en una selección de medallones de solomillo de buey de Kobe, langosta termidor y una gran variedad de verduras al vapor. Un pan challah, recién horneado según una receta ortodoxa de Jerusalén, fue el único detalle incongruente que se sirvió con la comida, aunque resultó sorprendentemente adecuado para esta.

El Agente 47 rechazó un licor o un jerez después de la cena, pero aceptó de buena gana la crema tostada.

Era la mejor comida que había hecho en los últimos doce meses.

Travis trataba infructuosamente de entablar conversación con 47 mientras el trío comía, pero este no habló demasiado. Durante los incómodos silencios, aprovechaba para sopesar lo que Travis decía y cómo lo decía. El asesino no terminaba de confiar en él ni en su atractiva ayudante, pero al menos les concedería el beneficio de la duda por ahora. La historia que le habían contado sobre Diana Burnwood aún le perturbaba. ¿Podría realmente haberle traicionado a él y a la Agencia? 47 creía conocer a su antigua tutora mejor que eso. Aceptaba el hecho de que cualquier hitman que trabajara para la Agencia fuera desautorizado si algo salía mal durante una misión. ¿Estaría Diana comprometida de alguna forma? Tal vez no le quedara más opción que abandonarle.

Lo único que 47 podía hacer era seguir jugando la partida. Si unirse de nuevo a la Agencia le llevaba finalmente hasta Diana —si es que aún seguía con vida— y a las respuestas que buscaba, pues que así fuera.

—He decidido aceptar su oferta —anunció inesperadamente el asesino mientras Travis se encendía un puro.

El hombre alzó las cejas.

—¿De verdad? —Travis intercambió una mirada con Jade. Luego sonrió—. ¡Perfecto entonces! Pensé que Jade y yo tendríamos que convencerle con promesas de coches deportivos italianos, mujeres y porcentajes en los beneficios de la compañía.

—No me importan nada esas cosas. Vivo para la perfección. Según parece, me están ofreciendo un trato justo para que mi nombre pueda recuperar su antigua gloria. Agradezco el reto. —47 pensó que aquella era una explicación razonable que un hombre superficial como Travis aceptaría. Había un toque de verdad en ella, aunque, en realidad, el asesino sentía que no podía hacer otra cosa más que seguir jugando.

Travis le ofreció un puro, pero Hitman lo rechazó con la cabeza.

—El alto mando se sentirá muy contento al oír que su preciado activo ha vuelto a bordo. Gracias, 47. Esto significa mucho para nosotros. —Le tendió la mano, pero Hitman no la estrechó. Travis renunció un tanto extrañado, e hizo un gesto hacia el hombre alto y calvo para que le siguiera hasta otra habitación—. Hablaremos ahí dentro. Jade, ¿le importaría tomar nota?

—No, señor.

Los tres se trasladaron a una habitación que no desmerecía en nada a la biblioteca de una mansión inglesa, con chimenea encendida incluida. Si no hubiera sido por el leve balanceo, 47 nunca hubiera creído que estaba en un barco.

Travis señaló hacia un sillón de cuero.

—Tome asiento. —Se sentó en otro sillón idéntico frente a 47, mientras Jade, con el cuaderno en el regazo, lo hacía en el borde de un sofá perpendicular a los hombres—. Entonces veamos. La misión —comenzó Travis—. ¿Está al tanto de lo que sucede con la política americana últimamente?

El Agente 47 se encogió de hombros.

—No suelo prestar mucha atención a esas cosas.

—La economía americana tiene grandes problemas. Están sufriendo la mayor depresión desde 1930, aunque el gobierno no quiere admitirlo. El Presidente Burdett ha perdido el apoyo del pueblo. El Congreso formado por Demócratas y Republicanos está siendo ridiculizado por incompetente e inútil. Durante los últimos años, ha surgido un poderoso tercer partido: el Primer Partido de América, que es conservador, de ultraderecha y antigubernamental. En las últimas elecciones al Congreso, algunos de sus miembros resultaron elegidos. En menos de un mes habrá elecciones presidenciales. Una mujer senadora, Dana Shipley Linder, miembro del Primer Partido de América, se perfila como posible ganadora.

—Muy bien —comentó 47.

Jade fue la siguiente en hablar.

—En medio de todo eso, se ha producido un incremento de grupos insurgentes terroristas por todo el país. El mayor de ellos es el Nuevo Ejército Modelo, dirigido por un individuo...

—Un chiflado, en mi opinión —interrumpió Travis.

—... llamado Cromwell. Tal vez recuerde a Oliver Cromwell, quien lideró una rebelión contra la monarquía inglesa en 1640 y llamó a sus tropas el Nuevo Ejército Modelo. Suponemos que es de ahí de donde este Cromwell ha sacado el nombre.

—He oído lo de los grupos insurgentes —confirmó el asesino.

—Han destruido gran cantidad de propiedades federales. Están incitando a la violencia y alentando al pueblo americano a rebelarse contra el gobierno. Y lo están consiguiendo.

Travis le quitó la palabra.

—De acuerdo, ¿ha oído hablar de un hombre llamado Charlie Wilkins?

—Sí.

—Toda una celebridad, enormemente acaudalada, de Estados Unidos. Posee una cadena de restaurantes de comida rápida, tiene su propia emisora de televisión, y es muy popular como presentador de un programa de entretenimiento. Y lo más importante de todo, lidera una especie de religión conocida como la Iglesia de la Voluntad. ¿La conoce?

—Un poco.

—Está muy extendida, y forma parte del movimiento del Primer Partido de América. Dana Linder es miembro de la Iglesia de la Voluntad y amiga personal de Charlie Wilkins. El gobierno americano cree que la Iglesia de la Voluntad y el Nuevo Ejército Modelo están conectados de alguna forma. Tal vez Wilkins lo financie. Nosotros lo ignoramos. Lo mismo que ellos.

—Wilkins no parece ser del tipo insurgente —dijo 47.

—No, no lo es —coincidió Jade—. Es muy querido por gran parte de la población americana, y el resto lo ve como un inofensivo animador que ha conseguido influir en un par de millones de personas para que se unan a su religión.

—O lo que quiera que sea —puntualizó Travis—. Es un culto de chiflados, a mi entender. Pero eso no entra en la misión. O tal vez sí. Tendrá que descubrirlo.

—¿Cuál es exactamente el encargo? —preguntó 47 sintiendo crecer su impaciencia.

—Realmente es una misión con dos partes. La primera no es negociable, los honorarios son muy altos, y hay ciertos condicionantes especiales unidos a ella. La segunda es una posibilidad, cuya ejecución depende de las consecuencias derivadas del primer golpe.

—¿Podría ser más concreto?

Travis se aclaró la garganta.

—El primer golpe será sobre Dana Linder.

El Agente 47 no mostró ninguna reacción aparente. Había escuchado y llevado a cabo operaciones aún más exigentes.

—Un candidato presidencial.

—Exacto.

—¿Quién es el cliente? —preguntó.

—Anónimo —contestó Travis—. No sabemos quién es, pero ya ha efectuado el pago de una sustanciosa suma. Dicho esto, sospechamos que el cliente es la actual administración americana. La CIA. Tal vez el mismísimo Presidente Burdett. ¿Quién si no querría eliminar a su competidor en las elecciones? Tiene sentido. El Primer Partido de América y la Iglesia de la Voluntad están compinchados, así que estoy seguro de que el gobierno de Estados Unidos no quiere verlos liderar al pueblo a una revolución que podría cambiar todo el país. Comprensiblemente, Washington los considera muy peligrosos.

—¿Cuáles son esos condicionantes especiales?

—El cliente quiere que la muerte de Linder se produzca dentro de una semana y

en un sitio público, delante de testigos. Y, por supuesto, usted no puede ser visto ni atrapado.

47 apretó los labios.

—Eso no es imposible. ¿Quién es el segundo objetivo?

—Charlie Wilkins —contestó Travis—. Pero tendrá que esperar hasta que el cliente dé luz verde sobre él. Una vez que Linder esté muerta, puede que el propio Wilkins dé un paso al frente, ofreciéndose él mismo como candidato a la presidencia. O tal vez no. Depende de ello. Y dado el alto perfil del objetivo y su estatus bien protegido, el cliente piensa que la única manera de acceder a él es desde dentro. Encubierto.

—¿Quiere decir desde la Iglesia de la Voluntad?

—Eso es.

47 arrugó el ceño.

—Eso suena... extraño.

—Es porque así alguien de dentro parecerá el responsable del asesinato —explicó Jade—. Es algo sustancial para el cliente. Como bien sabe, algunas veces los motivos de quienes nos contratan no están del todo claros. Y no es nuestro trabajo el cuestionarlos.

—Tendrá que hacer su trabajo con ambos objetivos. Usted es el experto, 47. Sabrá mejor que nadie cómo jugar. Jade y yo seremos sus tutores. La Agencia ha establecido nuevas redes de contactos alrededor del mundo para descargar equipos y recogerlos. Y aunque usted tendrá sus propios contactos en el campo de operaciones, podremos proveerle con algunos nuevos si lo desea. Queremos que dirija el espectáculo, 47. Eso forma parte del nuevo método. Descubrirá que la Agencia ahora es un poco diferente. Más acomodaticia con nuestros contratantes.

—Siempre he «dirigido el espectáculo», como usted lo llama. Diana me daba absoluta autonomía.

—Entonces queremos que continúe con esa política. —Travis se inclinó hacia delante—. Queremos que confíe en nosotros, 47. Estamos forjando una nueva alianza. La Agencia le está dando una segunda oportunidad. ¿Recuerda cuál es la política de la ACI sobre los agentes que se salen de la compañía como usted hizo?

—Supongo que debería haber sido eliminado —contestó 47 con una leve sonrisa.

—Así es. Pero eso no va a suceder esta vez. Le necesitamos. No puedo dejar de insistir en ello. Sin embargo... —Travis se recostó en su sillón—. Si vuelve a desaparecer, no puedo responsabilizarme por cómo reaccionará el alto mando. —El Agente 47 miró fijamente a Travis con ojos fríos y penetrantes hasta que el director apartó la vista y añadió—: Solo le prevengo.

Durante un minuto se hizo el silencio en la habitación. El asesino sabía que debía decir algo, pero no lo hizo.

—Está bien —anunció finalmente—. Mañana saldré para Estados Unidos.

Park Slope, Brooklyn. Un vecindario de Nueva York moderadamente poblado de clase media alta. Familias. Colegios. Casas de piedra y edificios de apartamentos. Parques en los que la gente paseaba a sus perros y contemplaba a sus hijos mientras jugaban. Muchos dirían que era un emplazamiento idílico.

El Agente 47, que no tenía una referencia para lo que él pensaba que sería una vida de familia «normal», no reconocía el escenario como tranquilo. Para él, era solamente otro paisaje con conflictos morales, una pretendida felicidad y una violencia potencial. El asesino había aprendido a muy temprana edad que el mundo no era su amigo. Los valores y relaciones tradicionales eran algo extraño para él. Intellectualmente, entendía que no era una persona común, que era un monstruo de la naturaleza, y que lo que practicaba no se ajustaba a los estándares de la sociedad. A pesar de su llamativa apariencia, el Agente 47 tenía la habilidad de volverse un camaleón, fundirse con la masa e interpretar su papel. Si tenía que ser el típico hombre de negocios americano durante una o dos horas, lo era. Si lo que necesitaba era ser un carnicero, un panadero o un camarero, podía asumir esa identidad con facilidad. Si tenía que exhibir ternura y compasión, o pretender sentir fe en Dios, podía hacerlo. Era parte de su habilidad profesional.

Aunque eso no significaba que tuviera que creérselo.

Hitman estaba apostado en la esquina de la calle Tres con la Séptima Avenida, observando la casa al otro lado de la calle, cuando la mujer abrió la puerta y escoltó a sus dos niños fuera. Imaginó que el chico tendría probablemente siete años. La niña era más pequeña, tal vez tenía cinco. Ambos iban ataviados para el clima de esa mañana de otoño y listos para el colegio. ¿Primer curso para el chico? ¿Preescolar o jardín de infancia para la niña? 47 no estaba seguro. Él nunca había experimentado esa clase de educación pública o de integración social.

La mujer, que parecía ser un ama de casa y una madre corriente, de treinta y pocos años de edad, cogió a los niños de la mano y caminó con ellos toda la manzana. 47 era paciente. Podía esperar a que la mujer regresara. No tardaría mucho. Dejar a

los niños en el colegio, darles un beso y prometer que les recogería más tarde ese día. Imaginó que estaría de vuelta en diez o quince minutos.

El asesino dio media vuelta y entró en una cafetería. Pidió un café largo y solo, mientras se preguntaba por qué a tantos clientes les gustaba hacer extrañas combinaciones —con leche, con esto o aquello, uno de moca, un capu... ccino—, cuando en realidad era la cafeína lo que todo el mundo quería. Podrían entrar y salir de la tienda mucho más rápido si simplemente pedían un café. Pero los caprichos y deseos de una persona normal no significaban nada para 47; cuando trataba de entenderlos, solo conseguía que le parecieran extraños.

Vestido con su traje negro de firma, camisa blanca y corbata roja, se sentó con su café, el maletín en el suelo siempre a su alcance, y observó pasar a la humanidad a través del escaparate.

No había duda sobre ello. La gente era peculiar.

Y él lo era aún más.

La mujer regresó a su casa exactamente doce minutos después de haberse marchado. Buscó en su bolso las llaves, abrió la puerta principal y entró. 47 sabía que el padre de los niños vivía en Manhattan. La pareja estaba divorciada.

Estaba sola.

El asesino terminó su café, tiró a la papelera el vaso de cartón y salió a la calle con su maletín.

Era un bonito y fresco día.

Hora de trabajar.

Llamó al timbre como si fuera un vendedor. Después de un momento, observó movimiento en la mirilla. Ella sabía que estaba allí. Sintió su vacilación, hasta que por fin se decidió a abrir la puerta.

—Maldita sea. Si es el Agente 47 —declaró.

—Cherry.

—¿Qué demonios...? Oí que estabas muerto.

—Aún no.

Ella le miró de arriba abajo, dudando si no sería un fantasma. Después de un momento de silencio, se echó a un lado e hizo un gesto para que entrara. Él pasó delante y ella cerró la puerta tras de sí.

Cherry Jones era uno de los muchos valiosos contactos que 47 tenía por todo el mundo. Nadie sospecharía jamás que esta modesta, divorciada, madre americana era una traficante de armas de alto nivel, distribuidora de droga e informadora del FBI, todo en uno. Parecía completamente inofensiva, pero 47 sabía que Cherry era tan letal como el que más.

Ella le condujo hasta el salón.

—¿Un café?

—Acabo de tomar uno al otro lado de la calle.

Ella asintió, entró en la cocina y se sirvió una taza para ella de un aparato de la

encimera. Cuando volvió junto a 47, sostenía el café con la mano izquierda y una Smith & Wesson en la derecha.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, 47? —preguntó.

—Aparta eso, Cherry. He venido por negocios.

—Pensé que tal vez quisieras cobrarte esa vieja deuda.

—Y yo pensé que tal vez podríamos hablar de eso.

—Iba a pagarte. Pero la vida se interpuso. Me divorcié. Tengo dos niños a mi cargo. Desapareciste. Como he dicho, pensé que estabas muerto.

—Aparta el arma y hablemos. —Dejó su maletín en el suelo y levantó sus manos vacías—. No estoy armado.

—Mentiroso. Tú siempre estás armado. Solo que no puedo ver tus armas.

Él permitió que una ligera sonrisa asomara a su cara.

—De acuerdo.

Cherry dejó la pistola sobre la mesa y se sentó en una silla junto a ella. La Smith & Wesson estaba a su alcance y 47 sabía que podía cogerla y disparar en el tiempo que cualquier persona normal tardaría en enviar la orden de hacerlo a su cerebro.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Te hice un préstamo de cien mil dólares —dijo mientras empujaba un camión de bomberos lejos de su pie. Entonces se sentó en el sofá y cruzó las piernas—. Estoy deseando olvidar ese préstamo, pero a cambio necesito con urgencia algo de equipo y cierta información.

—Estoy escasa de equipo últimamente. El negocio va mal. Y, en cuanto a la información, depende de qué clase necesites.

—Tienes acceso a material clasificado del FBI. Sé que ese ordenador tuyo del sótano está conectado con su red de seguridad. Puedes extraer cualquier documento, archivo, foto, informe. ¿No es así?

—Tal vez.

—Vayamos al sótano y te diré lo que estoy buscando. También me gustaría echar un vistazo a lo que tienes en *stock*. Necesito una herramienta concreta.

—¿Qué herramienta?

—Lo sabré cuando la vea.

Cherry dio un sorbo a su café.

—¿Y te olvidarás de los cien billetes? ¿Solo por una pieza de equipo y alguna información clasificada del FBI?

—Sí.

—Eso es increíblemente generoso de tu parte, 47. Está bien. Bajemos. —Cogió el arma y se levantó—. No te importará si me llevo esto, ¿verdad?

—Si te hace sentir más cómoda...

Ladeó la cabeza en dirección a una puerta. Cherry la abrió, mostrando una escalera. 47 descendió tras ella hasta un cuarto de juegos lleno de juguetes, una

televisión de pantalla plana y una cinta de correr. Cherry abrió otra puerta que daba paso a una habitación claramente fuera del acceso de sus hijos.

Estaba llena de armas en mesas y estanterías. Fusiles de asalto de alta tecnología, pistolas, bazookas, granadas de todo tipo, cuchillos, espadas y pequeñas bombas.

—Aquí tienes, 47. El Toys ‘R’ Us del crimen —declaró con una risa.

—¿Te ganas bien la vida, Cherry?

—No me quejo. Aunque, como te he dicho, el negocio no va bien. Demasiada competencia.

El asesino se movió entre las mesas, examinando las distintas piezas de armamento. Se detuvo ante una mesa en la que había bombas y granadas. Tomó una y la giró en su mano.

—¿Esto funciona? —preguntó.

—Pues claro que funciona. Quiero decir, que no va a matar a nadie, pero hace lo que se supone que debe hacer.

Asintió y se metió el objeto en forma de pera en el bolsillo de la chaqueta.

—Me la llevo.

—Muy bien.

47 siguió curioseando, se detuvo ante los cuchillos, cogió algunos, los volvió a dejar en su sitio y continuó el recorrido. Encontró una estantería llena de fuegos artificiales chinos.

—¿Por qué tienes esto? —preguntó.

—Está prohibida la venta de fuegos artificiales en la ciudad —explicó Cherry—. En la mayoría de los estados tienes que irte fuera del término municipal para comprarlos. —Se encogió de hombros—. Yo doy facilidades a los neoyorquinos para cuando quieren celebrar el Cuatro de Julio o el Año Nuevo. No son especialmente peligrosos.

—Pero arman mucho ruido, ¿no es así?

—Desde luego. Algunos de ellos sí.

—Muéstramelos.

Ella escogió unos cuantos y se los dio.

—Regalo de la casa. Y no quiero saber para qué los necesitas.

—Gracias.

—¿Y qué me dices de las drogas? Tengo anfetaminas, metadona, cocaína, heroína, oxicodona, marihuana... —Señaló hacia un armario donde había almacenados docenas de botes y latas—. Oh, espera, lo olvidaba. Tú no tomas ninguna de esas cosas.

47 se la quedó mirando durante un momento y luego dijo:

—Encendamos tu ordenador.

—¿Eso es todo lo que quieres?

—Sí.

—Eres un tipo curioso, 47. —Se acercó al escritorio, se sentó y encendió su Mac.

Hitman se quedó de pie detrás de ella—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Todo lo que el Departamento Federal tenga sobre Cromwell y su Nuevo Ejército Modelo. También me gustaría echar un vistazo al material referente a Charlie Wilkins. Ver si hay algún indicio de conexión entre ellos.

Cherry se rio.

—¿Charlie Wilkins? ¿Estás de broma?

—No.

—¡Es un predicador! ¿Cómo se llama esa religión que lidera, la Iglesia de...?

—La Iglesia de la Voluntad.

—Eso es. ¡La gente le adora! Cielos, veo su programa de televisión de vez en cuando. Es un buen entretenimiento. Le da mil vueltas a los *reality shows* que se ven en otros canales. Has perdido el juicio, 47. Eso es como decir que Gandhi era un terrorista.

—Tú solo consígueme esos documentos, Cherry.

—Está bien.

Se puso a escribir en el teclado, entró en la red de seguridad del Departamento Federal con una contraseña y empezó a indagar sobre el Nuevo Ejército Modelo. Aparecieron más de cien enlaces.

—Jesús, 47, ¿por dónde quieres empezar?

Él examinó las materias y señaló.

—Entra en esa.

Tenía todo lo que el FBI sabía sobre Cromwell. Numerosas páginas de texto.

Cherry se levantó.

—Siéntate y míralo tú mismo. Parece que vas a estar ocupado durante una hora o dos. Me vuelvo arriba. ¿Tienes hambre? ¿Puedo hacerte algo para comer?

—No. Gracias.

—Intenta no quedarte demasiado en un enlace. Rastrean ese tipo de cosas. Tienes que haber acabado para el mediodía. A esa hora recojo a Sally del jardín de infancia.

—¿Qué pasaría si no vas? —preguntó.

Ella le lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Pero esto tal vez me lleve un buen rato.

—El teléfono de mi ex marido está en la agenda de la guardería. Pero tendría que venir desde Manhattan. Preferiría que eso no pasara, 47, porque es un auténtico gilipollas. Solía pegarme cuando estaba borracho. Tú nunca supiste que me saltó de golpe dos dientes hace unos años. Fue un divorcio horrible. Era muy codicioso y tuvo un abogado mejor. Bill tiene un régimen de visitas, pero a mí no me gusta. A los niños tampoco les gusta demasiado su padre. Y, francamente, no quiero que Sally o Billy te vean aquí. ¿De acuerdo?

Le dejó solo, pero mantuvo la puerta de su santuario privado abierta.

Un buen asesino siempre cumple su trabajo. A 47 le parecía importante estudiar

sus objetivos, conocerlos personalmente, incluso si no llegaba a encontrarse con ellos durante el curso de la operación. Ya había indagado sobre Dana Linder. Ella era fácil. Aparentemente, no tenía ningún esqueleto en el armario, más allá de ser miembro de la Iglesia de la Voluntad, si es que eso valía para algo. Ella y su hermano gemelo, Darren, habían perdido a su padre en un accidente de caza en Maryland justo antes de su duodécimo cumpleaños. Su madre, según supo 47, estaba asociada con Charlie Wilkins desde el principio. Ella y su marido eran miembros de la «moderna» casa de oración de Wilkins, la precursora de la Iglesia de la Voluntad. En los años setenta, a la iglesia de Wilkins le cortaron los fondos con los que organizaba las campañas itinerantes evangélicas. Después de la muerte de su marido, la señora Shipley se dedicó a viajar con Wilkins, llevando consigo a los gemelos adondequiera que fueran. Murió de cáncer cuando los niños aún estaban en el instituto. Wilkins los mantuvo en su organización, criándolos con la ayuda de otros seguidores de su Iglesia, e incluso sufragando gran parte de los gastos de la educación de Dana.

Interesante, pensó Hitman.

Mientras analizaba todo el metraje conservado de la campaña de Dana Linder, con sus discursos y apariciones, el asesino supo cómo llevaría a cabo el golpe. Una ejecución pública era siempre complicada, pero no estaba por encima de sus habilidades. Ya tenía un plan en mente. Pero lo que le interesaba más eran los antecedentes de su segundo objetivo, si las órdenes seguían adelante. Wilkins era un blanco fascinante; 47 no estaba seguro de si alguna vez había asesinado a alguien tan famoso.

Estudió el expediente y las fotos. El FBI no tenía idea de quién era Cromwell en realidad, pero una información fiable sugería que había seguido un entrenamiento militar y debía de tener la edad suficiente para haber servido en Irak o en Afganistán. La cara que aparecía en televisión no era la misma con la que había nacido. La cirugía plástica había cambiado sus facciones considerablemente. Además tenía un brazo prostético, de modo que era muy probable que el hombre hubiera participado en combates reales. Quiquiera que le hubiera realizado la cirugía plástica había hecho un excelente trabajo. Ahora Cromwell tenía unos rasgos duros y cincelados que le daban el aspecto de un dios romano. La piel era un tanto brillante y obviamente injertada, pero no tenía mala pinta. Recordaba un poco a uno de esos muñecos de goma infantiles.

El Nuevo Ejército Modelo llevaba dos años operativo y, supuestamente, se había establecido en el Pacífico Noroeste, más probablemente en Oregon o en el estado de Washington. Estaba compuesto por un grupo de entre cincuenta y cien hombres, los cuales habían sido en su día o bien soldados profesionales o bien entusiastas militaristas del país. El FBI y el Pentágono estaban investigando un posible mercado negro de venta de armas entre miembros del NEM y auténticos infantes de marina y soldados. Al igual que últimamente el gobierno se había vuelto corrupto, lo mismo les había sucedido a sus ramificaciones militares.

Mientras que todo lo que el NEM hacía era criminal, la mayoría de los americanos consideraban a Cromwell un héroe del pueblo. Cada vez que el FBI decidía atacar un campamento sospechoso de pertenecer al NEM, el grupo de alguna forma se enteraba del inminente ataque y se marchaba a toda prisa. Ya no se creía que Cromwell y sus hombres tuvieran una base permanente de operaciones. Se movían de ciudad en ciudad, trabajando con las milicias locales y rebeldes que les daban cobijo y comida.

Y los ataques que realizaban se estaban desplazando hacia el este a través del país.

47 analizó el resto del documento y pasó al siguiente. La nueva carpeta, titulada «Nuevo Ejército Modelo y la Iglesia de la Voluntad», contenía varios archivos. Pasó la siguiente media hora examinando cada uno, pero eran poco concluyentes. La única actividad sospechosa evidente eran las llamadas de móvil hechas a y desde campamentos sospechosos del NEM al cuartel general de la Iglesia de la Voluntad en Virginia. El FBI había intentado intervenir legalmente las líneas telefónicas del recinto de Wilkins pero más de un juez les había denegado el permiso. 47 se quedó muy sorprendido de que la Oficina Federal no hubiera seguido adelante sin esperar autorización. Aparentemente Wilkins tenía más poder e influencia de lo que Hitman había imaginado, pero no había ninguna prueba de que el reverendo en persona estuviera involucrado con el NEM.

Uno de los archivos contenía una imagen vía satélite y el correspondiente mapa de Greenhill, el recinto de la Iglesia de la Voluntad en Virginia. Había varios planos que mostraban la planta de la mansión de Wilkins. A 47 le pareció interesante que la casa del hombre estuviera tan bien protegida. ¿Una cristalera, a prueba de balas, del tamaño de una pared dando al lago? Sin duda el hombre no tenía miedo de ser atacado por una fuerza de asalto anfibia. No obstante, Hitman pensó que el archivo podría serle útil, especialmente si tenía que actuar de forma encubierta. Había una caja transparente que contenía CD vírgenes a un lado del escritorio, de modo que cogió uno, lo insertó en el ordenador y copió el plano en el disco.

—¿Has acabado ya? —preguntó Cherry desde lo alto de la escalera.

Extrajo el disco y lo cogió.

—Sí.

Ella bajó y miró a la pantalla.

—¿Has cogido todo lo que necesitabas?

—Eso creo.

Se apoderó del ratón y, tecleando la contraseña, apagó el ordenador.

—Cherry, ¿estás ahí abajo? —llamó una voz de hombre desde lo alto de la escalera. Ambos escucharon los pasos descendiendo.

—¡Mierda! —susurró Cherry—. ¡Mi ex! Tenemos que...

Pero antes de que ella o 47 se movieran, un hombre apareció, con los ojos como platos y la boca abierta. Era un poco mayor que Cherry e iba vestido con traje.

—¿Qué demonios es esto? ¿Desde cuándo tenemos esta habitación extra en

nuestra casa? —Entonces vio las pistolas y el resto de las armas—. ¿Qué co...? —Se volvió hacia 47—. ¿Y quién coño es usted? —Y de nuevo hacia Cherry—. Vas a decirme qué está pasando aquí ahora mismo.

—Bill, cálmate, esta es ahora *mi* casa, y no es lo que piensas —contestó Cherry, pero 47 pudo advertir que estaba palpablemente angustiada. Además se había dejado la Smith & Wesson arriba—. ¿Y cómo demonios has entrado? El juez dijo que no se te permitía tener una llave.

—Sí, llamemos al juez —replicó el hombre acercándose a su ex mujer—. ¿Has tenido a *mis* hijos viviendo en una casa con estas malditas armas? ¡Espera a que mi abogado se entere de esto! No volverás a ver a esos mocosos nunca más.

El Agente 47 tuvo la presencia de ánimo, a pesar de la conmoción, de deslizarse hasta el pie de las escaleras y quedarse allí, bloqueando la salida de Bill.

La ex pareja continuaba gritándose el uno al otro. Resultaba evidente que el hombre no podía abandonar la casa conociendo las actividades clandestinas de Cherry. Demasiada gente resultaría herida y el asesino perdería un valioso contacto. ¿Y no había dicho que el hombre solía pegarle? Sin duda los niños echarían de menos tener un padre, pero claramente el marido estaba yendo en la dirección equivocada en una calle de sentido único.

Por encima del hombro de Bill, 47 advirtió que Cherry estaba asintiendo. Era la señal, la luz verde.

47 decidió intervenir.

—Bill.

El hombre se dio la vuelta furioso.

—¿Qué?

El asesino agarró la cabeza del hombre con sus manos enguantadas, haciéndola girar violentamente hacia la derecha. Tras un sonoro crujido, la tercera vértebra cervical se partió y un fragmento atravesó la espina dorsal de Bill.

La boca de Bill se abrió mientras caía. Estaba muerto antes de chocar contra el suelo, su cuerpo desplomado en una posición antinatural.

Transcurrió un momento de silencio.

—Gracias, 47 —dijo Cherry, exhalando con fuerza—. Si hubiera conseguido salir vivo de aquí, me habría hundido en la mierda.

—¿Qué hacemos con el cuerpo? ¿No sospechará de ti la policía?

—Conozco un excelente equipo de limpieza. Destruyen cualquier evidencia. Será como si nunca hubiera estado aquí.

47 miró el cuerpo.

—Me has hecho un favor, 47 —dijo ella—. Era algo que deseaba hacer desde hace mucho tiempo. Era un maldito bastardo.

—No lo he hecho por tu situación doméstica —respondió 47—. Lo hice porque no tenía elección. Sabía demasiado.

Cherry acabó por asentir.

—¿Hay algo más que necesites? ¿Cualquier otra cosa?

El asesino consideró sus palabras durante un momento y luego hizo un gesto hacia el armario de las medicinas. Ella dudó un instante, se acercó a él y lo abrió.

—Sírvelo tú mismo —indicó.

Encontró varios botes de oxicodona y se los metió en el bolsillo de la chaqueta.

Cuando volvieron al piso de arriba, le pidió utilizar el baño mientras Cherry llamaba al equipo de limpieza. Se metió una pastilla en la boca y, cogiendo un poco de agua con la mano ahuecada, se la tragó. Luego se marchó tranquilamente de la casa sin decir adiós y cogió un taxi en la Séptima Avenida.

Próxima parada, el aeropuerto.

Aterricé en O'Hare. Chicago. La siguiente parada en la campaña electoral de Dana Linder era un mitin en el Pabellón Jay Pritzker, en el Parque del Milenio, frente a la Gran Pradera. Al día siguiente.

Allí estaría.

Alquilé un coche y conduje hasta Des Plaines, no muy lejos del aeropuerto. Las instalaciones de la empresa de alquiler de trasteros fueron fáciles de localizar. Ya llevaba la llave conmigo, así que ni siquiera tuve que registrarme en el mostrador principal. Simplemente aparqué frente al edificio de almacenes, subí las escaleras hasta la segunda planta y abrí la puerta del 210. Mi maletín y otras cosas de mi equipo, incluyendo un rifle de francotirador M40A3 del ejército americano con culata extraíble expresamente modificado, me estaban esperando. Hasta el momento todo iba como la seda.

Conduje de vuelta a la ciudad y dejé el coche en uno de los garajes del Loop^[8]. Había empezado a refrescar. Chicago era la Ciudad del Viento, de modo que la temperatura siempre era más baja que en Nueva York.

El Parque del Milenio estaba atestado de gente a cualquier hora del día. Al día siguiente se esperaba que varios miles de personas se congregaran para el mitin de Linder. La policía ya había instalado vallas de madera alrededor de la zona para controlar a la multitud. Los voluntarios estaban ocupados colocando pancartas y banderitas. El pabellón era una auténtica colmena.

Hora de ponerse a trabajar.

Planear una operación generalmente implicaba tres cosas.

Una, indagación. Tenías que conocer a tu objetivo. Había estudiado todo cuanto pude sobre Linder. Sabía que estaba casada y que tenía dos hijos adolescentes. Sabía que era lista y que se rodeaba de gente aún más lista para trabajar. Estaría bien protegida.

Dos, conocer el escenario. Siempre que fuera posible tenías que visitar el lugar donde se iba a dar el golpe. Por eso estaba allí. Quería hacerme una idea de la luz

durante el día, de la ubicación de los diversos obstáculos tanto naturales como fabricados por el hombre y de las posibles rutas de escape. ¿Cuáles eran los puntos peligrosos? ¿Cuál el lugar más seguro desde el que actuar?

Tres, planear el golpe. Tenía que decidir qué arma iba a utilizar y cómo usarla. Teóricamente, lo mejor era hacer que un asesinato pareciera un accidente. Esta vez, sin embargo, el cliente quería un asesinato público. ¿Por qué? Lo ignoraba y tampoco me importaba. Un trabajo es un trabajo. Si el cliente era realmente el gobierno de Estados Unidos, como sospechaba la Agencia, entonces matar a un político delante de las cámaras de televisión no tenía mucho sentido. Uno siempre hubiera creído que sería mejor hacerlo de modo subrepticio y que pareciera un accidente. El cliente había proporcionado el rifle de francotirador M40A3. No estaba mal. Lo probaría esta noche. La munición parecía estar en buenas condiciones. Se suponía que debía dejar el rifle en el lugar tras el asesinato. Quizá su rastro podría llevarles hasta otra persona. Quizá pretendían acusar a otro asesino que pudiera ser identificado por el número de serie del arma. Me daba absolutamente igual, habría desaparecido mucho antes de que la policía comprendiera lo que había sucedido.

A veces recibía encargos especiales de los clientes. Por ejemplo, mostrar la fotografía del cliente al objetivo justo antes de morir para que supiera quién había ordenado su muerte y que aquel fuera su último pensamiento. Tenía sentido. Una especie de justicia para el cliente. Cuando se trata de lo que hago para vivir, no importa quién lo haga, no existe el bien y el mal. Ciertamente podía sentirme mal por Dana Linder. Y sin duda, su familia se quedaría muy triste. Su muerte saldría en todos los medios internacionales. Desconocía si ella era buena o mala persona, ni tampoco me importaba. Supongo que, de alguna forma, me ayudaba saber que el objetivo no era buena gente pero, por lo general, no me importaba demasiado.

Yo solo hacía mi trabajo con la mayor precisión y profesionalidad de la que era capaz.

Durante la siguiente hora, caminé por el parque hasta encontrar el mejor sitio desde donde disparar a Dana Linder. El rifle tenía un alcance de unos novecientos metros. Eso era mucho. El gran y curvado puente de acero en el extremo sudeste del parque resultaba prometedor. Emplé una media hora en medir con mis pasos la distancia entre el punto más alto del puente y el estrado. Luego comprobé mis cálculos con un láser de mano del tamaño de una pluma. Solo me había equivocado en dos metros con setenta centímetros. Eso serviría. Las cosas que me llevé de casa de Cherry también desempeñarían un papel importante en la empresa. Encontré un contenedor adecuado para una de ellas en mitad de la enorme pradera delante del pabellón. Examiné el cielo y advertí algunas nubes. No suelo fallar prediciendo el tiempo. De todos modos, seguiría por televisión los pronósticos de los meteorólogos locales. Definitivamente hacía bastante viento tan cerca del lago Michigan, así que tendría que ajustar mi puntería. Advertí unos mástiles en el lado oeste del parque. Las banderas me proporcionarían una buena indicación de la velocidad del viento

antes de disparar. Perfecto.

Saberme al dedillo la ruta de escape me había salvado en numerosas ocasiones; a menudo solía ser la llave para que el golpe pareciera cosa de magia. Así que pasé otra hora caminando por las calles de alrededor del parque. Aunque empezaba a hacer frío, me tomé el tiempo para memorizar la ubicación de los mejores sitios de cobertura. Si se producía un tiroteo, necesitaba saber qué lugar ofrecería la protección adecuada para mí o para un oponente. Sabía que podía confiar en ser más rápido y preciso que una persona normal, pero no se pierde nada por ser precavido y planificar las cosas por adelantado.

Aún me quedaba algo más que hacer: necesitaba encontrar un par de cosas que me hacían falta. Lo que incluía un disfraz.

Cuando salía del parque, un autobús de dos pisos de visitas guiadas pasó por la avenida Michigan. Estaba lleno de turistas, tanto en la parte de arriba como en el interior. Iban saludando a la gente de la calle. Durante un segundo, me pareció ver a la figura sombría sentada arriba. La Muerte. Sin rostro y fría. Mirándome directamente.

Sentí ese pellizco de ansiedad de nuevo y me di cuenta de que no había tomado ningún analgésico desde hacía un buen rato. ¿Estaría alucinando? Probablemente.

El momento pasó y el autobús desapareció.

Podía dejar esas pastillas en cualquier momento. Sabía que podía.

Solo que no quería. Y mucho menos ahora.

La policía estimó que nueve mil personas acudieron al mitin de Diana Linder en el Parque del Milenio de Chicago. Ubicado entre la avenida Michigan y Columbus Drive, justo al norte del famoso Instituto de Arte, el parque era la atracción de la ciudad.

El Pabellón Jay Pritzker, construido por el arquitecto Frank Gehry, era el centro de atención. Linder debía pronunciar su discurso de campaña desde su escenario. El edificio, de más de treinta y seis metros de altura, tenía la forma de una flor rara. Una retorcida corola hecha de láminas de acero inoxidable pulido enmarcaba el arco del proscenio, todo ello conectado con una cubierta formada por un entramado de tubos de acero que se extendía sobre los más de cuatro mil asientos fijos. La Gran Pradera, frente al escenario, podía albergar a otras siete mil personas. Habían sido instaladas dos pantallas gigantes para el evento, una a cada lado del proscenio, para que la audiencia pudiera tener un acceso más directo y cercano a Dana Linder.

Otra de las obras de Gehry, el puente peatonal BP de doscientos ochenta y dos metros de longitud, sobrevolaba Columbus Drive conectando el parque con la plaza Daley Bicentennial, situada al este del parque y bordeando el lago Michigan. La larga y serpenteante pasarela, también revestida con placas de acero inoxidable pulido, complementaba el pabellón tanto en su función como en su diseño, creando una barrera acústica al ruido del tráfico de debajo. Su estructura era utilizada tanto por peatones como por corredores. Desde la parte alta del puente, los peatones podían contemplar la impresionante silueta de Chicago y una vista completa del parque. La pasarela estaba, cómo no, abarrotada no solo por los usuarios habituales, que se servían de su estructura para hacer ejercicio, sino también por asistentes al acto.

Desde el extremo sur del puente, uno disfrutaba de unas vistas excelentes del escenario del pabellón, aunque a cierta distancia.

Una distancia, sin embargo, que resultaba suficiente.

Los mítines políticos solían ser eventos pacíficos que concluían sin incidentes. Aunque, por otro lado, podían ser un polvorín listo para prenderse por una chispa

inadvertida e imprevista. Cuando una concentración de esa magnitud se organizaba en la ciudad, lo mejor era dotarla de fuerte presencia policial; por eso los hombres y mujeres de azul habían acudido en tropel. La mayoría estaba dispersa por la pradera y alrededor del pabellón, pero un oficial se había apostado en la cima del puente, su vista orientada al sur, hacia la multitud. Otros tres policías, de espaldas al puente, estaban situados en el extremo sur, donde la pasarela desembocaba en la pradera.

La mujer que empujaba un cochecito de niño por el puente BP desde la plaza Daley, era alta y delgada, pero no tanto como para llamar la atención. Vestía un traje de chaqueta y pantalón azul y gris, totalmente anodino. Una gorra de béisbol de los Chicago Cubs cubría una poblada cabellera gris, al tiempo que unas gafas de sol ocultaban sus rasgos faciales lo bastante para aquellos que le echaran un segundo vistazo. Por lo demás, parecía ser una abuela dando un paseo a su nieto en un bonito día de primeros de octubre.

En el punto más alto del sinuoso puente, la mujer contempló el parque y la masa humana que ocupaba la Gran Pradera. Todas las miradas estaban centradas en el escenario del pabellón, donde los festejos habían comenzado con la banda de música de un instituto local interpretando patrióticas melodías como «Yankee Doodle Dandy» y «Barras y Estrellas», como preludeo a la aparición de la candidata a la presidencia.

Cuando la música terminó, la mujer se inclinó sobre el cochecito, hizo un gesto de arrullo y sacó un biberón para dárselo al bulto del interior. Nadie le prestó la menor atención.

Uno de los diputados por Illinois del Primer Partido de América salió al escenario para caldear a la audiencia. Habló de los valores nacionales y de su importancia en el gran esquema de la democracia, haciendo especial hincapié en los objetivos del partido. Luego anunció por sorpresa una conexión satélite con alguien que todos conocían y querían.

Charlie Wilkins.

La mujer del cochecito terminó de dar el biberón al indistinguible bebé del interior, se enderezó y centró su atención en las enormes pantallas de televisión.

La multitud vitoreó efusivamente a la imagen de Wilkins.

—Saludos a todos vosotros —dijo—. Siento no poder estar ahí en persona para unirme a mi buena amiga Dana en Chicago. Pero quiero que sepáis que ella cuenta con mi respaldo, mi apoyo y mi amor. Conozco a Dana desde que era una niña. Ella y su hermano Darren, Dios bendiga su alma, eran feligreses bajo mi tutela y guía allí en Maryland, cuando la Iglesia de la Voluntad era solo una organización en ciernes. Supe entonces, como lo sé ahora, que Dana tenía el talento y el liderazgo necesarios para devolver a esta gran nación a su mayor gloria. Con Dana Linder a la cabeza, os garantizo que Estados Unidos será de nuevo el número uno. Así que, ahora, permitidme desaparecer de vuestra vista, que yo ya he tenido bastante, y dejad que os presente a la persona que liderará al pueblo americano a alcanzar los valores y

objetivos del Primer Partido de América: la Senadora Dana Shipley Linder.

Las hordas rugieron de emoción. Si había alguna duda sobre el apoyo que tenía la candidata, esta quedó rápidamente disipada.

Hasta los abucheos y silbidos de un grupo de Demócratas y un puñado de Republicanos, que se habían congregado en distintas zonas separadas de la Gran Pradera, quedaron sofocados y resultaron completamente inútiles.

La imagen de Wilkins desapareció de las pantallas de televisión cuando Dana Linder entró en escena. Iba vestida con un elegante traje de ejecutiva de tonos pálidos. Su rostro ocupó los monitores gigantes, sonriendo radiante a la multitud. Pasó más de un minuto hasta que la audiencia se calmó y la permitió hablar. Su voz resonó exuberante a través del parque.

—¡Compatriotas!

Más vítores.

—¡Buenas tardes, Chicago!

Gritos aún más atronadores.

—No sois admiradores del deporte, ¿verdad?

La multitud enloqueció.

—Bueno, a ver qué os parece esto como deporte. ¡El próximo cuatro de noviembre acudid a las urnas y llevad a una candidata del Primer Partido de América a la Casa Blanca!

Regocijo general.

Linder continuó con un discurso cuidadosamente preparado, diseñado para motivar y suscitar el entusiasmo y la excitación entre sus oyentes.

La mujer del cochecito miró a un lado y a otro del puente y confirmó que todos los ojos estaban fijos en el escenario del pabellón.

Había llegado el momento. Fue entonces cuando el tiempo pareció ralentizarse y cada pensamiento, cada acción, dio la sensación de durar una eternidad, cuando en realidad eran apenas fracciones de segundo las que habían transcurrido entre cada movimiento.

La mujer observó las banderas ondeando en los mástiles y calculó la velocidad del viento y la dirección. Perfecto.

El ruido del altavoz de Linder cesó. El sonido del aire se tornó en un vacío.

En un movimiento impecablemente ensayado, la mujer estiró el brazo hacia el cochecito y sacó un teléfono móvil. Rápidamente marcó un número y volvió a dejar el móvil en el interior. Un instante después, una serie de explosiones, sorprendentemente atronadoras, se produjeron en un contenedor de basura situado en mitad del parque. La gente de alrededor empezó a gritar de pánico, reaccionando ante el súbito clamor. Eso desvió la atención de todo el mundo, incluida Linder.

La anciana del puente colocó su arma en posición, apoyando el cañón sobre el cochecito a modo de trípode. Flexionó ligeramente las rodillas y apuntó. A pesar de las gafas de sol, tuvo una visión nítida de Linder a través de la mira telescópica

Schmidt & Bender.

La frente de Linder aparecía en el centro de la retícula. Su boca abriéndose y cerrándose, pronunciando palabras que la férrea concentración del francotirador hacía inaudibles.

El dedo índice de la mujer tocó el gatillo. Todo lo que se necesitaba era un leve contacto. Se tomó un breve segundo para respirar y luego, instintiva y eficientemente, aplicó la presión justa.

El disparo salió del puente a toda velocidad.

Sin detenerse a mirar si el objetivo había sido alcanzado —la mujer sabía que así era—, buscó en su bolsillo y extrajo la granada de humo que había cogido del arsenal de Cherry Jones. Tiró de la anilla y la lanzó a unos cuantos metros del cochecito. Con un sonoro estampido parecido a un «bum», una densa humareda color violeta cubrió esa sección del puente BP. Los peatones gritaron.

El tiempo recuperó su ritmo normal.

La visibilidad había quedado reducida a cero. Entonces surgieron los primeros gritos y reacciones de la multitud más cercana al escenario. Algo había sucedido. Algo malo.

Silbatos policiales. Gritos. Un pandemónium.

La nube de humo tardó varios minutos en disolverse. Para entonces, una gran multitud de curiosos se había congregado a los pies del puente mientras policías de uniforme intentaban desesperadamente contenerles. Todos gritaban a la vez:

—¡Alguien ha disparado a Dana!

—¡El asesino estaba en el puente!

—¡Era una mujer!

—¿Adónde ha ido?

—¿Qué ha ocurrido?

Uno de los oficiales se acercó, pistola en mano, sigilosamente al cochecito, que aún seguía donde la mujer lo había abandonado. Miró en su interior y no encontró ningún niño, solo un rifle de francotirador M40A3, una peluca gris, una gorra de béisbol y un traje de chaqueta gris y azul de mujer que había sido literalmente arrancado de un cuerpo.

El Agente 47, con su calvicie natural, ataviado ahora con su traje negro —que llevaba puesto bajo el disfraz de mujer—, permaneció entre la agitada multitud, participando en los gritos y el clamor. Era uno más de la masa, fundiéndose hábilmente entre el caos que le rodeaba.

Mientras la policía aunaba esfuerzos para obligar a la multitud a retirarse del puente, 47 se deslizó en dirección sur hacia la Gran Pradera. La audiencia se esforzaba en divisar el escenario, ansiosos por tener noticias de lo que acababa de suceder. El asesino se movió lentamente entre ellos, fingiendo ser uno más de los preocupados seguidores. Las pantallas de televisión junto al escenario se habían quedado en blanco y un grupo de trabajadores de la campaña y policías se había

arremolinado ante el cuerpo tendido de Dana Linder.

A 47 le llevó más de veinte minutos abrirse paso hasta la parte sur de la pradera. Espió por el rabillo del ojo el contenedor de basura que ahora estaba inspeccionando la policía. Los fuegos artificiales que se llevó de casa de Cherry habían conseguido el engaño, una vez que les instaló un detonador que podía activarse por teléfono. Habían aportado la suficiente distracción. Satisfecho consigo mismo, continuó andando hasta la plaza AT&T, en la que se encontraba la famosa escultura de acero *Puerta de Nubes*, apodada comúnmente «la judía». La imagen del parque y del alboroto reinante se reflejaba en su superficie de plata distorsionada como en un espejo de feria, cuando 47 se miró en ella y se ajustó la corbata.

Luego, tranquilamente, se dirigió caminando a la plaza McCormick Tribune y la Pista de Hielo, que aún no había sido abierta para el invierno, hasta llegar a la acera de la avenida Michigan. Desde allí continuó hacia el Instituto de Arte y se pasó las siguientes dos horas admirando su mundialmente famosa colección y matando el tiempo, aparentemente ignorante del horror que se había desencadenado en el parque ese día.

Ya lo vería en las noticias de la noche.

Helen McAdams estaba sentada sola en su despacho de la mansión Greenhill, justo al final de un largo pasillo, a la vuelta de la esquina del espacio privado de Charlie Wilkins. Sabía que su jefe estaba desconsolado, como lo estaba todo el mundo en el recinto. Dana Linder había sido como una hija para Wilkins. Helen lo sentía mucho por él.

El asesinato había afectado profundamente a cada miembro de la Iglesia de la Voluntad. Una especie de sombría mortaja se había extendido sobre el recinto de Virginia, aunque tampoco ayudaban demasiado las incesantes y fuertes lluvias de octubre, y los negros nubarrones que planeaban constantemente sobre el lago Aquia.

La reacción en todo el mundo había sido de conmoción e incredulidad. En los tres días transcurridos desde el incidente de Chicago, las teorías de conspiración y los rumores se habían apoderado de Internet, de los periódicos y de los programas de televisión. El asesino, por supuesto, no había sido atrapado, la mujer —o el hombre— en cuestión no había dejado demasiadas pistas. No se encontraron huellas ni ningún indicio revelador en el cochecito. La ropa y la peluca resultaron inútiles: podían haber sido adquiridas en cualquier tienda o Walmart del país. El único hallazgo significativo era el rifle M40A3 encontrado en la escena, que estaba registrado a nombre de un soldado destinado en Fort Hood, Texas, aunque este había informado —y el ejército así lo había confirmado— de que el arma le había sido sustraída un mes antes. Este hecho fue la chispa que prendió la teoría de la conspiración más extendida, en la que se afirmaba que la administración actual era, de alguna forma, responsable. El presidente había ordenado el asesinato. La CIA lo había ejecutado. Mucha gente pensaba que el gobierno tenía tanto miedo al Primer Partido de América que había acudido a ese último recurso para ganar las elecciones. La Casa Blanca negaba categóricamente cualquier implicación en la muerte de Dana Linder.

La policía y los detectives del FBI no tenían pistas. Los testimonios de los testigos presenciales eran totalmente contradictorios. Una gran mayoría sostenía que el tirador era una mujer que se desvaneció entre una nube de humo. Mentes más frías sugerían

que el asesino era un hombre disfrazado de mujer. Los vídeos de vigilancia habían captado imágenes del asesino en acción, pero los analistas no fueron capaces de distinguir el sexo. Después de que la granada de humo estallara, cualquiera de las teorías manejadas parecía desvanecerse. La enorme aglomeración de personas en el puente hacía imposible intentar un reconocimiento facial en el ordenador. Ciertamente el asesino se había evaporado en el aire.

Helen suspiró tristemente mientras leía otro blog incendiario en su ordenador. Había sido un día muy emotivo. Esa mañana, Wilkins había presidido una ceremonia funeraria en memoria de Linder en la iglesia de Greenhill. Dignatarios de todas partes del país, incluido el Presidente Burdett, habían asistido. Uno de los momentos más duros y emotivos tuvo lugar cuando el mandatario expresó sus condolencias al marido de Linder y a sus hijos adolescentes, devastados por la pena. No se permitieron cámaras de televisión en el interior. Después del servicio, los vips desaparecieron rápidamente del lugar, la familia regresó a su casa en Maryland, y Wilkins se encerró en su despacho para rezar y reflexionar sobre el terrible suceso.

Normalmente Helen solía estar muy ocupada cuando estaba en el trabajo, pero ese día no había nada que hacer. Pensó en marcharse de la mansión y regresar a su apartamento. Durante el sermón, Wilkins les había dicho a los miembros de la Iglesia que no tenían que acudir a trabajar y que podían irse a casa para llorar su pena si así lo deseaban, pero Helen no se movió de su escritorio. Quería estar allí por si Charlie la necesitaba.

Como si Wilkins hubiera leído sus pensamientos, el intercomunicador zumbó. Helen pulsó el botón y preguntó:

—¿Sí, señor?

—Oh, Helen, aún está ahí.

—Sí, señor. Aquí estoy.

—¿Podría venir a mi oficina? ¿Está ocupada?

—No, señor. Ahora mismo voy.

Contenta por no haberse ido a casa, Helen se levantó y salió de su despacho. Dado que el edificio estaba prácticamente vacío, apenas había unas pocas luces encendidas. Recorrió los tres metros que la separaban de la intersección en forma de T en el vestíbulo, giró a la izquierda, y siguió andando por el oscuro pasillo de casi ocho metros, decorado con obras religiosas de distintas culturas y creencias. Finos haces de luz parpadeante se filtraban por la puerta levemente entornada del espacio exclusivo de Wilkins.

Cuando llegó al umbral, Helen llamó a la puerta.

—¿Helen? Entre.

Empujó la puerta. La espaciosa oficina estaba iluminada únicamente con velas. Wilkins estaba sentado en su gran escritorio de roble frente al ventanal que ocupaba toda una pared, dando al lago Aquia. Estaba contemplando la tormenta que se desencadenaba fuera mientras los rayos alcanzaban el agua.

—Las cuatro de la tarde y está más oscuro que por la noche —dijo mientras ella se acercaba—. Esto tiene que significar algo, Helen.

—¿Señor?

Se volvió hacia ella.

—Siéntese. —Hizo un gesto hacia una de las sillas que normalmente utilizaban sus ayudantes. Helen se sentó obediente y cruzó las manos sobre su regazo.

Él estaba callado. Ausente.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó.

—¿Eh? Oh, sí, sí, lo siento. Le he pedido que viniera por una razón, Helen —dijo Wilkins. Giró su silla-trono de la vista de la ventana y la miró a la cara—. ¿Ha oído las últimas noticias?

—Hoy no, señor.

—El Nuevo Ejército Modelo ha atacado dos edificios federales, uno en Pittsburgh y otro en Filadelfia. Uno está completamente destruido y han muerto siete personas. El otro sufre graves daños estructurales, y además ha muerto un hombre. Hay muchos heridos. Es deplorable. Cromwell ha hecho una declaración diciendo que es en venganza por el asesinato de Dana Linder a manos del gobierno de Estados Unidos.

—Pero señor, eso no es así, ¿verdad? —preguntó.

—Helen, no tiene que llamarme «señor». Por favor, llámeme Charlie.

—No puedo evitarlo, señor. Siempre pienso en usted como señor. —Soltó una risa nerviosa—. Lo siento. Está bien, Charlie. Lo intentaré.

—Gracias.

—¿Así que es verdad? ¿Lo de la conspiración?

—No son más que especulaciones alimentadas por los medios, Helen. No hay pruebas. Ese rifle pudo haber llegado de cualquier parte, si realmente fue robado de la base. Lo que me inquieta es que haya gente que crea que, de alguna forma, estoy vinculado a Cromwell. Y eso no es verdad.

—Yo le creo, se... Charlie.

—Quiero que se ponga a trabajar con George de inmediato para empezar una campaña que disipe ese mito.

Helen asintió. George, uno de los ayudantes, era un competente escritor.

—Muy bien.

—Y hay otra tarea que me gustaría que empezara a partir de mañana.

—¿Cuál es, señor?

—Quiero que sea mi enlace entre el equipo para la campaña presidencial y todos los de aquí en Greenhill.

Al principio no entendió lo que le estaba diciendo.

—Sí, señor. Estaré encantada. —Entonces parpadeó—. Espere. ¿Campaña presidencial?

—Sí, Helen. He decidido lanzarme al ruedo. Es un poco tarde, porque las elecciones son el mes que viene, pero alguien del Primer Partido de América tiene

que dar la cara. Es esencial. Y supongo que soy yo quien tiene que hacerlo.

Helen se llevó las manos a la boca.

—Estoy segura de que eso es lo que Dana... —Se detuvo. Tal vez no fuera apropiado que lo dijera.

—¿Qué? ¿Piensa que es lo que Dana hubiera querido que hiciera? —preguntó.

—Sí, señor.

—Bueno, pues yo también lo pienso. Y creo que estoy obligado a hacerlo. Póngame a George al teléfono y pregúntele si puede venir a la mansión. Dígale que traiga su paraguas. Voy a anunciar mi candidatura esta noche en las cadenas nacionales de televisión y necesitaré tener el discurso preparado cuanto antes. —Se frotó las manos.

—Ahora mismo, señor. —Se levantó y se encaminó rápidamente a la puerta, entonces se detuvo y se giró hacia él—. ¿Señor? ¿Charlie?

—¿Sí?

—Creo que va a ganar, señor. De verdad lo pienso.

Wilkins alzó una ceja y la sonrió con esa pose tan característica que ponía para los medios.

—También yo, querida —declaró.

Cuando se quedó solo, Charlie Wilkins cogió el teléfono de su línea privada e hizo una llamada.

Un hombre descolgó al otro lado de la línea.

—Charlie.

—Bueno, bueno. Al parecer has estado muy ocupado —declaró Wilkins.

—Ya se lo dije. Ha sido por Dana, señor. Ya lo sabe.

—Cromwell, no puedo tolerar la violencia. Hoy ha muerto gente.

—Lo sé, y siento los daños colaterales, pero es lo que hay. Estamos en guerra con el gobierno de Estados Unidos, señor, y van a pagar por este terrible crimen. Sé que Burdett y su pandilla de aduladores están detrás.

—Eso no lo sabes.

—Sí, admítalo, señor. En su corazón sabe que es cierto. Mire en su interior, mire en su Voluntad. Eso es lo que siempre me dice, y es lo que la Voluntad me dice.

—Me temo que estoy de acuerdo contigo —confesó Wilkins—. Yo también lo creo. Aunque no estoy muy seguro de hacer bien al decirlo. Esta noche anunciaré mi candidatura a la presidencia. Voy a presentarme en el puesto de Dana.

—Confiaba en que lo haría, señor.

—No tienes por qué llamarme «señor».

—Lo sé. —Hubo una pausa—. No puedo creer que esté muerta, señor.

—Es una horrible tragedia. Pero, tal vez, pueda sacar algo positivo de esto.

—Ya sabe que nosotros le apoyamos, señor. Oh, y una cosa más. Estamos de

camino a Virginia. Prepárese para oír algo de ruido.

—Cromwell, te lo repito, no tolero la violencia. —Wilkins miró a través del ventanal, hacia la oscuridad y la tormenta—. Pero un hombre tiene que seguir la Voluntad. Hay que hacer lo que hay que hacer.

El Agente 47 encontró el desvencijado autobús escolar en un peligroso suburbio al oeste de la ciudad de Chicago. Si alguien tenía alguna duda sobre si la Ciudad del Viento tenía su cuota de pobreza, guetos y pandilleros, lo único que tenía que hacer era viajar hasta esta miserable zona de la ciudad.

El autobús de Birdie estaba en Lake Street, justo en el extremo norte de Garfield Park. Como era de esperar, el lugar estaba atestado de palomas. Los pájaros parecían sentir una atracción natural por Birdie que, además, coleccionaba jaulas con toda clase de aves dentro del autobús. Y, por lo que respecta al hombre, Birdie estaba recostado en una tumbona delante de su casa y arsenal rodante. Aunque viajaba por todo el país como principal suministrador del mercado negro del hampa, intentaba hacer de Chicago su base de operaciones más o menos permanente.

El Agente 47 calculó que Birdie tendría alrededor de cuarenta años. Era muy delgado y huesudo, tenía ojos astutos y necesitaba un afeitado, por no mencionar una ducha. Solía llevar una gastada camisa hawaiana y una chaqueta de cuero marrón abierta que dejaba a la vista una gran cadena de oro. Cada milímetro de su ropa estaba cubierto por excrementos de pájaro. Incluso había alguna cagarruta en su negro y grasiento pelo peinado hacia atrás. 47 no podía entender por qué alguien querría vivir en la forma en que Birdie lo hacía. El tipo tenía mucho dinero y, sin embargo, le gustaba mostrarse como pobre, sucio y sin hogar.

47 ya había hecho negocios con él antes, lo que no significaba que fueran amigos. De hecho, había una especie de tácita animosidad entre ellos. Birdie siempre se divertía burlándose de 47 de modo insoportable. Dado que también había trabajado en el pasado como asesino para la Agencia, Hitman imaginó que el escuálido hombre estaba celoso de su superior reputación como asesino y de su destreza. No había duda de cuál de ellos era el maestro en su profesión. No obstante, 47 sabía que Birdie era un asesino formidable y que podría llegar a ser un peligroso enemigo si uno se volvía descuidado. Su contacto era un mal necesario que tendría que soportar a cambio de obtener algo que necesitaba.

—Bueno, bueno, si es el Agente 47 —declaró Birdie cuando el asesino apareció y se acercó lentamente al autobús a plena vista—. He oído que andabas por la ciudad.

—¿Cómo es que todavía trabajas para la Agencia, Birdie? —preguntó—. Te vas por tu cuenta, haces lo que te da la gana, pero continúas haciendo trabajos para la ACI. La política de la Agencia es eliminar a los antiguos empleados que la dejan tirada. ¿Por qué no estás muerto?

—Ah, ya ves, «antiguo» es la palabra clave, 47. Yo nunca fui «antiguo». La Agencia y yo, en fin, digamos simplemente que llegamos a un entendimiento. En realidad nunca me marché del todo. Tengo una especie de contrato de «no exclusividad» con la ACI.

Hitman examinó los alrededores. Al ser mediodía, la manzana estaba relativamente tranquila. Un grupo de adolescentes jugaba al baloncesto en una pista del parque. Unas pocas madres paseaban con sus niños pequeños en los cochecitos. No había señal alguna de pandillas. Sin embargo, se decía que cada pocos minutos se cometía un delito en esa parte de la ciudad.

—¿Dónde está tu colega? ¿Fei Zhu?

—¿Cerdo Gordo? —Birdie ladeó la cabeza hacia el horizonte—. Está en Chinatown por trabajo.

Birdie casi nunca se separaba de su asqueroso y cruel secuaz. Fei Zhu era quien le hacía casi todo el trabajo sucio. 47 se quedó encantado de no tener que vérselas con ese gordo matón engreído.

—¿Y a qué debo esta visita sorpresa, 47? —preguntó Birdie.

—Necesito equipo. Tengo entendido que tal vez puedas proporcionármelo.

—¡Oh! ¿Y qué va a ser? Veo que llevas tu adorado maletín. ¿Aún usas esas fantásticas *Hardballers*? ¿Qué otra cosa quieres?

—Sé que tienes explosivos.

—¿Explosivos? Bueno, bueno, ¿en qué estás metido, 47? ¿Estás planeando unirte al Nuevo Ejército Modelo o algo así? Tengo entendido que aceptan voluntarios. ¿Vas a volar un par de edificios federales?

—¿Vas a venderme algo o no? No tengo tiempo para tus juegos.

Birdie dio un sorbetón y se limpió la nariz, dejando una mancha pegajosa en la manga de su chaqueta. Una paloma debió de intuir el festín porque, con un suave aleteo, se posó sobre el regazo de Birdie e, inmediatamente, empezó a picotear en la mancha viscosa de la ropa del hombre.

—¿Puedes ser más concreto? —pidió Birdie mientras sacaba un cigarrillo de un paquete del bolsillo de su camisa.

47 asintió señalando el autobús.

—Guardas todo hay dentro, ¿no es así?

—Oh, ¿quieres echar una ojeada? Normalmente cobro por mirar, ¿sabes?

La paciencia de Hitman se estaba acabando.

—Birdie...

—Está bien, en consideración hacia ti te dejaré mirar lo que quieras y no te cobraré la tarifa. —El escuálido hombre se levantó, posando la paloma en la acera. Se tomó un momento para sacudirse las plumas de los pantalones y la chaqueta y luego se dirigió hacia la puerta del autobús. La abrió y desapareció en el interior. 47 lo interpretó como una invitación para que le siguiera.

El hedor allí dentro era insoportable. Los pájaros graznaban en sus jaulas batiendo las alas mientras los dos hombres recorrían el pasillo. Las plumas volaban por todas partes y 47 tuvo que utilizar su mano libre para apartarlas de su cara. Por fin llegaron a la parte trasera del autobús, donde Birdie almacenaba su mercancía en varios baúles.

—Explosivos, explosivos..., ah, aquí están. —Levantó una caja y la colocó encima de otra para llegar hasta el baúl que buscaba. Birdie se inclinó, giró los números del candado hasta dar con la combinación y lo abrió. 47 se acercó a mirar en el interior—. Me he quedado sin TNT —anunció—. Pero creo que ahí dentro puede haber algo que te sirva. —Al igual que Cherry Jones, Birdie guardaba gran variedad de granadas y pequeñas bombas, cartuchos de dinamita y minas lapa. 47 solo estaba interesado en los paquetes blancos en forma de ladrillo.

Hitman estiró el brazo y sacó uno.

—C4.

—Eso es.

—Supongo que tienes todos los accesorios. Detonadores, temporizador...

—Pues claro. Eso va con el lote. Cada uno de estos paquetes tiene una velocidad de detonación más alta que la del C4 normal que usa el ejército. Imaginemos que quisieras hacer volar este autobús: con un cuarto de ladrillo te bastaría. Uno entero abriría un agujero en un muro de hormigón. Tres o cuatro ladrillos..., bueno, si los colocas correctamente en puntos clave de la estructura, puedes echar abajo un edificio.

47 examinó el ladrillo y decidió que estaba en buenas condiciones.

—Me llevaré tres, y necesitaré un detonador por control remoto.

—Los teléfonos móviles y los cronómetros son los mejores para eso. —Birdie recorrió algunas filas del autobús y empezó a rebuscar entre las cajas de cartón de los asientos—. Aquí están. ¿Qué prefieres? —Sacó dos viejos Nokias—. Eso es lo bueno de los móviles pasados de moda. Siempre pueden utilizarse para *algo*.

—Casi preferiría un cronómetro.

Birdie se encogió de hombros, extrajo uno y se lo mostró a 47.

—De acuerdo.

—¿Necesitas algún cuchillo? ¿Garrotes? Oh, espera, si tú tienes ese cable que tanto te gusta usar. No importa. ¿Venenos? ¿Qué me dices de alguna brida de plástico? Son muy prácticas para atar a alguien las muñecas detrás de la espalda.

—Se pueden romper, Birdie. Si sabes cómo.

—Cierto. Aunque la mayoría de la gente no lo sabe.

47 pensó en el contenido de su maletín y preguntó:

—¿Qué clase de venenos tienes?

Birdie alzó las cejas, se movió hasta otro asiento del autobús y abrió una caja fuerte. Sacó un vial y dijo:

—Aquí tienes. Transparente, inodoro e indetectable en una autopsia. Parecerá como si la víctima hubiera tenido un ataque al corazón. Viene en dos fórmulas: de acción rápida o lenta.

Hitman reconoció la etiqueta, asintió y declaró que se llevaría una de cada.

Birdie metió las adquisiciones en una bolsa de papel marrón en la que se leía: Supermercados Joe. Los dos hombres discutieron los términos, regatearon inocentemente, y luego el Agente 47 pagó en metálico. Completado el negocio, bajaron juntos del autobús, mientras Hitman hacía todo lo posible para no pisar los excrementos de los pájaros.

—¿Quieres algo de comer, 47? Tengo un poco de pollo que sobró de anoche.

La sola idea asqueó al asesino.

—Creo que no. —47 empezó a alejarse.

—¿Es que no vas a darme las gracias? —El Agente 47 se detuvo y se dio la vuelta, pero no dijo nada—. Ah, lo olvidaba. Tienes la personalidad de una boca de incendios. Oye, oí que tu tutora se largó inesperadamente. ¿Qué pasó? ¿Se cansó de tu lustrosa calva?

47 entornó los ojos ante el astuto criminal.

—¿Qué sabes de ella?

Birdie regresó a su asiento, buscó en el bolsillo de su chaqueta, y esparció un puñado de comida de pájaro sobre la acera a su alrededor. El acto atrajo a gran cantidad de palomas.

—Nada, 47. Solo que se marchó de la Agencia bajo sospecha. Nunca conocí a Diana, pero tengo entendido que era un bombón. Un auténtico cisne.

47 respiró hondo para controlar su temperamento. Había algo en Birdie que le hacía sentir ganas de liarse a puñetazos con él.

—Si te enteras de algo sobre ella, especialmente dónde puede estar escondida, trata de hacérmelo saber. ¿De acuerdo?

—Claro, 47. ¿Significa eso que ahora somos colegas? ¿Que podemos salir a beber juntos? ¿A perseguir mujeres? ¿Compartir nuestros más profundos secretos? ¿Hacernos socios de un club y jugar al golf?

Hitman esperó un instante antes de responder.

—No.

El hombre delgado se rio, aunque sonó más bien como un gemido.

—Eres un pájaro extraño, 47. Ya nos veremos.

47 se alejó con el maletín en una mano y la bolsa marrón en la otra.

No miró atrás.

El centro de reclutamiento de la Iglesia de la Voluntad estaba muy atareado.

Desde el asesinato de Dana Linder, Helen McAdams había observado un aumento en las solicitudes de afiliación. Entre diez y veinte personas, llegadas de todas partes del país, aparecían diariamente por Greenhill queriendo unirse, preguntando cómo podían participar como voluntarios o si había alguna vacante para trabajar en la Iglesia... Pero Helen y el resto del personal de reclutamiento tenían que rechazarlos porque todos los apartamentos *in situ* estaban ocupados. Mientras que muchos solicitantes podían vivir fuera del recinto, entrar y salir, y aun así unirse a la Iglesia, aquellos que querían vivir en el recinto eran apuntados en listas de espera o enviados a sedes de la Iglesia en otros estados.

Los domingos eran especialmente populares, no solo por los solicitantes, sino por turistas y curiosos. Cuando Wilkins no estaba disponible o se encontraba de viaje, los servicios de la mañana en el templo eran conducidos por varios pastores ayudantes llamados «agregados». Estos hombres y mujeres se turnaban para subir al púlpito y, aunque muchos de ellos eran elocuentes y cautivaban a los oyentes, ninguno era como Charlie. Cuando se sabía que estaba presente en el recinto, los visitantes llenaban la entrada para oírle hablar y siempre había que rechazar a centenares de ellos. Helen consideraba que poder asistir al servicio de Charlie era un privilegio. Imaginaba que lo mismo les sucedería a los afortunados católicos romanos cuando visitaban el Vaticano y el Papa estaba en la ciudad para celebrar misa.

Pero, a pesar de todo, Helen apenas tenía tiempo para trabajar en el centro de reclutamiento. Desde que Charlie Wilkins había anunciado su candidatura a la presidencia, todos los asistentes personales se vieron obligados a hacer horas extras a la semana. Wilkins había contratado un comité completamente independiente para dirigir la campaña, y los miembros importantes se habían trasladado a las habitaciones de invitados de la mansión. Las nuevas responsabilidades de Helen incluían coordinar las órdenes y peticiones entre el comité y la administración de Greenhill. Por eso, los últimos días habían sido un no parar. Normalmente todos los

miembros de la Iglesia tenían libre el domingo, excepto aquellos implicados en los servicios del templo. Sin embargo, a causa de los nuevos acontecimientos políticos, Helen y los demás debían estar disponibles en todo momento.

Después del servicio de la mañana, Wilkins la informó de que no la necesitaría por la tarde porque tenía que trabajar con sus invitados. Así que, no teniendo otra cosa mejor que hacer y no queriendo estar sola en su apartamento, Helen decidió trabajar en el centro de reclutamiento. Mantenerse activa siempre le hacía bien. Había descubierto que si pasaba demasiado tiempo sola, su corazón se llenaba de desagradables pensamientos.

Para alguna gente los recuerdos eran algo precioso que había que atesorar. Para Helen, tenían que quedarse en el pasado, a donde pertenecían.

—¿Soñando despierta otra vez?

La voz sobresaltó a Helen que se volvió para encontrarse a Mitch Carson de pie, frente a su mesa.

—Ah, hola, Mitch —saludó—. No, solo estaba pensando. ¿Qué vamos a hacer con toda esta gente? —Señaló la larga fila de solicitantes que se extendía más allá de la puerta principal del centro.

—Ya encontraremos sitio para ellos. Si no aquí, en otras sedes. Pero siempre podemos aprovechar el trabajo voluntario si quieren seguir viviendo en sus hogares actuales.

Mitch Carson era el director general de Greenhill. Eso significaba que técnicamente era su jefe pero, por supuesto, cualquier orden de Wilkins pasaba por encima de lo que Carson pudiera mandarle. De alrededor de sesenta años, soltero y eficiente hasta decir basta, Carson no era demasiado apreciado por la mayoría de los miembros. Ligeramente afeminado y mostrando una conducta un tanto altanera en su trato con los demás, Carson era definitivamente un «sí-señor» para Wilkins y un «no-señor» para todos los demás. Dado que había estado con Wilkins desde los orígenes de la Iglesia, allá por los años setenta, Carson ostentaba un gran poder en Greenhill en la parte administrativa.

—Por cierto —declaró—, tenemos una vacante para el puesto de mantenimiento del jardín.

—¿Eh?

—Sí. Philip murió anoche. Un ataque al corazón.

—¡Oh, no! Siento oír eso. Me gustaba Philip.

Carson se encogió de hombros.

—Era mayor y ya le habían tenido que poner, ¿cuántos?, ¿dos o tres baipases? Sabíamos que no le quedaba demasiado en este mundo.

—Era bueno en su trabajo.

—Hasta que se puso enfermo y apenas podía trabajar.

Helen pensó que Carson estaba siendo muy insensible.

—¿Habrà algún funeral por él?

—Aún no he podido hablar con Charlie sobre el tema. Mientras tanto, sin embargo, si recibes alguna solicitud que encaje en el perfil, el puesto de Philip está disponible, así como su apartamento.

—Está bien. ¿Cuánto tardarán en dejarlo libre?

—Tengo a un equipo trabajando en él ahora mismo. Estará preparado para que alguien pueda trasladarse esta misma noche. —Echó una mirada a su reloj—. He quedado aquí con Charlie y el Coronel. Se están retrasando.

—¿Charlie va a venir aquí? —se sorprendió. El jefe raramente aparecía delante de los reclutados.

—El Coronel quiere valorar todas las medidas de seguridad que tenemos en Greenhill.

Carson se quedó un momento en silencio. Helen adivinó lo que le preocupaba.

—Conocías a Dana Linder, ¿verdad? —preguntó.

—La vi crecer. Y también a su hermano Darren.

—Y a su madre, ¿la conociste?

—Sí. Se llamaba Wendy. Y también conocí a su padre, Eric. Ambos fueron pioneros y fieles seguidores de la Iglesia de la Voluntad desde los comienzos.

—¿Qué pasó con ellos?

—Eric había salido a cazar y recibió un disparo accidental. Si mal no recuerdo, sucedió justo antes de que los chicos cumplieran doce años.

—Oh, Dios mío, qué horrible.

—A Charlie nunca le gustó la caza y siempre previno a Eric contra ella. Todos deseamos que Eric le hubiera escuchado.

—¿Y cómo era Wendy?

—Muy dulce. Tranquila. Pobre mujer, contrajo cáncer y murió pocos años después de su marido. Charlie sufrió mucho. Se habían vuelto muy cercanos después de que Wendy enviudara.

Un murmullo de excitación creció entre los solicitantes que hacían cola hasta que se escucharon vítores. Carson se animó.

—Ahí están.

Charlie Wilkins estaba al otro lado de la puerta, estrechando manos y firmando autógrafos. Su invitado, el «Coronel» Bruce Ashton, vigilaba atentamente detrás del reverendo. La mano de Ashton se mantenía prudentemente sobre la culata de su Colt plateado con cachas de marfil, un 45 «Pacificador», que colgaba de su cinturón, escogido supuestamente porque era el mismo revólver que llevaba el famoso general de la Segunda Guerra Mundial George S. Patton.

Ashton había llegado de ultramar, aceptando el trabajo como director de seguridad de la campaña para el candidato. Todo el mundo le llamaba siempre el Coronel, aunque actualmente no era oficial en activo. Helen se había cruzado con él en las pocas ocasiones en que había visitado Greenhill, pero apenas sabía nada de su vida. Solo había aparecido dos veces mientras ella estaba en el recinto. Vivía en

alguna parte de Oriente Medio. Personaje misterioso, tenía alrededor de cincuenta años, siempre vestía atuendo militar, y se comportaba como si estuviera dando órdenes a sus soldados. La verdad era que había estado en el ejército estadounidense, servido en la primera guerra del Golfo y también en Irak, y luego se había retirado. Después de aquello, fundó una empresa de seguridad para hombres de negocios americanos en la zona mediterránea. Aparentemente él y Wilkins eran amigos desde hacía tiempo, así que, cuando el puesto quedó disponible, el reverendo llamó a Ashton.

Muchos turistas y postulantes querían fotografiarse con Wilkins, y el candidato se prestó amablemente. Pasaron más de quince minutos antes de que Wilkins y Ashton consiguieran entrar en el centro.

—... no es tan seguro, en mi opinión —estaba diciendo Ashton—. A partir de ahora no puedes exponerte de esa forma.

—Coronel, eso son tonterías —repuso Wilkins—. Esa gente ha venido a verme, están aquí para ayudar a la Iglesia, y son los mismos que me elegirán como presidente. Por supuesto que voy a recibirlos, a firmar autógrafos y a posar para las fotos. Eso es lo que hacen los candidatos a la presidencia, Coronel.

—Bueno, pues tendremos que ser más cuidadosos cuando estemos fuera del recinto, es todo lo que digo.

Wilkins miró a Carson.

—Mitch, te necesitamos en la sala de conferencias de la mansión en una hora.

—Sí, señor.

—Helen, ya conoce al coronel, ¿verdad?

Ashton se acercó a ella y le tendió la mano.

—Sí, nos hemos visto antes —contestó ella mientras estrechaba su mano.

—Ya recuerdo —declaró Ashton—. ¿Cómo está?

—Bien.

—Helen es una de mis ayudantes personales en la mansión —apuntó Wilkins—. También es el enlace entre el comité de campaña y la administración de Greenhill. Cualquier cosa que necesites, habla con Helen o con Mitch.

Ashton hizo un gesto de asentimiento hacia los dos.

Wilkins se lo llevó de allí.

—¿Tienes hambre? Podemos tomar algo en la cafetería antes de la reunión...

Cuando se retiraron, Carson lanzó una mirada a Helen y dijo:

—No me gusta nada ese hombre. ¿Por qué tenía que contratar Charlie a un mercenario para jefe de seguridad? —Y acto seguido, también se marchó, siguiendo a Wilkins y a Ashton.

Helen no prestó atención a la pregunta retórica de Carson, que siempre parecía estar molesto por algo. Toleraba a su jefe tanto como le era posible. Supuso que estaba resentido por que fuera ella la designada como enlace con el comité de la campaña por encima de él. Wilkins había explicado claramente a Carson que sus

conocimientos y experiencia llevando Greenhill eran inestimables y que no podía apartarle de esa responsabilidad.

—¿Helen? ¿Puedes venir aquí, por favor? —Se levantó de la mesa de recepción y se acercó a Gordy, que estaba entrevistando a los solicitantes—. ¿Puedes ayudar con las entrevistas? Salvo que estés ocupada en otra cosa...

—No, no, puedo hacerlo. —Se dirigió a la siguiente persona de la fila y dijo—: Sígame, por favor. —Atravesó la habitación hasta una mesa vacía y se sentó, haciendo un gesto hacia la silla frente a ella. Una mujer le entregó los documentos de su solicitud y le explicó a Helen que había venido directamente desde California para unirse al grupo de Wilkins en Virginia—. Hay dos sedes en California —indicó Helen—. Una cerca de San Francisco y la otra cerca de Los Ángeles.

—Lo sé, pero tengo entendido que el Reverendo Wilkins pasa la mayor parte de su tiempo aquí. Después de todo, aquí es donde está su mansión. Ha sido tan emocionante verle ahí fuera hace un momento... —comentó entusiasmada.

Helen tuvo que desilusionar a la mujer y decirle que no había disponible ningún apartamento, pero que si quería buscar algún lugar donde vivir en uno de los pueblos vecinos, sería bienvenida a la organización.

La misma tónica se repitió durante la siguiente hora. Uno por uno iban entrando y sentándose ante su mesa, la mayoría mujeres de todas las edades, pero también algunos hombres, más interesados en trabajar con Wilkins en su atractivo programa de televisión.

Eran casi las cinco de la tarde cuando un hombre alto y calvo se acercó a la mesa de Helen. Casi de inmediato se sintió impactada por su presencia, porque de él emanaba un poderoso carisma y una sensación intangible de aguda inteligencia. Vestía vaqueros y camisa de franela a cuadros, y llevaba una mochila. Incongruentemente, también sujetaba un maletín de cuero con un extraño símbolo floral grabado a un lado.

—Hola —saludó—. ¿En qué puedo ayudarle?

El hombre habló con una timidez que le resultó conmovedora.

—Esto..., me gustaría unirme a la Iglesia de la Voluntad. Me han dicho que tengo que hablar con usted. —Le tendió sus papeles.

—Siéntese, señor...

—Stan Johnson.

—Encantada de conocerle, señor Johnson. —Le tendió la mano y él se la estrechó. Su piel era cálida y áspera, pero lo más significativo fue que su roce encendió una chispa de excitación que trepó por su brazo hasta el pecho. Parpadeó y durante un momento se quedó muda de asombro.

—¿Señora? ¿Se encuentra usted bien? —preguntó, soltando su mano.

—Oh, sí, lo siento. Llevo todo el día distraída; suceden muchas cosas por aquí, como puede imaginar. Me llamo Helen McAdams. ¿De dónde es usted, señor Johnson?

—Iowa.

Examinó su solicitud y advirtió que como «Habilidades» había escrito: «Buen manitas, herramientas, jardinería, chapuzas».

—Oh —exclamó—. Señor Johnson, creo que está usted de suerte. Resulta que tenemos una vacante para cuidar del jardín y realizar labores de mantenimiento. Aquí leo que hace ese tipo de cosas. ¿Estaría interesado en el puesto?

Los ojos azul oscuro del hombre parecieron atravesarla, casi como si pudiera ver y estudiar hasta el último rincón de su alma.

Luego sonrió cálidamente.

—Sí. Me interesaría.

Benjamin Travis y Jade me dijeron que ya me avisarían si el segundo golpe —el que se refería a Wilkins— recibía luz verde. Mientras tanto, sabía que tenía que acercarme al objetivo. Ahora que el reverendo estaba optando a la presidencia, podía tener más oportunidades de llevar a cabo el golpe en un sitio público. Igual que hice con Linder. Pero el cliente quería que pareciera un trabajo «desde dentro». Y para poder acercarme lo suficiente a Wilkins y matarle, tenía que unirme a la Iglesia de la Voluntad.

Así que indagué todo lo que pude sobre el recinto de la Iglesia en Virginia. Ese lugar llamado Greenhill. Allí era donde Wilkins tenía su mansión y donde residía cuando no estaba viajando. Allí era donde podría integrarme en la comunidad de la Iglesia, hacerme uno de ellos y ejecutar el encargo en pocas horas en cuanto tuviera luz verde.

Telefoneé a las instalaciones para interesarme sobre trabajos y alojamiento en el recinto. Le conté a la persona al otro lado de la línea que quería desesperadamente unirme a la Iglesia de la Voluntad. Me contestó que, en este momento, no había vacantes. Así que tuve que buscarme otra forma de poder entrar en la comunidad.

Alquilé un coche y conduje desde Chicago hasta Pittsburgh y de allí a Virginia. En lugar de dirigirme directamente desde Washington D.C. y Alexandria, cogí carreteras secundarias y autovías a Leesburg y Manassas hasta llegar finalmente a Greenhill. A kilómetros de la civilización. Si el lugar no hubiera estado junto al lago Aquia, habría estado perdido en la nada. Aparqué a un lado de la carretera desde donde podía ver las idas y venidas a través del arco que daba entrada al recinto. Pero ya había anochecido, así que decidí buscar un hotel en un pueblo cercano y esperar al día siguiente —domingo— para hacer mi próximo movimiento. Fue entonces cuando vi una camioneta saliendo del lugar. Un hombre mayor la conducía. En el lateral de la furgoneta unas palabras pintadas decían: MANTENIMIENTO DE GREENHILL.

Interesante.

La seguí hasta el cercano Stafford, un pueblucho de nada. Se detuvo en la Taberna de Dougherty junto a la autovía Jefferson Davis. El hombre se bajó y entró. Calculé que tendría alrededor de setenta años o más. Cojeaba levemente. Y vestía un mono de trabajo.

Interesante.

Parecía un encargado del mantenimiento de Greenhill a quien le gustaba tomarse unas rondas la noche del sábado antes de asistir al servicio de la Iglesia la mañana siguiente.

Entré en la taberna, que estaba relativamente vacía. Mi hombre se había encaramado a un taburete junto a la barra y estaba hablando con el barman. Me acerqué allí y me senté dos sitios más lejos. Observé que pedía una cerveza y le dije al tío de la barra que me pusiera a mí lo mismo.

El tipo de mantenimiento me miró y dijo:

—Tiene usted buen gusto para la cerveza, señor.

—Iba a decir lo mismo de usted.

—No es de por aquí, ¿verdad?

—No. Solo estoy de paso. Llevo todo el día conduciendo. Creo que buscaré un hotel para esta noche.

—¿Adónde se dirige?

Entablamos una amigable charla. Bastante aburrida. Dijo que su nombre era Phil.

Se quejó de su «patata». Ya le habían puesto varios baipases pero no podía dejar su adicción a la cerveza. Tosía constantemente en un pañuelo. Era evidente que su tiempo se estaba acabando; tal vez pudiera salvarle de una muerte dolorosa y prolongada.

Cuando el tipo acabó con su bebida, me ofrecí a invitarle a otra. Aceptó. Pedí otra para mí. El camarero nos las trajo y aproveché ese momento para levantarme y sentarme a su lado. Juntamos nuestras jarras de cerveza y gritamos: «Salud».

La gente tiene rituales muy extraños.

Nos bebimos esas dos y, con las jarras en la mano, hicimos un gesto al barman para que nos las rellenara otra vez. Yo llevaba en la mano uno de los viales que Birdie me había vendido y lo vacié en su jarra antes de que se la llenaran de nuevo.

Después de una nueva ronda, que pagó el hombre de mantenimiento, me marché. Encontré un motel barato, cogí una habitación y dormí profundamente sin ninguna pesadilla. Esa noche los analgésicos hicieron su trabajo.

Al día siguiente fui a Greenhill. Era domingo y el recinto estaba abarrotado de turistas y otros solicitantes para afiliarse a la Iglesia. Un cartel en la entrada indicaba que el Reverendo Charlie Wilkins se hallaba en el recinto y que ese día se encargaría del sermón. Ya me había perdido el servicio de la mañana. No me importó, tampoco me apetecía especialmente escucharle. Ya tendría más oportunidades.

Me había vestido para el papel que iba a interpretar. Por alguna extraña razón, siempre que asumía una identidad falsa, la ropa me ayudaba a meterme en el papel. Iba a convertirme en un granjero de Iowa, así que llevaba puesta ropa de granjero. No podía hacer mucho con mi calva cabeza, de modo que la dejé estar. No me apetecía tener que llevar una molesta peluca durante todos los días que tuviera que estar allí.

Había un par de personas en las mesas organizando las admisiones. Un hombre y una mujer. Decidí ponerme en la cola de la mujer. Sabía quién era por mi investigación. Helen McAdams. Una de las asistentes personales de Wilkins.

Perfecto.

Supongo que era atractiva, aunque no era algo que me importase. Me pareció intuir que era un pájaro con un ala rota. Había algo en sus ojos y en sus maneras. Era una persona atormentada. Vulnerable. Sola. Infeliz. Alguien a quien se podía manipular.

Cuando llegó mi turno, me presenté como Stan Johnson. Era un nombre tan bueno como cualquier otro. Hice todo lo posible para parecer tímido y nervioso. Dije que actualmente estaba en paro, pero que tenía experiencia llevando granjas. Le comenté que estaba buscando más espiritualidad en mi vida y que pensaba que la Iglesia de la Voluntad podría ayudarme.

Había declarado en mi solicitud que era un buen manitas, y ella inmediatamente me ofreció trabajo como jardinero y encargado de mantenimiento, la ocupación que se había quedado vacante ese mismo día. Dijo que tenía suerte. Incluso se me asignaría una vivienda propia, cuya renta se reduciría de mi salario.

Curioso.

Creo que le debí de caer bien, porque le dijo a su colega que iba a enseñarme el recinto. Hizo una llamada a Mitch Carson. Yo sabía que era el director de las instalaciones, pero fingí ignorarlo. Cuando colgó, Helen dijo que nos encontraríamos con él en la cafetería. Por lo visto mi apartamento no estaría preparado hasta dentro de una hora o dos. Entretanto, Helen me dejó guardar mi mochila llena de ropa y el maletín en una taquilla.

Me reuní con Carson en la cafetería. Era terriblemente formal y me trató como a un ser de inferior categoría debido a mi humilde y recién adquirido trabajo en los servicios de mantenimiento, pero respondí con educación y estreché su mano sudorosa. Se quedó con mis papeles que, poco antes, le había entregado Helen, y dijo que tenía que marcharse a una reunión «en la parte alta de la casa». Nos despedimos educadamente y Helen me preguntó si tenía hambre. Contesté que no, y me explicó que la cafetería estaba abierta para desayunos, comidas y cenas. Una sala con máquinas expendedoras de comida se hallaba disponible las veinticuatro horas del día. A los empleados de la Iglesia se les facilitaban unos talonarios de comida con los que pagaban cada vez que tomaban algo. Una vez más, una pequeña cuota era extraída de nuestro salario. Por lo visto, resultaba que a cambio de alojamiento y

comida los empleados trabajaban para la Iglesia. No era un mal negocio.

Helen me mostró el enorme santuario. Aprecié sus obras de arte. Había vivido un tiempo en Roma, donde entablé amistad con un sacerdote católico, así que sabía lo que estaba contemplando.

Supongo que había cierta belleza en el lugar.

Greenhill tenía una calle principal. En ella había un 7-Eleven, un pequeño centro médico, un banco, una floristería, una boutique, una tienda de ultramarinos con productos frescos, una panadería y una carnicería. Era como un pueblo en miniatura. El personal se movía en cochecitos eléctricos de golf, como si el lugar fuera una especie de club deportivo.

Posteriormente, Helen señaló la sección de Greenhill que más me interesaba. La zona de acceso prohibido donde se localizaba la mansión.

—Solo el personal autorizado tiene acceso al interior —dijo señalando la alta valla de tela metálica que rodeaba el espacio. Sabía que estaba electrificada. ¿Por qué un supuestamente pacífico reverendo de un grupo religioso tendría una alambrada electrificada alrededor de su propiedad? Helen tenía una llave electrónica para abrir la puerta, porque su oficina estaba en la mansión. Algún día, comentó, tal vez obtuviera permiso para llevarme dentro y enseñármelo todo. Sin embargo, como jardinero y hombre de mantenimiento, se me permitiría acceder al interior durante las horas de trabajo. Entraría con el equipo de trabajadores a cargo de un supervisor. Helen señaló los extensos jardines en el lateral derecho de la casa. Le dije que esa era mi especialidad y ella comentó que trataría de ver qué podía hacer al respecto. En el lado izquierdo de la casa había un pequeño edificio. Me explicó que era la casa de los guardas. Junto a ella había una nave de considerable tamaño.

Helen también señaló la sección de la mansión frente al lago. Declaró que el despacho de Wilkins poseía un enorme ventanal que daba al agua y que, siempre que estaba allí, le gustaba rezar en ese lugar a media noche.

Por supuesto, yo sabía que el cristal de esa ventana era a prueba de balas. ¿Por qué Wilkins querría blindar su oficina? Debía de ser bastante paranoico. Especialmente ahora que se presentaba a presidente.

Finalmente, entramos en uno de los tres edificios de apartamentos. Mi habitación estaba en la primera planta. Era un estudio, con cocina americana y cuarto de baño propio. Le pregunté a Helen dónde vivía. En el edificio de al lado, segunda planta.

Muy conveniente.

Para entonces ya eran casi las seis de la tarde. El teléfono de Helen sonó. Hablé con «Charlie» y dijo que iría inmediatamente para allá. Wilkins.

Aparentemente iba a tener lugar un improvisado funeral por un miembro de la Iglesia que había fallecido, y Wilkins iba a oficiarlo. Tenía que ir al santuario. Me dijo que en breve los altavoces del recinto harían el anuncio. Me animó para que fuera, comentando que tal vez nos viéramos allí.

Respondí que no me lo perdería.

Helen me dejó solo en mi apartamento. Saqué mis cosas e inspeccioné la habitación para estar seguro de que no tenía micrófonos o cámaras. No esperaba que los tuviera, pero uno tiene que ser cuidadoso. Después de tomarme una pastilla de oxicodona, reflexioné sobre lo que estaba haciendo en Greenhill.

Helen McAdams era una buena persona. Una pena que creyera que tenía que cubrir las cicatrices del interior de sus antebrazos con las mangas largas de su blusa. Efectivamente, detectaba en ella una personalidad susceptible, que convenía muy bien a mis propósitos.

Cuanto más pudiera acercarme a ella, más cerca estaría de Charlie Wilkins.

Alrededor de trescientas personas se congregaron en el santuario después de que se anunciara por todo el recinto que Wilkins volvería a hablar ese día. El Agente 47 siguió obediente a la multitud y se sentó en un banco al fondo. Vio a Helen McAdams sentada en la primera fila. Mitch Carson recorría el pasillo del templo de arriba abajo saludando a los miembros a los que conocía personalmente.

Cuando Wilkins se levantó para dirigirse a la congregación, el Agente 47 se sintió inmediatamente impresionado por el carisma y encanto del hombre. Por televisión, el reverendo era extremadamente atractivo; en persona, resultaba hipnótico. Su voz era suave y con un timbre muy rico. El mechón de cabello blanco atrapaba la luz de los focos sobre su cabeza del modo adecuado, consiguiendo un ilusorio halo divino. El asesino imaginó que el reverendo en persona habría dedicado su tiempo a ajustar con sus diseñadores de iluminación cómo lograr ese efecto.

—Amigos y compañeros seguidores de la Voluntad —empezó—. Esta noche vamos a celebrar un improvisado funeral en memoria de Philip McHenry, que se reunió con el hacedor durante la noche de ayer, después de una larga enfermedad. Muchos de vosotros lo conocíais como el silencioso jardinero y encargado de mantenimiento que siempre tenía un brillo especial en los ojos.

Continuó durante dos o tres minutos más realizando un elogio de alguien con quien seguramente no habría cruzado más de un par de palabras ocasionalmente.

El Agente 47 desconectó, ya que no estaba interesado en oír los detalles sobre el fallecido. No había nada en particular que le apeteciese escuchar. Dedicó su tiempo a mirar a su alrededor, estudiando a los miembros. Los había de todas las edades, incluyendo varias familias con niños. Había más mujeres que hombres. Gente inofensiva y amistosa, excepto el hombre que estaba junto a la salida que parecía más un guardia que un feligrés. Unos cuantos sitios más allá de Helen, había un hombre que vestía uniforme militar. Era un coronel del ejército de Estados Unidos.

Quién sabe.

El asesino fue sacado de sus cavilaciones cuando escuchó que el reverendo

pronunciaba su nombre.

—Y al señor Stan Johnson, que se ha unido hoy a la Iglesia de la Voluntad y que ocupará el puesto de Philip. ¿Señor Johnson? ¿Dónde está el señor Stan Johnson?

47 alzó una mano vacilante.

—Oh, señor Johnson, está ahí. Por favor, póngase en pie. No sea tímido. Aquí todos somos amigos.

El hombre calvo se levantó incómodo y saludó reticente. Vio que Helen le estaba sonriendo.

—Bienvenido, Stan. Estoy seguro de que todo el mundo se presentará a usted durante los próximos días. Le deseo buena suerte para recordar los nombres de todos.

Risas y aplausos.

47 se sentó rápidamente.

Wilkins bebió un sorbo de agua de un vaso que tenía en el púlpito.

—Y ahora, amigos míos, como sabéis, me presento a la presidencia.

Vítores. Silbidos y gritos.

—Voy a dar un gran mitin en D.C. unos días antes de las elecciones. Estoy buscando voluntarios que quieran conducir algunos autobuses desde aquí al lugar de celebración. Sé que muchos de vosotros lleváis tiempo queriendo protestar contra la administración actual y mostrar vuestro apoyo hacia mí, así que aquí está vuestra oportunidad.

La congregación rompió en un gran aplauso.

Wilkins les acalló con las manos.

—Pero, desgraciadamente, no dispondremos de suficientes asientos para llenar todas las solicitudes. Así que habrá que sortearlos. Si queréis ir, hay un breve formulario que podéis rellenar. Mitch Carson colocará una pequeña urna en la cafetería. Los nombres se irán sacando hasta que todos los asientos estén ocupados, ¿de acuerdo?

Todo el mundo pensó que eso era lo más justo.

Entonces cambió de tema y volvió a Philip, para pronunciar unas últimas palabras de bendición. Wilkins habló de la importancia del espíritu de la comunidad y de su habilidad para coexistir como una gran y feliz familia.

—Todos tenemos la Voluntad —dijo—. Por eso estamos aquí.

Aquello pareció tener sentido para todo el mundo menos para el Agente 47.

La ceremonia terminó con una oración. Después de eso, la congregación se levantó y fue saliendo poco a poco, 47 entre ellos. La gente hablaba en voz baja mostrando su respeto por el motivo del servicio. Una vez fuera, muchos hombres se acercaron al asesino y estrecharon su mano.

—Bienvenido a Greenhill, señor Johnson.

—Encantado de tenerle a bordo, señor Johnson.

Aunque el Agente 47 no esperaba disfrutar de un absoluto anonimato durante su estancia en el recinto, no había previsto esto. No obstante, interpretó el papel de

granjero introvertido y eludió hábilmente los pequeños intentos de conversación. No estaba preocupado. Cuanto más conocido fuera en Greenhill, más gente confiaría en él.

—¡Stan!

Se volvió para ver a Helen acercándose a él.

—Bueno, ¿qué le parece? ¿No es genial Charlie?

47 asintió.

—Aún más carismático que cuando sale en televisión.

—Siento que le pusiera en un brete al llamarlo. Siempre hace lo mismo con la gente nueva. —Se rio levemente—. Me pareció que estaba un poco molesto.

—Soy algo tímido. Probablemente ya lo haya notado.

—No importa. También yo soy muy retraída. En el instituto siempre era la chica a la que nadie pedía salir a bailar. —Mostró otra risa forzada, tras lo cual se produjo un incómodo silencio—. ¿Va a poner su nombre en el sombrero para ir en los autobuses a Washington?

Hitman cambió su peso de un pie a otro.

—Oh, no lo sé.

Ella apretó su brazo y se inclinó hacia él de forma conspiradora.

—Bueno, yo *tendré* que ir, así que conseguiré un asiento pase lo que pase.

—No se lo diré a nadie.

—Da igual. La gente lo sabrá de todas formas.

—Bueno, entonces tal vez ponga mi nombre en ese sombrero. —No tenía ninguna intención de hacerlo.

—¡Genial! —Miró su reloj—. ¿Sabe una cosa? Acabo de darme cuenta de lo hambrienta que estoy. ¿Y usted? ¿Quiere venir conmigo? —Cuando vio que él vacilaba, añadió rápidamente—: Quiero decir, si le apetece. No quería...

Sonriendo, él alzó una mano para callar sus excusas.

—Sí, creo que me apetece comer.

—¡Oh! Bien, entonces, vayamos a la cafetería. Es hora de cenar.

Sintió que parecía sorprendida por que hubiera aceptado.

La comida era sorprendentemente buena. El Agente 47 esperaba que fuese el tipo de rancho que se servía en las cafeterías de los institutos, pero estaba muy por encima de eso.

—Tenemos un par de cocineros *gourmets* en el edificio —explicó Helen mientras se sentaban solos a una mesa en una esquina del comedor del tamaño de un gimnasio—. Fueron ellos los que insistieron en traer ingredientes frescos y preparar comidas saludables para los miembros. Hay algunas personas vegetarianas. Los carnívoros pueden elegir entre las mejores carnes de animales, alimentados con hierba, sin productos químicos ni conservantes añadidos.

—Estoy impresionado —declaró el asesino. Había elegido unos espaguetis con salsa de carne y albóndigas acompañadas de ensalada César y una Coca-Cola. El salmón a la plancha de Helen estaba cubierto por rábanos y *croutons*, y verduras al vapor.

—Bueno, cuénteme por qué está aquí, Stan. ¿Por qué la Iglesia de la Voluntad?

El Agente 47 había preparado muy bien su discurso y se lanzó a recitarlo sin el menor esfuerzo, gesticulando en los momentos adecuados, tal y como había ensayado.

—Bueno, no hay mucho que contar en realidad. Mi padre tenía una granja en Iowa. Yo crecí allí, así que desde niño aprendí cómo trabajar en ella. No tengo hermanos ni hermanas. Creo que mis padres querían tener más hijos pero, por alguna razón, mi madre no pudo concebir. En todo caso, cuando terminé el instituto decidí estudiar Agrónomos. Mis padres murieron en un incendio mientras estaba en la universidad. Regresé para hacerme cargo de la granja familiar. Durante un tiempo todo marchó sobre ruedas, pero hace dos años las cosas se complicaron.

—Pobrecillo. Siento mucho lo de sus padres.

—Gracias.

—¿Qué pasó con la granja?

—Ya se sabe, una mala economía y todas esas cosas. Y los inviernos fueron terribles. Se perdieron muchas cosechas. El gobierno no prestó ayuda a los granjeros. Como mucha gente de este país, empecé a estar harto. Decidí acudir a algunas marchas de protesta en Des Moines, y una en Chicago. Y, luego, empecé a seguir por televisión el programa *¿Querrás?*, y eso fue lo que me hizo reaccionar. Comprendí que me sentía perdido en el mundo. Sabía que tenía que dar un salto en lo que a espiritualidad se refiere.

—Sé lo que quiere decir. *¿Querrás?* es un gran programa, ¿no es cierto?

—Me encanta.

Durante unos momentos continuaron comiendo en silencio, y luego ella preguntó:

—Stan, ¿y no tiene familia propia? ¿Mujer e hijos?

Sacudió la cabeza.

—No.

—¿Novia?

47 bebió otro sorbo de Coca-Cola y la miró directamente a los ojos.

—Me temo que no. Nunca he sido muy bueno para esa clase de cosas.

Helen sonrió.

—¿Sabe qué?

—¿Qué?

—Yo tampoco. —Soltó una risita nerviosa y continuó comiendo.

Después de otra pausa, el Agente 47 observó que ella estaba estudiando su rostro.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. —Respiró hondo—. Bueno, hay algo en sus ojos que me resulta familiar.

Son muy, muy intensos.

Se encogió de hombros y se rio complacido.

—Son solo los ojos que venían conmigo. —El asesino entonces bajó la vista al plato para evitar innecesarias miradas. Él también había observado que Helen tenía el mismo pozo de soledad en sus ojos que él, y no quería que la conversación entrara en ese tema. Un gesto de timidez ocultaría su incomodidad.

En ese momento, el Coronel Ashton atravesó la cafetería, bandeja en mano, seguido por otros dos o tres hombres y por Mitch Carson.

—¿Quién es ese? —susurró el asesino.

—Oh, ese es el Coronel. Nosotros le llamamos Coronel, aunque su verdadero nombre es Bruce Ashton. No es un coronel de verdad. De hecho, no está en el ejército, aunque actúa como si lo estuviera. Creo que en su momento fue coronel, pero ahora está retirado. No conozco la historia completa.

—¿Es miembro de la Iglesia?

—Sí. Pero también acaba de ser nombrado director de seguridad de Charlie para los desplazamientos de la campaña. Eso es a lo que se dedica el Coronel. Tiene algún tipo de negocio de seguridad en el Oriente Medio.

—Ya veo.

—No tengo demasiado trato con él.

47 asintió.

—Cuénteme algo más de usted, Helen. ¿Por qué está aquí?

Ahora había llegado su turno de mostrarse cohibida.

—No lo sé. Como usted, me sentía perdida, supongo. Mis padres murieron, no tengo hermanos ni hermanas. Así que imagino que también estoy sola en el mundo. Además tuve... —Vaciló y apartó la vista.

—¿Qué?

—Da igual. —Inconscientemente tiró de las mangas de su blusa hacia abajo, ocultando las reveladoras marcas rojas.

47 hizo cuanto pudo para parecer amable.

—Está bien, Helen. A mí puede contármelo.

—Oh, esto, tuve algunos... eeh... problemas médicos, eso es todo.

Esperó a que fuera más explícita. Cuando vio que no añadía nada más, se limitó a comentar:

—Bueno, espero que ahora esté mejor.

—Lo estoy. —Le sonrió, pero 47 no la creyó. Helen McAdams era definitivamente un alma vulnerable.

Después de otro instante de incómodo silencio, ella dijo:

—¿Me disculpa? Necesito ir al lavabo.

—Desde luego.

Se levantó y se marchó. El Agente 47 terminó su plato y estudió a la gente que llenaba la cafetería. ¿Cuántas de aquellas personas serían también almas perdidas?

¿Tendrían todos un pasado infeliz? ¿Estarían buscando ese instante de revelación en el que sus vidas súbitamente cobraran sentido? ¿Realmente pensaban que lo iban a encontrar allí?

El Coronel Ashton y su camarilla habían terminado de comer y se levantaron. El Agente 47 les observó mientras salían del comedor. Hitman cogió su bandeja y la llevó hasta una cinta transportadora sobre la que había un cartel que decía: POR FAVOR, DEPOSITEN LAS BANDEJAS Y LOS PLATOS AQUÍ. Entonces siguió a Ashton y se quedó fuera, junto a la puerta, mirando cómo el mercenario se subía a un *jeep* con los otros hombres. El coche se alejó hacia la zona restringida.

Secretos, pensó 47.

Greenhill tenía muchos secretos.

Era mi primera noche en el apartamento-estudio de Greenhill. En mitad de la noche, de hecho. Normalmente no tenía ningún problema para dormir, pero hoy me estaba resultando imposible. No sabía bien por qué.

Todo había salido de acuerdo con el plan. Había inventado una coartada verosímil. Había hecho amistad con alguien de dentro. Ahora solo tenía que esperar a que la Agencia me diera el visto bueno y matar a Charlie Wilkins.

¿Cuánto tiempo tendría que esperar? Las elecciones tendrían lugar en menos de un mes.

Una de las ventanas de mi apartamento daba a la calle principal del recinto. Separé la cortina y miré al exterior. Todo estaba oscuro. Las farolas arrojaban una luz blanquecina sobre la calle. No había ni un alma a la vista. ¿Se irían todos a dormir por la noche? ¿Acaso eran tan disciplinados? Nunca había conocido un lugar ocupado por gente en el que se siguiera la rutina a pies juntillas. Es bien sabido que algunas personas son seres nocturnos, mientras que otras lo son diurnos. Sin duda, en alguna parte del recinto, habría alguien despierto igual que yo. Me pregunté si esa persona sería Helen. Mi amiga.

Era irónico que hubiera tenido una «cita para cenar» con ella. Yo. Una cita.

Qué extraño era ese sentimiento de tener una amiga. A pesar de que todo fuera un engaño, había algo auténtico en la atracción que existía entre nosotros. Por supuesto, la persona bajo cuya apariencia me había presentado no era yo.

No estaba seguro de quién era mi verdadero yo. Nunca lo estuve. Supongo que siempre me vi como una especie de máquina. Una «cosa» que hacía lo que yo hago sin ningún sentimiento. Pero era de carne y hueso. Tenía terminaciones nerviosas bajo mi piel. Y también órganos internos, cerebro y corazón. Tal vez fuera creado en un laboratorio, pero era humano. O eso creía.

Entonces, ¿por qué no tenía los sentimientos que otras personas tenían? No lo sabía.

Sin embargo, a veces parecía como si los sentimientos estuvieran luchando por

salir. Como si algún tipo de barrera los impidiera aflorar a la superficie.

Pongamos el ejemplo del golpe de Dana Linder. No parecía una mala persona, por lo que pude colegir. ¿No debería haber sentido algún tipo de remordimiento o culpabilidad por aquello? La gente normal lo habría sentido. Algunas veces me preguntaba si no habría alguna forma de que pudiera permitirme sentir esas cosas. ¿Habría algún botón que pudiera pulsar? ¿Algún resorte?

Hoy sentí algo cuando hablaba con Helen. Nunca antes había hablado con una mujer como amiga. Diana era lo más cerca que había estado de tener una amistad femenina. Pero aquello no acabó demasiado bien.

¿Cuánto tiempo tendría que mantener el engaño con Helen? ¿Adónde nos llevaría todo esto?

No lo sabía, pero haría lo que tuviera que hacer.

Me encontraba en el Parque del Milenio de Chicago.

Con el cochecito de bebé. Vestido de mujer. El rifle de francotirador en la mano. Dana Linder en el escenario. Me disponía a levantar el rifle, enfocarla en la retícula y apretar el gatillo.

Pero no había nadie más en el parque. Solo ella y yo. Y un silencio mortal. Ni siquiera viento o pájaros.

Puse el ojo sobre la mira. Pero la figura no era Dana Linder en absoluto, sino la sombra. La que no tiene rostro. La Muerte.

Y de repente ya no estaba en Chicago. Ni mi rifle estaba apuntando contra la Muerte sobre el estrado del pabellón.

Había vuelto a la montaña del Himalaya. La nieve y el hielo bajo mis pies se estaban deshaciendo.

La Muerte me observaba expectante.

Me desperté todo sudoroso. Otra pesadilla. Hacía tiempo que no tenía una. Qué raro que me sucediera ahora. Me pregunté qué significaría.

El reloj marcaba casi las cinco de la mañana. Finalmente debí de quedarme dormido.

Sacudí los restos del sueño de mi cabeza y me levanté. Fui al cuarto de baño, cogí mi bote de pastillas y tomé dos.

Y mis pensamientos volvieron a aquel fatídico día en Nepal...

El borde del pico tembló violentamente cuando los fragmentos de roca y hielo se esparcieron a su alrededor. El Agente 47 no podía seguir adelante debido a la ráfaga de tiros proveniente del QBZ-95 del hombre chino. Retroceder significaría caer junto con la inminente avalancha para quedar enterrado vivo bajo toneladas de hielo y nieve.

Una vez más, el asesino apuntó su *Silverballer* al guardaespaldas suspendido en la cuerda, poniéndose en la línea de fuego del hombre. Pero la turbulencia era demasiado fuerte. Toda la montaña se comportaba como si estuviera a punto de derrumbarse como un castillo de naipes. El hielo bajo sus pies se resquebrajó, escorando a 47, justo cuando sintió la ardiente punzada de una bala penetrar en su costado izquierdo. Mientras caía sobre la dura y escarpada superficie, tuvo la presencia de ánimo para comprender que el temblor le había salvado la vida. La bala del chino había rozado claramente la carne del borde de su cintura; pero, de haber estado erguido, le habría atravesado el abdomen.

La onda expansiva ascendió por la ladera de la montaña hasta los dos guardaespaldas de Nam Vo. El que estaba mirando al hombre suspendido perdió el equilibrio y resbaló. Empezó a deslizarse por el borde del saliente pero, en el último momento, consiguió agarrarse a la cuerda de la que estaba suspendido su compañero. El Agente 47 escuchó cómo se gritaban entre ellos en su idioma. La cuerda no les sostendría a ambos. El filo del risco se partió y los dos hombres cayeron, rebotando junto con la soga. Uno de ellos gritó de terror, porque no había nada debajo de ellos salvo miles de metros de vacío.

47 se arrastró cima arriba. La sangre iba dejando un sendero sobre la nieve blanca. Los temblores se hicieron más intensos a medida que el dispositivo de ultrasonidos continuaba haciendo su trabajo. Si tan solo pudiera alejarse a tiempo...

Finalmente, la cuerda que sujetaba a los dos chinos cedió. Ambos soltaron un grito mortal.

El Agente 47 les vio caer en picado hasta que solo fueron unas minúsculas motas

contra la ladera gris y brumosa de la montaña.

Continuó moviéndose. El borde que sobresalía de la ladera estaba solamente a unos metros a su derecha. Aún decidido a coronar con éxito su misión, Hitman se atrevió a mirar hacia abajo para comprobar qué estaban haciendo Nam Vo y su equipo.

Aún seguían en el mismo sitio, no muy seguros de las causas de la conmoción por encima de ellos, e ignorantes del inminente holocausto.

Entonces el cielo y la tierra se abrieron y la cumbre de hielo se derrumbó completamente, llevando a 47 con ella a través de luces cegadoras, hasta una profunda y absoluta oscuridad.

Geólogos expertos y medios de comunicación registraron la catástrofe como una enorme y pesada avalancha de unos cuatro mil seiscientos metros de longitud y dieciocho mil metros cúbicos de volumen, lo que la convertía en una de las mayores en la región del Himalaya. Se achacó a un desprendimiento natural. Nam Vo y su expedición fueron arrastrados por ella y sus cuerpos nunca se recuperaron.

Aunque no lo supo en aquel momento, el Agente 47 fue muy, muy afortunado.

Había caído entre la masa de nieve y hielo durante casi cincuenta metros cuando su cuerpo chocó contra una protuberancia en la roca, cubierta de suave nieve en polvo. El impacto hizo que el asesino rebotara hacia la cara de la montaña en lugar de hacia el exterior. Inconsciente, 47 rodó como un tronco hasta una sólida grieta desde la que arrancaba el saliente. Hubiera caído en picado dentro de la fisura de no haber sido sus muros tan estrechos. En su lugar, su cuerpo quedó atascado dentro como en un cuello de botella, a escasos centímetros de la abertura. Allí se quedó aislado y protegido del torbellino mortal que duró alrededor de treinta minutos.

Cuando volvió a abrir los ojos, lo primero que advirtió fue el frío. Luego, casi inmediatamente, sintió un agudo dolor en la espalda. No sabía si la tenía rota o no. No podía moverse, aunque sabía que sus piernas estaban colgando libremente en el vacío. Estaba encajonado en la grieta, su torso enganchado en los muros de hielo.

Encajonado. Como un corcho en una botella.

La única cosa que le aportó un poco de alivio fue el sol que se filtraba a través de la abertura. Podía trepar si hacía el esfuerzo, aunque la agonía de su espalda era el mayor obstáculo para hacerlo.

47 no podía ver sus piernas dado que los muros de piedra se estrechaban contra su pecho y su cintura, pero podía patear. No estaba paralizado, lo que significaba que su espalda continuaba milagrosamente entera. Solo que le dolía como el demonio. Seguramente se habría roto algún disco. La grieta de la montaña le había salvado la vida, pero había retorcido su torso como si estuviera hecho de arcilla.

Además le costaba respirar. La presión de la roca contra su pecho le impedía inhalar en profundidad. Esa constatación fue suficiente para que 47 intentara escapar.

Había conocido el dolor a lo largo de su vida, pero este iba a ser intenso. Afortunadamente, sus brazos habían quedado a la altura de sus hombros, permitiéndole hacer un poco de palanca. El mero hecho de presionar hacia abajo con los antebrazos y las manos le produjo intensas sacudidas de dolor en los músculos.

Ve poco a poco.

Flexionar hacia abajo, impulsarse hacia arriba. Flexionar hacia abajo, impulsarse hacia arriba.

El Agente 47 se sentía como un gusano luchando para deslizarse por un agujero rodeado de afilados clavos.

Su ropa se desgarraba a medida que la roca se le clavaba en la piel del pecho y el vientre. La herida de bala no era nada comparada con la agonía que sufría su espalda.

El asesino estuvo a punto de desmayarse por el dolor y el esfuerzo, pero se obligó a continuar. Si no salía de ese agujero ya, no lo haría nunca. Moriría allí, como una mosca atrapada en una telaraña de hielo y piedra.

Flexionar hacia abajo, impulsarse hacia arriba.

No supo cuánto tiempo le llevó, pero una vez que los huesos de sus caderas se soltaron del estrecho cuello de botella, se sintió liberado. Entonces pudo, no sin dolor, usar por fin sus piernas y botas para que soportaran su peso. Cinco minutos después, estaba de pie en lo alto, mirando hacia el fondo del abismo que podía haber sido su tumba.

Había nieve por todas partes, y la resplandeciente blancura hacía difícil distinguir por dónde se había derrumbado el borde de la cumbre.

47 hizo recuento de lo que llevaba encima.

Su querido maletín había desaparecido. La *Silverballer* que llevaba en la mano, esfumada. La mochila con sus provisiones, arrasada y enterrada en alguna parte, cientos de metros más abajo. No tenía equipo de escalada. Lo único con lo que contaba era con un fajo de billetes en su bolsillo y un pasaporte falso.

Excepto por sus ropas desgarradas y sus botas, se hallaba sin protección frente a los elementos. Arrancó una tira de su chaqueta, se levantó la camisa y se la ató alrededor de la cintura tratando de detener la sangre de la herida del disparo.

Después de todo, tal vez moriría en el Kangchenjunga.

No se veía un sendero claro de bajada, pero la parte superior de la montaña parecía fácil de trepar con la ayuda de manos y pies. El Agente 47 pensó que podía llegar hasta una cornisa que se encontraba unos quince metros más arriba. Tal vez esta llevara hasta otra, una ruta más agradable que pudiera atravesar sin equipo de escalada. Sabía que era improbable, dado que alcanzar cualquier altitud en el Kanch requería equipo y más experiencia de la que él poseía. Pero tenía que intentarlo.

El viento helado se hizo más fuerte a medida que escalaba la superficie rocosa. Sus guantes le ayudaban a agarrarse y al menos sus botas seguían siendo fuertes y sólidas. Cada centímetro que ascendía era doloroso. Sentía como si hubiera sido torturado por un potro medieval, sus vértebras separadas o aplastadas y fijadas

permanentemente en esa posición.

Cuando alcanzó el nivel de la cornisa, 47 se desplomó y yació sobre su estómago. Raramente maldecía, pero, por una vez, permitió que unos cuantos epítetos salieran de su boca.

Fue entonces cuando pensó furioso en Diana.

¿Qué había pasado? ¿Dónde se había metido? ¿Por qué le había dejado colgado? La misión había sido un éxito —estaba seguro de que Nam Vo había muerto—, pero ¿quién más habría perecido bajo el alud? Los ultrasonidos habían causado obviamente una avalancha destructora, pero al no haberle facilitado Diana la ubicación exacta de la falla, todo había resultado una chapuza.

Debió de quedarse dormido por el cansancio y el dolor, porque lo siguiente que supo fue que el sol estaba muy bajo sobre el horizonte. La temperatura era una docena de grados más fría y el viento azotaba con fuerza la ladera. Junto con su mochila, 47 había perdido su tienda. ¿Podría sobrevivir a una noche al aire libre? Tal vez hubiera estado mejor atrapado en esa grieta, después de todo.

47 rodó sobre su costado y se estremeció de dolor. No había posición en la que estuviera cómodo. No importaba lo que hiciera, los nervios de su espalda se quejaban terriblemente.

Y entonces escuchó voces.

¿Estaría alucinando?

Trató de buscar una bengala que llevaba en el bolsillo de su chaqueta, pero había desaparecido. Si al menos pudiera atraer la atención... ¿Le vería alguien?

Las voces se hicieron más fuertes.

¡Alguien se acercaba!

Quiso gritar, pero se le quebró la voz. No conseguía que sus cuerdas vocales articularan palabra.

Entonces dos sombras aparecieron por el borde. Gente.

Hitman fue incapaz de determinar a qué distancia estaban. El dolor le hacía delirar. Sin embargo, consiguió levantar un brazo y agitarlo de un lado a otro. En la pálida luz, los últimos rayos de sol lanzaban un destello sobre su reloj, actuando de baliza.

Los dos excursionistas le vieron y se apresuraron hacia él.

Cuando despertó, el Agente 47 vio una luz temblorosa que bailaba sobre un techo de piedra. Estalactitas de hielo colgaban como dagas de este, aunque no había peligro de que cayeran sobre él.

Estaba en algún tipo de cueva.

El asesino giró la cabeza.

Una hoguera. Un hombre y una mujer, acurrucados, sentados cerca del fuego. No eran caucásicos. Seguramente nepalíes. Tal vez tibetanos.

La mujer miró hacia él y murmuró algo. Ambos se levantaron y se acercaron a donde estaba. Hablaban una lengua que no entendía.

Trató de levantarse, pero el dolor recorrió su espalda y estuvo a punto de chillar. La mujer emitió unas palabras reconfortantes y, suavemente, le empujó hacia abajo. Estaba tumbado sobre una manta de piel. Ella dijo algo más, se apartó y luego regresó con un cuenco de caldo caliente.

Sopa de yak con granos de cebada a un lado.

Aunque sabía a rayos, el Agente 47 la consumió con voracidad, como si fuera su última comida en la tierra.

Los nómadas nepalíes le cosieron la herida de bala y cuidaron del asesino durante dos semanas en su cueva de hielo privada, en un lateral del Kangchenjunga. Por lo que 47 pudo deducir, la pareja había abandonado la civilización hacía algún tiempo. Tal vez se estuvieran escondiendo de los chinos en el Tíbet. El marido hacía viajes mensuales hasta uno de los pueblos al pie de la montaña para recoger comida y otras provisiones. Su hogar estaba bien amueblado y resultaba confortable para ser una caverna. El Agente 47 pensó que la pareja debía de estar un poco chiflada por la reclusión, pero, al menos, sabían cómo cuidarle.

Finalmente, 47 se encontró lo bastante bien como para marcharse. El hombre nepalí acompañó a Hitman durante la bajada del Kangchenjunga. Utilizando el equipo de escalada de la pareja, el trayecto de siete horas les llevó casi el doble debido a la incomodidad de 47. Hasta que, por fin, el Agente 47 se encontró pisando suelo firme y plano. Pagó al hombre con el dinero que llevaba en el bolsillo. Al principio el ermitaño se negó, pero Hitman insistió. Se despidieron con un apretón de manos.

El dolor aún era muy intenso. El simple hecho de caminar era toda una proeza.

Se dirigió a un hospital de Katmandú y descubrió que sufría una hernia discal. Su nervio ciático padecía un constante bombardeo debido a la presión. El doctor le explicó que los medicamentos antiinflamatorios y los analgésicos eran la mejor opción, pero debía guardar cama durante al menos seis semanas. 47 siguió el consejo del médico, se registró en un hotelucho de mala muerte y se dopó con pastillas de oxicodona y naproxeno de sodio.

Después de dos semanas, fue cojeando como un lisiado hasta un café con Internet y trató de contactar con Diana. Todas las líneas de comunicación con ella estaban rotas. Comprobó el servidor de seguridad donde recibía los mensajes de la Agencia. Había varios para él, pidiendo que contactara con la ACI si los recibía. La mayoría asumían que estaba muerto. Sorprendentemente, no había ninguna mención a Diana.

Pasaron catorce semanas antes de que el Agente 47 dejara de sentir dolor. Dio las gracias al médico y se marchó de Nepal con una reserva de analgésicos para tres meses. Hitman había descubierto que le gustaban sus efectos, que nada tenían que ver

con aplacar sus molestias. Había empezado a tener sueños extraños, incluso pesadillas, y la oxicodona conseguía controlarlos. Por alguna razón, las pastillas no le dopaban, sino que, más bien, despejaban su mente y reforzaban su confianza. Solo si reducía la dosis o las dejaba de tomar empezaba a experimentar una reacción nerviosa y de ansiedad. Era mejor continuar con ellas.

El Agente 47 se marchó a México y se refugió en Guadalajara. Allí conocía a un traficante de armas que podía reemplazar sus *AMT Hardballers* decoradas con cachas de nácar, igual que sus extraviadas *Silverballers*. Le llevó un mes recrear el maletín de cuero con la insignia de la flor de lis grabada en él.

Durante todo ese tiempo, Hitman intentó periódicamente encontrar a Diana. Aún no había ni rastro de su antigua tutora. Ignoró todos los mensajes de la Agencia. No tenía ningún deseo de volver con ellos. Ya había tenido bastante de la ACI. Seis meses después de la avalancha, la Agencia dejó de mandarle mensajes.

Aunque dolorido y sin estar al alto nivel que a 47 le gustaba mantener, era libre para hacer lo que quisiera.

Benjamin Travis tamborileó, una vez más, con los dedos sobre el escritorio de su despacho, y abrió el mensaje del cliente de la Agencia.

—Esperad noticias.

Eso era todo. No había más instrucciones, ninguna explicación o indicación de que el segundo golpe —el referente a Charlie Wilkins— fuera a llevarse a cabo.

Travis había llegado a la conclusión de que había sido el gobierno estadounidense el que ordenó el golpe de Dana Linder. De ser eso cierto, ¿por qué habrían dado la orden específica al asesino de dejar el arma —que incriminaba a un militar americano— en la escena? El número de serie del rifle les había llevado hasta un soldado en Texas quien había informado del robo de su arma. La televisión y los periódicos estaban plagados de acusaciones sobre que el Presidente Burdett y la CIA estaban detrás del asesinato. El propio Wilkins no había dudado en señalarlos. Pero el mayor defensor de que el gobierno actual había estado involucrado en la tragedia era el hombre conocido como Cromwell. «Ha llegado el momento de una nueva revolución en América», anunció el mercenario en la televisión nacional. Desde el asesinato de Linder, el Nuevo Ejército Modelo había aumentado el número de sus ataques a distintos objetivos, lanzando un mensaje al público: REBELAOS.

Sentado sano y salvo a bordo del *Jean Danjou II*, que ahora navegaba de nuevo por las aguas del Mediterráneo cerca de la Costa del Sol, Travis no estaba demasiado preocupado por el futuro de su propio país. Hacía mucho tiempo que había dado la espalda a los Estados Unidos. Ahora simplemente se limitaba a observar los acontecimientos políticos de América con incrédulo distanciamiento hasta que Jade le recordó que si América caía, también lo haría la economía mundial. Y si eso sucedía, la Agencia tendría menos clientes. Travis no creía que ese fuera el caso, tal vez incluso hubiera más clientes, pero un desplome financiero global sería malo para todo el mundo. No obstante, esperaba con todas sus fuerzas que Cromwell y su NEM triunfaran. El estado de la unión era un polvorín. Últimamente, la Guardia Nacional y el ejército de Estados Unidos habían sido llamados para controlar los ataques de los

insurgentes. Un tiroteo en toda regla se había desatado en Manassas, Virginia, en el mismo lugar donde tuvo lugar la batalla de la Guerra Civil. Siete civiles habían muerto. Más de la mitad de la población secundaba protestas por todo el país, y doce mil personas habían marchado sobre Washington. Un par de eventos incendiarios más, presuntamente perpetrados por el gobierno, sería todo lo que se necesitaba para que la crisis estallara. El asesinato de Charlie Wilkins, si es que estaba orquestado por la CIA, empujaría sin duda al país al borde de una guerra civil.

Así que si la administración actual no era el cliente, ¿quién era?

Travis había ordenado a Jade que utilizara todos los aparatos disponibles de la Agencia para descubrir la identidad del interlocutor. Siempre que el cliente se comunicaba con ellos lo hacía por teléfono. Un dispositivo electrónico distorsionaba su voz. El número desde el que llamaba era imposible de rastrear. Tampoco ayudaba que el sistema de encriptación de la Agencia para aceptar correos y llamadas de teléfono fuera extremadamente complejo e inquebrantable. Los satélites rebotaban la señal entre distintos países antes de que un cliente pudiera contactar con la ACI. Y lo mismo sucedía en sentido contrario.

A raíz del análisis que él mismo, Jade y su equipo habían realizado hasta el momento, Travis sospechaba que el cliente podría ser el mismísimo Cromwell. ¿Quién si no querría provocar una rebelión, y qué mejor forma de causarla que asesinando a Dana Linder y Charlie Wilkins?

Travis consideró el estado de la operación. El Agente 47 estaba ahora mismo cómodamente instalado en Greenhill, supuestamente infiltrado en la comunidad para acercarse al objetivo propuesto. El cliente había prometido que las órdenes sobre el segundo golpe llegarían en un par de semanas. Travis no creía que el cliente fuera a echarse atrás; hasta ahora había cumplido. El dinero por el asesinato de Linder había sido pagado y la Agencia recibió un adelanto a fondo perdido por la misión que concernía a Wilkins. Por eso, esperaba sinceramente poder terminar la segunda parte del encargo.

Pero el director no sabía qué pensar del Agente 47. Ciertamente tenía una espléndida reputación, pero era impredecible. Considerando el hecho de que el asesino era un clon y un guerrero construido a partir de varios tipos de ADN y líneas de sangre, 47 era, indudablemente, una máquina humana... y las máquinas podían romperse o funcionar mal. Travis nunca se había reunido con el agente antes del cara a cara que tuvieron a bordo del yate una semana antes, pero lo sabía todo sobre él. Había estudiado exhaustivamente la historia del asesino y lo había atraído para su causa, sin que Hitman supiera que había sido utilizado.

Era de vital importancia que 47 nunca lo descubriera. Por ese motivo, su mayor prioridad ahora era encontrar a Diana. Jade tenía una pista que le llevaba al Medio Oeste de Estados Unidos. Tal vez se mostrara provechosa. Los agentes podían tener éxito en localizar a la traidora mujer. Y, una vez que se consiguiera, Travis enviaría al Agente 47 para asesinarla.

Llevar al asesino de vuelta al redil no había sido fácil. Después de un año de búsqueda, el agente de la Agencia Roget informó de que acababa de contratar a 47 como *freelance* en Jamaica. Así que Travis puso el plan en marcha. Pagaron a Roget una sustanciosa suma para que les entregara al asesino a través de un avión pilotado por control remoto. No fue culpa suya que 47 se cargara el control y la Agencia no pudiera hacer aterrizar al aparato sin mayores consecuencias. Al menos, la terrible experiencia sufrida por Hitman en el Caribe fue una buena muestra para comprobar que estaba en forma.

La conducta del asesino impresionó a Travis y a los altos mandos lo suficiente como para decidir que fuera reinsertado. La mascarada a bordo del yate — permitiendo a 47 vagabundear libremente por zonas restringidas con el pretexto de la «nueva política de honestidad y confianza» de la Agencia— era la guinda del pastel. Jade no estaba convencida de que 47 hubiera caído en la trampa, pero aparentemente algo había funcionado. Hitman accedió a unirse de nuevo a ellos. El trabajo actual — el golpe de Linder y la posibilidad del de Wilkins— tenía que ser una confirmación de la lealtad de 47 y su nivel de destreza. Si tenía éxito en este difícil encargo, Travis no dudaría en enviar al asesino tras su antigua tutora. Era el único que podía matar a Diana.

De no haber conseguido escapar de ese hotel en París antes de que el equipo de Travis entrara en su habitación, con las armas preparadas, ahora Diana estaría en una tumba. Sin embargo, la mujer escapó con gran parte del material clasificado de Travis. Y había amenazado con exponer su proyecto al mundo, algo de lo que la creía perfectamente capaz. Entonces, ¿a qué estaba esperando? Aquello había sucedido un año antes. ¿Por qué no lo había hecho ya?

Travis creía que quizá ella necesitara alguna evidencia física más. Todo lo que tenía hasta el momento era la información en su cabeza. Sería preciso algo más que eso para convencer al mundo de que él y la Agencia estaban planeando algo malo. Diana sería una mujer muerta en cuanto la encontraran.

Y ahora Travis tenía que convencer al Agente 47 de que su antigua tutora le había traicionado en ese fatídico día en el Himalaya. Tenía que seguir sembrando la semilla de la duda y la desconfianza en la ya suspicaz mente del asesino.

Y estaba funcionando.

Pasaron los días hasta llegar a mediados de octubre.

El Agente 47 cumplía diligentemente con su trabajo de jardinero y hombre de mantenimiento aunque la mayor parte de sus tareas no tenían nada que ver con esa descripción. Su supervisor era un joven llamado Stuart Chambers. Hitman desarrolló una inmediata antipatía por él. Chambers se tomaba su puesto de jefe demasiado en serio. Durante los primeros días, a Stan le asignaron las tareas más serviles y desagradables, como desatascar los inodoros de hombres y mujeres de todos los baños de Greenhill. Cuando terminó con eso, Chambers le ordenó que limpiara el desagüe de la cocina de la cafetería. Era un trabajo sucio y nauseabundo que dejó al asesino de un humor de perros. Después de una semana a 47 aún no le habían encomendado tareas dentro de la zona restringida.

Decidió que la única cosa positiva de estar en Greenhill eran las noches que pasaba con Helen. Dado que su tapadera requería que ligara con una identidad más humana, hizo un esfuerzo por ser más hablador y cercano. La timidez que fingía sentir le funcionaba bien, porque animaba a Helen a intentar que se abriera, lo que les llevó a algo parecido a una amistad con la que, sorprendentemente, 47 disfrutaba. Se sentía extrañamente cómodo con esa relación platónica que habían construido en el breve período de tiempo desde que se conocían. No obstante, sentía que ella quería llevar su amistad a otro nivel. A veces se refería a sus encuentros como «citas», y una noche advirtió con claridad cómo ella quería que le diera un beso de buenas noches después de acompañarla hasta su apartamento. Pero 47 no podía hacerlo. Algo le impedía cruzar esa línea con ella.

Una noche después de cenar, dieron un paseo por el exterior del recinto a lo largo de la carretera de dos carriles que llevaba a Coal Landing. El sol se estaba poniendo con rapidez y el tiempo reflejaba el frescor otoñal, por lo que Helen se había abrigado con un jersey y una chaqueta fina. El Agente 47 llevaba simplemente su camisa de trabajo y el mono bajo una cazadora. En un momento dado ella se estremeció y se quejó del frío. 47 captó la indirecta y colocó su brazo alrededor de sus hombros

acercándola contra su cuerpo. Todo formaba parte del papel que le tocaba interpretar, aunque le resultara totalmente ajeno a él.

—Mmm, eso está mejor —declaró ella.

Hitman se sintió extraño, pero lo utilizó como una muestra más del carácter tímido de Stan Johnson.

—Le dije a Mitch Carson que querías trabajar en los jardines de la mansión. Me dijo que hablaría con Stuart sobre ello.

47 se permitió una risa amarga.

—No creo que Stuart Chambers me quiera demasiado.

—¿Por qué dices eso?

—¿No te has dado cuenta de que me da los peores trabajos? Aún no he realizado ninguna labor de mantenimiento. No es muy amable conmigo. ¿Por qué es tan... tan...?

—¿Gilipollas?

Él la miró y sonrió.

—Sí, supongo que eso es lo que intentaba decir.

—No lo sé, pero estoy de acuerdo. De hecho es demasiado amable conmigo. Hace aproximadamente un año me invitó a salir. Quedamos unas cuantas veces, pero él quería..., eh..., quería más de lo que yo estaba dispuesta a dar en ese momento. Recuerdo que pensé que era poco respetuoso e insensible. Rompí todo contacto con él. —Levantó la vista hacia 47 y apretó su brazo—. Tal vez esté celoso.

—¿De mí?

—De ti y de mí.

—Oh.

¿Acaso significaba eso que todo el recinto estaba viendo a Helen y a Stan como *pareja*? 47 no sabía si aquello era bueno o malo.

—La gente está hablando, ya sabes —comentó ella pícaramente.

—¿Sobre nosotros?

—Sí. Bueno, hemos estado juntos todas las noches desde que llegaste. Tal vez haya un par de cientos de personas viviendo en Greenhill, pero en realidad es un sitio muy pequeño. Son como los cotilleos de pueblo. Cada vez que alguien se junta con una persona, se convierte en noticia.

—No lo sabía. —47 encontraba todo aquello muy perturbador—. ¿Y qué le importa a nadie?

—Las personas son personas.

47 nunca había pensado en ello. Todo este asunto de las relaciones era completamente nuevo para él y así se lo dijo.

Ella volvió a apretar su brazo, se puso de puntillas debido a su altura y le besó en la mejilla. 47 se sintió aturdido.

—Yo también soy nueva en esto, Stan —declaró.

Todo era muy extraño.

Helen estaba actuando como si yo fuera su novio o algo así.

Sabía que tenía que acercarme a ella cuando llegué aquí. El plan era integrarme en una vida social humana «normal», y fui capaz de hacerlo. Estaba sorprendido de mi éxito, aunque no podía decir que lo encontrara especialmente cómodo. Me resultaba muy extraño. Me hacía sentir aún más raro, porque, por mucho que lo intentara, incluso si lo deseaba, nunca sería «normal».

Cada mañana Helen utilizaba su llave electrónica para abrir la verja que daba a la zona restringida. Se pasaba todo el día en la mansión trabajando para Charlie Wilkins. Helen era mi medio para conseguir entrar en la mansión, así que tenía que continuar con esa ilusión de que éramos una pareja. Lo que resultaba más extraño de todo, y no estaba muy seguro de cómo manejar, era que realmente disfrutaba de su compañía. Nunca había tenido una amiga de esa clase. Diana Burnwood había sido lo más parecido, pero era mi tutora en la Agencia. Apenas la había visto en persona. Podía contar las veces con una mano. Helen era muy diferente. Era, sencillamente, una persona inocente y normal, excepto que había algo en su pasado de lo que no estaba orgullosa, algo que la había herido. Tenía que intentar descubrir qué era.

Wilkins se había marchado del recinto y estaba viajando con su comité de campaña. El hombre tenía mucho trabajo que hacer antes de las elecciones, que se celebrarían en tres semanas. No había recibido noticias de la Agencia respecto al golpe. No esperaba que las órdenes llegaran demasiado pronto. Helen me refirió algunas cosas interesantes sobre Wilkins. Yo ya había efectuado todas las indagaciones posibles sobre el hombre. Sabía cómo había comenzado con el movimiento de su Iglesia allá por 1970, consolidándolo poco a poco. Se convirtió en millonario cuando abrió su cadena de restaurantes de comida rápida, lo que le proporcionó los medios para expandir su Iglesia. Helen me contó que tenía una relación muy cercana con la madre de Dana Shipley Linder, y que el padre había muerto en un accidente de caza.

Interesante.

Los accidentes de caza fatales son bastante raros.

Mientras tanto, decidí continuar con mi llamado «trabajo» en Greenhill y seguir viendo a Helen. Tuve que reconocerlo. Ella me gustaba. Y qué curiosa y desconocida sensación era aquella. Por primera vez en mi vida, estaba sintiendo lo que otros llamaban una emoción.

Pertrechado con un ramo de flores de la Floristería de Sam, en la calle principal de Greenhill, 47 llamó a la puerta del apartamento. La puerta se abrió de inmediato y Helen apareció luciendo un vestido de noche atrevidamente escotado. Él llevaba su habitual traje negro de firma y la corbata roja.

—Stan, entra. ¡Oh, flores! ¿Son para mí?

—Por supuesto. —Se las entregó y entró en la habitación. Ella cerró la puerta y olió el ramo.

—¡Qué amable! Déjame que busque un jarrón para ponerlas. Pasa y siéntete como en casa. La cena ya está casi preparada.

Aunque ya había estado en su apartamento un par de veces, esta era la primera cita auténtica para cenar. El apartamento de Helen de un solo dormitorio era, decididamente, femenino y estaba decorado con buen gusto. Una mesa cuadrada, cubierta por un mantel blanco, estaba preparada en mitad del salón. Dos grandes candelabros proporcionaban una titilante iluminación. De hecho, Helen había colocado diversas velas por toda la estancia.

¿Será esto lo que llaman «una cena romántica»? se preguntó 47. En previsión por lo que podría ser una situación impredecible, había decidido no tomar oxicodona ese día. Hasta el momento se sentía bien.

Ella regresó a la habitación con las flores dentro de un jarrón de cristal.

—Las voy a colocar en la mesita de café ya que el jarrón es demasiado grande para ponerlo en nuestra mesa. ¿Te gusta? Pedí el mantel prestado en la cafetería.

—Es muy bonita.

Ella se rio.

—Stan, desde luego eres un hombre de pocas palabras. —Señaló hacia una botella de champán metida dentro de un cubo con hielo—. ¿Te importaría abrirla? Tengo que comprobar cómo va el pollo.

47 cogió la botella, examinó la etiqueta y no reconoció el nombre. Imaginó que sería una de esas marcas baratas que vendían en la tienda de veinticuatro horas de Greenhill. No importaba. No estaba planeando beber demasiado. 47 soltó el precinto de estaño, agarró el corcho, y apuntó con la botella hacia el techo. Después del «pop», unas gotas de líquido burbujeante se derramaron sobre la alfombra. Helen apareció justo para verlo.

—Lo siento —dijo.

Ella se rio.

—No seas tonto. Eso es lo que se supone que tiene que hacer el champán. —Cogió dos copas de la mesa y se las tendió—. Llénelas, señor.

Lo hizo, luego volvió a dejar la botella en el cubo.

—¿Estamos celebrando algo?

—No exactamente. ¿Quién dice que hay que celebrar algo para tomar champán?

Cogió su copa mientras ella hacía lo mismo con la suya y decía:

—Por Charlie, para que gane las elecciones a presidente, por la Iglesia de la Voluntad y por nuestra amistad. —47 chocó su copa y bebió un sorbo. Ella casi se terminó la suya. No era el mejor champán que había tomado en su vida, pero tampoco el peor.

La cena consistió en pollo asado cubierto con una capa de mostaza, que a 47 le pareció delicioso. Helen también había preparado patatas asadas y un plato de brócoli

salteado con dientes de ajo. Abrió una botella de tinto y llenó otro par de copas. 47 observó cómo ella bebía sin parar durante la cena, volviéndose un tanto atolondrada y parlanchina. Obviamente estaba nerviosa, como si esperase que algo ocurriera entre ellos esa noche.

Reconoció que si él fuera parecido a otros hombres, sin duda algo *sucedría*. Pero afortunadamente no lo era.

Cuando terminaron de cenar, el asesino la ayudó a lavar los platos. Ella lavaba y él secaba. En un momento dado, sin embargo, sus manos empezaron a temblar. La temida ansiedad había regresado. Cuando ella le tendió un plato húmedo, se resbaló de sus dedos temblorosos estrellándose contra el suelo.

—Helen, lo siento. Qué torpe soy.

—No pasa nada, está bien. Déjame que traiga un recogedor y la escoba.

47 se agachó y recogió los fragmentos. Ella le trajo una bolsa de papel para que los echara dentro.

—Ten cuidado de no cortarte —indicó.

47 la ayudó con el recogedor y rápidamente limpiaron el desastre. Entonces le pidió utilizar el cuarto de baño. Cuando se quedó a solas, sacó el bote de pastillas del bolsillo y lo abrió, pero se deslizó de sus manos temblorosas y las pastillas se desperdigaron por todo el suelo.

—¿Todo bien ahí dentro? —oyó que le preguntaba ella.

—Bien.

Consiguió recuperar las pastillas, se tragó dos y metió el resto en el bote. Cuando regresó al cuarto de estar, Helen se levantó y dijo:

—Has tenido una buena idea. Ahora es mi turno. Discúlpame.

—Claro —contestó.

Mientras ella se ausentaba, él aprovechó para examinar algunas de sus cosas. Había una colección de libros de bolsillo en una estantería, la mayoría novelas románticas y algunos libros de autoayuda. Lo que resultaba más chocante era la ausencia de fotografías. Ninguna foto familiar. Ningún recuerdo del día de la graduación.

¿Sería ese un síntoma de soledad?

Helen apareció con cara preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó 47.

—Stan, ¿qué es esto? —Extendió la palma de la mano. Había tres píldoras de oxicodona en ella—. Las encontré en el suelo detrás de la puerta. Son tuyas, ¿verdad?

47 no las había visto cuando recogió las que se habían desperdigado por el baño. Ahora que le habían pillado, supuso que lo mejor era ser sincero.

—Sí, son mías. Son unas pastillas que tomo para el dolor.

—¿Dolor? ¿En serio?

Él se encogió de hombros.

—No. La verdad es que no.

—Stan, conozco estas pastillas. Son OxyContin, ¿no es cierto?

Él asintió.

Helen le cogió de la mano y le llevó hasta el sofá. Cuando se sentaron le preguntó:

—Stan, ¿por qué las tomas?

—Tuve una dolencia hace cosa de un año. Me las dieron para soportar el dolor, pero supongo que nunca dejé de tomarlas.

—Stan, eres un adicto. Lo sabes, ¿no?

Él sacudió la cabeza.

—Puedo dejarlo en cuanto quiera. Solo que todavía no quiero.

—Eso significa que eres un adicto. Stan, escúchame. Yo también fui adicta al OxyContin. Durante mucho tiempo. No se lo he contado a nadie de Greenhill, ni siquiera a Charlie. Pero no sé, me fío de ti. Creo que somos almas gemelas, Stan. Hay una tristeza en ti que yo también arrastro. ¿Sabes... sabes de qué estoy hablando?

Él vaciló, pero asintió.

Ella volvió la cabeza para no mirarle mientras hablaba. 47 pudo ver que aquello le resultaba difícil.

—Stan, estuve muy perdida hace algunos años. Me metí en las drogas, de muchas clases. Lo hice todo. Me enganché a la heroína. El OxyContin vino después, y también me enganché a él. Hice..., hice cosas terribles para costear mi hábito. No estoy orgullosa de ello. Stan, aún sigue siendo una lucha para mí. Cada día atravieso momentos en los que daría lo que fuera por tomar esas terribles drogas. Esa fue la razón por la que me uní a la Iglesia de la Voluntad. Necesitaba fuerza para luchar contra mi adicción. Stan, si supieras las cosas que he hecho...

47 pensó:

Si supieras las cosas que he hecho yo...

Se volvió hacia él y declaró:

—Puedo ayudarte, Stan. Necesitas dejarlo. Tú sabes que es así. Tal vez no quieras admitirlo, pero en el fondo tú tienes la Voluntad. Eso es lo que Charlie nos enseña. Tú tienes la Voluntad para quitarte esas pastillas y tirarlas a la basura. Puede que necesites algo de ayuda médica, aunque algunas personas superan solas el síndrome de dependencia. Te quedas hecho polvo durante algunas semanas, pero tú puedes hacerlo. Yo te ayudaré, Stan. ¿Me dejarás que te ayude?

—Helen...

—Si yo he podido hacerlo, tú también puedes. Yo no soy una persona fuerte, Stan. Soy bastante débil. Supongo que eso es algo que deberías saber sobre mí si vamos a continuar siendo... amigos. —Entonces le miró—. O algo más. Se apretó contra él, mirándole a los ojos, la boca entreabierta.

Quería que Stan Johnson la besara.

—Helen, yo...

Ella estiró el brazo y posó una mano en su mejilla.

Pero el Agente 47 no podía hacerlo.

—Helen, yo... no estoy preparado para esa clase de relación.

Ella parpadeó pero no retiró su mano.

—¿Acaso eres...?

—No, no soy gay. Es que nunca he tenido una relación que funcionara como es debido. Supongo que se puede decir que estoy quemado. Me cuesta mucho confiar en alguien.

—Puedes confiar en mí, Stan.

—Estoy seguro de que sí. Te tengo en muy alta estima. Creo que podemos estar muy cerca, pero confiaba en que pudiéramos ser solo... amigos.

Pudo ver la decepción en sus ojos. Entonces ella retiró la mano y dio un gran sorbo a su copa de champán.

—Claro. Podemos ser eso.

—Helen, tú no me conoces...

Ella alzó una mano.

—Para. Está bien. Sé que tienes tus propios secretos. Quizá algún día me hables de ellos. Y respecto a nosotros, no te estoy presionando, Stan. Me gustas. Me gustas mucho más que nadie que haya conocido en Greenhill. Así que si quieres que seamos amigos, puedo aceptarlo. Yo también soy una persona herida. Sí, veo que tú también lo eres. Tus heridas son profundas y permanentes. Lo sé.

Él tomó uno de sus brazos y deslizó suavemente la manga hacia arriba, revelando las rojas cicatrices.

—Como las mías —añadió.

—¿Qué sucedió? —le preguntó suavemente.

—Pensé que estaba tocando fondo. Lo más bajo que se podía caer. Estaba vendiendo mi cuerpo a cambio de drogas. Estaba robando. Incluso viví en la calle durante un tiempo. Así que traté de... terminar. —Resopló—. Obviamente no funcionó.

Él rozó con sus dedos la carne desfigurada.

—Después de aquello, decidí cambiar de vida. Fue una llamada de atención. Me volví hacia la Iglesia de la Voluntad y las cosas empezaron a mejorar. Tengo algo en lo que creer. Conseguí una meta distinta a clavarme una aguja en las venas o tomar una pastilla. Stan, tú puedes hacerlo también. Yo te ayudaré, si me dejas.

Hubo un largo silencio, después del cual 47 contestó:

—Lo pensaré.

Una hora más tarde, estaba dormida en el sofá. Habían continuado hablando, pero ella se había bebido prácticamente sola todo el champán y el vino. Se acurrucó junto a él, apoyó la cabeza en su hombro y se durmió.

47, por el contrario, estaba muy despierto. Las pastillas habían hecho efecto y sus pensamientos eran claros y precisos. No podía recordar un momento en su vida en el que una mujer se hubiera quedado dormida junto a él de esa forma. De hecho era una

experiencia totalmente nueva y, de algún modo, incómoda. O tal vez fuera justo al revés.

¿No sería que ese sentimiento incómodo que notaba era, de hecho, algo *agradable*, que resultaba tan irreal para él que se le hacía extraño?

De una cosa estaba seguro. Admiraba a Helen. No por la atracción sexual que pudiera sentir hacia ella, sino por lo que había sido capaz de lograr.

Ella había combatido a la Muerte y había vencido.

Jade frunció el ceño cuando se quitó los auriculares y comprobó la hora. Masculló un taco y rápidamente dejó su puesto de trabajo. Se dirigió a través del centro de mando de la Agencia hacia Travis, que estaba mirando por encima del hombro de uno de los analistas de Oriente Medio.

—... ¿y el tutor ya está en su puesto de Tel Aviv?

—Sí, señor. Estamos preparados para empezar —contestó el analista.

—Excelente. Buen trabajo.

Jade dio un paso adelante.

—Señor.

—¿Qué pasa?

Ella ladeó levemente la cabeza, indicando que debía seguirla.

—El cliente 432 llamará en dos minutos. Acabo de recibir la transmisión para advertirnos.

—No nos da mucho tiempo, ¿verdad? Está bien, vayamos a mi despacho.

Travis salió del centro de mando delante de ella, bajó por un corredor y entró en el camarote que le servía no solo de aposento sino también de lugar de trabajo, separados por un mamparo. Se sentó en su mesa y giró la pantalla del ordenador para que ambos pudieran verla. Jade se sentó en una de las sillas frente al escritorio, su cuaderno de notas y el ordenador portátil preparados. Travis tecleó su contraseña y la pantalla de comunicación se encendió. Entonces le pasó a Jade unos auriculares y se quedaron esperando.

A la hora señalada, llegó la llamada. El monitor desplegó la voz del interlocutor mientras las ondas de sonido se grababan y eran analizadas en un intento por descifrar no solo la identidad del cliente, sino su localización y medio de transmisión.

Travis habló.

—Aquí la Agencia, director tres.

—Buenas tardes. —La voz tenía el tono electrónicamente deformado de costumbre.

—¿Está listo para proceder con la fase dos de la operación, señor?

—Todavía no. Aún hay piezas que no encajan del todo. Pero puedo asegurarle que acabará sucediendo. Es cuestión de tiempo.

Travis sonrió a Jade.

—Bueno, señor, nuestro agente está en el lugar, esperando la orden. ¿Se da cuenta de que cada día que pasa le cuesta dinero?

—Por supuesto. Ya he hecho una transferencia por un segundo pago —un anticipo, por así decirlo— al número de cuenta del banco que me facilitaron.

Travis hizo un gesto de asentimiento hacia Jade. Ella inmediatamente se puso a teclear en su ordenador.

—Entonces, ¿qué podemos hacer por usted hoy, señor?

—Necesito conocer la identidad y descripción de su asesino.

Jade arrugó la frente mientras intercambiaba una mirada con su jefe.

—¿Y por qué quiere saberlo? —preguntó Travis.

—Tengo mis razones.

Jade estudió la pantalla del ordenador y susurró:

—He verificado que, efectivamente, esta mañana se realizó un pago de dos millones.

Travis asintió y luego volvió a hablar.

—Lo siento, no puedo facilitarle esa información. Estoy seguro de que lo comprenderá. No se me permite revelar ningún detalle que pudiera comprometer a nuestro agente. Pero le aseguro que el golpe será ejecutado con profesionalidad y discreción.

—¿Es uno de los mejores?

Travis vaciló.

—¿Qué le hace pensar que el agente es un hombre?

—Vamos, hombre, estoy perdiendo la paciencia. Ya he pagado mucho dinero a la Agencia. Tengo amigos muy poderosos en puestos importantes. Sé más de la Agencia de Contratación Internacional de lo que pueda imaginar. De hecho, sé que en este momento está sentado a bordo de un yate en el Mediterráneo.

Travis parpadeó. ¿Cómo era eso posible? De nuevo volvió a mirar a Jade, esta vez con preocupación.

—Señor, no estoy seguro de entender por qué necesita saber quién es el agente. ¿No pondrá eso en peligro su seguridad y anonimato? Podría arriesgar la operación.

—Yo soy el maldito cliente. Yo estoy orquestando el maldito golpe. Puedo controlar la maldita corriente de información. ¿Es que cree que soy estúpido?

—No, señor.

—Entonces dígame lo que necesito saber. Odiaría tener que denunciar a la Agencia a los organismos de seguridad.

Travis suspiró. Tendría que informar de esto a sus jefes superiores. En alguna parte se había producido un fallo en la seguridad. Por otro lado, era evidente que ese

cliente se estaba convirtiendo en lo que podría resultar un terrible enemigo. Aun así, un contrato era un contrato.

—Muy bien —declaró—. El asesino asignado a su operación es el legendario Agente 47. Si es cierto que se mueve en los círculos que dice, entonces estoy seguro de que habrá oído hablar de él.

Hubo una pausa.

—Sí. He oído hablar del Agente 47. Creí que estaba muerto.

—Se equivoca. El Agente 47 está bien vivo. Tal vez con su nombre le baste para obtener su descripción por otras fuentes.

—Sí. Puedo hacer eso. ¿Y ahora mismo está en la Iglesia de la Voluntad en Virginia? El golpe debe parecer...

—Un trabajo desde dentro, ya lo sabemos. Se lo dije, está en el lugar preparado para actuar siguiendo sus órdenes.

—Gracias.

—¿Eso es todo?

—Por ahora. Estaré en contacto.

La comunicación se interrumpió de golpe. Travis dio un puñetazo a la mesa.

—¡Maldita sea! ¿Quién demonios es este hijo de puta? ¿Cómo coño tiene la habilidad para saber dónde nos encontramos?

Jade se encogió de hombros.

—Sinceramente no lo sé, señor, pero pondré a alguien a investigarlo ahora mismo.

Él la apuntó con el dedo.

—Utilice todos los efectivos que tenemos para averiguar quién es y actuar de inmediato. Me da igual que sea un cliente de los que mejor pagan. Es una amenaza. —Estrechó sus ojos mirando a su asistente—. Tiene que ser ese chalado de Cromwell. Primero se carga a Dana Linder, luego asesina a Wilkins y así pone a toda América en contra del gobierno. Tiene esa milicia extendida por todo el país y quién sabe qué clase de experiencia técnica detrás. Ha conseguido liderar pequeños ejércitos de un lado a otro del país y los ineptos del gobierno no pueden encontrarlo. Tengo que hacer una llamada a los altos mandos. Y quiero que envíe un mensaje al Agente 47. Dígale que Cromwell es sospechoso de ser el cliente y que debe tener cuidado porque la operación empieza a oler muy mal.

Jade se levantó.

—Me pondré ahora mismo.

—Por el amor de Dios, ¿no pueden hacer algo más con esa voz trucada nuestros analistas? Tenemos algunos de los mejores ingenieros del planeta, ¿es que no pueden encontrar el rastro de la llamada? Dígales que si no lo consiguen rodarán cabezas.

—Sí, señor.

Dejó el camarote rápidamente mientras Travis se quedaba sentado descargando su furia.

¿Estaría el Agente 47 en peligro? Quizá. Después de todo, era muy arriesgado camuflar a alguien tan singular en una comunidad religiosa tan restringida como Greenhill. Si bien 47 era un hombre complejo, también era cierto que el asesino no era «normal». Para un trabajo encubierto tan largo como este, era esencial que uno pareciera alguien vulgar.

Y, sin embargo, hasta ahora Hitman lo estaba haciendo bien. Llevaba dos semanas en Greenhill y había avanzado mucho infiltrándose en los círculos próximos a Wilkins. Durante un instante Travis consideró llamarle y abortar el encargo. Después de todo, el director quería a 47 con vida, dispuesto y listo para hacer el siguiente trabajo que la Agencia tenía preparado para él.

Especialmente cuando una parte muy importante de su proyecto estrella había desaparecido del laboratorio en Chicago. La parte más importante.

Eso era lo que de verdad le fastidiaba.

Y tenía que ser Diana Burnwood la responsable. Ella era la única que sabía cuál era el paquete y cómo llegar a él.

Travis tenía que recuperarlo. Si el último informe de Jade estaba en lo cierto, entonces era posible que Diana estuviera ocultando el paquete en alguna parte del Medio Oeste.

Durante los angustiosos meses desde la deserción de Diana, Travis había conseguido tapar lo sucedido. Los altos mandos no tenían ni idea. Había logrado convencerles de la existencia de un problema científico que impedía progresar a su proyecto. Contaba con encontrar a Diana pronto y restaurar el espécimen a su sitio antes de que nadie se diera cuenta.

Si no lo conseguía, su culo estaría en peligro.

El Agente 47 utilizó el número de seguridad de su móvil para comprobar los mensajes de la Agencia. El mensaje de Jade le pareció interesante. Si Cromwell era en verdad el cliente, entonces no tenía sentido que estuviera conectado con la Iglesia de la Voluntad. No obstante, aún no había pruebas concretas sobre ello.

Se tragó una pastilla de oxicodona y se reunió con Helen en la cafetería para desayunar, como hacían siempre antes de que ambos marcharan a sus respectivos trabajos durante la jornada. Ella llevaba la misma blusa y falda para trabajar, pero se las arreglaba cada día para parecer diferente y atractiva. En cambio él llevaba puestos unos vaqueros sucios y grasientos y una camisa de franela. Ciertamente eran una pareja extraña.

—He hablado con Mitch de tu situación —dijo mientras se lanzaban sobre un desayuno típicamente americano: huevos, beicon, croquetas de patata hervida con cebolla y tortitas—. Creo que ha tenido unas palabras con Stuart, así que esperemos que las cosas cambien pronto para ti.

—¿En serio? No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé. Pero no podía aceptar que te trataran tan injustamente. Stuart puede ser... difícil.

47 se encogió de hombros y dio un sorbo a su café caliente.

—Te lo agradezco.

—Escucha —dijo—. Me marcho esta noche con Charlie.

Él levantó la vista.

—Regresa esta tarde a Greenhill y, aparentemente, vamos a volar en su *jet* un poco más tarde. Es por la campaña. Me ha pedido que vaya con él.

—¿Adónde vais?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Pero me indicó que cogiera ropa para clima cálido y que necesitaba mi pasaporte.

A Hitman aquello le pareció extraño. ¿Por qué querría Charlie Wilkins dejar el país cuando estaba en plena campaña electoral? En ese momento, 47 decidió que

dondequiera que fueran Wilkins y su equipo tenía que seguirlos. Pero eso no sería fácil. La pista de aterrizaje de Greenhill era privada. Los únicos aviones que podían entrar y salir eran el Learjet 85 de Wilkins, una avioneta para ejecutivos diseñada para realizar vuelos transcontinentales, y las aeronaves propiedad de los vips que acudían como invitados.

—¿Sabes cuándo volverás? —preguntó.

—Son solo un par de días, creo. Dos o tres noches.

—¿Cuándo te vas?

—Tengo que estar lista al final de mi jornada. No sé si te veré a la hora de la cena.

Stan Johnson colocó una mano sobre su hombro y dijo:

—Está bien. Te veré a la vuelta.

Ella bajó la vista a su plato.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti también.

Cuando terminaron de desayunar, 47 escoltó a Helen hasta el sendero que llegaba a la colina, se despidió torpemente y luego se dirigió al cobertizo de las herramientas.

Chambers le dijo que ese día trabajaría en los jardines de la mansión. Aparentemente las palabras de Helen a Carson habían surtido efecto.

—El invierno se acerca, así que tendrá que limpiar todas las flores y hojas muertas que encuentre —subrayó Chambers—. Dispondrá de un par de horas en la zona restringida. Sus otros dos compañeros estarán cortando el césped y recogiendo hojas. No puede aventurarse cerca de la casa, ¿me entiende? Hay cámaras de seguridad ocultas y le garantizo que le captarán si intenta algo.

El hombre explicó las instrucciones y advertencias como si 47 fuera discapacitado mental. El asesino no contestó. Aunque por dentro estaba que echaba humo y nada le hubiera gustado más que agarrar por el cuello a su supervisor. Sin embargo, se limitó a asentir sumisamente y recogió los materiales que necesitaría para ese día.

El cobertizo de las herramientas estaba situado detrás, en la parte sur de los edificios de apartamentos, cerca de una nave donde se guardaba la maquinaria de gran tamaño, como las segadoras y pequeños tractores. A 47 le gustó encontrar el cobertizo bien surtido. Además de los usuales juegos de martillos, destornilladores y llaves, había una sierra de mesa, una sierra de vaivén, una cizalla y un torno. Una considerable cantidad de madera estaba apilada en el granero; sin embargo, cuando 47 empezó a trabajar allí, el cobertizo era un desastre. Una de sus primeras tareas en Greenhill fue reorganizar el espacio y colocar en las paredes unos ganchos para las herramientas con la silueta dibujada detrás. Montó un improvisado sistema de contenedores para clavos, tornillos, enchufes y otros materiales. Limpió el exceso de porquería y el equipo defectuoso. Cuando tomó la iniciativa de reparar una máquina rota, hasta Chambers quedó impresionado. Por eso, cada día desde que empezara el trabajo, 47 empleaba una parte de su tiempo en el cobertizo perfeccionando lo que ya estaba empezando a conocerse como el «Sitio de Stan».

Ahora, finalmente, después de dos semanas, había recibido autorización para entrar tras la alambrada electrificada. Con las herramientas de jardín en una mano, caminó en dirección sur colina arriba junto con sus dos compañeros de las segadoras hasta que llegaron a la verja. Chambers deslizó su llave electrónica, tras lo cual se produjo un sonoro clic, y luego mantuvo la puerta abierta para que los hombres pasaran. 47 advirtió que una pareja de guardias de seguridad se apostaba delante de la casa de los guardas, observándolos. Iban armados y además llevaban porras en sus cinturones.

El jardín se extendía desde el lado oeste de la mansión hasta la parte de atrás, donde estaba la oficina de Wilkins con el enorme ventanal que daba al lago. Lo primero que hizo 47 fue un reconocimiento de la zona. En una de las fachadas de la casa había una entrada de empleados, y un sendero pavimentado llevaba hasta la entrada principal del edificio. Había pocas ventanas y ninguna cámara de seguridad a la vista. Tal vez la advertencia fuera falsa, con la única intención de intimidar a los trabajadores. 47 se interesó especialmente por el borde sur del jardín, desde donde podía ver y estudiar la parte de atrás de la mansión. Había numerosos setos recortados en el perímetro del jardín que podrían servirle como una útil cobertura en caso de necesitarla.

Hitman se puso a trabajar podando ramas muertas y retirando las hojas caídas de los árboles. Encontró la tarea relajante, lo que le trajo recuerdos del período que había pasado en Italia, haciendo labores de jardinería para el sacerdote que, poco después, se convirtió en su amigo. En un momento dado, Hitman descubrió una madriguera de conejos que, si bien debió haber tapado, decidió dejar como estaba. Recordó los días de su niñez en el sanatorio, cuando solía alimentar a un conejo que tenía como mascota. La única vez que 47 lloró de pequeño fue cuando el animal murió.

—¡Johnson!

47 levantó la vista. Chambers estaba en la zona norte del jardín con los dos guardias de seguridad que había visto antes.

—¿Sí?

—¡Venga aquí! ¡Ya!

Un hormigueo recorrió el cuerpo de 47. Algo pasaba.

—Claro. Voy a recoger mis herramientas.

—¡Déjelas! Solo venga.

El asesino recorrió la ladera del jardín y caminó a lo largo de la mansión hasta donde Chambers y los hombres esperaban.

—El Coronel quiere verle.

47 se hizo el tonto.

—¿Quién es?

—¿No ha visto al Coronel? Es el hombre del ejército. Lleva uniforme militar.

—¿Por qué quiere verme?

—Quiere hablar con usted. Estos hombres le escoltarán.

El asesino miró a los dos fornidos guardias. Uno de ellos ladeó la cabeza en dirección a la casa de los guardas.

—¿Hay algún problema? —preguntó 47.

—En marcha, colega —dijo uno de ellos.

—No hay nada de lo que preocuparse, compañero —añadió el otro guardia.

Mientras se alejaban, 47 miró por encima del hombro hacia Chambers. El hombre mostraba en el rostro una sonrisa burlona.

No había razón para creer que se había metido en problemas, pero el instinto de 47 le decía que tuviera un arma preparada. Lamentablemente, no llevaba ninguna consigo. En caso de necesidad, tendría que improvisar.

La casa de los guardas era una pequeña construcción de una planta sin nada que destacar. Cuando el trío penetró en ella, 47 se topó con otro hombre de uniforme sentado detrás de una mesa. Una puerta con el letrero SOLO PERSONAL AUTORIZADO y una cámara de seguridad eran los únicos elementos en la pared de detrás. Varias sillas en la habitación constituían la zona de espera.

Uno de los guardias señaló una silla y dijo:

—Siéntese. El Coronel estará con usted en un minuto. —Deslizó una llave electrónica y abrió la puerta, dejando al otro guardia de pie junto a la mesa observándole. Hitman se encogió de hombros y se sentó.

—¿Tiene alguna revista? —preguntó al guardia de detrás de la mesa. Este sacudió la cabeza pero no contestó.

El lugar estaba extrañamente silencioso. Un reloj sonaba en alguna parte.

47 analizó la estancia buscando algo que pudiera utilizar como arma. En sus manos hasta la más simple revista se convertía en un instrumento letal. Y lo mismo podía decirse de sus puños.

Transcurrieron cinco minutos y el primer guardia regresó. Sostuvo la puerta abierta y dijo: «Johnson. Venga por aquí». 47 se levantó y obedeció. El segundo guardia entró detrás de él y le siguió. Al otro lado de la puerta había un pequeño vestíbulo con dos puertas a un lado y una sola al fondo. Los guardias condujeron a 47 hasta el final y llamaron.

—Entren —ladró una voz.

El guardia que iba al frente abrió la puerta y dejó pasar al asesino. La habitación se parecía a una sala de interrogatorios de la policía. Paredes de hormigón desnudas y una única mesa contra la pared. El Coronel Ashton estaba sentado tras ella, una carpeta cerrada y un cuaderno delante de él. Los dos guardias se quedaron detrás de 47 después de cerrar la puerta. No había sillas de sobra.

Ashton le miró fijamente.

—¿Stan Johnson?

—Sí, señor.

—Siento haberle sacado de sus tareas. Pero es mi obligación tener una charla con todo el personal nuevo, especialmente con aquellos que trabajan en la zona

restringida. ¿Es esta su primera vez en la zona restringida?

47 asintió.

—Sí.

—¿De dónde es usted exactamente, Johnson?

—Iowa. Justo a las afueras de Davenport.

—Tengo entendido que tiene —o tenía— una granja allí.

—Sí, señor.

—Por favor, indíqueme cuál era su ubicación.

47 se lo dijo y Ashton tomó nota. Había, ciertamente, una granja abandonada en esa dirección, y cualquiera que se tomara la molestia de comprobarlo en el registro de propiedad descubriría el nombre de Stan Johnson. Tal era la eficiencia de la Agencia.

—¿Puedo ver su identificación? —preguntó Ashton.

Hitman se palpó los bolsillos.

—Lo siento. No la llevo encima. Está en mi apartamento. Normalmente no llevo la cartera al trabajo.

—Tiene que llevar su identificación consigo siempre que esté en Greenhill, ¿lo entiende, Johnson?

—Sí, señor.

—Especialmente cuando uno no es quien dice ser.

Una descarga de adrenalina recorrió las venas de 47.

—¿Señor?

Ashton se levantó lentamente y añadió:

—He dicho especialmente cuando uno no es quien dice ser, *Agente 47*.

Antes de que el asesino tuviera tiempo de reaccionar, uno de los guardias tras él le golpeó fuertemente en la cabeza con la porra.

Para cuando 47 se desplomó en el suelo, había perdido totalmente la consciencia.

Lo primero que advertí fue la oscuridad. Era de noche.

Lo segundo fue el zumbido, la vibración. Estaba en un vehículo en movimiento, tendido en un suelo de metal con las manos atadas a la espalda.

Miré a través de mis párpados entrecerrados. La cabeza me estallaba de dolor. Sin embargo, tuve cuidado de no moverme. Si estaba siendo observado, quería que mis captores pensaran que aún seguía inconsciente.

Me encontraba en una furgoneta. Mejor dicho, en la parte de atrás de una furgoneta.

Notaba como si me hubieran abierto la coronilla en dos. ¿Tendría una conmoción? A pesar de que mi genética era superior a la de mis captores, no era invulnerable. Sentí náuseas y luché contra las ganas de vomitar.

Mis manos estaban atadas... ¿con qué? No era una cuerda. Ni esposas. Algo fino y de plástico, pero fuerte. Bridas. Auténticas bridas de cremallera. Los asesinos las utilizan a menudo para atar a sus víctimas. Baratas y fáciles de encontrar en cualquier almacén de ferretería. Incluso Birdie las tenía.

Dos hombres iban en la furgoneta. El conductor y un pasajero. Los dos guardias de la oficina de Ashton. ¿Adónde me llevaban? Debí de estar inconsciente durante horas, porque ya se había hecho de noche. ¿Cuánto tiempo llevarían conduciendo? ¿A qué distancia estaríamos de Greenhill?

Una oleada de ansiedad estuvo a punto de hacerme gritar. Pero me contuve.

Las píldoras me habían llevado a esto. Nunca habría caído en una trampa tan obvia antes..., antes del pasado año.

Helen tenía razón. Tenía que parar. Después de todo, estaban afectando a mi cerebro. Me hacían más lento. Más torpe. Tenía que dejarlas. Tirarlas a la basura. Cortar de raíz.

Pero ya me preocuparía por eso más tarde. Ahora tenía que salir de esta situación.

La furgoneta hizo un giro y la sensación de la carretera cambió. El conductor

había dejado la autopista. Podía ver fragmentos del entorno a través del cristal trasero. El cielo oscuro. Alumbrado público de cuando en cuando. Sin embargo, no estábamos en una ciudad.

Pensé en Helen. Estaría viajando a alguna parte en el avión de Wilkins. ¿Qué estaba sucediendo en Greenhill? ¿Sería Cromwell el cliente tal y como sospechaba ahora la Agencia? ¿Quién me había delatado? ¿Lo sabría Wilkins?

La furgoneta aminoró la velocidad. Pasamos por delante de un gran letrero. Reconocí el logo. Un hombre con cabello blanco. La palabra «CHARLIE'S» bajo este. El cartel decía: UN NUEVO CHARLIE'S OCUPARÁ ESTE LUGAR.

El pasajero le dijo algo al conductor que no pude entender. El conductor respondió: «¿Aún está inconsciente?». Cerré los ojos y escuché la respuesta del pasajero: «Eso parece. ¿Estás seguro de que no le rompiste el cráneo?».

—¿Y qué importa? —contestó el otro—. La muerte es la muerte.

El vehículo se detuvo. Ambos hombres se bajaron de la furgoneta, dieron la vuelta hasta las puertas traseras y las abrieron. Yo permanecí inmóvil.

—¡Oye, Mac! ¡Arranca! —gritó uno de ellos.

Aproximadamente a seis o siete metros de distancia, escuché el sonido de un vehículo acelerando el motor. Algún tipo de máquina industrial, como un camión tractor.

—La Bella Durmiente aún sigue inconsciente.

—Vamos, agarrémosle por las piernas.

Sentí cómo sus manos agarraban mis tobillos y tiraban. Con las manos atadas a la espalda lo único que podía hacer era dejarme llevar. Necesitaba valorar la situación antes de intentar nada.

Ni siquiera se molestaron en agarrarme de los hombros para llevarme. La parte superior de mi cuerpo rebotó contra el suelo, que estaba cubierto de grava. Empezaron a arrastrarme por las piernas, boca arriba. No fue agradable. Piedras y escombros se me clavaban en las manos y en los antebrazos. Conseguí echar un vistazo a través de un ojo entreabierto.

Era un solar en construcción en un área de descanso de la autopista interestatal. Los cimientos del restaurante ya habían sido puestos, pero no se había construido nada más. Era solo un agujero en el suelo, de unos tres metros de profundidad, con tuberías y otras instalaciones incorporadas. El ruido como de tractor que había escuchado era el de un camión hormigonera. Su enorme cuba estaba girando. La canaleta dirigida hacia el agujero, lista para llenarlo de cemento. Un tercer tipo estaba sentado en el asiento del conductor. Varios focos iluminaban el área para que pudieran ver lo que estaban haciendo. Dudé que desde la carretera aquello pareciera sospechoso. Solo era un equipo de obreros haciendo trabajos nocturnos.

Soltaron mis piernas cuando llegué al borde de los cimientos. Entonces, uno de ellos golpeó mis hombros con tal fuerza que rodé hasta caer al agujero. Aterricé como una tonelada de ladrillos sobre el solado de hormigón. Hice un esfuerzo

tremendo para no emitir ningún sonido, a pesar de que dolía..., realmente dolía.

—Frank, creo que está muerto —oí decir al conductor.

Frank llamó al hombre de la hormigonera:

—Venga, Mac, ¡dale caña!

La cuba giratoria emitió un sonido borboteante y empezó a escupir. El cemento húmedo surgió del interior y descendió por la canaleta hasta los cimientos.

Iban a enterrarme en el cemento bajo el restaurante Charlie's.

¿Cómo debía actuar? Si me levantaba ahora, cosa que podía hacer, me llevaría algún tiempo soltar mis ataduras y trepar al nivel del suelo. Para entonces los guardias podrían dispararme sin problemas. Aún llevaban sus armas en el lateral de sus cinturones. Y luego estaba el otro tipo, Mac. No sabía si él estaría armado.

El mejor camino era la sorpresa. Solo confiaba en que mi improvisado plan funcionara.

El hormigón caía deprisa. Podía sentir la masa subiendo poco a poco alrededor de mi cuerpo. En pocos segundos estaría cubierto por la espesa mezcla. Esperé y esperé... hasta el momento oportuno..., exactamente cuando el cemento estaba a punto de cubrir mi rostro..., e inhalé profundamente.

Un minuto más tarde, estaba completamente cubierto. El cemento húmedo era pesado. Seguirían rellenando el agujero hasta que el cemento estuviera a nivel del suelo. ¿Cuánto tiempo les llevaría? ¿Podría aguantar la respiración tanto tiempo?

Concéntrate...

Permití que mi mente divagara. Que retrocediera a través de las décadas...

Tenía ocho años. Estaba en el sanatorio. Entrenando. Aprendiendo cómo ser un asesino.

El doctor Ort-Meyer supervisaba mis ejercicios físicos. Me presionaba hasta extremos que ningún chico corriente de esa edad hubiera podido soportar. A veces me llevaba hasta una montaña elevada y me hacía escalarla. En otras ocasiones, tenía que arrastrarme a través de una jungla artificial plagada de insectos y serpientes. Esta vez era invierno y me había obligado a meterme en un agujero en el hielo que cubría el estanque del sanatorio. Mi tarea consistía en sumergirme por un extremo, bucear bajo el hielo hasta el otro lado, recuperar un bastón que había sido colocado allí antes de que la superficie se congelara, y luego regresar nadando para salir por el agujero. Debía contener la respiración todo el tiempo. El ejercicio le hubiera llevado a un atleta olímpico aproximadamente cuatro minutos, o más. Solo un porcentaje muy pequeño de la raza humana podía contener el aliento durante tanto tiempo.

Yo únicamente tenía ocho años y no era ningún atleta olímpico.

Solo llevaba mi traje de baño. Probablemente estábamos a diez bajo cero en el exterior. Mi piel se estaba tornando azul y ni siquiera había entrado en el agua.

El doctor Ort-Meyer sostenía un cronómetro. «Respira hondo —ordenó. Hice como me decía—. Preparado... Listo... YA».

Salté al agua helada. Sentí como si docenas de agujas se clavaran en mi piel. Quise gritar por la conmoción del frío. Pero no lo hice. Mantuve la boca cerrada. Mantuve el precioso aire dentro de mí. Y empecé a nadar. Bajo el hielo. Abrí los ojos, podía distinguir la blanquecina y crujiente corteza sobre mi cabeza. ¿Qué longitud tenía el estanque? ¿Tal vez treinta y seis metros? No era demasiado. Ni siquiera la mitad de un campo de fútbol americano.

Pero nunca lo había hecho antes. Estaba asustado. Me dolían los pulmones, probablemente más por el castigo que estaba sufriendo mi corazón, al someter mi cuerpo a semejante y peligrosa temperatura, que por la falta de aire.

Y aun así... nadé. Nadé como si mi vida dependiera de ello, lo que era cierto. Si fracasaba, no era muy probable que Ort-Meyer hiciera ningún intento por salvarme. Lo consideraría otro experimento fallido. Volvería a la pizarra e intentaría encontrar una fórmula distinta de clonación.

Antes de que me diera cuenta, alcancé la otra orilla. El bastón sobresalía de una horquilla clavada en la roca, justo por debajo de la capa de hielo. Lo agarré y di una patada al extremo del estanque para impulsarme de vuelta hacia el agujero y la seguridad.

Me perdí en los recuerdos de aquel suceso, lo que me ayudó a contener el aliento mientras el cemento continuaba vertiéndose por encima de mí. Cemento, hielo..., ¿cuál era la diferencia?

Hubo un instante, antes de alcanzar el agujero, en el que me entró el pánico. Lo recuerdo claramente. No me apetecía especialmente revivir esa parte del ejercicio porque en su momento fue muy desagradable. Pensé que me había desviado y no podía ver el agujero al otro lado. Allí estaba, de vuelta en mi cuerpo de ocho años, mientras buscaba frenético la ruta adecuada. Quería olvidar esa parte de la película en mi cabeza, borrarla definitivamente, y saltar hasta la parte en la que, finalmente, encontré el agujero y emergí de él para tomar el precioso aire. Pero mi memoria no censuró esa escena. Me encontré a mí mismo atrapado bajo el hielo, aterrorizado por la posibilidad de ahogarme. Y, súbitamente, sentí la familiar ansiedad que me había estado acechando desde Nepal.

Mientras mi joven yo se debatía en la oscuridad glacial del infierno, golpeé el hielo por encima de mí, confiando en romperlo.

Era imposible.

Y entonces la vi. Nadando hacia mí.

¡Eso no fue lo que pasó! ¡Ella no estaba allí entonces! ¡Mi memoria me estaba

engañando!

La sombra. La figura sin rostro. La Muerte. Nadando directamente hacia mí. Alargando el brazo. Dispuesta a llevarme.

Traté de nadar lejos, pero mis manos estaban atadas detrás de la espalda y ya no me encontraba en el agua. Estaba sumergido en una espesa y viscosa capa de cemento, y era más difícil maniobrar en esa sustancia que en arenas movedizas.

Unos brazos tenebrosos y oscuros me abrazaron. Eran fuertes e imposibles de eludir. Luché contra ellos pero no podía moverme. Quería desesperadamente ver su rostro, así que giré la cabeza para mirar.

No había nada. Solo un vacío donde debían estar sus ojos, su nariz y su boca.

La Muerte me tenía.

¡No!

Me di cuenta de que ya no estaba tumbado de lado sobre el suelo de cemento. Estaba en cuclillas. No recordaba haberme movido a esa posición, pero lo había hecho. Reuniendo cada gramo de fuerza en mis piernas, empujé fuerte y hacia arriba. Los brazos de la Muerte me soltaron. ¡Estaba libre! Pero era como nadar a través de melaza. La superficie estaba cerca y, a la vez, tan lejos... Con las muñecas atadas, era casi un sueño imposible.

Pero continué pataleando como si tuviera una hélice en los pies y lentamente ascendí, centímetro a centímetro.

Sentí que estaba cerca.

¡Más fuerte! ¡Tenía que patalear más fuerte!

Y entonces... por fin... mi cabeza emergió a la superficie y respiré el preciado y maravilloso oxígeno. Una ola de energía recorrió mis venas cuando llené mis pulmones con el calor de...

La Vida.

Salí trepando de la piscina de húmedo hormigón y me quedé en el borde. Estaba impregnado de cemento. Debía de parecer un monstruo. Una masa gris andante.

Lo primero de todo era quitarme las bridas. Tal y como le dije a Birdie en Chicago, es posible romperlas si sabes cómo. Tienen un punto débil, no importa si estás atado con los brazos por delante o por detrás. En mi caso, dado que tenía las manos a la espalda, solo tenía que inclinar la cintura hacia delante para que el coxis sobresaliera un poco. Entonces tenía que asegurarme de que el pequeño cierre cuadrado de la brida estuviera en el centro, entre las muñecas, en el interior de los brazos. Tenía que frotar unas cuantas veces las manos atadas contra la parte de atrás del cinturón para deslizar el cierre por el lugar apropiado. Luego, a pesar de que resultaba un tanto extraño, levanté los brazos por detrás todo lo que pude... y los dejé caer contra el coxis. El cierre cuadrado era perfectamente rompible si se aplicaba la suficiente cantidad de fuerza en el lugar exacto.

Lo conseguí. Mis manos quedaron liberadas.

Luego retiré el pegajoso hormigón de mis ojos para poder ver, pero la masa seguía cubriendo el resto.

La furgoneta y la hormigonera aún estaban allí. No podía ver a los hombres, pero escuché cómo se reían al otro lado del camión. Probablemente estaban fumando o bebiendo algo para celebrarlo. Caminé a duras penas hasta una zona donde había una pila de maderos y ladrillos cubierta por una lona de plástico. Encontré un palo grueso del tamaño de un bate de béisbol.

Eso serviría.

No podía moverme demasiado rápido a causa de la plasta que me impregnaba. Ahora empezaba a solidificarse y secarse. Sin embargo, me acerqué al camión y escuché.

—Pásame esa botella.

—Por cierto, ¿quién era el tipo que acabamos de enterrar?

—No lo sé. Ashton solo nos dijo que hiciéramos el trabajo y no se lo contáramos a nadie, sobre todo al Reverendo Wilkins.

—¿A qué hora se ha marchado el Coronel?

—A las siete, creo. No volverá hasta dentro de un par de días.

—Entonces, ¿no tenemos que volver hasta mañana?

—Salgamos de aquí. Conozco un buen bar de topless en Alexandria.

Estupendo, iban a salir de allí. Para siempre.

Me planté delante de ellos. Debía de ser una visión horrible porque uno de los hombres soltó un grito y el otro solo pudo pronunciar la J de la palabrota. Levanté la estaca y la estampé con todas mis fuerzas sobre el tipo llamado Frank, quien tuvo el sentido común y los reflejos de intentar echar mano a su arma.

Su cráneo sonó estrepitosamente al romperse.

El primer tipo, al que llamaban Mac, trató de echar a correr. Estiré una pierna y le puse la zancadilla. Para entonces ya estaba agitando el palo contra el tercer hombre. Este trató de agacharse pero no fue lo suficientemente rápido. La madera golpeó de refilón la parte alta de su cabeza aunque no le causó demasiado daño. El tal Mac empezó a arrastrarse lejos de allí, pero apoyé mi bota encima de su espalda, clavándole en el suelo. Al mismo tiempo, el rostro del tipo que se había agachado estaba a la altura de mi codo, así que se lo hundí en la nariz. Soltó un grito y cayó hacia atrás contra la hormigonera, proporcionándome el tiempo suficiente para equilibrar el palo y soltarlo contra su cabeza como si fuera un lanzamiento en curva.

Finalmente dirigí toda mi atención hacia Mac, el conductor del camión. No parecía ser un guardia y no llevaba armas. Solo era un trabajador al que se le había asignado la misión incorrecta, en el lugar incorrecto, a la hora incorrecta.

Pero eso no era excusa.

Levanté el palo como si estuviera partiendo leña y lo bajé de golpe. Dejó de retorcerse rápidamente.

Con la tarea completada, examiné el solar en construcción buscando algo que necesitaba con urgencia y lo encontré cerca de la pila de maderos. Me abalancé sobre la manguera, abrí el grifo y fui quitándome los restos de cemento que cubrían mi cuerpo y la ropa. Me llevó casi diez minutos; cuando acabé, estaba totalmente empapado, pero limpio.

Mientras tanto los coches zumbaban en la autopista. Era imposible que vieran nada desde allí. Los cuerpos estaban detrás del camión y, probablemente, mi aspecto era el de cualquier trabajador de la construcción. Imaginé que debía de estar cerca de Alexandria puesto que Cara de Tomate lo había mencionado.

Regresé a donde estaban los tres hombres muertos. Uno de ellos era el conductor de la furgoneta, pero no podía recordar cuál. Así que busqué en sus bolsillos hasta que encontré las llaves y, también, una cartera de la que me llevé el dinero. Luego, uno por uno, los cogí en brazos y los llevé hasta la piscina de cemento que empezaba a secarse. Los solté dentro. Plop, plop, plop. Se hundieron hasta el fondo.

El lateral de la furgoneta lucía un rótulo que decía: SEGURIDAD DE GREENHILL. Tenía que llevármela hasta donde necesitaba ir y luego abandonarla lo más rápido posible. Aún estaba sorprendido por el drástico giro de los acontecimientos. ¿Cómo podría el Coronel Ashton saber quién era yo? Por lo que el guardia había dicho, parecía que Wilkins no estaba implicado y no sabía nada. ¿Podía darlo por seguro? ¿Estaba Helen al tanto de ello?

Sin embargo, sí sabía una cosa. Bueno, dos.

Una: tenía que averiguar a dónde habían volado Wilkins, Helen, Ashton y su equipo. Tenía un asunto que arreglar con el Coronel.

Y dos: no iba a tomar más oxicodona.

Necesitaba estar en plena forma.

Una vez que alcanzó la carretera, el Agente 47 descubrió que estaba en Pennsylvania, cerca de Harrisburg. Pretendía estar de vuelta en el recinto lo antes posible, pero era un largo camino y no quería correr y arriesgarse a que le parara la policía por exceso de velocidad. Los dos guardias no serían echados en falta hasta el día siguiente. 47 no estaba preocupado por eso. Simplemente, no se encontraba bien. Aún le dolía la cabeza y tenía temblores. La retirada de los analgésicos estaba golpeándole con fuerza. Se detuvo en la tienda de una gasolinera y compró un bote de ibuprofeno, que no consiguió aliviar el punzante dolor de cabeza. Pero lo que más le preocupaba eran sus reflejos, su razonamiento y la falta de efectividad mientras estuviera pasando el síndrome de abstinencia. Sabía que algunas personas se volvían locas durante unos cuantos días cuando dejaban su adicción a poderosas drogas. Dada su superioridad genética, ¿sería igual de mala su experiencia? ¿Tal vez peor?

Condujo hasta Frederick, en Maryland, tomó la I-270 y se dirigió al área metropolitana de Washington D.C. Sería la ruta más rápida, especialmente a esa hora de la noche. Finalmente emergió en la I-95 y puso rumbo sur hacia Greenhill. A las dos de la madrugada llegó a Stafford, el pequeño pueblo donde 47 había envenenado al viejo encargado de mantenimiento. 47 pensó que lo mejor sería esperar a que amaneciera antes de intentar entrar en el interior del recinto. Un visitante en mitad de la noche podría atraer demasiada atención. No había guardias en la entrada — Greenhill estaba abierto al público dado que era una especie de destino turístico—, pero visitar su apartamento era otra cuestión. Por lo que había escuchado en el solar del restaurante, parecía como si solamente Ashton y los dos guardias supieran quién era él. Pero no podía ser demasiado cuidadoso. En cualquier caso, 47 necesitaba su maletín y sus ropas y estaba dispuesto a correr el riesgo de que le atraparan con tal de recuperarlos.

El asesino se registró en un motel de carretera, colgó sus ropas aún húmedas y se dio una larga ducha caliente. 47 pensó que si existía el paraíso debía de ser ese. Después de secarse, se arrastró hasta la cama. Sabía que dormir con una conmoción

—que es lo que temía tener— era peligroso. Y, no obstante, estaba tan cansado que no le importó. Apagó la luz y se quedó dormido en segundos.

Los sueños y las pesadillas fueron muy vívidos e inquietantes. En varias ocasiones el Agente 47 pensó que había sido cazado por distintos sujetos. La Muerte, como de costumbre, el Coronel Ashton y, extrañamente, Diana Burnwood. Revivió el accidente de Nepal, pero, para su asombro, esta vez Helen estaba a su lado. Cuando el hombre chino empezó a disparar contra él, la que resultó alcanzada fue Helen. En lugar de sangrientos agujeros de bala perforando su cuerpo, rosas de un intenso color púrpura afloraron de él como en una serie fotográfica en lapso de tiempo. Pero antes de que pudiera agarrarla, 47 se encontró a sí mismo corriendo a través del recinto de la Iglesia de la Voluntad. Chocaba continuamente con Charlie Wilkins, que le sonreía y alzaba una ceja hacia él. El hombre levantaba la mano, con la palma hacia fuera, como si quisiera ofrecer consuelo a un pobre pecador. 47 se sentía inexplicablemente repelido por Wilkins, así que se daba la vuelta y corría en dirección opuesta hasta toparse nuevamente con el reverendo. Esta secuencia se repitió varias veces, como si 47 estuviera en un laberinto sin salida. Finalmente, descubrió un sendero despejado entre los edificios de apartamentos. Cuando llegó al final, la figura sin rostro de la Muerte estaba esperándole.

47 se despertó bañado en sudor. Los temblores eran peores que nunca. Se sentía con náuseas y un tanto desorientado.

Y sin embargo, era de día, las 7:15, y tenía un trabajo que hacer. Era exactamente el momento en que pensaba despertarse. Al menos su reloj interno seguía funcionando.

Sus ropas estaban más o menos secas, así que se las puso, pagó el motel y se metió en la furgoneta. Seguía intacta. 47 encontraba irónico que Stafford estuviera tan cerca de Quantico, el cuartel general del FBI. Si alguien de la organización supiera que el legendario Agente 47 de la Agencia de Contratación Internacional estaba a pocos kilómetros de su sede, se produciría una pelea por ver quién cazaba primero al asesino.

47 abandonó Stafford y condujo audazmente la furgoneta por la carretera de dos carriles que terminaba en Greenhill. Mientras se acercaba al lugar, descubrió un desvío hacia un camino de tierra con el ancho suficiente para que pudiera atravesarlo un vehículo. Sorprendentemente, era una entrada trasera a la pista de aterrizaje privada de Greenhill. Wilkins y su equipo normalmente accedían a esta utilizando la carretera pavimentada que conectaba el recinto con la zona en la que se encontraba un hangar, una pequeña torre de control y la pista. Aparentemente, el camino de tierra que daba a la entrada trasera se utilizaba con poca frecuencia, pese a que continuaba serpenteando hacia el oeste, a través de un tupido bosque, hasta desembocar en la carretera principal. 47 dejó allí aparcada la furgoneta, escondida entre los árboles, y luego regresó caminando. No estaba demasiado lejos del recinto.

Era una mañana ajetreada y normal en Greenhill, donde los miembros de la

Iglesia iban y venían para comenzar su jornada. El Agente 47 caminó tranquilamente por la calle principal, saludó a algunos rostros familiares y se dirigió hacia el edificio de su apartamento. Mientras lo hacía, buscaba con el rabillo del ojo a los guardias de seguridad. El primero que encontró estaba patrullando por delante de los tres edificios de viviendas.

Ahora era un momento tan bueno como cualquiera para tantear el terreno.

Hitman se dirigió hacia su edificio con aire despreocupado, saludó con la cabeza al guardia y entró. El hombre no hizo nada. 47 esperó un momento dentro del vestíbulo, observándole. Este no echó mano de su intercomunicador para dar ningún aviso. Ni tampoco desenfundó su arma. Simplemente continuó paseando lentamente a lo largo de los tres edificios.

Bien.

El Agente 47 entró en su estudio del primer piso, abrió la puerta con la llave, que increíblemente había permanecido en su bolsillo durante su terrible experiencia en la piscina de hormigón, y entró.

El lugar había sido registrado de arriba abajo.

Su ropa estaba desparramada por todas partes, los cajones de los aparadores abiertos y el armario vaciado.

Era de esperar.

Se cambió la ropa de trabajo por otra limpia, recogió el resto de sus prendas, las dobló lo más pulcramente que pudo y las guardó en la mochila. El traje negro estaba completamente arrugado, pero siempre se podría planchar. Después de recoger sus pertenencias, 47 dejó el apartamento y salió al exterior. El guardia estaba al final del tercer edificio, de modo que Hitman se comportó como si fuera a trabajar y se dirigió al cobertizo de las herramientas, el Sitio de Stan. Utilizó la llave que le habían confiado para abrir y cerró la puerta tras él.

Nada parecía desordenado. Todas las herramientas estaban en su lugar.

47 cogió un destornillador de estrella, se detuvo al lado del torno y soltó uno de los paneles laterales de la base. El maletín se encontraba entre los cables, junto al motor, justo donde Hitman lo había escondido.

Volvió a colocar el panel y miró por la sucia ventana. La costa estaba despejada. 47 se acercó a la puerta, alargó el brazo para abrirla y se quedó petrificado.

Se oían voces fuera. Acercándose.

—Stuart, me alegro de encontrarle. ¿Puede hacerme un favor?

47 reconoció la voz. Era Mitch Carson.

—Pues claro, ¿qué sucede? —dijo Stuart Chambers, el nuevo castigo de 47.

—Ha llamado Charlie diciendo que hay un cambio en sus planes de vuelo. ¿Le importaría llevar este sobre a la pista de aterrizaje y dárselo a Louis? Debe de estar en la torre. Tengo una reunión en cinco minutos. No está muy ocupado, ¿verdad?

—No, puedo hacerlo.

—Gracias. Ah, y dígame que pase a verme. Tengo que repasar un par de cosas con

él sobre el próximo viaje de campaña.

47 no podía creer su suerte. Ahora podría matar dos pájaros de un tiro, por así decir.

Esperó unos momentos, volvió a mirar por la ventana y vio a Carson dirigirse hacia la colina. En cuanto a Chambers, se subió en uno de los cochecitos de golf que utilizaba el personal para moverse por Greenhill. El hombre lo puso en marcha y se alejó en dirección a la carretera pavimentada que llevaba a la pista de aterrizaje.

47 salió del cobertizo, lo cerró y se montó en otro de los cochecitos que quedaban. La llave estaba puesta. Sin embargo, Hitman no siguió a Chambers. Cogió el largo camino de salida, a través de la calle principal, por delante de la entrada que daba a la carretera. Nadie le prestó atención.

Alcanzó el desvío de tierra en pocos minutos. Dejó atrás la furgoneta y continuó adelante hasta salir del bosque al asfalto que rodeaba la torre de control. El hangar donde se guardaba el avión de Wilkins se encontraba a unos cuarenta y cinco metros de distancia. La pista se extendía perpendicular a los edificios, en dirección norte-sur.

El cochecito de Chambers estaba aparcado junto a una furgoneta Ford, el único vehículo que había enfrente de la torre. 47 detuvo su coche allí, se apeó y se deslizó sigilosamente hacia el edificio. Escuchó voces y echó un vistazo.

Un hombre que a 47 le resultaba familiar, pero que no conocía, estaba fumando un pitillo y hablando con Chambers. Louis. Probablemente el controlador aéreo y el gerente de la torre y del hangar.

—... yo también me alegro. Mitch me pidió que te dijera si podías acercarte a la casa cuando tuvieras un momento —declaró Chambers.

—Claro, puedo ir ahora. Pasa y déjame dentro el nuevo plan de vuelo, ya le echaré un vistazo cuando vuelva.

Louis tiró el cigarrillo, lo pisó y miró su reloj.

—Te veré luego.

Louis corrió hasta su furgoneta y se alejó hacia el recinto. Chambers entró en la torre de control, llevando el sobre con él.

47 abrió su maletín y sacó una de las pistolas. Entonces se adentró en el recinto por la puerta principal y escuchó.

Pasos subiendo un tramo de escaleras.

Hitman entró sigilosamente y esperó hasta que Chambers estuvo al final de los tres pisos. Luego, tranquila y silenciosamente, siguió a su presa.

El asesino se asomó cuidadosamente a la sala. Un único puesto de control mirando hacia la pista. Chambers estaba allí, dándole la espalda, revolviendo unos papeles.

Cuando se giró, una *Silverballer* estaba apuntando directamente a su cara.

—¿Qué demonios...? —espetó Chambers.

—Silencio —ordenó 47.

—¿Qué demonios está haciendo, Johnson?

—He dicho silencio. Y levante las manos.

Chambers hizo como se le pedía, sus ojos agrandados por el miedo.

—¿Dónde está Wilkins?

Chambers no podía hablar.

—¿*Dónde está Wilkins?*

El supervisor sacudió la cabeza.

—No..., no lo sé. Se marcharon ayer en el avión no sé a dónde.

47 hizo un gesto hacia el sobre que se hallaba en la consola.

—Ábralo y léalo en voz alta.

Chambers obedeció.

—Eh..., es..., esto..., un plan de vuelo. Parece que van a regresar mañana, pero en realidad no lo harán hasta el día siguiente.

—¿Desde dónde?

—Eeh, ¿Lárnaca? No sé dónde está.

El Agente 47 sí. Lárnaca era el aeropuerto principal del sur de Chipre. En el Mediterráneo. Un largo viaje desde Estados Unidos.

Era una parada muy extraña para un candidato a la presidencia.

—¿Por qué Wilkins querría viajar a Chipre?

Chambers se encogió de hombros, sus manos todavía levantadas.

—¡No lo sé! Ese tipo de cosas están por encima de mi nivel. Johnson, ¿qué está...?

—Cállese y límitese a responder a mis preguntas. ¿Qué sabe de lo sucedido ayer? ¿Cuando esos guardias vinieron a por mí?

Chambers tragó saliva.

—¡Nada! En serio. Solo vinieron en mi busca y me dijeron que el Coronel quería hablar con usted.

—Está mintiendo.

—¡No! ¡No lo estoy!

—A usted le pareció gracioso. Estaba contento de ver que me llevaban a la casa de los guardas.

—Mire, Stan, no tengo ni idea de por qué quería hablar con usted. Imaginé que se había metido en algún problema.

—Y se alegró por ello. No le caigo bien, ¿no es así, Stuart?

Chambers parpadeó y volvió a tragar.

—No es eso. Es...

—No importa. Sé por qué es. —47 comprendió que ya no podría sonsacar nada más a Chambers—. Venga conmigo.

—¿Es que va a..., va a... dispararme?

—No. Pero venga conmigo. Y mantenga las manos en alto. —Chambers caminó hasta 47. El asesino se apartó a un lado, la pistola apuntando al hombre—. Fuera. — Se colocó detrás de Chambers, la *Silverballer* tocando su espalda—. Por las escaleras.

Camine.

—¿No va a dispararme?

—Ya le he dicho que no.

Recorrieron los seis metros hasta llegar a la escalera.

—Pare —ordenó 47. Se metió la *Silverballer* en el bolsillo de su mono. Entonces, estirando ambas manos, agarró la cabeza de Chambers por detrás.

Un brusco movimiento a la derecha y un clac.

Seguido de un empujón.

El hombre con el cuello roto cayó dando tumbos por las escaleras, se golpeó contra el suelo del rellano, rebotando, para luego quedarse inmóvil, boca abajo.

Hitman había dicho la verdad. No había disparado al tipo.

El Agente 47 descendió tranquilamente los tres pisos y salió. Recogió su maletín del cochecito y caminó hasta la furgoneta.

Mientras se alejaba, imaginó que probablemente no la echarían en falta durante unas pocas horas más.

Después de recoger algunos objetos que guardaba en el compartimento secreto de su maletín, el Agente 47 lo metió en una taquilla del aeropuerto de Baltimore/Washington y se embarcó en un vuelo a París.

El viaje a Chipre fue un auténtico infierno.

A pesar de ir en primera clase, se encontraba muy molesto. Los síntomas del síndrome de abstinencia se habían multiplicado por diez. La azafata le miró de arriba abajo y le preguntó si se encontraba bien. Era casi un milagro que le hubieran permitido subir al avión.

—Estoy recuperándome de una gripe —explicó—. No se preocupe, no es contagioso.

Aun así, su piel estaba pálida y sudaba profusamente. El pasajero del asiento contiguo solicitó cambiarse de sitio. En un momento dado, Hitman creyó que iba a vomitar y se pasó diez minutos en el lavabo. Intentó dormir durante el vuelo pero apenas dio unas cabezadas. Los sueños y las pesadillas le acechaban con imágenes de su juventud en el sanatorio. Gran parte de la rabia que había sentido entonces se manifestaba a través de apariciones fantasmales de enemigos del pasado, los cuales regresaban para matarle. Diana Burnwood se le apareció, esta vez encarnada en la figura de una presentadora de un concurso de televisión. Le preguntó a 47 si prefería la puerta número uno, dos o tres. No había ninguna puerta a la vista, pero el asesino respondió: «La tres». Una escotilla se materializó junto a ella. De pronto, Diana era la azafata y él estaba en el interior de un avión. Ella tiró de la palanca de emergencia y la escotilla se soltó de la aeronave y salió despedida. 47 se asomó y vio el mar Caribe debajo. El viento y la lluvia azotándole.

—Esta es su parada, señor —decía Diana.

—No pienso salir ahí fuera.

—Sí, lo hará. —Y diciendo eso, le empujó fuera del avión.

47 cayó en picado hacia el tenebroso mar, pero de repente su velocidad empezó a aminorar, como si un paracaídas abierto frenara su descenso. Miró hacia arriba, y allí

estaba, una enorme lona unida por cuerdas hasta una mochila en su espalda. Como en todos sus sueños, aceptó el giro de los acontecimientos y siguió la corriente sin cuestionarse. Al menos no moriría en el agua.

Pero, entonces, el mar desapareció y un paisaje de fuego ocupó su lugar. 47 sintió el intenso calor, a pesar de la altura a la que se encontraba. Era como si estuviera descendiendo sobre un sol en llamas. Sabía que no debía mirar directamente a él — los rayos podrían quemar sus retinas— y, sin embargo, no podía apartar los ojos. Algo se movía en la superficie del sol; las llamas y la lava fundida estaban formando una figura.

Un rostro.

No, un rostro *vacío*. Sin ojos, nariz ni boca.

La Muerte.

47 estaba cayendo en las mandíbulas de la Muerte.

—¡Señor, despierte, señor!

Un suave zarandeo le despertó y se encontró en el vuelo a París. La azafata estaba frente a él.

—¿Qué pasa?

—Estaba..., estaba teniendo un mal sueño, creo. No dejaba de gritar. Siento haberle despertado, pero estaba..., bueno, parecía como si necesitara que le despertaran.

Asintió.

—Lo siento. Gracias. Tiene razón. Le pido disculpas.

Ella le tendió un vaso de agua.

—Estamos a punto de aterrizar. Aquí tiene, beba esto.

—Gracias.

47 se sentía tan débil que apenas tenía fuerzas para salir del avión. Había una escala de tres horas. El vuelo a Chipre le llevaría hasta Lárnaca tan solo un día después de que Wilkins y su equipo hubieran llegado. Aprovechó la parada en Orly para refrescarse. Se lavó el sudor de su cuerpo y se cambió de camisa en el aseo de caballeros. Después de comer algo, llamó al número de seguridad de la Agencia con su móvil. Siguiendo las verificaciones codificadas de costumbre, fue conectado directamente con la propia Jade.

—¿Dónde está, 47? —preguntó.

—En París. Estoy a punto de embarcar en un vuelo a Chipre.

—¿Chipre? ¿Y eso por qué?

—Ahí es donde está Wilkins. Tenía razón, Jade. Hay algo en este trabajo que huele muy mal. —Le contó lo que le había sucedido en Greenhill.

—¿Se ha descubierto su identidad?

—No estoy seguro. No lo creo. Parece que solo Ashton y un par de guardias la conocían. No volveremos a oír hablar de los guardias. Pero Ashton está en Chipre con Wilkins. No sé lo que le habrá contado al reverendo, si es que lo ha hecho, pero

voy a tratar de averiguarlo. Escuche, ¿podría averiguar dónde se hospeda Wilkins y por qué se ha ido a la otra punta del mundo cuando tendría que estar haciendo campaña por las ciudades americanas?

Ella le pidió que volviera a llamar cuando estuviera en la isla.

—Ah, y otra cosa. ¿Podría buscar el informe policial sobre la muerte por accidente de Eric Shipley? Sucedió en Maryland en los años setenta. Shipley era el padre de Dana Linder.

—¿Por qué le interesa?

—Tengo mis razones. —Su última pregunta fue—: ¿Hay alguna noticia sobre Diana?

—Estamos siguiendo una pista en Estados Unidos. Parece prometedora.

—Es bueno saberlo.

Colgó, se tomó tres pastillas de ibuprofeno para el terrible dolor de cabeza que no le abandonaba, y esperó para embarcar en el vuelo de Chipre.

Chipre había sido un país dividido desde 1974. Las dos terceras partes al sur de la isla estaban ocupadas por griegos chipriotas. Esa sección del país, la República de Chipre, era reconocida por las Naciones Unidas y el resto del mundo como una nación soberana. El otro tercio, el del norte, era conocido como la República Turca del Norte de Chipre, y, de acuerdo con prácticamente todo el mundo excepto los turcos, había sido implantada de forma ilegal. Turquía había invadido la isla hacía casi cuatro décadas, comenzando un sangriento conflicto que, finalmente, se había resuelto en una tentativa de paz inestable. La capital del lado griego, Nicosia, estaba dividida por una tierra de nadie que aún contenía restos de la disputa de 1974: coches volcados, escaparates quemados y saqueados, escombros. Al otro lado de la barrera estaba la mitad turca de la capital, Lefkosia.

Wilkins y su equipo estaban en el Hilton Chipre, el único hotel de cinco estrellas de Nicosia. 47 se alegró al saber que estaban en la parte griega. No se necesitaba tanto papeleo para moverse por ella y era más turística.

Se registró en el hotel llevando un poncho sobre sus vaqueros y camisa de franela, unas gafas de sol y un pañuelo de vivos colores cubriendo su calva cabeza. Podría pasar por un viajero gitano de cualquier parte del mundo, aunque más adinerado. Entre los utensilios que había sacado de su maletín figuraba un estuche de maquillaje. En él llevaba, además de perfiladores de ojos, lápices, bases de maquillaje color piel, e incluso unos finos postizos de pelo y goma de pegar. Todos ellos útiles muy convenientes para crear cualquier disfraz rápidamente, e indetectables por los aparatos de seguridad del aeropuerto. Las mascaradas que conseguía desarrollar con ellos eran semejantes a las que los actores realizaban para salir a escena. Suficientes para una breve aparición, aunque no podrían sostenerse bajo un escrutinio más minucioso. Por tanto debía tener cuidado de no ser visto más que durante espacios de

tiempo muy cortos.

47 escrutó cauteloso el vestíbulo antes de entrar, no fuera que Ashton o Helen estuvieran allí. No obstante, tenía confianza en que nadie le reconocería de esa guisa.

Antes de salir de su habitación, contactó con la Agencia. Jade le contó que varios vips de Europa y Oriente Medio estaban también registrados en el hotel. Entre ellos algunos miembros de la OPEP, ejecutivos de banca y empresarios independientes. No estaba claro si había alguna conexión con la visita de Wilkins. También le dijo que los principales analistas de la Agencia estaban trabajando en rastrear las llamadas del cliente para averiguar de dónde procedían. Estaba resultando difícil y obligándoles a perder mucho tiempo, dado que ambas partes utilizaban sofisticados sistemas de encriptación. Por último, Jade había conseguido una copia del informe policial del accidente de caza concerniente a Eric Shipley. Aparentemente, él y algunos amigos habían estado cazando en los bosques de Maryland en 1976. La escopeta de Shipley se disparó cuando la estaba limpiando. Su cara quedó destrozada. Varios cazadores presenciaron el suceso y aportaron su testimonio en la investigación. El caso se cerró. La conclusión: muerte accidental.

Interesante.

—¿Quiénes eran los testigos?

—De acuerdo con el informe del juzgado, tres hombres, dos agregados de la Iglesia de la Voluntad y un amigo de Charlie Wilkins. Malcolm James Woodworth, Thomas Strome y Bruce Ashton.

Ashton. Muy interesante.

—¿Existe alguna fotografía de Wilkins con anterioridad a 1976? —preguntó.

Oyó cómo ella suspiraba, levemente irritada.

—¿Quiere que lo averigüe?

—Por favor. —Colgó ignorando su petición de que se explicara.

Pasó un buen rato en el vestíbulo del hotel bebiendo café, leyendo los periódicos y manteniendo los ojos y los oídos abiertos. Finalmente, Wilkins y su camarilla aparecieron. Helen iba con ellos, con aspecto apresurado y ocupada con un cuaderno de notas en la mano como si estuviera escribiendo cada palabra pronunciada por el reverendo. El Coronel Ashton marchaba al lado de Wilkins, emanando tal sensación de amenaza que cualquiera se lo pensaría dos veces antes de acercarse al famoso líder de la Iglesia de la Voluntad. Dos guardaespaldas más caminaban detrás del trío. 47 no les reconoció. Algunas personas del hotel identificaron a Wilkins y quisieron conocerlo. El reverendo se prestó encantado, estrechando manos y firmando autógrafos, mientras desplegaba su sonrisa marca de la casa y alzaba una ceja. Ashton se mantenía a su lado, examinando a cada persona que se acercaba.

Durante ese ritual, 47 se levantó y caminó a través del vestíbulo, pasando intencionadamente cerca de Helen. Ella le miró, pero enseguida bajó la vista a su cuaderno como si apuntara algo. No le hizo ningún caso.

Bien.

47 se hizo el remolón mientras Wilkins terminaba de atender a sus admiradores. El reverendo se volvió hacia Helen y dijo:

—Querida, no la necesitaré en la reunión de mañana. Tiene mi permiso para tomarse el día libre. Vaya a la piscina. Salga de compras. He oído decir que en la parte vieja de Nicosia hay tiendas muy bonitas.

Ella pareció sorprendida.

—¿De verdad? ¿No quiere que esté allí?

—No, no será necesario. Solo esté preparada para cenar mañana por la noche.

—Gracias, señor, digo, Charlie.

Uno de los guardaespaldas anunció:

—Señor, ha llegado el coche.

—Está bien —contestó Wilkins—. No hagamos esperar al embajador.

Todo el equipo salió del hotel y se subió a la limusina. 47 les observó desde la puerta principal, consideró la posibilidad de seguirlos y, en su lugar, decidió inspeccionar el bar. Ya volverían. En realidad, lo que le interesaba era lo que hacían en el hotel.

El Paddock Bar no se abría hasta las cinco, así que 47 se dirigió a la zona de salón del vestíbulo. Muchos huéspedes estaban tomando su té de la tarde. El asesino decidió que era una buena idea; una bebida caliente le ayudaría a quitarse los desagradables síntomas provocados por la abstinencia. Se sentó en un cómodo sillón con vistas a la gran habitación, pidió su bebida y contempló a la multitud. Su atención se centró en tres hombres sentados en una mesa cercana. Hablaban ruso e iban vestidos demasiado elegantes para la hora del té. 47 estaba casi seguro de que eran gánsteres. No es que fuera demasiado ducho con su idioma, pero sabía lo suficiente como para captar retazos de su conversación. Uno de los hombres se quejaba de que no deberían estar en la larga reunión del día siguiente. Otro preguntó si sabían dónde se celebraba. El tercero contestó que obviamente tendría lugar en el Centro de Negocios del hotel, probablemente en la sala de reuniones que había reservado el reverendo. El primer hombre comentó que más valía que la comida fuera buena. El segundo ruso bromeó: «Probablemente sea el pollo de Charlie's», lo que provocó grandes carcajadas.

Interesante.

47 decidió que debía averiguar algo más sobre esa reunión. Terminó el té y pasó el resto del día explorando el hotel hasta que tuvo un mapa completo del lugar en la cabeza. Dónde estaba ubicado el Centro de Negocios. Dónde se reunían los empleados durante sus descansos. Las dependencias de la lavandería. El gimnasio, la piscina y la sauna. La situación de escaleras y ascensores. Dónde estaban colocadas las cámaras de seguridad. Sabía dónde era seguro esconderse y qué lugares debía evitar.

Estaba preparado.

Si pudiera librarse de los temblores, del dolor de cabeza y de la ansiedad, todo

sería perfecto.

Poco antes de la hora de cenar, el Agente 47 se dirigió hacia la zona exclusiva de empleados en la planta baja del hotel. Escondido detrás de una esquina, observó a los botones, camareros y doncellas utilizar sus llaves electrónicas para acceder al interior. Imaginó que más allá de la puerta se encontraría una sala de descanso, las oficinas del personal y, lo más importante, ordenadores con la información del hotel. Consideró la posibilidad de acceder a las dependencias desde el exterior por una entrada para empleados junto al muelle de carga. Pero era muy arriesgado llevarlo a cabo a plena luz del día. Finalmente vio que un botones emergía de la oficina. Iba vestido con el uniforme del hotel —túnica marrón y amarilla, pantalones marrón oscuro, gorra y una placa con su nombre— y tenía, más o menos, su mismo peso y altura.

47 le siguió por el bullicioso vestíbulo, donde el hombre se puso inmediatamente a trabajar dando la bienvenida a los clientes que llegaban y cargando sus equipajes en un carrito. Una vez más, el asesino cogió un periódico y se sentó en una silla cerca de la recepción para vigilar sus movimientos. Después de un rato, una pareja irrumpió con aspecto agobiado y apresurado. 47 observó cómo se registraban y oyó decir al botones que subiría inmediatamente sus cosas; sin embargo, los huéspedes replicaron que llegaban tarde a una cena y que solo se habían detenido para registrarse y dejar el equipaje. El botones contestó educadamente: «No se preocupen, su equipaje estará en la habitación cuando regresen». La pareja le dio una propina por adelantado y se marchó. 47 se demoró un poco más mientras el empleado recogía la llave electrónica y, finalmente, llevaba el carrito con el equipaje hacia los ascensores. Dos puertas dobles se abrieron revelando una cabina vacía. El hombre empujó el carrito dentro y pulsó el piso al que quería ir. Cuando las puertas empezaban a cerrarse, 47 deslizó el brazo entre ellas.

—¡Espere, por favor!

El botones apretó el botón de «Puertas Abiertas». Y 47 entró.

—Gracias.

—De nada, señor. ¿A qué piso va?

47 hizo un gesto hacia el panel con los botones, donde solo había un número encendido.

—Parece que va a bajarse en la misma planta que yo.

Subieron en silencio. Hitman tuvo cuidado de ocultar su cara lejos de la vista del botones para reducir las posibilidades de que pudiera identificarle más tarde. Cuando el ascensor se detuvo, el botones le indicó:

—Después de usted, señor.

47 salió y mantuvo las puertas abiertas con el brazo.

—Muchas gracias —dijo el botones mientras sacaba el carrito fuera.

47 permitió que el hombre se alejara del núcleo de ascensores y empezara a empujar el carrito por el pasillo antes de situarse detrás de él. Siguió al botones hasta que este se detuvo en la habitación correspondiente. Luego miró a un lado y a otro para comprobar que no había nadie a la vista, se colocó detrás del hombre y, pasando un brazo alrededor de su cuello, apretó con fuerza. La presión consiguió que el botones quedara inconsciente sin emitir un solo sonido.

El empleado se desplomó en los brazos de 47 como un muñeco de trapo. Hitman lo colocó de cualquier forma sobre el carrito, buscó la llave, abrió la puerta y empujó el carro al interior. Para entonces el botones empezaba a moverse. 47 lo soltó sobre la cama y se puso a quitarle el uniforme. Cuando el hombre recuperó totalmente la consciencia, el asesino volvió a repetir la llave de estrangulamiento.

En cinco minutos 47 estuvo vestido con el uniforme del botones. Luego quitó las sábanas de la cama y las utilizó para atar y amordazar al empleado. Le dejó sobre el colchón, recogió las ropas que se había quitado y salió. Tras hacer una rápida parada en su habitación para dejar la ropa, se dirigió de vuelta a la planta baja.

Hitman utilizó la llave electrónica del botones para acceder a la zona de empleados. El lugar estaba abarrotado por el personal del hotel, así que mantuvo la cabeza gacha y se movió con decisión sin mirar a nadie a los ojos. Probablemente cualquiera que lo viera pensaría que era un nuevo empleado.

Encontró un despacho vacío y se adentró, cerrando la puerta tras él. No tenía pestillo, así que tenía que arriesgarse. 47 se sentó detrás del escritorio y encendió el ordenador. Después de un instante, el logotipo del Hilton apareció en la pantalla y se encontró dentro de los archivos del hotel.

Trabajó con rapidez. Lo primero que hizo fue mirar la cuenta de Wilkins. Anotó el número de la *suite* de este y estudió su carpeta de arriba abajo. Wilkins había reservado una sala de reuniones en el Centro de Negocios durante todo el día siguiente. Se había encargado comida para catorce personas. Wilkins planeaba abandonar el hotel a la mañana siguiente. Unos comentarios añadidos al final de su ficha indicaban que Wilkins tenía categoría vip, por lo que se le concedían ciertos privilegios que no recibían otros huéspedes. Por ejemplo, una compañía privada de seguridad de Nicosia le estaba proporcionando protección adicional, a pesar de que Bruce Ashton estaba registrado como el director de seguridad del famoso reverendo.

A continuación, Hitman buscó en la cuenta de Helen McAdams. Advirtió que su habitación estaba en la misma planta que la de Wilkins. No había ninguna nota especial aparte de que estuviera incluida en el grupo de Wilkins. Entonces 47 miró en la cuenta de Bruce Ashton. Como esperaba, su habitación estaba en la misma planta. El asesino sonrió cuando vio que el Coronel había reservado un masaje en el *spa* para las nueve de esa noche. Se le había asignado una masajista llamada Katharina. 47 apuntó rápidamente su número de teléfono en su móvil.

Comprobó la hora: llevaba en el ordenador diez minutos. 47 no quería arriesgarse a estar más tiempo, pero decidió echar un rápido vistazo a los nombres de todos los huéspedes registrados esa noche. Eran varios cientos, por supuesto, así que se concentró en cualquier apellido que sonara a ruso. Encontró unos cuantos y memorizó los nombres y números de habitación. También estaban registrados como vips y tenían habitaciones contiguas. Entonces el asesino apagó el ordenador y salió de la habitación.

Consiguió salir de la zona de empleados sin ningún incidente, cogió el ascensor hasta su planta y se dirigió a su habitación. Allí, sacó su móvil y activó el programa encriptado de la Agencia para buscar en la base de datos los nombres rusos. Uno de ellos, Boris Komarovsky, era sospechoso de ser tesorero de la mafia de San Petersburgo. Otro, Vladimir Podovkin, controlaba aparentemente los fondos de una organización criminal en Moscú.

47 se quedó estupefacto. La misión cada vez apestaba más. ¿En qué estaría metido Wilkins? ¿Por qué se estaba reuniendo con criminales rusos en Chipre? ¿Quiénes serían los otros asistentes? Jade le había dicho que en el hotel se alojaban personalidades importantes, incluyendo ejecutivos de la OPEP y banqueros. ¿Estarían también implicados con Wilkins? ¿Qué estaba pasando?

El asesino se acordó del botones que había dejado atado y amordazado. Tarde o temprano la pareja regresaría al hotel y al subir a su habitación le descubrirían. Llamarían a la policía. Las posibilidades de que lo descubrieran se multiplicarían por diez, especialmente con tantos huéspedes importantes. No obstante, se dijo que el hotel era muy grande. Mientras fuera diligente e hiciera sus movimientos con extrema precaución, confiaba en poder conseguir lo que había venido a hacer sin ser atrapado.

A las ocho y media, 47, todavía vestido de botones, se dirigió al *spa* y gimnasio. Tres habitaciones privadas estaban acondicionadas para masaje. Dos de ellas se encontraban ocupadas, así que se metió en la tercera para hacer un reconocimiento. Había, claro está, una camilla cubierta con una sábana. Un aparador contenía diferentes clases de aceites y lociones. Los huéspedes podían colgar sus ropas en un pequeño armario. 47 estudió la habitación durante un momento y luego entró en el gimnasio. No era especialmente grande, pero tenía una sauna separada, equipos de ejercicio, máquinas Nautilus, e incluso una pequeña pista a lo largo del perímetro

para andar o correr. Dado que Chipre era, sobre todo, un destino de actividades al aire libre, la piscina y una pista más larga se encontraban en el exterior. No obstante, un buen número de huéspedes estaban utilizando sus instalaciones. 47 sabía por experiencia que la mayoría de las personas no se dan cuenta de muchas de las cosas que suceden a su alrededor, especialmente cuando están ocupadas en actividades como el ejercicio físico o concentradas en algún estímulo externo como los iPods o las pantallas planas de televisión de las paredes. El común de los mortales también tendía a ignorar a trabajadores tales como camareros, empleados de la limpieza, doncellas... y botones.

Junto al *spa* había un cuarto con las toallas de recambio. Varios juegos de toallas limpias, bordadas con el emblema del Hilton, estaban pulcramente apiladas en estanterías, un gran cesto para las usadas dispuesto en el suelo. 47 se puso a «trabajar» separando toallas, doblándolas, desdoblándolas y, básicamente, no haciendo nada salvo intentar parecer ocupado. Como esperaba, nadie en el gimnasio le prestó la menor atención.

La masajista entró en el gimnasio a las 8:50. Katharina era una atractiva morena, probablemente de cuarenta y pocos años, vestida con una bata similar a la que llevaría cualquier enfermera. Entró en la sala de masaje vacía, encendió la luz y luego se acercó a donde estaba 47 en el dispensario de las toallas.

—Hola —saludó cogiendo un montón.

47 contestó con un gruñido.

Ella se marchó y volvió a su puesto.

Cinco minutos más tarde, el Coronel Ashton apareció en el gimnasio. Iba vestido con albornoz y zapatillas. Miró alrededor, vio las salas de masaje y se dirigió hacia la puerta abierta. 47 observó cómo la masajista estrechaba su mano y hacía un gesto para que se tumbara en la camilla. Entonces cerró la puerta.

Hitman esperó cinco minutos más y luego marcó en su móvil el número de teléfono de Katharina.

—¿Sí?

—¿Es usted Katharina?

—Sí.

—Aquí el conserje. Se la requiere de inmediato en la habitación 433. Llega tarde a una cita. —Dio deliberadamente el número de habitación de uno de los rusos.

—¿Cómo dice? Ya tengo una cita. Ahora mismo estoy con ella.

—Debe de haber algún error. Esta es una reserva vip. El masaje está concertado en la *suite*. Ha pedido específicamente que fuera usted. Por favor, suba cuanto antes, enviaré inmediatamente a otra masajista al gimnasio para que se haga cargo de su cliente.

Ella suspiró.

—Está bien. ¿Ha dicho habitación 433?

—Sí. Por favor, dese prisa. Ya la ha reclamado dos veces.

—Muy bien.

47 colgó y aguardó. Un momento después, Katharina emergió de la sala de masajes y cerró la puerta tras ella. Una vez que estuvo fuera del gimnasio, Hitman hizo su movimiento. Agarró una pila de toallas, cruzó el vestíbulo con decisión y abrió la puerta. Una vez dentro, la cerró.

Ashton estaba tumbado boca abajo, desnudo. Intentó levantarse y girar la cabeza para dar su aprobación a la belleza que sustituía a Katharina; pero antes de que pudiera entender lo que estaba pasando, 47 lanzó la pila de toallas contra su cara. Luego saltó sobre la camilla y se montó a horcajadas en la espalda de Ashton, apretando las toallas a cada lado de la cabeza del Coronel. El grito del hombre quedó lo suficientemente amortiguado.

Pero el asesino no había contado con los rápidos reflejos y la enorme fuerza de Ashton. Era un hombre en excelente forma física, mientras que 47 estaba sufriendo el síndrome de abstinencia de la oxicodona y se había pasado el último año sin ejercitarse demasiado. Ashton consiguió quitarse a Hitman de encima y tirarle al suelo. El hombre desnudo se quitó las toallas de la cara y las lanzó contra la pared mientras bajaba de la camilla. La gorra de 47 se había caído y estaba tendido de espaldas y ligeramente atontado. Una vez más, los síntomas de su malestar le envolvían, causándole una momentánea flojera.

—¡Tú!

La sorpresa de Ashton al ver al hombre al que creía muerto obró en beneficio del asesino. El Coronel vaciló, sin darse cuenta de lo vulnerable que era al hallarse allí de pie junto al asesino. La pausa proporcionó a 47 los preciosos segundos que necesitaba para recobrar de su aturdimiento y ver las cosas claras. El plan de ataque era obvio.

Hitman soltó una patada brutal estrellando su zapato en los testículos de Ashton. El Coronel gritó, esta vez un poco más fuerte para intranquilidad de 47. El asesino se puso de pie cuando su presa cayó de rodillas. El rostro de Ashton se había vuelto escarlata por el insoportable dolor. En un acto reflejo, había bajado las manos para cubrir sus maltrechas partes, lo que le dejaba totalmente desprotegido. 47 sacó el puño y lanzó un derechazo contra la mandíbula del Coronel, golpeando al hombre contra la camilla.

A continuación recuperó las toallas y continuó con lo que había empezado. Envolvió con un par de ellas la cabeza de Ashton y tiró de los extremos con todas sus fuerzas, provocándole un traumatismo cervical tan violento que el cuello se partió con un crujido seccionando la espina dorsal. El Coronel quedó inerte.

47 respiró profundamente y luego abrió el pequeño armario. Estaba vacío. Ashton era pesado, pero consiguió arrastrarle y meter el cuerpo dentro. Tuvo que colocar las piernas y los brazos del hombre de forma que pudiera cerrar la puerta. Cuando terminó, 47 se alisó el uniforme, se ajustó la gorra y dejó la sala de masaje. Una vez más, ninguno de los huéspedes que estaban utilizando las máquinas de ejercicios le prestó atención. No habían escuchado el angustiado grito de dolor de Ashton.

Satisfecho, Hitman recorrió a grandes zancadas la habitación y salió del gimnasio para toparse con... Helen.

Cara a cara.

Rara vez permito que lo inesperado me desconcierte, pero esto lo consiguió.

Allí estaba ella, a menos de un metro de mí, mirándome directamente a la cara. Hubo un momento, uno de esos instantes extraños, en el que no estuve seguro de cómo reaccionar. Probablemente alguna secuela de mi síndrome de abstinencia. Mi cabeza no pensaba con la rapidez que debía.

En cualquier caso murmuré un «Disculpe», y continué andando como si fuera uno de esos tontos incidentes en los que al volver una esquina te chocas accidentalmente con alguien.

Pero entonces escuché, a mi espalda, que ella me llamaba: «¿Stan?».

Continué andando, como si no lo hubiera oído, y seguí hasta los ascensores. Llevaba la gorra y el uniforme de botones. Tal vez creería que me parecía al Stan Johnson que ella conocía, pero después se daría cuenta de que no podía ser. ¿Botones en un hotel de Chipre? Imposible. Su imaginación estaría jugándole una mala pasada.

Cuando alcancé la esquina y giré hacia los ascensores, eché la vista atrás. Ella había desaparecido. Aparentemente yo tenía razón. Debió de tomarlo como una confusión por su parte y siguió su camino. Me pregunté si no estaría buscando a Ashton. No iba vestida para hacer ejercicio.

Cogí el ascensor hasta mi planta y fui a mi habitación. No había nada más que pudiera hacer hasta el día siguiente. Con Helen merodeando por el edificio, sabía que tenía que ser especialmente precavido. No quería volver a tropezarme con ella. Podría intentar hablar conmigo, con el botones, y entonces estaría en un buen lío.

Todo sería mucho más sencillo si me hubieran dado luz verde para asesinar a Wilkins. Efectuaría allí mismo el golpe y acabaría de una vez. No podía entender a qué estaban esperando. No podía entender nada sobre este absurdo encargo. El reverendo había despertado mi curiosidad sobre lo que estaba haciendo en Chipre al reunirse con unos tipos considerados criminales. Y con hombres de dinero. No sabía demasiado sobre la política americana pero, a mi entender, resultaba bastante

sospechoso para un candidato a la presidencia, especialmente alguien del aislacionista Primer Partido de América, aceptar dólares de semejantes fuentes. Si es que eso era lo que estaba haciendo.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Ashton fuera echado en falta? ¿Lo encontraría alguien en el armario esta noche? ¿Mañana? ¿Qué haría Wilkins?

También me pregunté hasta qué punto sería seguro para mí volver a Greenhill ahora que faltaban dos guardias de seguridad y el supervisor de mantenimiento se había roto el cuello al caer por las escaleras. Si Ashton había guardado el secreto de mi identidad para sí, entonces probablemente no me pasaría nada. Pero la gran pregunta era si Wilkins lo sabía o no. Debía dar por sentado que así era y jugar mis cartas de acuerdo con ello. Por otro lado, necesitaba arriesgarme y regresar como Stan Johnson. Aún era mi mejor oportunidad para estar cerca del reverendo y poder matarle.

Y, además, estaba ese asunto no concluido con Helen. Tenía que arriesgarme a regresar a Greenhill por ella. Ella valía ese riesgo, y aunque iba en contra de mi carácter, pensaba que tenía que protegerla.

Al toparme con ella, sentí como si alguien me hubiera golpeado el pecho con un martillo. Nunca antes había experimentado nada igual. Soy lo bastante listo como para saber que no era una reacción física, sino más bien emocional.

Emociones. Por fin sentía alguna. Quién lo hubiera dicho.

Una vez bajo la ducha, levanté la mano recta frente a mí. Los temblores habían remitido considerablemente. De hecho, la noté más firme de lo que había estado en meses. Tal vez estaba desenganchándome de los analgésicos más rápido de lo que pensaba. Entonces me di cuenta de que también me había desaparecido el dolor de cabeza. No me había percatado hasta ahora. Esa era una buena señal.

Me metí en la cama y caí en un muy necesitado sueño.

Sin embargo, los sueños aún eran muy vívidos.

Había vuelto a mi cuerpo de ocho años. El pequeño 47. Solo por mi nombre debí haber sabido desde temprana edad que algo no iba bien en mí. ¿Quién llama a un niño 47? No fue hasta que me hice mayor cuando supe que me habían llamado así porque los últimos dos dígitos de mi código de barras eran cuatro y siete. Mi código de barras.

Así que estaba de vuelta en mi cuerpo de ocho años. Recordaba el momento exacto como si hubiera sucedido ayer. Estaba sentado en el jardín del sanatorio, cerca de la gran fuente. Acababa de terminar mi entrenamiento del día y me sentía inquieto. No conseguía entender por qué el buen doctor me obligaba a hacer todas esas cosas. No me gustaba él ni tampoco el personal del sanatorio. No me gustaba nadie.

Entonces la distinguí entre la hierba. Una pequeña serpiente. Deslizándose por el

suelo, ocupada en lo suyo.

Pero la odié. ¿Por qué esa insignificante criatura era libre, cuando yo no lo era? Estaba atrapado en el sanatorio y no se me permitía marcharme. La serpiente podía entrar y salir cuando le viniera en gana.

Con una velocidad de rayo que me sorprendió, me abalancé sobre el reptil y lo atrapé con mis manos desnudas. Era gris, de aproximadamente veinticinco centímetros de largo. La criatura se retorció entre mis dedos. Nunca antes había tocado una serpiente. Era más suave de lo que esperaba, y, sin embargo, también era escamosa y áspera. Una combinación muy extraña. Estudié al animal y lo miré directamente a los ojos. Una lengua bífida se deslizó rápidamente del interior de su boca. Era casi como si me estuviera preguntando: «¿Quién eres? ¿Por qué me sostienes? ¿Eres mi amigo?».

No. No era su amigo. Y menos cuando noté que me mordía.

La rabia emergió dentro de mí. Frustración. Confusión. Frialdad.

Sin pensarlo dos veces, la estrujé y la aplasté entre mis manos. Sus entrañas y fluidos, parecidos a la sangre, resbalaron por mi piel.

No sentí ningún asco.

Lancé los restos de la serpiente lo más lejos que pude. Y luego me senté en el borde de la fuente y estudié mis palmas. ¿Qué acababa de hacer? Había matado a un ser vivo. Me mordió y me defendí, pero ¿era esa una buena razón?

Justo en ese momento, lo supe. Todo se volvió nítido. Entendí por qué me sentía como un marginado. Un espécimen de laboratorio. Un no humano.

Era un asesino nato. Estaba diseñado para hacer lo que acababa de hacer.

Al principio me sentí muy deprimido. Triste. Pero un minuto después, la rabia regresó. Auténtica furia. Y permanecí encolerizado durante semanas. El doctor Ort-Meyer no dejaba de preguntarme qué me pasaba. Le dije que le odiaba. Muchas veces. Él se limitó a reír y a darme palmaditas en la espalda, como si me estuviera comportando exactamente como esperaba. «Muy bien, muy bien», decía.

Entonces, aún dentro del sueño, traté de escapar de aquel sitio mucho antes de lo que lo hice en realidad. Pero, a cualquier parte donde mirara, había barrotes de hierro bloqueando mi paso. Corrí por un vestíbulo para escapar de la violencia que infligía en mis fantasías. No tenía salida. Me di la vuelta e intenté una ruta diferente. Nuevos obstáculos.

No podía escapar de lo que era: un asesino.

Y entonces... la vi. Esperándome al final de un corredor.

La Sombra sin Rostro. La Muerte. Me hizo un gesto para que me acercara. Yo me negué. Sentí que se estaba comunicando conmigo. Me estaba ofreciendo una forma de salir de mi aprieto.

—¿Qué? ¿Cómo? —le grité con mi voz de niño de ocho años.

La Muerte levantó su mano. Tenía una de mis Silverballers. Cargada. Lista para disparar. Su belleza me atrajo. El bruñido acabado metálico de la pistola, las cachas

de nácar, la belleza de su diseño. Me acerqué a la Muerte. Estiré el brazo. Cogí el arma. Resultaba pesada en mis pequeñas manos. Pero la sentía... maravillosa.

Levanté la vista a la Muerte, tratando de nuevo de penetrar en el vacío que cubría su rostro. ¿Quién era realmente? Estaba seguro de que era alguien que conocía. Alguien familiar.

—Ya sabes lo que hacer. —No habló en voz alta, pero lo escuché en mi cabeza.

La forma de salir.

Sí, sabía lo que había que hacer, era cierto. Levanté la Silverballer y apunté el cañón contra mi sien derecha. Todo lo que tenía que hacer era apretar el gatillo y todo acabaría. Sería otro más de los fallidos experimentos de Ort-Meyer. Dejaría que 48 o 49 o 50 fueran su orgullo y alegría. No yo.

Solo aprieta el gatillo. Termina con todo.

Ya.

Otra vez me levanté bañado en sudor.

Al parecer los síntomas de la abstinencia aún no habían desaparecido del todo.

Alcé la mano. No había temblores. Examiné mentalmente mi cuerpo. Ni dolor de cabeza. Ni fatiga.

Solo los sueños. Era todo lo que me había quedado.

Tenía que vencerlos. No podía soportarlos ni un segundo más. Y solo había una forma de hacerlo.

Tenía que descubrir quién era la Muerte. Esa era la llave para recuperarme completamente.

Me levanté de la cama y fui al cuarto de baño. Me miré fijamente al espejo. Mis ojos, bueno, parecían los de siempre. Mi piel ya no estaba tan pálida. Eso era un progreso.

—Voy a vencerte —dije en voz alta, a pesar de que sabía que nadie podía oírme.

Nadie excepto la Muerte.

Era el día de la reunión de Wilkins.

El Agente 47 se procuró un nuevo disfraz. Ya no resultaba seguro seguir haciendo de botones, así que consiguió sustraer un uniforme usado de camarero —camisa blanca, pantalones negros, delantal— y un gorro blanco de servir para cubrir su calva cabeza.

Otro problema era que la policía de Nicosia estaba por todos lados. El botones al que 47 había atado y abandonado en la habitación de la pareja había sido descubierto la noche anterior. La víctima declaró haber sido asaltado por un huésped del hotel que procedió a quitarle su uniforme. La policía estaba buscando a un hombre alto vestido como un «gaucho». Afortunadamente, la descripción del botones era de lo más inexacta, sugiriendo incluso que su captor tenía el cabello negro, largo y rizado, bajo su pañuelo.

Hasta el momento, el cadáver del Coronel Ashton no había sido descubierto. Cuando Katharina, la masajista, llegó a la habitación 433 para la supuesta cita vip, Boris Komarovsky le informó de que se trataba de un error. Pero al ver lo atractiva que era, la dejó entrar y decidió darse el masaje. Luego, a cuenta de un final feliz, la recompensó generosamente, asegurándose así el silencio de Katharina que ya no regresó al *spa* esa noche.

En cuanto a Helen McAdams, Wilkins le había dicho que podía tomarse el día libre y tumbarse en la piscina si le apetecía, pero la entregada empleada de la Iglesia de la Voluntad no tenía ninguna intención de hacerlo. Quería mantenerse cerca de su mentor y estar a mano en caso de que él finalmente la necesitara. A pesar de su timidez natural, Helen consiguió mostrar cierta autoridad sobre los distintos guardaespaldas y personal de seguridad que habían sido asignados al reverendo. Descubrió que tenía una recién adquirida habilidad para transmitir instrucciones y dar órdenes con confianza y firmeza, algo inusual en ella. De hecho, hasta Wilkins había

comentado lo «cambiada» que se la veía en las últimas semanas. Observó que había florecido, superando su acostumbrado carácter introvertido.

La verdadera razón era que se sentía más feliz que nunca en su vida, y todo se debía a Stan Johnson. Aunque su relación apenas había empezado, Helen estaba convencida de haber encontrado su alma gemela en el tranquilo y profundo granjero de Iowa. Él era definitivamente un bicho raro, pero también lo era ella. Encajaban a la perfección. Helen se sentía cómoda con él. Y desde que se habían confesado mutuamente su dependencia de las drogas, aún se sentía más cercana. Quería a toda costa ayudarle a dejar su hábito, y ese deseo le daba un nuevo propósito en la vida, algo que alimentaba su propia batalla contra los demonios del pasado.

Aunque estaba un poco preocupada por que Stan no mostrara interés en el sexo, Helen creía firmemente que eso iba a cambiar, especialmente después de que se recobrara de los analgésicos. Compartían tantas cosas que no veía por qué no iban a poder tener una relación íntima. Helen creía entenderle. Stan había experimentado muchos golpes duros y, aparentemente, había sufrido un par de desengaños durante su vida. La Iglesia de la Voluntad le había enseñado que esas cosas podían enmendarse. Charlie siempre decía: «Hay que encontrar la Voluntad dentro de uno mismo» y entonces todo emergería a la luz. Las distintas doctrinas de la Iglesia proveían a los creyentes de las herramientas necesarias para buscar y localizar esa Voluntad. Hasta hacía poco, Helen había practicado diligentemente las enseñanzas un mes tras otro, sin demasiado éxito. No había hecho ningún progreso hasta que Stan llegó a su vida. Por alguna razón, su llegada a Greenhill abrió ese pozo inalcanzable. Era como si hubiera encontrado la cañería hasta un rico y abundante manantial de nuevas emociones e ideas. Había descubierto su Voluntad.

Helen estaba ansiosa por dejar Chipre y volver a Greenhill. Echaba terriblemente de menos a Stan. Un par de veces tuvo tentaciones de llamarle por teléfono, pero resistió el impulso. Ni siquiera estaba segura de qué diferencia horaria existía entre Virginia y la isla. La noche anterior había creído verle en el hotel. El botones con el que se había encontrado delante del gimnasio tenía exactamente su mismo aspecto. El hombre podía haber sido el hermano gemelo de Stan. Era absurdo. Por supuesto, no era él. ¿Cómo podría serlo? Helen lo atribuyó al fruto de su imaginación. Llevaba todo el día pensando en Stan, por eso su mente la había engañado. Después de todo, hasta resultaba divertido.

¿Estaba enamorada? Probablemente. Aunque aún no quería utilizar esa palabra. Stan obviamente no estaba preparado para ello. No se atrevería a decírselo —lo más seguro es que solo consiguiera ahuyentarlo—. Esperaría hasta que se sintiera lo suficientemente cómodo como para intimar con ella. El sexo a menudo rompía barreras, aunque debía admitir que otras veces las erigía. Decidió tomarse cada cosa a su tiempo. Stan era un alma buena. Estaba segura. Tenía algunos secretos, desde luego, y había cosas de su pasado que resultaban misteriosas, oscuras e incluso peligrosas. Pero, poco a poco, conseguiría sacárselas. Creía con todo su corazón que

Stan Johnson era una buena persona. Y que era capaz de amar.

47, camuflado bajo el uniforme de camarero, accedió a la inmensa cocina de la planta por las puertas dobles del salón, donde el desayuno era la principal atracción. Atravesó tranquilamente el restaurante como si supiera lo que estaba haciendo, entró en la cocina, y empezó a cargar un carrito con platos, servilletas, vajilla de plata y otros objetos necesarios para poner las mesas.

—¿Qué está haciendo? —preguntó un hombre con gorro de cocinero.

—Necesitan todo esto en el Centro de Negocios —replicó Hitman—. Están celebrando algún tipo de evento vip.

El chef, obviamente, no reconoció al alto camarero, pero los empleados llegaban y se iban del hotel constantemente, haciendo imposible seguir la pista de cada uno.

—Muy bien —contestó mientras 47 arrastraba el carrito fuera de la cocina.

Al estar adecuadamente disfrazado, no solo con la ropa y el maquillaje sino con los accesorios oportunos, el asesino podía moverse a sus anchas por el edificio sin que nadie le prestara atención. Era simplemente otro humilde trabajador de la cocina trasladando un carrito con platos desde un lugar a otro. Había demasiada actividad en el más grande y lujoso hotel de Nicosia como para que semejante visión resultara fuera de lugar. Sin embargo, como precaución extra, se había guardado tres cuchillos de carne y tres tenedores en el bolsillo. Uno nunca sabía cuándo un arma podía ser necesaria.

47 advirtió presencia policial en el vestíbulo y en algunos de los pasillos. ¿Habrían encontrado por fin el cuerpo de Ashton? De ser así, ¿afectaría eso a los planes confeccionados por Wilkins para ese día? Solo había una manera de averiguarlo, y era echar un vistazo al Centro de Negocios y ver qué estaba sucediendo.

Las dependencias del Centro de Negocios estaban situadas en la planta baja y consistían en varias salas de reuniones, una sala de juntas y conferencias, y diversos comedores utilizados para reuniones corporativas. Wilkins había reservado la sala Ahera y la sala de juntas. Cuando 47 arrastró su carrito por el pasillo, delante de la sala Ahera, vio que el reverendo y sus invitados acababan de terminar su comida. Mientras fingía colocar los platos de su carrito aprovechó para echar un vistazo a los hombres que salían de ella en dirección a la sala de juntas. Varios hombres vistiendo uniforme estaban a la entrada. Unos galones en sus hombros indicaban que eran empleados de la Compañía de Seguridad de Chipre A-1. 47 también reconoció a un par de guardaespaldas de Greenhill supervisando la operación.

Por fin el propio Wilkins emergió de la habitación. Estaba sumido en una conversación con un hombre saudí vestido con un *bisht*, la capa tradicional signo de prestigio, y el tocado *ghutra an iqal*, el típico pañuelo anudado a la cabeza con un cordón negro. 47 pensó que debía de ser un príncipe u otro miembro de la realeza.

Sin embargo, no se hallaba lo suficientemente cerca como para captar nada de su conversación. Continuó trabajando con los platos y la vajilla de plata hasta que todos los vips estuvieron en la sala de juntas. La puerta se cerró y los guardaespaldas de Greenhill se apostaron ante ella cual centinelas.

Interesante.

Avanzó con el carrito hasta la sala Ahera y se quedó de piedra.

Helen.

No había esperado verla allí. Se suponía que tenía el día libre.

Iba vestida con un elegante traje de ejecutiva y llevaba una carpeta sujetapapeles en la mano mientras hablaba con un miembro de la plantilla de Greenhill que 47 reconoció como George no sé cuántos, otro de los asistentes personales de Wilkins. Los empleados del hotel se afanaban en limpiar los restos del desayuno; 47 supuso que Helen y el otro asistente habrían estado presentes en el desayuno, pero que les habían dejado allí una vez que iba a dar comienzo la reunión en la sala de juntas. El asesino llevó su carrito más cerca de la pareja y luego se agachó a un lado, dándoles la espalda, para «arreglar» los platos otra vez, mientras afinaba el oído y trataba de oír la conversación.

—... no entiendo por qué estamos aquí, George —decía Helen—. ¿Has oído lo que me ha dicho? «Vaya a nadar a la piscina». No quiere verme por aquí. ¿Por qué?

George se encogió de hombros.

—Estoy tan despistado como tú. Al menos te mantuvo ocupada ayer. Yo no he hecho una maldita cosa desde que llegamos.

—¿Por qué quiere Charlie reunirse con esa gente de la OPEP y de los bancos extranjeros? Creí que deberíamos estar haciendo mítines y recorriendo distintas ciudades.

—Cariño, esto es un alto en la campaña. ¿No lo entiendes? Todos estos tipos tienen los bolsillos bien llenos. Van a ofrecer a Charlie mucho dinero.

Ella sacudió la cabeza.

—Supongo que no entiendo nada de política. ¿Por qué iban a darle dinero?

—Esperemos que consiga lo que quiere —comentó George—. Está de un humor de perros.

—Y que lo digas. No creo que nunca se haya dirigido a mí como lo ha hecho esta mañana. ¿Dónde se habrá metido el Coronel? ¿Cómo ha podido desaparecer así?

El Agente 47 sonrió para sus adentros. Puesto que nadie sabía de su paradero, el Coronel aún debía de seguir dentro del armario del *spa*.

—Vamos, te acompañaré a la piscina —propuso George—. Dios sabe que no tengo otra cosa mejor que hacer.

Ambos abandonaron la estancia. El Agente 47 había empezado a empujar su carrito hacia el pasillo cuando uno de los empleados del hotel se le plantó delante. Era una robusta mujer de cuarenta y pocos años con agudos ojos castaños y la frente permanentemente fruncida.

—¿Qué está haciendo? ¿Va a echarnos una mano o qué? —preguntó la mujer.

—Me he equivocado de sala. Debo llevar esto a otra parte.

—¿Adónde? Ya sabe que todo el *catering* pasa a través de mí. —Le miró de arriba abajo—. ¿Dónde está su placa de identificación? ¿Le conozco?

—Me llamo John Duncan.

—¿Es nuevo aquí, señor Duncan?

—Sí, señora. Ayer fue mi primer día.

La mujer se llevó las manos a las caderas.

—No, no lo fue. No cogimos a nadie de personal ayer y, además, yo lo sabría. Más vale que venga conmigo.

¿Y ahora qué?

El Agente 47 tenía que aceptar que había sido pillado. Ella iba a llevarle por el pasillo donde el personal de seguridad se mantenía vigilante. La mujer se dirigió hacia la puerta mirando por encima de su hombro hacia él.

—¿Y bien? ¿Viene o no, señor Duncan? ¿Es ese su verdadero nombre?

No tenía elección. Cogió un plato de porcelana y lo sostuvo en su espalda mientras la seguía. Ella le llevó por el pasillo y llamó a los dos fornidos hombres que se mantenían apostados en la puerta de la sala de juntas. Tres de los vigilantes chipriotas contratados se mantenían cerca.

—Señores, creo que tienen que hablar con este hombre —anunció. Pero cuando se volvió para señalar a «John Duncan», este estampó el plato en la cabeza de la mujer. Sabía que no la mataría, pero al menos serviría para dejarla inconsciente. Su cuerpo se desplomó en un amasijo de brazos y piernas.

—¡Maldita sea! —consiguió articular uno de los guardias tratando de sacar una pistola del interior de su chaqueta. Era el más rápido de los cinco hombres. Para cuando los otros cuatro digirieron lo que acababan de presenciar, 47 había sacado los tres cuchillos de carne de su bolsillo. Y, al igual que un malabarista de circo arrojando cuchillos a una ayudante atada a una rueda giratoria, lanzó sus utensilios contra el primero, el segundo y el tercer hombre.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Cada cuchillo penetró limpiamente en el hueco entre la nuez y la parte alta del esternón de cada hombre. El guardia que había conseguido sacar su pistola la dejó caer, desplomándose contra la pared. Los otros dos empezaron a dar vueltas en una macabra y absurdamente humorística danza, antes de caer al suelo.

Tres fuera, dos por venir.

Lo mejor era cambiar de táctica. Eso hacía que los enemigos no pudieran predecir cuál sería su próximo movimiento.

47 sacó los tres tenedores de su bolsillo, colocó dos en su mano derecha y uno en la izquierda, los dientes hacia fuera, y cargó contra los dos hombres. Al ser empleados a sueldo de la Compañía de Seguridad de Chipre A-1 sin demasiada experiencia, ninguno pensó en sacar su pistola a toda prisa o en protegerse siquiera

con los puños.

Hitman enterró simultáneamente dos tenedores en el suave tejido de la parte baja de la mandíbula del primero de los hombres, y el otro en la nuez del segundo. Sabiendo que este último empezaría a gritar de dolor, 47 dobló el brazo y le propinó un fuerte codazo en el estómago que le dejó sin aire. El guardia se inclinó hacia delante, proporcionándole la oportunidad de golpearle con ambos puños en la parte de atrás de la cabeza. Estaba muerto antes de alcanzar el suelo.

El hombre con los tenedores clavados en la mandíbula trataba a toda costa de sacárselos, pero 47 había hundido los cubiertos hasta el fondo, de modo que la tarea era casi imposible. Cayó de rodillas mirando a 47 conmocionado y horrorizado. Hitman sostuvo firmemente su cabeza con la mano izquierda mientras con la otra agarraba el asa de los tenedores.

Un nuevo empujón remató la faena.

Solo entonces el mayor asesino del mundo se permitió mirar hacia atrás para confirmar que nadie había presenciado el acto. Ciertamente había sido un tanto sucio, pero silencioso. Le hubiera gustado ver la cara de Charlie Wilkins cuando, al finalizar la reunión, él y su grupo de financieros mafiosos salieran de la sala de juntas y se encontraran con la carnicería del pasillo.

El Agente 47 se movió rápidamente por el vestíbulo, quitándose el delantal blanco que ahora estaba manchado de sangre. Se limpió las manos en él, lo tiró en una de las papeleras que había junto a los ascensores y, tranquilamente, se subió en uno de ellos. Había tres huéspedes dentro. Nadie le prestó atención.

Una vez en su habitación, se puso su traje negro y la corbata roja y recogió sus pertenencias. Hitman reflexionó sobre lo que realmente estaba sucediendo en Chipre. Charlie Wilkins trataba de recaudar dinero para su campaña de contribuyentes extranjeros, obviamente hombres de dudosa moralidad. 47 estaba seguro de que esos hombres tenían intereses en el futuro gobierno de Estados Unidos. Todos habían apostado por lo que iba a suceder tanto en el plano económico como en el político. Querían que la revolución tuviera éxito.

Al Agente 47 no le importaba. El destino de América no era asunto suyo.

Mientras cogía el ascensor de vuelta al vestíbulo, pagaba su estancia y pedía un taxi para el aeropuerto de Lárna, cayó en la cuenta de que desde que se despertara esa mañana no había experimentado ningún efecto secundario por no ingerir analgésicos.

Quizá después de todo sí fuera un superhombre.

Charlie Wilkins y su equipo volaron de vuelta a casa al día siguiente, a pesar de la investigación abierta en Nicosia referente al asesinato de cinco hombres de seguridad y al ataque a una mujer empleada del hotel, ante la puerta de la sala de juntas reservada por el reverendo. La policía había interrogado a Wilkins y a los otros asistentes durante horas. Nadie había visto nada. Nadie había oído nada. No había cámaras de seguridad en el pasillo, así que los agentes de la ley se encontraban desconcertados. Pero, dado el alto estatus de Wilkins, estaban convencidos de que, de alguna manera, se hallaba involucrado, aunque solo fuera indirectamente.

Varios de los invitados vips de Wilkins dejaron el hotel en cuanto se descubrió el baño de sangre. Dada la cuestionable situación legal de algunos de ellos, lo que menos les convenía era que les cazaran en la investigación de un asesinato múltiple. Boris Komarovsky, sin embargo, fue detenido por las autoridades en relación con la desaparición de Bruce Ashton; Katharina, la masajista, rompió su voto de silencio en cuanto los americanos se marcharon y confesó que había recibido una llamada de un misterioso conserje cambiando su cita con Ashton. Cuando el historial criminal de Komarovsky salió a la luz, fue arrestado bajo el cargo de crimen organizado internacional. Una vez más, aquello arrojó nuevas dudas sobre Wilkins.

Antes de abandonar Chipre, el reverendo ofreció una conferencia de prensa en el aeropuerto de Lárnaca negando cualquier responsabilidad en los asesinatos. Le faltó tiempo para culpar a sus «enemigos políticos» de Washington, declarando que temían su creciente popularidad. «Están cada vez más asustados y recurren a medidas drásticas —declaró—. Primero matan a Dana Linder y, ahora, intentan empañar mi buen nombre tratando de involucrarme en estos atroces crímenes». La táctica funcionó. El reverendo era tan querido en América que sus partidarios no abrigaban la menor duda sobre su inocencia en cualquier acto ilegal. Y en cuanto a Boris Komarovsky, Wilkins negó tener conocimiento de los lazos del hombre con la mafia rusa. Era con el banco de Komarovsky con el que Wilkins estaba tratando, no con el hombre en persona.

El cadáver del Coronel fue finalmente descubierto en el armario del *spa* cuando los americanos ya estaban de vuelta en Virginia. La Interpol se volvió loca. Los medios se sintieron conmocionados y los incidentes ocuparon los titulares de las noticias internacionales. Los políticos chipriotas censuraron el hecho de que se hubiera permitido abandonar la República a Wilkins y su gente antes de obtener respuestas a los muchos interrogantes pendientes. Aun así, todo el asunto fue un desastre. Los adversarios políticos de Wilkins exprimieron el incidente cuanto les fue posible. El reverendo fue acusado de recaudación de fondos indebida y de asociación con criminales.

Al principio Helen se sintió desilusionada. Desde el primer momento no había entendido la razón de viajar a Chipre, y la desaparición del Coronel, sumada a los subsiguientes asesinatos, la alteró profundamente. Dio gracias a Dios por haber seguido las órdenes de Charlie y haberse marchado a la piscina del hotel esa mañana. No había visto la matanza acaecida a la puerta de la sala de juntas, pero por la descripción de los periódicos se quedó horrorizada.

Wilkins dio un discurso a su personal a bordo del Learjet. Les aseguró que seguirían adelante y que los sucesos de Chipre no detendrían su marcha hacia la Casa Blanca. Dijo que confiaba en la policía chipriota y en la Interpol. De hecho, había contratado a su propio investigador privado en Chipre, un hombre llamado Karopoulos. Él encontraría a Ashton y llegaría al fondo de los asesinatos, exonerando a Wilkins de cualquier implicación.

A Helen no le quedó otra opción que creerle. Charlie Wilkins seguía siendo su mentor y reverendo. Él *era* la Iglesia de la Voluntad, y había sido la Iglesia la que la había ayudado cuando lo necesitó. Para cuando aterrizaron en Greenhill había recuperado completamente su fe en el líder.

Lo que resultaba más inquietante era que Stan Johnson hubiese desaparecido y nadie le hubiera visto durante días.

Cuando Helen llegó al trabajo a la mañana siguiente de su regreso, observó que el reverendo tenía aspecto ojeroso y estresado. Aparentemente no había dormido. La pérdida de su amigo el Coronel, por no mencionar los asesinatos del pasillo, le habían entristecido profundamente. Desde que llegaron a casa el día anterior, todo el personal se había puesto manos a la obra para minimizar el daño causado por los sucesos de Chipre. La misma Helen solo había podido dormir tres horas. El desfase horario, sumado a su preocupación por Charlie y, especialmente, por Stan, le impidió conciliar el sueño.

¿Dónde estaría? ¿Por qué no le había dejado ningún mensaje?

Había llamado a su móvil la noche antes, pero le salió su buzón de voz.

Aquí Stan. Deja tu mensaje.

Helen le dijo que había vuelto y que quería verle. Le pidió que la llamara cuanto

antes. Estuvo a punto de terminar con un «Te quiero», pero se contuvo a tiempo. No había necesidad de forzar su suerte.

Se sentía sin energías para revisar la pila de papeles que Charlie había dejado sobre su mesa, pero estaba hojeándolos cuando su móvil sonó a media mañana. El corazón de Helen dio un brinco de alegría cuando reconoció la llamada. Contestó sin aliento: «¿Stan?».

—Hola, Helen. ¿Te encuentras bien?

—Stan, ¿dónde estás?

—Yo... tuve que volver a Iowa para hacerme cargo de unos asuntos legales relativos a la granja. Supuse que era un buen momento mientras estabas fuera. Al final me ha llevado un día más de lo esperado. Quería estar de vuelta antes que tú, pero me retrasé. Lo siento.

Ella soltó un suspiro de alivio.

—Ah, está bien, yo..., me alegra volver a oír tu voz. ¿Cuándo estarás de vuelta?

—Llegaré allí esta tarde. No te preocupes.

—Muy bien, no puedo esperar para verte. Supongo que habrás oído lo sucedido en Chipre.

—Está en todas las noticias. Pero repito, ¿estás bien?

—Estoy bien, aunque un poco cansada. Ha sido todo muy estresante. El pobre Charlie está hecho polvo.

—Ya me lo imagino.

—Te lo contaré todo esta noche. ¿Cenamos en mi casa?

—Parece un buen plan.

Después de que Stan colgara, Helen pensó que su voz sonaba un poco diferente. Tal vez fuera su imaginación, pero parecía distante. Quizá se estaba volviendo paranoica, sacando conclusiones absurdas de la conversación.

George asomó la cabeza por la puerta de su despacho y dijo:

—Algo está pasando.

—¿Qué?

—Tenemos visita. Varios autobuses escolares y un puñado de hombres acaban de atravesar la puerta y están aparcando en la nave.

—¿Eh? ¿Quiénes son?

—No lo sé.

Se levantó y le siguió fuera de la mansión. Por supuesto Mitch Carson estaba dirigiendo el tráfico, señalando el camino a los conductores de los tres autobuses amarillos. La nave estaba a cierta distancia, en la zona restringida cerca de la casa de los guardas. Cuando los hombres se apearon de los autobuses, Helen observó que los había de todas las edades, desde los veinte hasta casi los cincuenta, y que estaban vestidos con camisetas y vaqueros o pantalones de camuflaje del ejército. Pensó que tenían aspecto de soldados sin uniforme. De hecho se movían y actuaban como militares.

Se quedó observando mientras Carson saludaba a un hombre vestido de arriba abajo de uniforme. Llevaba gafas de sol y un enorme sombrero de vaquero que le impedía ver su cara. Pero caminaba con una leve cojera y parecía tener una pinza mecánica en lugar de la mano derecha. Una prótesis.

Carson guio al hombre hasta una entrada lateral de la mansión. Probablemente irían a ver a Charlie.

Greenhill continuaba volviéndose cada vez más misteriosa.

El Agente 47, vestido con el mono de trabajo y la camisa de franela de Stan Johnson, llamó a la puerta a las siete en punto. Oyó pasos apresurados y la puerta se abrió de golpe. Helen inmediatamente se lanzó sobre él pasando sus brazos alrededor de su musculosa figura.

—Stan, me alegro tanto de verte...

Hitman no esperaba una bienvenida tan entusiasta y no estaba seguro de cómo actuar. Pasó sus brazos alrededor de ella sin apretar demasiado. Ella levantó la vista y le plantó un beso en la boca. De nuevo se sintió pillado por sorpresa, pero consiguió dominarse.

—Yo también me alegro de verte.

Helen le soltó y tiró de él hacia el interior, cogiéndole de las manos.

—Pasa. La cena está casi lista. He hecho pollo a la cazuela, espero que te guste. No puedo creer que Charlie nos haya dejado salir tan pronto. Pensé que tendríamos que continuar trabajando toda la noche. Supongo que incluso él decidió que necesitaba dormir un poco.

El asesino no había encontrado problemas al reincorporarse en Greenhill. Después de aterrizar en el aeropuerto de Baltimore/Washington por la mañana temprano —tras hacer escala en Londres—, había recogido una de sus *Silverballers* y el C4 de la taquilla, dejando el resto allí guardado. Luego alquiló un coche. Lo aparcó en las plazas del recinto de la comunidad y caminó por la calle principal como si nunca se hubiera marchado. Su apartamento seguía siendo un caos, así que se pasó una hora poniéndolo en orden. Estaba casi seguro de que Ashton y sus dos gorilas eran los únicos miembros de la seguridad que conocían su identidad. Si Charlie Wilkins estaba o no al tanto, el tiempo lo diría. Estaba dispuesto a correr ese riesgo. Había invertido demasiado en la misión como para ahora dejarla a medias.

Helen sirvió la comida y se pasó la siguiente media hora contándole su experiencia en Chipre. A pesar de que se quejaba de estar exhausta, se la veía muy despierta y animada. Hacía años que no salía de Estados Unidos, así que, en muchos aspectos, había sido una gran aventura. Obviamente los asesinatos la asustaban, y encontraba escandalosas todas las noticias que se habían recibido sobre el Coronel, pero, por lo demás, no parecía demasiado afectada.

47 había olvidado lo mucho que le gustaba escuchar su voz.

—¿Sabes que creí verte en el hotel? —declaró riendo y sacudiendo la cabeza—. Había un botones que te juro que era como tu hermano gemelo. Debo de haberte echado mucho de menos, Stan, porque creo que veía tu cara en todas partes.

47 se rio con ella y contestó:

—Bueno, no podía ser yo. Me estaba peleando hasta la extenuación con hombres que no me importaban. Un verdadero horror.

—¿En qué parte de Iowa?

Dio un sorbo a su copa de vino y luego asintió.

—Davenport. Abogados. Gente del IRS^[9]. Ya sabes, los chicos malos.

—Stan... —Levantó su copa y la chocó con la suya—. He echado de menos tu compañía.

Después de una incómoda pausa, 47 anunció:

—Tengo noticias.

—Cuéntamelas.

—He dejado las pastillas. He pasado el síndrome de abstinencia.

—¿En serio? ¡Oh, Stan! ¡Eso es maravilloso! —Entonces advirtió que tenía mejor aspecto que nunca—. ¿Cómo..., cómo te sientes?

—No muy mal. Los primeros dos días fueron terribles. —Se encogió de hombros—. Pero ahora estoy bien.

—Pero ¿cómo puede ser? Dios mío, Stan, a mí me llevó semanas pasar el mono. No se pueden dejar las pastillas en tres días. Es imposible. —Sacudió la cabeza—. Me temo que todavía te queda mucho que pasar. No es tan sencillo.

—Supongo que mi metabolismo es diferente. No lo sé.

—Stan, yo tuve que permanecer dos meses en una clínica de rehabilitación. Pensaba que estaba bien, pero, en cuanto salía, volvía a las andadas. Entonces fue cuando traté de..., ya sabes. —Él no dijo nada, así que continuó—: La segunda vez escogí una clínica diferente donde me hicieron cortar de forma radical. Fue una pesadilla, Stan. Si hay un infierno, era aquel. Bajé a los infiernos y volví. Aún me sigue costando. Hay momentos en los que todavía me apetece. Nunca estaré completamente curada. Por eso no entiendo cómo puedes encontrarte bien.

Él no contestó.

—Me estás mintiendo sobre que lo has dejado, ¿no es cierto? ¿Solo me dices lo que quiero oír?

—No, no te estoy mintiendo sobre eso.

Al menos eso era verdad.

Se quedó dormida en el sofá mientras veían una película en la televisión. El vino y la fatiga le pasaron factura. Sin embargo, antes de quedarse traspuesta por el agotamiento, Helen había dejado caer, una vez más, que le gustaría intimar, algo que 47 se sentía incapaz de hacer. Se preocupaba demasiado por ella como para hacerle

daño de esa forma. Porque eso es lo que sucedería: ella acabaría terriblemente dañada; de hecho, era inevitable. Así que la mantenía alejada por su propio bien. Para él aún seguía siendo una sensación nueva y desconocida *preocuparse* por alguien.

Pensó en los analgésicos y en lo fácil que había sido prescindir de ellos. Era su configuración genética la que había hecho el trabajo. Lo que para la mayoría de los adictos duraba semanas, e incluso meses, a él le había llevado solo dos o tres días. Se habían acabado los temblores, los dolores de cabeza y los malos sueños. Aunque eso no era del todo cierto. 47 aún tenía vívidos sueños en los que la Muerte seguía apareciendo. Hitman no había avanzado demasiado en descubrir quién era realmente la Sombra sin Rostro, pero acabaría averiguándolo. Estaba seguro.

Extrañamente no se sentía cansado. El desfase horario nunca le había incomodado, y el asesino era capaz de resistir largos períodos sin dormir. No obstante, habían sido unos días muy intensos. Debería descansar mientras pudiera. Pero tener a Helen a su lado era una experiencia desconocida. Sentir su calor, observar su respiración, oler su perfume..., eso era lo más normal a lo que podía aspirar.

Y el Agente 47 llegó a la conclusión de que no podía dejarse llevar y disfrutarlo. Nunca en un millón de años.

Eran poco después de las diez cuando observó que su móvil se iluminaba.

Un mensaje de la Agencia.

Helen seguía dormida. Ahora tenía la cabeza apoyada en su regazo y se había acurrucado en posición fetal. Tenía un aspecto tan pacífico... Sin problemas. Casi como una niña. Sin molestarla, cogió su móvil, pulsó en el buzón de voz y escuchó la comunicación codificada.

Cuando terminó, apretó los números convenidos para indicar que el mensaje había sido recibido y escuchado.

Había dos recados. El primero le remitía a una página de seguridad FTP^[10], donde podía descargarse y ver unas fotos. Jade había encontrado tres instantáneas de Charlie Wilkins tomadas en 1976 y antes. Las dos primeras eran de pequeños periódicos locales de Arkansas y Maryland, fechadas en 1973 y 1974 respectivamente. La más antigua era una imagen de la primitiva tienda de campaña de la Iglesia de la Voluntad donde Wilkins había ejercido su misión de forma intensa y teatral, para atraer a la gente sensible de la localidad a una presentación de estilo apocalíptico. Un joven Wilkins aparecía junto a un igualmente joven Mitch Carson y otras dos personas: un hombre y una mujer sin identificar.

La fotografía de 1974 mostraba una tienda nueva y mucho más grande de la Iglesia de la Voluntad. Esta vez, el personal que posaba delante de ella era más numeroso. Wilkins en el medio. Carson a su derecha. La mujer y el hombre de la primera foto a su izquierda —ahora identificados como Wendy y Eric Shipley— ella

estaba al lado de Wilkins.

La tercera imagen, obtenida de un periódico de Towson, Maryland, en 1976, mostraba a Wilkins saliendo del juzgado tras el interrogatorio sobre Eric Shipley. Wendy Shipley estaba a su lado. Él la rodeaba con el brazo mientras esquivaban a los periodistas.

El Agente 47 estudió el lenguaje corporal de la señora Shipley en las tres fotos y llegó a una conclusión.

La segunda parte del mensaje de Jade era más significativa.

El cliente había dado luz verde para asesinar a Charlie Wilkins.

Y tenía que efectuarse esa noche.

Mientras Helen dormía ideé un plan. Confié en que estuviera tan cansada que durmiera profundamente durante el siguiente par de horas. De esa forma, podría hacer lo que tenía que hacer y volver a su apartamento antes de que despertara. Otra posibilidad era dejar sencillamente el recinto, pero mi ausencia al día siguiente llamaría la atención. El objetivo era tan importante que necesitaba mantener mi tapadera durante un par de días más, si era posible. ¿Qué mejor coartada que quedarse dormido con tu «novia»?

Alcé con cuidado su cabeza de mi regazo y me levanté del sofá. Luego deslicé un brazo por sus piernas, mientras con el otro le rodeaba la espalda, y, cogiéndola en brazos, la llevé hasta su dormitorio y la dejé en la cama. Se agitó un poco y me miró. Yo seguí adelante y lo hice —la besé— diciendo: «Estarás más cómoda aquí». La tapé con una manta y me tendí a su lado.

Mi presencia parecía resultarle reconfortante, porque rápidamente se sumió de nuevo en el sueño. Esperé unos buenos diez minutos hasta que empezó a respirar lenta y profundamente. Entonces me levanté sigilosamente y dejé la habitación.

Encontré su bolso en el salón, rebusqué en él y cogí la llave electrónica.

Mientras caminaba de su apartamento al mío, pensé en lo que estaba haciendo. Era indudable que estaba utilizando a Helen. Mi plan original había triunfado. Me había hecho íntimo de alguien de dentro de la Iglesia de la Voluntad, consiguiendo acceso a su privacidad. Había ganado su confianza y también la había engañado.

¿Cómo me sentía por ello? Honestamente, ahora que me había quitado los analgésicos, no me importaba demasiado.

Había vuelto a mi antiguo yo.

Supongo que debía de ser un canalla, un charlatán y un mentiroso... pero también era un asesino. Eso era lo que me definía.

Y sin embargo..., una pequeña parte de mí, un gramo de mi corazón, un resquicio de mi alma... pertenecía a Helen. Ella había conseguido penetrar en mi interior y tocar ese nervio oculto que no sabía que existía. Y por eso me sentía agradecido.

Era una prueba de que yo era algo más que una máquina, algo más que un monstruo de la genética.

Y, en ese mismo instante, me prometí que no consentiría que Helen McAdams sufriera el menor daño.

Una vez en mi apartamento, me armé con una de las Silverballers que había sacado de la taquilla del aeropuerto. También me aprovisioné del C4, de los detonadores y del cronómetro que le había comprado a Birdie. Siempre supe que esos objetos me serían útiles. Me alegré de haber dejado el maletín en la taquilla. Tenía el presentimiento de que no iba a regresar a mi apartamento.

Cuando salí de allí eran las 11.

Charlie Wilkins solía sentarse ante la mesa de su despacho cada día a medianoche para poder «rezar». No sé lo que sacaba con semejante acto. Pero no era mi cometido juzgar las creencias de nadie, ni si era una buena persona o no. Lo que me importaba era que su hábito me proporcionaba la oportunidad perfecta para cumplir mi misión.

Afuera, la noche era negra como boca de lobo y la temperatura muy fresca. La luna había desaparecido detrás de espesas nubes. Las farolas del recinto iluminaban algunas zonas de la calle, pero entre los edificios todo era oscuridad. Esa sería mi ruta.

Utilizando la técnica para pasar desapercibido que había aprendido de niño en el sanatorio del doctor Ort-Meyer, me moví de instalación en instalación como un escurridizo gato negro. Silencioso y rápido. La mayoría de los residentes estaban en sus casas. Escuché algunas voces y risas en la distancia, hacia la zona de la calle principal, probablemente en el salón de actos donde los miembros podían jugar al billar, al ping-pong y a otros juegos hasta medianoche. No había ningún bar en Greenhill.

El camino que subía la colina hasta la valla electrificada y la verja estaba al descubierto y bien iluminado. Eso era un inconveniente, pero no me quedaba más remedio que caminar con decisión como si supiera lo que estaba haciendo. Después de todo, yo era el hombre de mantenimiento. Estaba seguro de que podría inventar cualquier excusa si un guardia pretendía detenerme.

De hecho, un centinela patrullaba por la parte exterior de la valla. Lo distinguí cuando pasó ante la verja y, lentamente, me moví en dirección al cobertizo de las herramientas. El hombre parecía aburrido y con frío. Seguramente creía que había pocas posibilidades de que alguien quisiera causar problemas en Greenhill. Sin embargo, como no quería que me viera, me deslicé entre las sombras del cobertizo agazapándome a un lado. Esperé a que se acercara, advirtiéndole que no prestaba atención a su entorno. Estaba más interesado en el lago y en el cielo oscuro que en otra cosa. Cuando estuvo a menos de dos metros, efectué mi movimiento.

Abalanzándome como un leopardo, me coloqué detrás de él, pasé el cable de fibra alrededor de su cuello y tiré de los extremos.

Rápido, silencioso y fácil. Abatido pero aún vivo.

Le cogí por debajo de los brazos y lo arrastré hasta el cobertizo. Rápidamente abrí con mi llave y metí al hombre dentro. Después de dejarle detrás del torno, salí y cerré la puerta tras de mí.

Mi reloj señalaba las 11:15. No me quedaba demasiado tiempo.

Caminé a grandes pasos por el sendero hasta la verja. Sin perder más tiempo, deslicé la llave electrónica de Helen y entré. Pero mientras me dirigía hacia la mansión, unos ruidos procedentes de la gran nave atrajeron mi atención. Las luces del edificio estaban encendidas y las puertas abiertas. Alguien condujo marcha atrás un autobús amarillo y lo detuvo frente a las puertas. Un hombre se apeó para abrirlas del todo. Entonces el conductor metió el autobús dentro.

No estaba seguro de qué iba todo aquello, pero despertó en mí la suficiente curiosidad como para investigar. Además, no quería continuar con el plan si había hombres merodeando alrededor de la mansión.

Así que me mantuve en las sombras saltando de cobertura en cobertura hasta que llegué al lateral del edificio. Escuché voces hablando dentro. Con la espalda dando al muro exterior, fui acercándome hasta la esquina junto a la abertura. Me atreví a inclinarme de lado para echar un vistazo al lugar.

Había tres autobuses escolares. Conté seis hombres moviéndose alrededor de ellos. En uno de los extremos, había varios percheros para ropa hechos con tubos de metal. Docenas de uniformes colgaban de sus perchas. Uniformes de la Guardia Nacional estadounidense.

Interesante.

¿Serían estos hombres de la Guardia Nacional? Por algún motivo, no lo creía así.

Pensé que lo mejor sería centrarme en mi tarea, así que sigilosamente me alejé de la nave y retomé el camino a la mansión. Ahora estaba en el lado este. No había demasiado que ver excepto una puerta, que debía de ser una entrada de empleados o algo así, igual a la que había en la fachada oeste que daba a los jardines. Unas pocas ventanas. Escruté el edificio buscando cámaras de seguridad pero no vi ninguna.

Al deslizarme hacia la parte de atrás escuché el chapoteo del agua en la orilla. El lago estaba muy cerca, y no sería difícil resbalar y caer en él. No había nada en el suelo que sirviera de protección. Supongo que imaginaban que nadie iría —o se atrevería a ir— hasta la parte trasera de la mansión donde estaba situada la oficina de Wilkins.

Ahí estaba. El ventanal que ocupaba toda una pared. A prueba de balas. El despacho se encontraba vacío. Podía distinguir el interior gracias a la luz que arrojaba una única lámpara. No había iluminación exterior porque eso interferiría

en la visión panorámica de Wilkins. Me pregunté dónde estaría en ese momento. ¿En su dormitorio? ¿Cuándo entraría en su despacho para prepararse para su meditación? Fuera lo que fuera, tenía que actuar rápidamente.

Me puse en marcha y fijé los ladrillos C4 a lo largo del muro, bajo el enorme ventanal, en paralelo al borde inferior del cristal. Uno en la parte este, otro en el medio, y un tercero en el extremo oeste. El C4 venía con un adhesivo que se pegaba a cualquier superficie al quitar el fino papel que lo recubría. Inserté los detonadores en la pasta y pasé el cable por el suelo, conectando cada ladrillo y terminando en el tercer explosivo. Luego fijé el cable al cronómetro, que programé exactamente para las 12:02.

Hecho. Era el momento de volver con Helen y...

Mi móvil zumbó. Lo tenía en modo silencio pero sentí su vibración. Lo saqué del bolsillo y comprobé la llamada.

Helen. Debía de haberse despertado y estaría preguntándose dónde me había metido. Qué inoportuno. No contesté.

Concentrándome de nuevo en mi trabajo, comprobé que todo estuviera en su lugar. Confié en que el C4 quedara lo suficientemente bajo respecto a la ventana para que Wilkins no pudiera verlo. Luego me desplacé hacia la esquina sudeste de la mansión, dispuesto a deslizarme en la oscuridad y volver al apartamento de Helen. Estaba seguro de que se me ocurriría alguna excusa que contarle. No podía dormir. Me fui a dar un paseo. Tuve que volver a mi apartamento por algo. Cualquier cosa. No era un gran problema.

Pero cuando doblé la esquina, uno de los guardias de la mansión apareció en la parte frontal del edificio. Haciendo su ronda.

Justo entre donde yo estaba y mi vía de escape.

No estaba claro en qué dirección se movía el guardia, así que el Agente 47 volvió sobre sus pasos y caminó hasta la parte trasera de la mansión. Se arriesgó a cruzar hacia el oeste por delante del gran ventanal hasta el otro lado del edificio, creyendo que, quizá, el camino más seguro para llegar a la verja sería atravesar los jardines. Al mirar al interior del despacho, vio que Wilkins aún no había llegado para su oración de medianoche. Sin duda el reverendo no se saltaría su cita de esa noche, ¿no?

Alguien había estado regando el jardín, o tal vez había llovido mientras estuvo en Chipre. La tierra estaba húmeda y enfangada. No tuvo más remedio que pisarla, lo que no era bueno. A pesar de todo, alcanzó los arbustos y se escondió. ¿Qué haría el guardia que estaba en la esquina nordeste de la mansión? ¿Patrullaría a lo largo de la zona este hacia la parte trasera de la casa? ¿O bien cruzaría por delante hacia el lado oeste? 47 pensó que lo mejor sería quedarse allí hasta estar seguro. Comprobó su reloj: las 11:38. La colocación de los explosivos le había llevado más tiempo del que esperaba.

Hizo una mueca cuando vio que el guardia aparecía por la esquina noroeste de la casa. El hombre comenzó a moverse por el sendero asfaltado entre la mansión y los jardines, hacia la entrada de empleados. ¿Hasta dónde llegaría? ¿Advertiría las huellas que el asesino había dejado en el barro? ¿Comprobaría la parte trasera de la casa? ¿Descubriría las cargas de C4?

El Agente 47 contuvo el aliento y se quedó inmóvil y en silencio.

El guardia se acercó a la entrada de empleados.

¡Pasa dentro!, deseó silenciosamente Hitman.

El hombre continuó andando hacia la parte de atrás. Ya casi había llegado al final.

Con un poco de suerte estaría soñando despierto sin prestar demasiada atención a su trabajo, como el primero con el que se había topado esa noche.

El centinela llegó al final del sendero, justo al borde de la zona embarrada de detrás. Se detuvo. Sacó una linterna de su cinturón, la encendió y alumbró hacia el suelo.

Había visto las huellas.

Lleno de curiosidad, el guardia siguió adelante cruzando el barro hasta la parte sur de la casa. Apuntó la linterna hacia la orilla del lago. Y luego enfocó al enorme ventanal de la pared.

Ahí estaba. Ahora vería los explosivos.

El Agente 47 sacó el cable de fibra del bolsillo y se precipitó desde detrás de los arbustos. Moviéndose rápida y cautelosamente, alcanzó al guardia, pasó el cable alrededor del cuello del hombre y tiró con fuerza. El centinela dejó caer la linterna y trató de gritar, pero el garrote transformó el sonido en un simple gorjeo. El hombre se resistió e intentó golpear al asesino con los codos, soltando patadas hacia atrás, pero la garra de 47 era demasiado fuerte.

El guardia se desplomó en brazos de Hitman en menos de un minuto.

No había tiempo que perder. 47 lo arrastró por el jardín y dejó el cuerpo tirado detrás de un arbusto. Su reloj señalaba ahora las 11:46.

Se movió en dirección norte atravesando unos arbustos hacia la parte delantera de la mansión, alcanzando el borde del jardín. Ahora ya podía deslizarse rápidamente hasta la verja dispuesto a volver al apartamento de Helen antes de que...

Se quedó petrificado donde estaba.

Helen se hallaba en la verja hablando con un guardia. Se había vestido para salir, llevaba el bolso en la mano y hacía gestos como si hubiera perdido algo. El guardia deslizó su llave y la verja se abrió. La joven pasó y se encaminó hacia la mansión.

¡No!

47 no quería que estuviera cerca de su oficina. Las cargas de C4 estallarían en poco más de diez minutos.

Como de costumbre, no se dirigió a la puerta principal, sino que dio la vuelta al edificio para acceder por la entrada de empleados. Hitman observó horrorizado cómo llamaba para que la abrieran, dado que no tenía su llave. Helen esperó un momento y entonces aporreó la puerta con fuerza. Esta finalmente se abrió, y el propio Wilkins apareció para recibirla. 47 oyó cómo le explicaba que había perdido la llave sin saber bien cómo, que no podía dormir y que había decidido trabajar un poco. El reverendo se echó a un lado para dejarla pasar y luego cerró la puerta.

Pero Wilkins no lo hizo con la suficiente fuerza y el pestillo no llegó a enganchar. La hoja quedó apoyada pero sin cerrarse del todo.

47 tenía que sacarla de allí. Aquella decisión le sorprendió, pues en el pasado se habría marchado sin prestar atención a los daños colaterales causados por sus golpes. Esta vez, sin embargo, la destrucción incluía a Helen. Él *se preocupaba* por ella. Por mucho que la hubiera utilizado y le hubiese mentido, había conectado sinceramente de un modo que el mayor asesino del mundo nunca había experimentado.

Salió de su escondite y corrió hacia la puerta. La empujó muy despacio y echó un vistazo al interior.

Un pequeño recibidor daba paso a un corredor en forma de T, que se extendía de

norte a sur. Avanzó pegado a la pared y se asomó. Al norte, un pequeño pasillo vacío giraba hacia la derecha. Hacia el sur, vio a Wilkins y Helen doblar a la izquierda y desaparecer por otro pasillo. 47 les siguió.

Cuando llegó a la esquina habían desaparecido. Las puertas de los despachos a lo largo del pasillo estaban cerradas. ¿Cuál de ellas sería la de Helen? En mitad del corredor, otro largo pasillo convergía en dirección sur. Exactamente donde debía de estar la oficina de Wilkins.

Hitman se dirigió hacia allí, observando con el rabillo del ojo las numerosas obras de arte y esculturas que decoraban las paredes. La puerta del fondo estaba abierta. 47 sacó su *Silverballer*, se pegó contra la pared y se movió al estilo de las Fuerzas Especiales hasta detenerse en el umbral. Echó un rápido vistazo al interior para comprobar que el reverendo no estaba allí. La habitación estaba llena de plantas y de más obras de arte religiosas. El lujoso espacio se hallaba débilmente iluminado, igual que lo había estado antes. El gran ventanal solo mostraba la oscuridad. El asesino supuso que Wilkins probablemente apagaba todas las luces para rezar y así poder tener una buena vista del lago.

Miró su reloj. Las 11:50.

—Me voy abajo, no quiero que nadie me moleste —anunció una suave voz familiar. Venía del pasillo del ala este, donde estaban las oficinas.

Wilkins.

Si el reverendo iba a «bajar», ¿significaba eso que esa noche no rezaría? ¿Acaso los explosivos no servirían para nada?

Olvídate del C4.

El asesino decidió matar al hombre en cuanto lo viera. Dos disparos. Una bala en el pecho y otra en la cabeza. Tenía que recurrir al plan B. Improvisar. Algo que se le daba muy bien.

Con el arma en la mano, 47 retrocedió por el ornamentado pasillo hasta llegar a la intersección en forma de T. Entonces vio a Wilkins doblar la esquina por el este. Hitman le siguió, llegó hasta el final y giró hacia el norte. No había rastro del hombre, pero encontró una escalera unos metros más allá, a la izquierda. El ruido de los pasos de Wilkins descendiendo al sótano resonó en las paredes. El asesino bajó sigilosamente los escalones tras él, esperó un segundo y luego continuó hasta el final. Solo se podía continuar en dirección oeste-este, por un pasillo de cemento paralelo al que había justo encima. 47 avanzó por él hasta alcanzar otro túnel, en dirección sur, que daba a una puerta idéntica a la de la oficina de Wilkins. Un letrero en la puerta rezaba: PRIVADO - SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Estaba entreabierta, la luz temblorosa de una vela se filtraba por la abertura.

47 se dirigió hacia allí. Desde una habitación al fondo llegaba el sonido de una música. Música clásica. Schubert. El *Ave María*. Una pieza que tenía muchas conexiones con él, especialmente una muy personal.

¿Una coincidencia?

Era demasiado tarde para retroceder.

El asesino empujó suavemente la puerta hasta abrirla por completo.

Toda la habitación, que era un reflejo del despacho de Wilkins en la planta de arriba, estaba iluminada por docenas de velas. Salvo por un espacio vacío en mitad del suelo, el resto parecía un almacén con cientos de obras de arte. Había pilas de cuadros apoyados contra las paredes. Las estatuas abarrotaban el lugar: vio reproducciones de la Virgen María, Jesús, Buda... El reverendo estaba de rodillas ante un extraño altar en el extremo norte de la habitación, de espaldas a 47. Hitman nunca había visto nada igual. Un fresco adornaba toda la pared norte: era una copia enorme y casi perfecta de un detalle de la Capilla Sixtina, pintada por Miguel Ángel, en el que Dios alarga un brazo para tocar con el dedo índice a Adán. Entre el famoso reverendo y el fresco había colocados varios iconos con imágenes religiosas: una cruz, la estrella de David, un Buda, un tapiz verde con el símbolo árabe de Alá, y otros que 47 no reconoció. ¿Acaso Wilkins rezaba aquí en vez de en su despacho?

47 se adentró un poco más.

Dos hombres apostados a cada lado de la puerta emergieron de la oscuridad apuntándole con sus armas automáticas.

Un tercer hombre, vestido con uniforme militar de camuflaje, apareció desde detrás de una columna de hormigón en la zona oeste de la habitación. Sostenía una pistola en la mano izquierda, porque en la derecha tenía una prótesis.

—Suelta el arma —ordenó.

47 no tuvo elección. La soltó.

—Dale una patada hacia mí y levanta las manos.

Hitman obedeció.

Entonces Wilkins se levantó y se volvió para enfrentarse al asesino. Dio un paso adelante y miró al prisionero de arriba abajo.

—El legendario Agente 47 —declaró—. Estaba seguro de que morderías el anzuelo.

El Agente 47 entornó los ojos mirando al reverendo.

¿Así que todo era un montaje?

Volvió la vista al hombre de la prótesis.

Cromwell.

Su rostro tenía un extraño aspecto, como de cera, tal y como aparecía en los espacios de televisión del Nuevo Ejército Modelo cuando se responsabilizaban de algún ataque. Las facciones del hombre habían sido obviamente alteradas por la cirugía estética. Resultaba evidente que Cromwell debió de verse implicado en sangrientos combates en un momento dado, puesto que había perdido un brazo y caminaba cojeando. Hitman supo instintivamente que no debía subestimarle ni dar nada por sentado con él, ya que dirigía la feroz fuerza insurgente que había causado estragos por todo Estados Unidos y conseguido crear una mística que había capturado la imaginación del pueblo americano. Cromwell no solo era un astuto estratega militar, sino también un líder muy inteligente.

Y un terrorista.

47 examinó rápidamente su entorno buscando un modo de escapar del aprieto, pero la habitación era demasiado grande. Además de atacar físicamente a sus captores, con lo que solo conseguiría que le acribillaran a balazos, no había otra cosa que pudiera hacer. En su lugar, dobló uno de sus brazos levantados lo suficiente como para poder ver su reloj.

Las 11:53. Nueve minutos para la explosión.

Wilkins se volvió hacia Cromwell y dijo:

—Por fin tenemos al hombre que asesinó a tu hermana, Cromwell.

Las fosas nasales del militar palpitaron y una mirada incendiaria pareció perforar a 47.

Ahora el asesino empezaba a comprender. La imagen había estado delante de él, pero le faltaba la última pieza del rompecabezas. Cromwell era Darren Shipley. El hermano de Dana Linder. El marine desaparecido en combate y dado por muerto

había acabado ocultándose y cambiando de identidad.

—¿Mataste a mi hermana? —preguntó a 47.

Hitman no respondió.

—Pues claro que lo hizo —declaró Wilkins—. Trabaja para la CIA y el Presidente Burdett. Como te dije, forma parte de una conspiración del gobierno para aniquilar al Nuevo Ejército Modelo, a la Iglesia de la Voluntad y a mí. Está aquí, en Greenhill, para asesinarme, Cromwell. Se infiltró en la comunidad engañando a una de mis empleadas. Además, estoy convencido de que, de alguna forma, es responsable de la muerte de mi amigo, el Coronel. —Según lo decía volvió su atención hacia 47—. Aunque es posible que Ashton se lo mereciera, por desobedecer mis órdenes cuando él y sus guardias le arrestaron el otro día. Le había ordenado expresamente que lo mantuviera con vida hasta que regresara de Chipre, pero, siendo hombre de iniciativa, se dejó llevar.

Así que eso explica toda la historia de ser enterrado vivo en el cemento, pensó 47.

—El Inspector Karopoulos de Chipre confirmó que un botones alto, que encajaba con su constitución, había sido visto en el gimnasio del hotel la noche que el Coronel desapareció. Cromwell, este hombre es un asesino profesional. —El reverendo miró a 47—. ¿Se atreve a negarlo?

El asesino permaneció en silencio.

—En cuanto mi equipo de seguridad termine con usted llamaremos a la policía. Les diremos que trató de acabar con mi vida y que mis hombres actuaron en consecuencia. Los medios de todo el mundo sabrán cómo la actual administración le contrató para matar a Dana Linder y luego le envió aquí para asesinarme. ¡Qué patética y atroz estrategia de reelección! Después de esto, Burdett no tendrá la menor oportunidad. Agente 47, señor Johnson, o como quiera que se llame, está usted delante del próximo presidente de Estados Unidos. Pero antes de que muera...

Una lejana voz femenina le interrumpió.

—¿Charlie?

Helen. Probablemente estaba llamando desde lo alto de la escalera.

El reverendo se tensó.

—¿Qué de...? —Bajó la voz hasta un furioso susurro—. ¿Qué está haciendo ella aquí? No podemos dejar que le vea. —Pasó por delante de 47, de Cromwell y de los dos hombres armados y gritó a través de la puerta—: ¿Helen? ¡Ahora mismo voy! ¡Espéreme arriba! —Wilkins se giró hacia Cromwell—. Es todo tuyo. Inflígele todo el daño que quieras, pero no dejes marcas. Me hubiera gustado estar presente, pero tengo que ir a ver qué quiere esa estúpida mujer. Además casi es mi hora de rezar, maldita sea. Prolonga su dolor hasta que regrese. Y luego mátales. Asegúrate de que parezca que estabas protegiéndome.

—No hay problema, señor —contestó Cromwell esbozando una sonrisa.

Wilkins salió de la habitación, cerrando con un portazo.

47 podía haber gritado advirtiéndola. ¡Corre, Helen! ¡Sal ya del edificio! ¡El reverendo está loco!

Pero el trabajo era lo primero. Si tenía que sacrificarla —y también a sí mismo— en la inminente explosión, lo haría. Ya no era posible mantenerla lejos del peligro. La había fallado pero, al menos, habría completado la misión. Y eso era lo que contaba.

Hitman echó un vistazo a su reloj. Las 11:56.

Volvió la cabeza hacia los dos guardias armados. Estaban situados fuera de su alcance. Si saltaba sobre uno de ellos tratando de desarmarlo, el otro seguramente le dispararía. Pero si, de alguna forma, conseguía hacerse con la pistola de Cromwell o con su propia *Silverballer*, tal vez tuviera la oportunidad de abatir a los dos hombres en una fracción de segundo, tal y como había estado perfeccionando durante sus años de entrenamiento en el sanatorio. Necesitaba distraerlos. Hablar para salir de una situación apurada no era su táctica preferida, pero merecía la pena intentarlo.

—Todo lo que ha dicho es mentira —dijo 47 a Cromwell.

El hombre se rio.

—Eso es lo que tú dices.

—¿Y qué ha sucedido contigo, Shipley? —Cromwell se puso rígido—. Eres Darren Shipley, ¿no es así?

—Esa persona ya no existe. Murió en Irak. Sola. Traicionada por el gobierno de su país. Ahora me llamo Cromwell.

—Pero aparentemente aún guardas sentimientos hacia tu hermana. En tu corazón aún existe una conexión con tu antigua vida.

—¿Qué sabes sobre eso? —El terrorista hizo un gesto con el arma—. Acércate. Despacio. —47 obedeció—. Ahora arrodíllate.

El asesino se sintió feliz por hacerlo. Su *Silverballer* estaba a menos de dos metros de distancia. Ahora estaba mucho más cerca de ella.

—Túmbate boca abajo. Los brazos extendidos.

Hitman se postró.

—Te garantizo que si tratas de moverte mis hombres te dejarán como un colador, aunque tal vez prefieras eso a lo que te espera ahora.

Cromwell se alejó y empujó un carrito plano con ruedas de detrás de la columna. Había una caja en la bandeja que se parecía a una gran batería de coche. Unos cables surgían de ella y se conectaban con una especie de varilla. Al principio 47 pensó que era una linterna, pero entonces vio las dos pinzas de metal que recubrían sus extremos.

El insurgente cogió la varita y apretó un botón de la caja. La máquina emitió un zumbido. Eso confirmó la alarma de 47. Se trataba de una batería que contenía un reóstato para subir o bajar el voltaje.

—Esto es una picana, Agente 47 —indicó Cromwell—. Es un instrumento ilegal originario de los países latinoamericanos para torturar a seres humanos. Funciona con los mismos principios que una pica, ya sabes, las que se usan para el ganado, excepto

que la picana da descargas de muy alto voltaje y baja intensidad. El voltaje es lo suficientemente amplio como para causar un dolor infinito, pero la baja intensidad significa que no es probable que te mate o que deje marcas en la piel. Ahora voy a dejar que lo pruebes. Cuando Charlie regrese, entonces sí que nos divertiremos. Te desnudaremos, te ataremos y utilizaremos la picana para machacar todas las zonas sensibles de tu cuerpo, y créeme, es mucho más de lo que puedas imaginar sobre descargas eléctricas. Además, cuando te hagan la autopsia, las autoridades no podrán descubrir absolutamente nada.

Dicho eso, Cromwell cogió la pinza y la sostuvo contra el dorso de la mano de 47. Un dolor agudo e intenso hizo que Hitman, involuntariamente, apartara la mano.

El terrorista se rio.

—¿Lo ves? ¿Está la situación lo suficientemente clara? Pues imagina lo que será cuando estés atado y no puedas evitar la agonía.

El hombre tocó a 47 en el omóplato, haciendo que rodara hacia un lado. Otro pinchazo acabó en su riñón. Y otro más atacó sus costillas. A pesar del dolor, el asesino hizo lo que pudo para ir deslizando su cuerpo más cerca de la pistola.

—¿Puedes sentirlo? Así era como uno se sentía allí —dijo Cromwell—. En Irak, quiero decir. Era una tortura. Sí, yo era un marine. Creía en América y por eso me alisté. Creía en la causa. Charlie me lo había enseñado. Encontré la Voluntad dentro de mí y eso es lo que me dijo que hiciera. Quería servir a mi país. —Cromwell se rio amargamente—. ¡Dios, qué equivocado estaba! No pasó mucho tiempo antes de que me encontrara cuestionando la autoridad a medida que mi escuadrón se volvía más y más infeliz.

47 no pudo evitar fijarse en el rostro de Cromwell. Los ojos del hombre estaban empañados y pareció perderse en un doloroso recuerdo, olvidando a quién se estaba dirigiendo. De pronto el hombre aplicó la picana en la parte baja de la espalda de Hitman, provocándole unos cuantos segundos de miseria. Luego continuó relatando su ensoñación.

—Mi hermana estaba metida en política e imaginé que mi alistamiento podría ayudarla. Era una buena propaganda. Eso es lo que Charlie me dijo, y yo haría cualquier cosa por Dana y por Charlie. El Reverendo Wilkins nos lo enseñó cuando éramos jóvenes. Habíamos perdido a nuestros padres y Charlie, bueno, él fue como un padre para nosotros.

Había ciertamente un halo de oscuridad alrededor del alma de Cromwell. El hombre andaba arriba y abajo, haciendo gestos con la picana como si fuera la espada de un general. Hitman miró de reojo la pistola, ahora a metro y medio de distancia. Su reloj señalaba las 11:59.

¡Tres minutos!

47 fingió estar dolorido y soltó un gemido, rodando unos treinta centímetros más cerca del arma. Cromwell no se dio cuenta, concentrado como estaba en su perorata.

—Cómo voy a disfrutar matándote. Mi oficial superior era muy parecido a ti.

Engreído y arrogante, buscando solo su gloria personal. Se nos ordenó destruir un edificio que yo sabía que era simplemente un centro preescolar. Solo mujeres y niños dentro. Pero el *teniente* estaba convencido de que había armas ocultas y agentes de Al-Qaeda. Me ordenó que lo quemara hasta los cimientos.

Cromwell se acercó a 47 y se agachó a su lado. Susurró:

—Así que hice como me habían ordenado. Íbamos armados con lanzamisiles Mk 153 SMAW. Teníamos unos explosivos termobáricos nuevos SMAW-NE. Estábamos cargados y preparados para disparar contra el edificio. El teniente era de los que disfrutaban apretando el gatillo, y dio la orden por radio de comenzar a disparar. Pero entonces, en una ventana, vi a una mujer con un niño en brazos. Les dije a los hombres que esperaran. Decidí desafiar las órdenes e investigar. Quería estar seguro, ¿sabes? Así que entré en el edificio, siguiendo todas las reglas para cuando se entra en un posible espacio hostil, y resultó que tenía razón. No había nada más que mujeres y niños asustados.

Cromwell hizo una pausa, se levantó y respiró hondo. El reloj de 47 señalaba las 12:00. ¿Estaría Wilkins en su despacho para su oración de costumbre? ¿Qué daños podría causar el C4 en la habitación del sótano que estaba justamente debajo del punto de explosión?

—Pero el teniente no podía esperar. Dio la orden de disparar. Mis hombres sabían que yo estaba dentro y, sin embargo, obedecieron. Dispararon cuatro cargas de poderosos explosivos incendiarios. El edificio estalló en llamas. Perdí un brazo, mi pierna quedó muy malherida, y mi rostro mutilado. Pero me las arreglé para arrastrarme hasta la parte trasera y correr. Las mujeres y los niños no fueron tan afortunados. Después de aquello, no sentía ningún deseo de regresar con mis llamados «compañeros» marines. Los medios dijeron que había muerto como un héroe. Pero nadie en la marina admitió que se trataba de «fuego amigo». ¡Demonios, fue deliberado!

Ya eran las 12:01. Era ahora o nunca.

—Me escondí en Irak y permití que el mundo creyera que estaba muerto. Los únicos que lo sabían eran Dana y Charlie. En aquel momento odiaba al gobierno. Odiaba nuestras políticas y nuestra arrogancia. Así que decidí hacer algo al respecto. Tenía algún dinero ahorrado, pero fue Charlie quien me ayudó. Me dio los medios para empezar una nueva vida. Me hice la cirugía estética y regresé a Estados Unidos, convirtiéndome en lo que ahora soy. A través de redes sociales de Internet, descubrí la actual insatisfacción que existía por todo el país e invité a los hombres a unirse a mí. Acudieron por docenas. Antiguos militares, mercenarios y civiles que simplemente querían cambiar las cosas. Así nació el Nuevo Ejército Modelo. Y gracias al apoyo de Charlie, crecimos y empezamos nuestro combate. ¡Iniciamos la Nueva Revolución!

47 intentó hablar. Su voz se entrecortaba mientras obligaba a su boca a articular las palabras.

—Darren..., ¿sabías que... Wilkins... hizo matar a tu padre... para poder estar con tu madre?

Cromwell parpadeó y lentamente volvió la cabeza hacia el prisionero.

—¿Qué coño dices? —Y de nuevo le aplicó la picana.

47 gritó de dolor y luego, cuando su torturador apartó el instrumento de su cuerpo, reunió las fuerzas para continuar con un gruñido.

—Ya lo sabías, ¿no?... Wilkins se cargó a tu padre y lo disfrazó...

De nuevo la picana. Una y otra vez.

—¡Mientes!

La realidad era que 47 se la había jugado sugiriendo esa idea. Las fotos que Jade le había enviado eran muy reveladoras. En la instantánea de 1973, Wendy Shipley tenía cogida la mano de Wilkins mientras le dedicaba una mirada embelesada. La de 1974 indicaba incluso una mayor intimidad. Tal vez Hitman no tuviera demasiada experiencia en relaciones, pero sabía leer el lenguaje corporal. Hubiera apostado una fortuna a que Wilkins y la señora Shipley tenían un romance. Se veía en la expresión de ella. Eric Shipley era el ignorante y cornudo marido.

—¡No! ¡No! ¡Te mataré! —Cromwell pasó los siguientes diez segundos pinchándole con la picana en diferentes partes del cuerpo, clavando cuchillos de dolor en los sentidos de Hitman.

Aparentemente 47 había tocado un tema sensible. Tal vez esa fuera la verdad.

Y entonces el reloj marcó las 12:02.

Cuando Helen se despertó súbitamente a las 11:25, se sorprendió al encontrarse en la cama, completamente vestida. Entonces recordó que Stan la había llevado hasta allí. Había bebido demasiado vino y además estaba exhausta; la combinación la había noqueado.

—¿Stan?

Al no recibir contestación, trató de incorporarse. ¿Estaría en el salón? Oyó el sonido de la televisión y pensó que debía de haberse quedado dormido en el sofá. Todavía un poco atontada, consiguió levantarse y salir del dormitorio. Desde luego la tele estaba encendida, pero Stan no estaba a la vista.

—¿Stan?

Tampoco estaba en la cocina.

Al principio pensó que debería estar molesta por que se hubiera marchado, aunque fuera ella la que se había quedado dormida. Pero, una vez más, recordó que no había mostrado interés en besarla ni en tratar de irse a la cama con ella. Era un bicho raro y, ahora que la había dejado sola, no estaba segura de qué pensar sobre él.

Después de entrar en el cuarto de baño para echarse agua en la cara, encontró su móvil en la mesa de café y marcó su número.

—*Aquí Stan. Deja tu mensaje.*

—Stan, ¿dónde estás? Me he despertado y te habías ido. —Miró su reloj—. Son las doce menos veinticinco. Llámame. Estoy despierta. Siento haberme quedado dormida. No obstante, desearía que no te hubieras marchado. En cualquier caso, eh..., llámame.

Se sentó en el sofá y apagó la televisión con el mando.

¿Qué iba a hacer respecto a él? Tenía muy claro cuánto le importaba y que, al principio, él también parecía compartir ese mismo sentimiento. Y, sin embargo, cuando se trataba de intimar, era muy seco, como si no supiera cómo ser un amante. Desde que ella había regresado de Chipre, él se comportaba de forma diferente. Su antigua calidez para con ella había desaparecido. Su actitud esa noche había sido

desprendida y distante. ¿Habría alguien más en su vida? No, Helen no creía que eso fuera posible. ¿Cuántas indirectas tendría que dejar caer? ¿Acaso no querían todos los hombres tener sexo? Había descartado el que, tal vez, no le gustaran las mujeres, pero, una vez más, le parecía imposible. Había oído hablar de personas que eran asexuales. Tal vez ese fuera el caso de Stan. Fuera lo que fuese, había algo en su pasado que le impedía dejarse llevar y darse completamente a ella.

¿Quién era Stan Johnson?

Helen pensó en desvestirse y volver a la cama, pero la bruma del sueño se había disipado. Ahora estaba totalmente despierta. Lo que realmente quería era...

¡Oh, no!

La idea de darse un chute de heroína le vino súbitamente a la cabeza. Si bien de cuando en cuando sentía esa necesidad, hacía varios años que no la padecía. Ahora, sin embargo, la urgencia de meterse algo fue más fuerte que nunca. ¿Sería su ansiedad por Stan lo que la causaba? Los últimos días habían sido muy estresantes. Cuando estaba bajo mucha presión, ya fuera por motivos de trabajo o personales, era cuando más añoraba las drogas que tan duramente luchaba por olvidar.

¡Piensa en la Voluntad! ¡La Voluntad dentro del alma!

Por mucho que trató de bloquear la sensación, su ansiedad era más fuerte que nada de lo que hubiera experimentado desde que lo dejara. De haber tenido la droga en casa, sin duda la habría consumido. Y de haber conocido a un camello al que telefonar, le habría llamado.

¡Encuentra la Voluntad! ¡Lucha contra el mal!

Tenía que hacer algo. Ocupar su mente. Distraerse con algo. Cualquier cosa.

Aún tenía papeleo pendiente en su despacho de la mansión. Charlie probablemente estaría allí, preparándose para la oración nocturna en su oficina. Al día siguiente se marcharía para un viaje de su campaña. ¿Por qué no acercarse allí y trabajar un rato?

Regresó al baño y repasó su maquillaje. Luego se sirvió un poco de agua del grifo en una taza y la bebió. Había tranquilizantes en el armario de las medicinas, pero no quería tomarlos. Los efectos secundarios eran siempre desagradables.

¡Qué narices...! Stan no la quería, sería una solterona el resto de su vida, y además era una drogadicta...

Cogió el bote de Xanax y se tomó uno.

De vuelta al salón comprobó su móvil. Stan no le había devuelto el mensaje. Metió el teléfono en su bolso, se puso la chaqueta y salió del apartamento.

El otoño estaba en pleno apogeo. Hojas marrones, rojas, amarillas y doradas cubrían el suelo. Una gélida brisa se extendía por Greenhill mientras Helen subía la colina hasta la verja. No era una de sus estaciones favoritas del año. Las cosas morían en otoño. Además era el anticipo de las Navidades, a las que temía. Odiaba el

materialismo y los falsos deseos de felicidad que todo el mundo mandaba. Toda su vida había sido una marginada, una inadaptada, alguien que nunca había recibido un beso bajo el muérdago ni tenido una familia con la que compartir regalos. Ningún hombre le había dado nunca un obsequio, envuelto y atado con un lazo rojo. Nunca fue invitada a las fiestas de Navidad. Cuando Helen estaba en la universidad, completamente enganchada a las drogas, su compañera de habitación le dijo llanamente que no era divertida y que por eso había sido dejada de lado en muchas actividades sociales.

Sin embargo, había habido un hombre. Un chico, en realidad. Él fue quien la inició en la heroína. Habían intimado. *Estuvieron* enamorados. Durante un tiempo.

Luego él murió de sobredosis y ella cayó en una profunda depresión. Tras abandonar la universidad, las drogas la convirtieron en una misántropa a la que nadie quería conocer. O querer.

¿Por qué recordaba ahora todo eso? ¿Tanto la afectaba lo de Stan?

Llegó hasta la verja y buscó en su bolso la llave electrónica. No estaba allí. Frunciendo el ceño, abrió el bolso del todo y lo examinó cuidadosamente. Hubiera podido jurar que la había metido dentro. Ahí era donde siempre la guardaba. ¿Se le habría caído? ¿Estaría en su apartamento?

Un tanto fastidiada, pensó que no le apetecía nada caminar de vuelta a su edificio, pero no había nada que pudiera hacer. Entonces divisó a uno de los guardias nocturnos patrullando delante de la alambrada por el oeste.

—Discúlpeme —le llamó agitando la mano. El guardia advirtió su presencia y corrió para ver lo que quería—. Lo siento, no puedo encontrar mi llave electrónica. Debo de haberla perdido, o puede que esté en mi apartamento, no lo sé, pero no me gustaría tener que volver a buscarla. Hace bastante frío aquí fuera. ¿Podría dejarme pasar? Quiero adelantar un poco de trabajo para Charlie.

—Por supuesto, señorita McAdams —dijo el guardia. Tal vez no tuviera muchos amigos en Greenhill, pero prácticamente todo el mundo la conocía. El hombre usó su llave para abrir la verja, y Helen pasó. Le dio las gracias y empezó a subir por el sendero. Como de costumbre, eligió el camino de la derecha apresurándose por la zona este hasta la mansión. Cuando llegó a la entrada de empleados, sintió ganas de darse un coscorrón.

¡No tenía la llave! ¡Porras!

Así que tuvo que llamar. Seguramente Charlie o alguien más estarían dentro y la oírían. Volvió a llamar más fuerte. Y luego otra vez. Finalmente, oyó la voz de Charlie.

—¡Un segundo! —Y luego, cuando se acercó a la puerta—: ¿Quién está ahí?

—Soy Helen, Charlie. No tengo mi llave.

La puerta se abrió y el reverendo la sostuvo para que pasara.

—¿Qué está haciendo aquí a estas horas de la noche?

—No podía dormir, así que decidí adelantar el trabajo pendiente. Siento haberle

molestado.

—No pasa nada. —Soltó la puerta para que se cerrara detrás de ellos mientras la acompañaba al interior. Normalmente Helen se aseguraba de que la puerta quedara cerrada con llave, pero Wilkins había pasado un brazo alrededor de sus hombros y la estaba escoltando por el vestíbulo hasta el pasillo.

—Ya es casi la hora de su oración —indicó.

—Sí, lo es. En serio, Helen, no debería estar aquí. ¿Por qué no vuelve a casa e intenta dormir? Ya sabe que la Voluntad te permite quedarte dormido cuando te concentras adecuadamente.

—Charlie, eso nunca me ha funcionado. Lo siento.

Él asintió como si lo comprendiera.

—No necesita disculparse. Es como una meditación. Algunas personas lo consiguen y otras no. Ya aprenderá.

Habían llegado a su oficina.

—Llámeme si me necesita —dijo ella.

—Me voy abajo y no quiero que me molesten —declaró—. Pero subiré a tiempo para rezar.

La dejó y continuó andando. Ella abrió la puerta de su oficina, entró y cerró tras ella. Encendió las luces y puso en marcha el ordenador.

Wilkins salía al día siguiente en un viaje de promoción electoral. Había mucho que hacer. Tenía que trabajar en los itinerarios, organizar los mítines y hacer copias de los discursos que había escrito. Tenía que coordinar toda la logística de los desplazamientos con el comité de campaña. Helen no estaba segura de cuánto podría adelantar a esa hora de la noche con la mayoría de las oficinas cerradas, pero tenía que intentarlo.

El reloj de la pared señalaba las 11:51.

¿Dónde estaba Stan?

Una vez más sacó el móvil y marcó su número.

—Aquí Stan. Deja tu mensaje.

Decidió no hacerlo. En su lugar colgó y se centró en la pantalla de su ordenador. Abrió un archivo, observó el texto en la pantalla y suspiró. No se sentía en absoluto con ganas de trabajar. ¿Qué es lo que le pasaba? Estaba demasiado ansiosa para dormir y demasiado apática para trabajar.

Todo era culpa de Stan.

El teléfono de la oficina sonó. La luz parpadeante indicaba que era la línea privada de Charlie, en oposición a la línea normal de la oficina. Ese número solo se daba a personas importantes que podían hablar con él en cualquier momento. Descolgó el auricular.

—Oficina de Charlie Wilkins —anunció.

—¿Quién es?

—Helen McAdams, ayudante personal del Reverendo Wilkins.

El hombre hablaba con un fuerte acento.

—Aquí el Inspector Karopoulos, llamando desde Chipre. Esperaba que me contestara él mismo; lo siento. Necesito hablar con el reverendo inmediatamente. Es muy importante.

Charlie no quería que le molestaran, pero Helen consideró que esto era lo suficientemente serio como para interrumpirle. Pidió al inspector que esperara un momento mientras iba a buscarlo. Se levantó, salió de la oficina y corrió hasta la escalera.

—¿Charlie? —llamó.

No hubo respuesta.

Bajó el primer tramo y miró hacia abajo, a la planta del sótano. No había ninguna duda de que el reverendo estaba en la habitación cuyo acceso estaba limitado a solo unas pocas personas. El almacén donde estaban todos los supuestos tesoros.

Gritó más alto.

—¿Charlie?

Después de un momento, su voz le llegó desde detrás de la puerta cerrada.

—¿Helen? ¡Ahora mismo voy! ¡Espéreme arriba!

Ella hizo lo que le ordenó: volvió a la planta baja y esperó. Finalmente Charlie apareció. Había una mirada extraña y salvaje en sus ojos, y no parecía contento.

—¿Qué pasa? —espetó.

—El Inspector Karopoulos de Chipre quiere hablarle por su línea privada. Dice que es importante.

Wilkins hizo una mueca y asintió.

—Muchas gracias, Helen. Lo cogeré en su oficina que está más cerca, si no le importa.

—En absoluto.

Le siguió mientras él corría por el pasillo hasta la puerta abierta.

—¿Charlie? No habrá visto a Stan, ¿verdad?

Wilkins se dio la vuelta.

—¿A quién?

—A Stan Johnson. Ya sabe, mi amigo. El nuevo hombre de mantenimiento.

—Ah, sí. Stan. No, no le he visto. Ando bastante ocupado, Helen.

Entró en la oficina y cerró la puerta, dejándola en el pasillo. Podía escuchar su voz dentro, aunque sin distinguir lo que estaba diciendo. Helen miró su reloj. Eran las 11:59. La hora de Charlie de rezar en su oficina. ¿Se la perdería? Imaginó que no debía de ser una necesidad tan imperiosa para él. Después de todo, siempre podía rezar cinco o diez minutos después. ¿Qué diferencia había?

La conversación en su oficina continuó mientras esperaba pacientemente. Se sentía un poco rara aguardando ahí fuera. Tal vez debería ir a la cocina y servirse una taza de café o algo. O quizá un tentempié. Una barrita de caramelo de la máquina expendedora.

Eran las 12:01.

Estaba empezando a alejarse cuando la puerta se abrió y Charlie surgió de su oficina. Tenía el rostro escarlata, como si estuviera luchando por contener una explosión de ira.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó Helen.

—Oh, sí, Helen —contestó entre dientes—. Todo va bien.

Y entonces el reloj marcó las 12:02.

Todo el edificio se sacudió como azotado por un enorme terremoto. El techo se desplomó en forma de enormes trozos de hormigón. La explosión sorprendió de tal modo a Cromwell que dejó caer la picana y empezó a gritar como un niño. En su mente había vuelto a Irak, de regreso al interior del centro preescolar que volaba en pedazos a su alrededor.

A pesar de mi debilitado estado a causa de la tortura, aproveché la oportunidad para saltar sobre mi Silverballer, que habría desaparecido enterrada bajo toneladas de escombros de no haberla atrapado a tiempo, y continué rodando hasta la columna. Me quedé pegado a ella con la esperanza de que no se derrumbara y actuara como soporte, y acerté. No obstante, grandes bloques de ladrillo me golpearon, cayendo como una ducha alrededor de Cromwell. Deseé que le hubieran matado, pero continuaba gritando y moviéndose hacia la puerta. Apunté mi Silverballer hacia él, pero una masa del techo se interpuso entre nosotros justo cuando apretaba el gatillo. Volví la vista a la entrada y advertí que los dos guardias habían muerto aplastados por grandes planchas de hormigón. La única salida posible era trepando por encima de los escombros hasta la puerta que, sorprendentemente, aún conservaba el marco.

De pronto todo a mi alrededor estalló en llamas. La explosión había alcanzado material inflamable en alguna parte de la oficina de Wilkins o aquí abajo, y la habitación se convirtió en un infierno. Una vez más, oí a Cromwell gritar de terror. El fuego debía de ser su talón de Aquiles después de su experiencia en Irak. No podía verle; la habitación se había llenado de humo y polvo. Era difícil respirar. Sabía que tenía que salir de allí o perecería en cuestión de segundos. Me aparté de la columna y, a ciegas, me abrí paso hacia la puerta. Grandes pilas de restos bloqueaban el paso, así que tuve que trepar por ellas. Desde allí conseguí entrever la silueta oscura de un hombre subiendo por la montaña de escombros delante de la entrada. Cromwell. Apunté mi pistola y disparé. Supe que había fallado cuando desapareció por el otro lado. Estaba libre. Me tambaleé y tropecé con los desechos sobre los que

me encontraba, aterrizando en una zona en llamas. Mi ropa se prendió fuego. Con la adrenalina demasiado disparada como para notar el dolor, me limité a rodar fuera del fuego hasta un montón de polvo y fragmentos de techo, que extinguieron las llamas de mis ropas. Me levanté rápidamente y empecé a trepar por las ruinas delante de la puerta. Una vez que conseguí llegar al otro lado, me encontré en el pasillo exterior de la derruida habitación. Rápidamente comprobé el estado de mi cuerpo. Mis ropas estaban destrozadas y necesitaría reemplazarlas, pero no había sufrido ninguna quemadura seria. Aún conservaba la Silverballer en la mano. Había sobrevivido y estaba, como dicen en América, preparado para la lucha.

El hueco de las escaleras estaba cubierto por una espesa nube de humo y polvo. Aún era difícil respirar. Pensé que el aire mejoraría en la planta baja. La escalera permanecía intacta. Lo único que podía hacer era subir.

En cuanto llegué arriba, vi a uno de los guardias de Greenhill pasar corriendo. Apunté rápidamente mi arma hacia él, pero continuó a toda prisa hacia el sur. Probablemente trataba de encontrar a Wilkins y no advirtió mi presencia. Imaginé que se dirigía en la dirección correcta y le seguí. Llegué a la esquina y miré hacia el oeste. Aproximadamente a unos dos metros y medio, el mismo guardia estaba apuntando su Browning 9 milímetros hacia mí. Después de todo sí debió de oírme.

Me tiré al suelo mientras me disparaba. La bala rasgó el polvoriento aire por encima de mí. En menos de un segundo, apunté mi Silverballer hacia él con ambas manos, apoyando los codos en el suelo. Mis dos tiros le alcanzaron el pecho y la cabeza. Doble diana.

De nuevo en pie, corrí hacia la intersección en forma de T para comprobar si Wilkins estaba en lo que había quedado de su oficina. El aire en esa zona empeoraba a medida que te acercabas al punto de explosión. El largo corredor estaba inundado por humo y polvo aún más espeso. Todas las costosas obras de arte que se alineaban en la pared, arruinadas. Hasta donde podía ver, no había quedado demasiado del muro sur de la mansión y la oficina de Wilkins estaba completamente destruida. No había modo alguno de que un ser humano hubiera podido sobrevivir allí dentro.

Me di la vuelta, alcancé la intersección y me topé de narices con...

Helen y Wilkins. Juntos.

Ambos estaban muy asustados. En estado de shock. Parecían desorientados y no dejaban de toser, pero por lo demás estaban ilesos.

Debí haber alzado mi Silverballer y disparar, justo en ese momento. Pero Helen estaba a su lado y me miraba como si estuviera contemplando a un monstruo. Tengo que admitir que verla me desconcertó. Vacilé.

Wilkins me señaló y gritó:

—¡Ahí está, Helen! ¡El mismo del que le hablaba! Él es el responsable de todo esto. ¡El Agente 47! Un asesino a sueldo del gobierno.

Tendí mi mano izquierda.

—Ven conmigo, Helen, yo te sacaré de aquí.

Había lágrimas en sus ojos.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Vamos, Helen, ahora no hay tiempo. Tienes que salir de aquí...

Ella sacudió la cabeza.

—El inspector de Chipre acaba de confirmar quién eres. El botones al que dejaste atado en la habitación te ha identificado en unas fotos. Stan, ¿es eso cierto?

A lo lejos, por encima de su hombro, vi dos guardias al final del pasillo, corriendo hacia nosotros. Las pistolas en ristre. Moví instintivamente la mano izquierda, cogí a Helen por la muñeca —la misma en la que una vez había utilizado una cuchilla de afeitar para...— y tiré de ella hacia mí. Levanté mi Silverballer mientras la obligaba a agacharse a mi lado. Dos tiros. Los guardias cayeron.

Supongo que eso contestaba su pregunta.

Ella gritó como si la hubiera apuñalado en el corazón.

Realmente, supongo que eso es lo que había hecho.

Daba igual. Wilkins había escapado por el pasillo hacia el este. Helen se soltó de mi mano y corrió hacia el otro lado. Ambas direcciones llevaban a las salidas que había en los laterales de la casa. Confiando en que Helen consiguiera salir sana y salva por sus propios medios, decidí correr detrás de Wilkins.

La atmósfera era tan diferente en el exterior que tenías la sensación de llevar puesta una máscara de oxígeno y respirar el aire fresco y dulce de una bombona. Sin embargo, no me apresuré a salir hasta comprobar qué era lo que me esperaba fuera. Por supuesto, dos nuevos guardias venían en mi dirección. Me agaché apoyándome en una rodilla, sostuve el arma con ambas manos y disparé dos veces. Los guardias cayeron.

Corrí por la hierba.

Wilkins ya había conseguido llegar hasta la verja. Helen estaba cruzando desde la zona este de la mansión hasta el frente y alcanzaría la puerta en pocos segundos, pero me veía obligado a abortar la misión. No había forma de que pudiera seguirlos por el recinto. Parecía que toda la población de Greenhill se hubiera congregado al otro lado de la alambrada. Y un par de docenas de hombres armados estaban saliendo de la nave. Sabía quiénes eran en realidad.

El Nuevo Ejército Modelo. Y Cromwell estaba allí, al mando, dispuesto a matarme.

Así que corrí hacia el lago. Ya había sobrevivido con anterioridad en agua fría.

Podía hacerlo de nuevo.

Cuando saltó a las gélidas aguas del lago, el Agente 47 metió su *Silverballer* en la cinturilla del pantalón y empezó a nadar. Nadó sabiendo que su vida dependía de ello. Los hombres le estaban buscando desde la orilla, pero el agua estaba demasiado oscura para que pudieran distinguir una figura huyendo. Supuso que no tenían un foco a mano para iluminar la superficie, o ya lo habrían hecho.

Le llevó casi media hora alcanzar una pequeña isla en la mitad este del lago. Estaba deshabitada. Solo árboles y rocas. Para entonces, la policía y los bomberos estaban llegando a Greenhill. 47 podía ver las luces y escuchar las sirenas, por lo que aún sentía que estaba demasiado cerca del recinto como para estar tranquilo. No pasaría mucho tiempo antes de que enviaran botes en su busca. Las carreteras alrededor del lago estarían controladas. Ahora era un hombre buscado. Había intentado matar a un candidato a la presidencia.

Necesitando urgentemente un descanso, pero negándose a concedérselo, Hitman caminó hacia el lado este de la isla. La orilla opuesta del lago parecía estar a unos noventa metros de distancia. Podía nadar hasta allí sin demasiados problemas y así lo hizo. Detestaba volver al agua fría y, además, aún no sabía lo que haría cuando emergiera.

No fue tan difícil como el primer tramo. Llegó al otro lado en cinco minutos y trepó hasta la orilla. No había nada salvo tupidos bosques a su alrededor. 47 sabía que la Country Road 658 estaba a un par de kilómetros hacia el este, a través del bosque. Si se dirigía en línea recta conseguiría finalmente alcanzarla. Ya pensaría qué hacer una vez que llegara allí.

Los bosques eran oscuros y espesos bajo un terreno abrupto. Varias veces creyó escuchar animales. Había osos y otros depredadores en el bosque, y no le apetecía especialmente tener que enfrentarse con ninguno de ellos. Su *Silverballer* estaba mojada y casi seguro inutilizable hasta que tuviera tiempo de desmontarla, secarla y limpiarla. Había tenido que enfrentarse a peores peligros en su carrera que unos osos, pero no era algo que deseara tener en su currículum.

47 tenía buen sentido de la orientación. Otros se hubieran perdido fácilmente. Cada vez que los árboles bloqueaban su camino, los rodeaba poniendo cuidado de volver a la línea que estaba siguiendo. Después de un rato, sintió un profundo escalofrío. Sus ropas no se habían secado aún. ¡Lo que daría por una taza de café caliente en ese momento!

Pero siguió andando. No era fácil pero sí necesario para evitar la hipotermia.

Estaba casi amaneciendo cuando, finalmente, alcanzó la carretera. Su reloj marcaba las 5:22. Sentía como si hubieran transcurrido tres días desde que estuviera sentado a la mesa con Helen. Era difícil creer que hubiera sucedido la noche anterior.

La Country Road 658, también llamada Brent Point Road, era una vía solitaria de dos carriles que cruzaba de norte a sur atravesando el bosque, subiendo y bajando laderas y conectando la nada con ninguna parte. 47 eligió dirigirse hacia el norte. Al menos el camino era menos doloroso. Tenía hambre y estaba sediento pero se mantenía de una sola pieza.

El sol salió y la temperatura aumentó levemente. Su ropa finalmente se secó, aunque se había quedado tiesa y la sentía como capas de hielo sobre su piel. Llevaba caminando alrededor de una hora cuando llegó a una bifurcación. La 658 continuaba hacia el norte. Quarry Road salía hacia el sudoeste, en dirección a Greenhill. Mejor no ir por ese lado. 47 continuó en la 658.

Había algunas casas a lo largo de la carretera. Viviendas bonitas y caras. Hitman consideró elegir una, llamar a la puerta y forzar a sus ocupantes a que le dieran de comer y le prestaran un vehículo. Pero así es como actuaría un hombre desesperado. Un criminal empedernido. Y 47 no era un criminal.

Sí, claro.

Brent Point Road terminaba en Decatur Road, que discurría en sentido este-oeste, y fue allí donde un coche de la policía de Virginia estaba rodeando lentamente la intersección. Un Dodge Charger plateado. El conductor vio a 47 emerger de la 658 al otro lado del arcén y redujo aún más la velocidad.

Aquello no preocupó a Hitman, sino que lo tomó como una *oportunidad*.

El vehículo se detuvo. Las luces rojas y azules parpadeaban y giraban intermitentemente. El hombre del coche patrulla salió del coche, desenfundó su arma y se apoyó sobre el capó.

—¡Deténgase ahora mismo! ¡Las manos levantadas donde pueda verlas!

El Agente 47 hizo lo que se le pedía.

—Ahora camine hacia aquí. Lentamente. Mantenga las manos en alto.

Hitman cruzó la carretera y se quedó al otro lado del coche.

—Manos sobre el techo. ¡Ya!

El Agente 47 miró alrededor de la intersección. No había peatones. Ni otros coches. Ni testigos. Colocó las manos sobre el coche patrulla como se le había ordenado.

El policía se movió hasta el frente del vehículo, con su pistola aún apuntando al

asesino.

—¿Dónde está su identificación, señor? ¿En qué bolsillo la lleva?

—Bolsillo derecho delantero —contestó 47. Podía advertir que el hombre estaba nervioso. Bien.

—Voy a cachearle. Luego buscaré en su bolsillo para sacar su identificación. No se mueva. Los refuerzos están de camino.

Hitman sabía que estaba mintiendo. Había estado observando al oficial desde la carretera. Y en ningún momento había cogido la radio. No había tenido tiempo para pedir refuerzos.

El policía se colocó detrás de 47 y entonces se encontró en un aprieto. Para poder cachear al sospechoso necesitaba las dos manos. Pero si enfundaba la pistola, estaría en una situación vulnerable.

—No se mueva —ordenó de nuevo.

47 encontraba incomprensible que el oficial creyera de verdad que iba a obedecer su orden. Podía haber desarmado al hombre fácilmente, pero decidió hacerlo más sencillo. Cuando el oficial enfundó la pistola y comenzó a tantear bajo los brazos de Hitman, 47 apartó las manos del coche, agarró las muñecas del hombre y, simultáneamente, propinó una patada hacia atrás en la rótula derecha del oficial.

El policía gritó de dolor.

Hitman se volvió y le golpeó fuertemente en la mandíbula, haciendo callar a su temporalmente discapacitada víctima. Entonces dio rápidamente la vuelta al coche hasta el asiento del conductor y abrió el maletero desde dentro. Regresó a toda prisa hasta el hombre inconsciente, lo cogió en brazos, lo metió dentro del maletero y lo cerró.

Tenía un largo viaje por delante. 47 no quería ninguna interrupción.

Se sentó al volante, apagó las luces intermitentes y se puso en marcha hacia el norte por Decatur. La radio del policía no hacía más que emitir boletines desde el cuartel general. Cada pocos minutos el operador decía: «Estén alerta a un hombre blanco, entre uno ochenta y dos metros de alto, cabeza totalmente calva, en buena forma física. Armado y peligroso. Buscado en relación con el ataque terrorista en el recinto de la Iglesia de la Voluntad de Greenhill». A lo largo del camino distintos coches pasaron en dirección opuesta. 47 echó un vistazo a su alrededor y vio el sombrero del policía en el asiento del copiloto. Lo cogió y se lo puso. Fue un acto reflejo afortunado porque, apenas un minuto después, otro coche patrulla apareció por la carretera. El conductor le saludó al pasar. 47 devolvió el saludo.

Giró a la izquierda por la carretera 611, hasta llegar a la autopista Jefferson Davis 1, y luego tomó la interestatal hacia Washington.

El Agente 47 estaba tumbado en la cama de su habitación del hotel en la calle veinticinco NW de Washington D.C. La comida del servicio de habitaciones,

consistente en un filete en su punto, patatas y verduras cocidas, no había sido tan buena como esperaba, pero se quedó satisfecho.

Habían sido veinticuatro horas agotadoras. Después de conducir hasta el aeropuerto de Baltimore/Washington para recoger su maletín de la taquilla y ropa limpia de un punto de recogida de la Agencia, abandonó el coche patrulla de Virginia en un aparcamiento y luego alquiló otro coche. Para cuando se registró en el hotel, era la tarde del día siguiente de su cena con Helen.

47 se preguntó qué estaría haciendo ella. Estaba seguro de que le odiaba.

Se sentía feliz por que estuviera viva, pero nada más importaba. El trabajo era lo primero.

Encendió la televisión para ver las noticias.

Su *trabajito* estaba en todos los canales. El ataque a la mansión de Greenhill había alcanzado incluso repercusión internacional. Charlie Wilkins había escapado ileso. Se habían contado nueve muertos, aparentemente todos hombres del servicio de seguridad. El FBI había sido llamado para investigar. Wilkins ofreció una conferencia de prensa esa tarde y acusó al gobierno del Presidente Burdett de enviar a un asesino a Greenhill para matar al único candidato a la presidencia que «llevaría al país a su mayor gloria». Echó la culpa del fallido atentado a la CIA. Un retrato bastante aproximado de 47, realizado por la policía, circulaba por todo el mundo. Masivas protestas de ciudadanos de a pie se produjeron por todo el país. Los gritos de guerra civil eran más estridentes que las llamadas del Presidente Burdett a la calma y su negativa de cualquier implicación.

Era una situación explosiva.

No hubo ni una sola mención en las noticias sobre las docenas de hombres armados que habían emergido de la nave. 47 sospechaba que habrían dejado las instalaciones antes de que la policía y el FBI llegaran. Cromwell probablemente estaría escondido o viajando con sus hombres. Sin embargo, el Nuevo Ejército Modelo actuó en venganza pocas horas después de que Hitman se registrara en el hotel. El grupo atacó los cuarteles de la CIA en Langley, Virginia, en una audaz maniobra que dejó once agentes federales muertos. El NEM perdió tres hombres, luego se retiró a los bosques y desapareció antes de que los refuerzos del gobierno llegaran.

El Agente 47 por fin sabía quién era Wilkins. Ahora todo estaba muy claro.

Obviamente, el reverendo estaba compinchado con Cromwell, el hombre que una vez fue Darren Shipley. Wilkins conocía a Darren y Dana desde que estos eran pequeños y había forjado un lazo inquebrantable con ellos. Considerando que los niños habían crecido en la atmósfera de la comunidad de la emergente Iglesia de la Voluntad, sin duda serían extremadamente proclives a su influencia. Si era cierto que su madre se había liado con él, entonces esa relación debió de ser muy intensa. 47 no se sorprendería demasiado si Wilkins resultara ser el verdadero padre de los gemelos. Fuera como fuese, estaba claro que había utilizado a los niños para sus propios fines.

Como la misma Dana reconocía, había sido el reverendo quien la animó a que se

presentara a los cargos públicos para liderar el Primer Partido de América y crear una imagen reconocible por el público, además de la suya, para adoctrinar a la gente.

El Nuevo Ejército Modelo era también otra herramienta de Wilkins. Aunque declaraba no tener ninguna conexión con él, era realmente el comandante en jefe. Darren Shipley —Cromwell— se limitaba simplemente a cumplir sus órdenes, incentivado por un loco deseo de vengarse de esa América que pensaba que le había traicionado.

Wilkins quería cambiar Estados Unidos para que encajara en sus propios ideales. Ser una celebridad querida, una personalidad de televisión, el dueño de una cadena de restaurantes de comida rápida y el líder de la Iglesia de la Voluntad no le bastaba. Tenía que ser presidente y saturar el Congreso con los miembros del Primer Partido de América. Ya solo faltaban seis días para las elecciones. Si triunfaba, entonces una verdadera revolución tendría lugar en Estados Unidos. Las leyes que no gustaran al partido serían cambiadas o abolidas, estableciéndose una nueva legislación. Era un escenario demasiado familiar, uno que se había producido una y otra vez en la historia del mundo. Aunque la población americana no se diera cuenta, estaban a punto de elegir a un fascista como presidente. Lo único que hacía falta era un último incidente incendiario para asegurar la victoria de Wilkins.

El Agente 47 estaba convencido de saber cuándo se produciría el evento. En dos días, Wilkins iba a dar un mitin multitudinario en la Explanada Nacional de Washington D.C. El mismo para el que había pedido voluntarios de la Iglesia para conducir los autobuses y protestar contra la actual administración. El mismo al que Helen asistiría.

Pero la gran pregunta era: ¿cuál sería el incidente?

Hitman comprobó sus mensajes y vio que la Agencia había intentado localizarle varias veces. Imaginó que debía devolver la llamada y afrontarlo. No iba a ser una conversación agradable.

Esa vez le llevó más tiempo que de costumbre acceder hasta Jade, porque habían cambiado los códigos y las barreras de seguridad se habían reforzado. Solo agentes del nivel de 47 sabían cómo esquivarlas, aunque el sistema llevara un poco más de tiempo.

—Me alegra oír que sigue vivo —declaró ella—. ¿Dónde está?

—En D.C.

—Benjamin quiere hablar con usted. Espere un momento.

Después de unos segundos, Travis se puso al aparato.

—¿Qué demonios ha sucedido, 47? ¿Qué demonios ha hecho?

—Volar en pedazos una parte de la mansión de Wilkins. Lamentablemente, el objetivo no estaba en el lugar adecuado en ese momento.

—¿Se da cuenta de que la misión es un desastre? El cliente ha desaparecido. No ha pagado el siguiente plazo y dudo mucho que volvamos a oír hablar de él. Además, probablemente nos veamos obligados a devolverle parte de los honorarios para

impedir que ponga al descubierto a la ACI. ¡Y todo por su jodida culpa! Demonios, podríamos haber descubierto quién era si no lo hubiera estropeado todo.

El Agente 47 se enfureció, pero mantuvo su temperamento bajo control.

—¿Qué quiere decir?

—Nuestros expertos en encriptación habían conseguido finalmente rastrear la última llamada que hizo a la Agencia. Venía de Greenhill. El cliente ha estado en Greenhill todo el tiempo.

Aquello cobraba todo el sentido para Hitman. Las piezas del puzle por fin encajaban.

—Travis. Yo sé quién es el cliente.

—¿Lo sabe? ¿Quién?

—El bueno del reverendo en persona. Charlie Wilkins.

—¿De qué demonios está hablando?

—Es la única persona en Greenhill que tiene influencia y medios para contactar con la Agencia. Ordenó el golpe de Dana Linder para así avanzar hasta la primera línea y situarse en posición de ser presidente. Y luego ordenó el golpe contra sí mismo.

—¿Contra sí mismo? ¿Está loco?

—Escuche. Su plan era atraparme antes de que el golpe tuviera lugar. Por eso teníamos que esperar a que diera luz verde. Quería estar preparado y *matarme* antes de que yo le *matara*, para así poder culpar también a la administración actual y a la CIA por el intento de asesinato, justo después de asesinar a Linder. Eso le granjearía nuevas simpatías y apoyo del público americano y aumentaría sus posibilidades de ser elegido presidente. Organizar un golpe contra sí mismo le libraría de sospechas por el asesinato de Linder, en caso de que alguien pudiera conectarlo con nosotros. Ese falso coronel, Bruce Ashton, trató de matarme primero, en contra de las órdenes de Wilkins. Cuando eso no funcionó, Wilkins dio luz verde para que yo le *matara*, mientras Cromwell y su Nuevo Ejército Modelo estaban esperándome para acabar conmigo. Pero fallaron. Ahora debe de estar corriendo asustado, planeando algún nuevo incidente para cuatro días antes de las elecciones, en el mitin de la campaña en D.C.

Travis se quedó en silencio al otro lado de la línea.

—¿Y bien, Travis?

—Esto es una completa locura, 47.

—Charlie Wilkins está loco. Tengo la intención de seguir adelante con el golpe. Quiero terminar el trabajo que empecé.

Transcurrió un día.

Descansé. Me entrené. Regresé al mundo de los vivos. O tal vez fuera al mundo de los muertos, considerando lo que hago para «vivir».

Limpié y engrasé la Silverballer que se había dado el baño en el lago Aquia. Fui con las dos armas a una galería de tiro en D.C. para asegurarme de que estaban a punto.

Cualquier resto de mi adicción a los analgésicos había desaparecido. No más malos sueños. No había vuelto a ver a la Muerte ni sentido su gélida respiración en mi cuello. Aún no había conseguido averiguar quién era. Pero, al igual que cuando tienes algo en la punta de la lengua, tenía la sensación de saber cuál era su identidad, en algún rincón de mi memoria, y eso me inquietaba. No obstante, no me había sentido tan bien desde el incidente en Nepal, hacía un año.

Travis me contó que estaban estrechando el cerco sobre Diana. Tal vez la Agencia la hubiera encontrado. Parecía que aquella sería mi siguiente misión. Pero primero tenía que terminar esta. Travis me dio su consentimiento para que siguiera adelante y completara el golpe contra Wilkins porque el hombre sabía demasiado sobre la Agencia. A mí eso me daba igual. Se trataba solo de una cuestión de principios. Y, en mi caso, algo personal. Charlie Wilkins había intentado engañarme y matarme. Normalmente no era una persona que actuara por venganza o porque abrigara algún tipo de resentimiento. Yo no era así. Pero esta vez era diferente. No podía explicar el porqué y tampoco creía que ningún psiquiatra en el mundo pudiera. Tal vez tuviera que ver con Helen. Durante el curso de mi misión, había estado cerca de ser una persona «normal». Al menos, lo más cerca de lo que nunca había estado. Lo que quiera que signifique eso. Por primera vez en mi vida había entrado en la esfera personal de otro ser humano —nada menos que de una mujer—, convirtiéndome en parte de su existencia. Y ella había hecho lo mismo conmigo. Quería mantener mi promesa de que haría cualquier cosa para que ella no sufriera ningún daño.

Y mientras continuara al lado de Charlie Wilkins, ella estaría en peligro.

Además estaba convencido de que el llamado reverendo era una amenaza no solo para Estados Unidos, sino para el resto del mundo. Si conseguía hacerse con el control de América, se produciría un efecto dominó por todo el globo. Las alianzas cambiarían. La economía internacional se fragmentaría y colapsaría. Se librarían guerras.

Aquello era inaceptable.

Ya había sucedido demasiadas veces a lo largo de la historia. La humanidad nunca aprendía de sus errores, pero yo sí.

Había que parar a Wilkins.

La Explanada Nacional era un lugar impresionante, incluso para alguien hastiado y sin ningún interés político como yo. Todas esas magníficas esculturas y estatuas, esas placas y edificios construidos en honor de los muertos. A menudo me preguntaba por qué no se habría erigido nada igual en honor de los vivos. ¿Acaso no era más importante y significativo estar vivo?

Y eso lo decía un hombre cuyas manos siempre estarían manchadas de sangre.

Miles de personas se habían congregado para el mitin vespertino de Wilkins. La explanada estaba a reventar. Había policía por todas partes. La Guardia Nacional alineaba las calles. Las autoridades pretendían mantener a los seguidores de Wilkins separados de sus detractores, pero no lo estaban consiguiendo. Incluso antes de que yo llegara a la escena, se habían producido varios arrestos; un grupo de gente había empezado a discutir provocando peleas. Mientras me acercaba en el taxi pude sentir la tensión en el ambiente. El conductor no podía llegar más cerca, así que tuve que bajarme y caminar desde la zona del Smithsonian. El tráfico había sido cortado en las calles aledañas a la explanada. Las masas emergían de las avenidas dispersándose en todas las direcciones. Nunca había visto nada igual. El lugar era un polvorín preparado para estallar.

No me molesté en disfrazarme. Me puse mi traje negro. Camisa blanca y corbata roja. Y me armé con mis dos Silverballers y el maletín en la mano.

El Agente 47, el asesino, había vuelto.

Caminé atravesando el cordón policial. Nadie me prestó atención. Los oficiales estaban pendientes de la multitud, buscando a posibles camorristas. Supongo que debí de parecerles un ejecutivo más.

Estaba previsto que el mitin se celebrara en un escenario construido para la ocasión al sudoeste del Washington Memorial Driveway, un camino pavimentado que rodeaba el monumento. Una gran acera discurría en sentido este-oeste justo delante del escenario que daba al norte para que el tropel de admiradores de Wilkins pudiera tener suficiente espacio para verle y escucharle. Por encima del proscenio se extendía una enorme pancarta con el lema WILKINS-BAINES. El reverendo había elegido

a un senador del Primer Partido de América llamado Marshall Baines para que fuera su candidato a la vicepresidencia. El escenario parecía bastante endeble, fabricado con madera, lonas y unas cortinas. Una limusina estaba aparcada detrás. Evidentemente, el reverendo se hallaba en su interior, esperando su gran momento.

Los detractores habían sido relegados al lateral de la explanada, al este del monumento. Las vallas de la policía creaban una barrera de norte a sur dividiendo la explanada. No había duda de que los partidarios de Wilkins superaban en varios miles a los oponentes. Resultaba casi cómico advertir la presencia de vendedores de comida y bebida diseminados por todo el lugar. No permitiera Dios que los fanáticos pasaran hambre o sed.

Muchas personas llevaban letreros y pancartas. En ellos podía leerse: ¡PRIMER PARTIDO DE AMÉRICA! ¡WILKINS PRESIDENTE! ¡ABAJO CON BURDETT! ¡LA CIA TERRORISTAS! ¡PROCESAD A BURDETT! ¡REVOLUCIÓN YA! ¡LA REBELIÓN ESTÁ AQUÍ! ¡WILKINS/BAINES!, y mi favorita: ¡WILKINS ES UN SUPERVIVIENTE! Eso ya lo veríamos. Gran parte de la propaganda de su campaña estaba centrada en el hecho de que había salido ileso de más de un intento de asesinato y, por tanto, tenía una naturaleza divina.

Advertí tres autobuses escolares amarillos en la zona norte. El instinto me decía que, fuera lo que fuese lo que Wilkins tuviera planeado, tenía algo que ver con los miembros de su Iglesia que habían viajado desde Greenhill. Me pregunté si vería a Helen. Me pregunté cómo reaccionaría yo y cómo respondería ella si me veía.

Así que empujé, apartando gente y abriéndome paso a codazos a través de la muchedumbre. Dado que hacía frío, por ser el 1 de noviembre, todo el mundo vestía ropa de invierno. En un momento dado, pasé junto a un tipo que llevaba un abrigo negro y capucha. Se volvió hacia mí y hubiera podido jurar que era la Muerte, de pie justo delante de mí. La Sombra sin Rostro. Mi eterno castigo. Me miraba fijamente y sentí una descarga de adrenalina. Pero cuando parpadeé para aclararme la vista, resultó que solo era un tipo con la cara pintada de blanco representando la figura de la Muerte. Sostenía una guadaña de mentira a la que estaba atado un cartel que decía: ¡AMÉRICA ESTÁ MUERTA! ¡LARGA VIDA A AMÉRICA! Lo que quiera que significara eso.

Conseguí llegar a la zona donde estaban aparcados los autobuses, justo sobre la hierba. De pie en medio de las hordas de gente, escruté la escena. Reconocí a muchos miembros de Greenhill, todos sosteniendo carteles de protesta y cantando himnos de la Iglesia. Como era de esperar, Helen estaba con ellos. Era inevitable. Vestía una blusa de color azul brillante. Al verla, sentí un pellizco de dolor en el pecho.

Estaba muy guapa, aunque también parecía un poco nerviosa y asustada.

Me aseguré de que no me viera.

Justo al norte de los autobuses escolares, en la Constitution Avenue, había varios camiones de la Guardia Nacional aparcados en la acera. Cuatro en total. No pude distinguir si había alguien dentro.

Los gritos indignados de los anti-Wilkins eran muy molestos. Estaban agrupados

cerca, aunque unos cuantos policías los mantenían detrás de una fila de vallas. Insultaban a los miembros de la Iglesia como si buscaran pelea. No era de extrañar que los equipos de TV de las principales cadenas tuvieran sus cámaras apuntando hacia ellos y a todas partes.

Sin embargo, hasta el momento, no había visto nada que pudiera presagiar el plan de Wilkins. No saber lo que pretendía hacer resultaba un inconveniente, desde luego, porque normalmente era capaz de descubrir cualquier indicio de peligro. Todo parecía ser exactamente lo que había anunciado Wilkins. Había traído consigo un pequeño grupo de sus más ardientes seguidores como apoyo visual a su propaganda, y no había nada siniestro en ello. No creía haberme equivocado con el tipo, pero me sentí un tanto decepcionado.

La música comenzó, atronando por la explanada a través de los grandes altavoces instalados sobre el escenario. Fue entonces cuando pensé lo extraño que resultaba que Wilkins hubiera emplazado a los miembros de su comunidad tan lejos, al final de la multitud. Desde allí al estrado debía de haber probablemente unos trescientos metros o más hacia el sur. ¿Por qué esa separación?

Había una banda de instituto en el escenario, tocando canciones patrióticas americanas, similares a las que se escucharon en el mitin de Dana Linder. Era como un déjà vu.

Después de diez minutos de obertura, el candidato a la vicepresidencia, Baines, subió al escenario y se dirigió a la audiencia. Fue recibido con una entusiasta ovación.

—No me extenderé demasiado —declaró. Era un tipo con aspecto de ardilla, lo que se esperaba de un ratón de biblioteca. Un Clark Kent sin la doble personalidad de Superman detrás. Un blandengue de aproximadamente cuarenta y cuatro kilos. Un auténtico don nadie—. Sé que todos vosotros estáis deseando que empiece el evento principal. Cuando era joven e iba a los conciertos de rock, siempre odiada que hubiera teloneros antes de la banda que había pagado para ver. Así que, sin más dilación, permitidme que os presente al próximo presidente de Estados Unidos, ¡el único e inigualable Reverendo Charlie Wilkins!

Toda la explanada irrumpió en un estruendoso rugido. Era ensordecedor. Hubiera jurado que la tierra se estremecía bajo nuestros pies. Los asistentes del otro lado estaban poseídos por el entusiasmo. Era imposible ignorar la excitación. A mí las elecciones me importaban un bledo y, sin embargo, la emoción era contagiosa. Estiré el cuello para tener una mejor visión del escenario.

El objetivo apareció a la vista. Su figura apenas era un pequeño punto desde donde yo estaba, pero aun así irradiaba un aura increíble. Su carisma podía sentirse hasta el último rincón de la explanada. Era algo extraordinario. No me sorprendía que algunas personas pensarán que era el Segundo Advenimiento.

La muchedumbre tardó casi diez minutos en callarse. Wilkins no dejaba de pedir a la gente que se calmara, pero su voz quedaba ahogada entre la algarabía.

Finalmente pudo empezar a hablar. Su suave voz musical flotó por la explanada esparciendo una inesperada tranquilidad sobre el lugar. Era como si el mero acto de hablar tuviera un efecto mágico sobre la audiencia. Yo no me lo tragué ni por un segundo, pero podía entender por qué era tan querido por el rebaño que vivía en América.

—¡Saludos, compatriotas americanos!

Vítores.

—¡Bienvenidos al principio de la Nueva Era!

Rugidos.

—¡La Rebelión empieza ahora!

Delirio.

Y entonces... sucedió. Casi como si hubiera dado el pie de entrada, lo que supongo que era así.

En cuanto Wilkins empezó a hablar, docenas de hombres, vestidos con el uniforme de la Guardia Nacional, surgieron de la parte trasera de los camiones aparcados detrás de los autobuses escolares. Inmediatamente se ordenaron en filas en posición de firmes.

Había algo familiar en ellos.

Mi corazón se desbocó. Reconocí algunos de los rostros. Hombres de Greenhill. Los mismos que habían surgido de la nave. Llevaban los uniformes que había visto colgados. Pero estos no eran hombres de la Guardia Nacional.

Eran del Nuevo Ejército Modelo.

Y entonces su líder apareció. Cojeando. Gritó una orden que no pude entender, pero su figura me resultó inconfundible.

Cromwell.

Antes de que pudiera moverme, antes de que pudiera hacer la más mínima cosa, el NEM atacó a los civiles. Alzaron sus armas y empezaron a disparar contra los desarmados e inocentes seguidores de Charlie Wilkins. Cuando la gente comprendió lo que estaba sucediendo, muchos gritaron y corrieron. La «guardia» empezó a derribarlos uno a uno. Algunos de los soldados de la milicia iban provistos de porras y, al estilo de la Gestapo, golpeaban a los partidarios que habían tropezado o estaban encogidos en el suelo por el miedo, antes de dispararlos.

Fue horrible.

Pasaron unos minutos hasta que la multitud cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Incluso la auténtica policía y la Guardia Nacional tardaron en reaccionar.

Entonces se produjo un terrible caos. Tiros por todas partes. Pánico. Una estampida.

En sesenta segundos, la Explanada Nacional se había convertido en una trampa mortal para miles de seres humanos, y yo estaba atrapado en medio.

Apenas podía escucharse a Wilkins, pidiendo desde el escenario que todo el

mundo mantuviera la calma. Ciertamente ya era demasiado tarde para eso. El auditorio se había convertido en una masa histérica.

Todo estaba ya muy claro. Una fase más en los planes de Wilkins. Los titulares dirían: «¡La Guardia Nacional dispara contra los miembros de la Iglesia de la Voluntad en un mitin!». El hombre estaba sacrificando a su propia gente para ganar mayores simpatías y apoyos en su elección.

Increíble.

Saqué mis dos Silverballers, una en cada mano, y empecé a abatir a los soldados del Nuevo Ejército Modelo. Pero había tantos civiles corriendo despavoridos que era difícil conseguir un disparo limpio a los objetivos correctos.

Entonces la vi en el suelo. Helen. Se había caído y trataba de arrastrarse hasta un lugar seguro. Estaba a punto de ser aplastada. Pisoteada. Justo delante de mis ojos.

Enfundé una de mis armas y corrí hacia ella, empujando y golpeando a todo el que fuera un obstáculo. Antes de alcanzarla, me vi obligado a matar a un tipo del NEM que me bloqueaba el paso. El hombre cayó encima de ella, así que lo agarré bruscamente por el cuello de la camisa y lo lancé lejos. Luego me agaché junto a ella cogiéndole la mano.

—Helen.

Me miró con ojos confusos y aterrorizados. No sabía quién era yo, probablemente porque no había esperado verme allí. Yo era una cara que no pertenecía a ese lugar.

—Soy yo, Helen. Necesito ponerte a salvo. ¿Puedes levantarte?

Entonces su expresión cambió. Una intensa rabia emergió a la superficie.

—¡TÚ! —gritó.

Tanta ferocidad me impactó.

—¡Todo esto es culpa tuya! —espetó.

Helen se soltó de la mano de 47 y se puso en pie.

—¡Apártate de mí!

Hitman la agarró por la cintura para impedir que saliera corriendo.

—¡Quédate conmigo! No es seguro...

Apuntó su *Silverballer* por encima de su hombro y disparó a tres hombres del Nuevo Ejército Modelo que corrían hacia ellos. Dos de los insurgentes cayeron, pero uno seguía vivo, aunque herido; se agachó y apuntó a 47 con un rifle de asalto que hubiera acabado con Helen y con él. 47 echó a un lado a Helen y, girándose, metió una bala en la cabeza del hombre. Para entonces, el espacio que rodeaba a 47 se había llenado de gente corriendo, tratando de esquivar las balas. Se volvió para coger de nuevo la mano de Helen, pero esta había desaparecido entre la multitud.

—¡Helen!

Se había deslizado entre un grupo de miembros de la Iglesia que, aterrorizados, corrían hacia él con rostros demudados por el pánico. Unos soldados del NEM que iban tras ellos dispararon y varias víctimas cayeron sobre el césped. Furioso, 47 desenfundó de nuevo su segunda *Silverballer* y abrió fuego con ambas armas. Se veía obligado a moverse constantemente para evitar que le alcanzaran, pero aun así consiguió herir o matar a seis hombres en el espacio de tres segundos. Entonces echó la vista atrás pero no pudo ver a Helen por ninguna parte.

El aullido de las sirenas atronaba por toda la explanada. La policía de D.C. había entrado en acción, pero no tenían claro qué demonios estaba sucediendo. Si la Guardia Nacional estaba disparando a civiles, entonces sus objetivos debían de haber hecho algo terriblemente malo. También ellos empezaron a derribar a los miembros de la Iglesia, sin darse cuenta de que el verdadero enemigo eran los falsos soldados de la Guardia Nacional. Mientras tanto, los auténticos estaban ocupados tratando de controlar a la masa enloquecida que intentaba escapar del caos. El lugar era un pandemónium en el que reinaba la confusión, con el resultado de que cada acción individual era un cúmulo de errores. Como consecuencia, muchos asistentes que se

encontraban al lado de los voluntarios de Greenhill fueron atacados, heridos o asesinados.

Luego llegó el gas lacrimógeno. Las granadas surcaron el cielo trazando un arco y aterrizando entre los grupos de civiles.

El desastre estaba completamente fuera de control.

47 buscaba frenéticamente a Helen mientras, simultáneamente, se defendía y atacaba impulsivamente al enemigo. Ahora era casi imposible distinguir a los hombres del NEM de los de la Guardia Nacional. La policía de Washington, mezclada entre ellos, disparaba a ciegas a los indefinidos objetivos. Un policía descubrió a 47 blandiendo sus dos armas, apuntó y disparó, rozando la parte exterior del muslo derecho del asesino. Este cayó y rodó sobre su estómago, apoyó los codos en el suelo y, de forma instintiva, fulminó al oficial con ambos cañones. No había planeado gastar munición, pero la situación se había vuelto tan caótica que era imposible hacer nada a derechas. Un manto espeso de gas dificultaba aún más la visibilidad.

Mientras estaba en el suelo, el asesino aprovechó para tomarse unos segundos y examinar su pierna. La herida era superficial aunque probablemente necesitaría varios puntos de sutura. 47 se puso en pie con una mueca de dolor y se reincorporó al alboroto. Entonces, por el rabillo del ojo, distinguió un destello azul que se movía a través del humo.

La blusa de Helen. A unos siete metros de distancia.

—¡Helen!

Ella se volvió hacia él, que le tendió la mano. Pero entonces vaciló.

—Todo irá bien, Helen.

Aterrorizada, sin saber qué hacer, Helen corrió hacia él.

Pero a través del turbio aire sonaron unos disparos y las balas cubrieron el suelo entre la pareja. El cuerpo de Helen experimentó una sacudida y se tambaleó. Sus ojos se agrandaron por la conmoción.

—¡No!

Cayó hacia delante, desplomándose sobre la hierba.

El Agente 47 giró sobre sus talones y disparó con ambas *Silverballers* a los dos hombres del Nuevo Ejército Modelo responsables de la cortina de fuego. Ambos llevaban el torso protegido con chalecos antibalas, pero no sus caras, que recibieron los disparos letales de 47.

Helen yacía de espaldas. 47 se agachó junto a ella, dejó sus pistolas en el suelo y le cogió las manos. Su blusa estaba empapada de sangre y sus ojos, empañados, miraban el cielo. Le costaba respirar. Hitman advirtió que había sido alcanzada en los pulmones y supo que no sobreviviría.

—Helen —susurró.

Ella soltó un grito ahogado mientras la sangre brotaba de su boca. 47 la colocó de lado, pero era una maniobra inútil. Puede que le quedara un minuto de agonía antes de morir. Decidió ahorrarle ese tormento. Recogió una de las *Silverballers* y situó el

cañón contra su pecho, justo encima del corazón.

—Helen, lo siento.

Por una vez, el Agente 47 apretó el gatillo en un acto de compasión.

No estaba seguro de cuánto tiempo se quedó a su lado. Tal vez fueran unos segundos, o puede que diez minutos. La confusión reinaba a su alrededor, pero se olvidó de todo durante esos preciosos instantes. Luego, extendiendo una mano ensangrentada, le cerró los párpados.

Hitman recogió su otra arma y se levantó.

Ahora estaba *realmente* furioso.

Ya no le importaba si eran auténticos Guardias Nacionales u hombres del Nuevo Ejército Modelo disfrazados. 47 empezó a disparar a cualquiera que llevara uniforme. Se había metido cargadores de reserva en el bolsillo de su chaqueta, y durante los siguientes cinco minutos agotó seis de ellos. Expulsar un cargador vacío e insertar uno nuevo le llevaba exactamente 1,6 segundos, una proeza que había aprendido cuando solo tenía doce años.

47 sabía que la mejor estrategia era seguir moviéndose porque permanecer en el mismo sitio le hacía un blanco fácil; y así, en el fragor de la batalla, se encontró retrocediendo, dirigiéndose hacia el norte, donde estaban los autobuses escolares. Allí fue donde se encontró a Cromwell. El hombre le vio y apuntó su M16, el arma habitual de los marines americanos, directamente hacia 47. El asesino saltó a un lado al tiempo que el insurgente soltaba una andanada de balas, alcanzando a varias personas inocentes que se habían refugiado cerca de los autobuses, pero sin conseguir darle. Hitman rodó sobre su espalda y apuntó sus armas por encima de su cabeza para un rápido asalto a Cromwell. Sin embargo, el hombre ya se había metido en uno de los autobuses abiertos, cerrando la puerta tras él. El vehículo se puso en marcha justo cuando 47 se levantaba. Cromwell, que conducía como un maníaco, giró hacia el sur, atropellando a todos los que se interponían en su camino.

Solo podía hacer una cosa. 47 se precipitó hacia otro de los autobuses y, agradecido por que las llaves estuvieran puestas, usó la palanca manual para cerrar la puerta, encendió el motor y salió tras el primer autobús.

Ambos vehículos estaban acribillados por las balas, pero las ruedas seguían intactas. Cromwell le llevaba una buena ventaja, pero 47 rápidamente manejó el cambio de marchas y apretó a fondo el acelerador. Los dos conductores se veían obligados a virar y regatear a las hordas de peatones, aunque Cromwell no ponía demasiado cuidado: su autobús arremetía invariablemente contra ellos provocando aterradores sonidos al golpearlos, mientras corría a toda pastilla cruzando la explanada.

Al final, 47 alcanzó a Cromwell. Se mantuvo a velocidad constante sobre el lado izquierdo de su presa, mientras ambos autobuses corrían pegados el uno al otro. El insurgente hizo una mueca a su perseguidor a través de la ventanilla, intentando llegar primero al escenario. 47 abrió la puerta de su autobús con la palanca manual.

Luego, con la mano izquierda en el volante y la *Silverballer* en la otra, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo. La bala salió por la puerta abierta y entró por la ventanilla del conductor del otro autobús. La cabeza de Cromwell explotó cuando el proyectil penetró en su cráneo y salió por el otro lado.

El autobús del rebelde viró bruscamente fuera de control y se dirigió hacia el borde oeste de la explanada. La policía descargó una lluvia de balas sobre él, sin darse cuenta de que el conductor ya estaba muerto. Finalmente se escoró, inclinándose unos treinta grados, y cargó directamente contra un carrito de comida ambulante. Entonces volcó, deslizándose totalmente de costado otros seis metros antes de pararse con un tremendo chirrido.

El Agente 47 se olvidó del autobús y se centró en atrapar a Wilkins. Continuó a toda velocidad hacia el escenario. La multitud se apartaba como el mar Rojo ante él mientras presionaba sin descanso la bocina.

Charlie Wilkins se había quedado petrificado en el escenario, observando con repugnancia lo que había provocado.

¡Oh, Señor, no quería que pasara esto!

El plan era que Cromwell y sus hombres dispararan a unos pocos miembros de la Iglesia, desaparecieran entre la multitud confundiendo con la Guardia Nacional auténtica y, finalmente, se pusieran a salvo. Pero Cromwell se había dejado llevar. El hombre que una vez había sido declarado un héroe para América —que había intentado salvar vidas en Irak—, se había convertido en un monstruo, ávido por masacrar a sus propios compatriotas. Había ordenado al Nuevo Ejército Modelo matar a todo el que se pusiera por delante. Igual que Darren Shipley había perdido cualquier vestigio de humanidad, Wilkins también había caído en la depravación.

Y había provocado... *esto*.

—¡Charlie! ¡Baja de ahí!

Wilkins creyó oír una voz llamándole, pero no estaba seguro. Seguía contemplando fijamente la carnicería que se extendía por toda la explanada frente a él. Y luego estaban los dos autobuses escolares. Uno se había estrellado —¿quién lo conduciría?—. El otro se dirigía a toda velocidad hacia él, dispuesto a chocarse contra el escenario.

—¡Reverendo!

Wilkins miró hacia abajo. Mitch Carson estaba en el suelo, sus manos extendidas.

—¡Salta, maldita sea! ¡Salta! ¡Podemos coger la limusina!

Por primera vez en su vida, el líder de la Iglesia no encontraba palabras. Estaba inmovilizado. Wilkins buscó en su alma para encontrar la Voluntad, pero no estaba allí. Todo lo que había aprendido y lo que había enseñado no era más que un vacío.

La Voluntad le había fallado.

Finalmente Carson agarró a Wilkins por los tobillos y tiró de él. El reverendo

cayó de espaldas, pero el golpe le hizo volver a la realidad. Carson continuó tirando de las piernas del hombre hasta que tuvo al reverendo al borde de la plataforma.

—¡Vamos, Charlie!

Wilkins, aún conmocionado, asintió y susurró:

—Muéstrame por dónde ir.

Carson le ayudó a descender y le cogió del brazo, llevándole al otro lado del escenario. Corrieron hasta la limusina, cuyas puertas estaban abiertas. Wilkins se metió en la parte trasera mientras Carson se sentaba al volante. Las puertas se cerraron de golpe y se pusieron en marcha. Carson hizo girar el coche y condujo en dirección sur hacia el borde de la explanada e Independence Avenue.

El Agente 47 perdió de vista al reverendo, pero sabía que su limusina estaba detrás del escenario. No le quedaba tiempo para rodear la endeble estructura. El autobús parecía bastante resistente. O eso esperaba.

Quince metros para el impacto.

Hitman miró por el retrovisor de la derecha. Los coches de la policía estaban pisándole los talones, con las sirenas encendidas.

Nueve metros.

Echó un vistazo al retrovisor izquierdo.

La Sombra sin Rostro le estaba mirando. La Muerte.

47 apartó los ojos y miró fijamente hacia delante.

Tres metros.

Medio metro.

El autobús irrumpió en el escenario, desgarrándolo como si estuviera hecho de papel. Los laterales se colapsaron y la pancarta WILKINS-BAINES se descolgó cayendo sobre los restos. Los coches de la policía se vieron obligados a desviarse a derecha e izquierda para evitar chocar con los escombros.

Y la caza continuó con la limusina delante y el autobús de 47 siguiéndola de cerca.

Avanzando en dirección sur, la limusina, que había cogido ahora más velocidad, saltó por encima de la acera y desembocó en Independence Avenue, una calle de sentido único hacia el oeste. Afortunadamente el tráfico había sido cortado debido al mitin, pero los coches de policía, ambulancias y otros servicios de emergencia se alineaban a lo largo de la calzada. En lugar de doblar con el coche y seguir por la avenida hacia el oeste, Carson se metió entre un camión de bomberos y una ambulancia, atravesó la calle y continuó hacia el sur, saltando de nuevo sobre el césped.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó Wilkins desde el asiento trasero.

—Conozco una salida —replicó el conductor.

La limusina atajó entre los árboles para emerger abruptamente sobre el asfalto de Maine Avenue SW, otra calle que discurría en dirección oeste.

—¡Vas a matarnos! —protestó el reverendo.

—¡Cierra el pico, Charlie!

El coche había vuelto al césped, aún en dirección sur. Un ancho espacio abierto de hierba y árboles se extendía entre ellos y la Independence Avenue que, en sentido este, no había sido cerrada al tráfico.

Tras ellos, el Agente 47 se aferraba fuertemente al volante del autobús mientras el pesado vehículo, saltando y rebotando, cruzaba Independence Avenue, seguía por encima del césped y atravesaba Maine Avenue. A pesar del estruendo de las sirenas de la policía detrás de él, estaba decidido a perseguir a su presa.

Por un instante imaginó que sus días en la tierra finalizarían bajo una lluvia de balas procedentes de los agentes del orden. Porque, incluso si conseguía atrapar a Wilkins y matarle, ¿cómo iba a librarse de la policía? Eran cientos los que le perseguían. Si este era el día de su muerte, que lo fuera. Abandonaría su envoltura mortal con la tranquilidad de haber cumplido con su deber, realizando su misión y liberando al mundo de un asqueroso y peligroso criminal. ¿Qué más podía pedir?

¿El amor de una mujer?

No. Eso era imposible. Casi lo había tenido y él mismo lo había rechazado a propósito. El flirteo de una relación normal había sido una experiencia aleccionadora, algo que atesoraría durante el resto de su vida, pero no era para él. No para un hombre que constantemente permanecía un paso por delante de la Muerte, la Sombra sin Rostro cuya identidad aún tenía que descubrir.

El autobús se acercó a Independence Avenue, acortando la distancia con la limusina, que ahora se hallaba a solo cuarenta y cinco metros. Hitman advirtió el denso tráfico de la vía y comprendió que el largo vehículo nunca conseguiría atravesarla sin provocar un accidente de grandes proporciones. Imaginó que el conductor planeaba integrarse en el tráfico y seguir hacia el este aprovechando la intensidad de la circulación. Sería una maniobra difícil, pero quizá la limusina podía hacerlo.

Para el autobús no sería tan fácil. Era demasiado grande y voluminoso. 47 se vería obligado a reducir la velocidad considerablemente para poder hacer lo mismo y, para entonces, la policía se le habría echado encima mientras la limusina se evaporaba.

Que fuera lo que tuviera que ser.

El asesino mantuvo el pie sobre el acelerador y continuó con su ruta.

—¿Estás loco? ¡Vas a matarnos! —volvió a gritar Wilkins.

—Te lo digo muy en serio, Charlie, cierra el pico —vociferó Carson en respuesta.

El empleado de Greenhill sabía que era una maniobra a vida o muerte. El tráfico de la Independence Avenue era denso y casi no había espacio entre las filas de coches y camiones. Carson solo podía esperar que los otros conductores vieran la limusina surcando el césped perseguida por un enorme autobús escolar amarillo y docenas de coches de policía con las sirenas atronando. ¡Sin duda se detendrían!

El coche se acercó al asfalto a una velocidad de ciento diez kilómetros por hora.

—¡Sujétate, Charlie! —ordenó Carson. El reverendo se abrazó a sí mismo.

Y entonces estuvieron allí.

La limusina voló sobre el bordillo y cayó en la avenida mientras Carson giraba el volante para cambiar de dirección, al tiempo que un camión de mudanzas chocaba brutalmente contra el vehículo.

Después un todoterreno se estrelló contra el remolque del camión.

Tres coches más colisionaron entre sí al tratar de evitar la catástrofe.

La colisión en cadena se extendió a lo largo del atasco mientras las bocinas sonaban, los neumáticos chirriaban y una horrible cacofonía de vehículos chocando se elevaba por encima del estruendo de las sirenas de la policía.

La limusina voló y dio una, dos, tres vueltas de campana antes de deslizarse boca abajo por el asfalto, unos treinta metros, y detenerse.

Charlie Wilkins, bien sujeto por el cinturón, se había golpeado la cabeza contra la ventanilla. Al principio pensó que estaba muerto, porque el mundo estaba del revés. Tardó un momento en comprender que la limusina había volcado. Comprobó los daños en su cuerpo. Había mucha sangre, pero podía mover los brazos y las piernas.

Estaba vivo.

—¿Mitch? —llamó.

No podía decirse lo mismo de Carson. El conductor estaba hundido en su asiento en un extraño ángulo. Su rostro completamente carmesí.

Entonces Wilkins recordó lo que estaba sucediendo. Escuchó las sirenas, miró hacia la Explanada Nacional, y vio el autobús amarillo a punto de saltar el bordillo y caer de golpe sobre el asfalto.

Su perseguidor estaba casi encima.

Wilkins forcejeó tratando de soltarse el cinturón, propinó una fuerte patada a la puerta para abrirla y salió arrastrándose del maltrecho coche. Cuando trató de levantarse, sintió como si la tierra empezara a dar vueltas y a punto estuvo de caer de nuevo al suelo. Pero la visión del autobús, que ahora irrumpía a través de la montonera de vehículos accidentados, dirigiéndose hacia la limusina, le obligó a moverse.

Corrió en dirección sur hacia el Embalse de Mareas^[11].

El Agente 47 contempló la terrible montonera pero no se detuvo. El autobús irrumpió a toda velocidad, esquivando a duras penas los destrozados vehículos y granjeándose toda clase de insultos de los damnificados.

Concéntrate en el objetivo.

Hitman giró el volante violentamente hacia el este, haciendo que el autobús prácticamente volcara. Dos de sus ruedas se levantaron del suelo para volver a caer pesadamente sobre el asfalto. La volcada limusina yacía sobre la calzada unos noventa metros más adelante. 47 vio a un hombre emerger entre los amasijos y tambalearse.

Wilkins. Aún vivo.

Pero no por mucho tiempo.

El hombre contempló el autobús precipitándose hacia él y corrió en dirección sur apartándose de la carretera y entrando en el césped, directamente hacia un grupo de árboles situados entre la avenida y el agua. 47 no podía permitir que llegara tan lejos, porque los árboles harían de obstáculo e impedirían que el autobús pudiera seguir al reverendo. Tenía que interceptarle; afortunadamente, en ese momento, el autobús iba más rápido que un hombre corriendo.

47 hizo girar el autobús justo delante de Wilkins, bloqueando su trayectoria. Y

continuó su acoso, persiguiendo al reverendo directamente hasta el embalse.

Wilkins estaba sin aliento y dolorido.

¡Pero el Ser Supremo impediría ese ataque! ¡Charlie Wilkins no estaba destinado a terminar sus días en la tierra de esta forma!

¡Encuentra la Voluntad! ¡Puedes hacerlo!

Pero la Voluntad le había abandonado.

¡Detén el autobús! ¿Dónde está la Voluntad? ¡Hazlo!

Cuando nada sucedió, el reverendo maldijo al cielo y luego volvió de golpe a la realidad. Tenía que salir de allí. Una caseta de alquiler de botes de remos estaba situada un poco más lejos en la orilla sudoeste. El aparcamiento de la atracción se hallaba entre Wilkins y la dársena. Muchos coches habían ocupado las plazas creando otra barrera para el autobús. Aquello parecía prometedor, así que el reverendo corrió por el aparcamiento. Pero, entonces, al llegar a la orilla, se encontró en un callejón sin salida. ¿Qué hacer ahora? Podía correr por el borde hasta la caseta. Eso era. Allí estaría a salvo. Encontraría algún policía o a alguien que le protegiera de ese loco que le pisaba los talones.

El Ser Supremo intervendría.

¿No era cierto?

Era como si el Agente 47 se hubiera puesto orejeras. Nada en su visión periférica era importante. Su retícula estaba enfocada sobre Charlie Wilkins mientras el hombre se mantenía inmóvil en la dársena como un ciervo sorprendido por los faros de un coche.

Termina el trabajo.

El asesino no levantó el pie del acelerador. El autobús parecía una locomotora, cruzando el césped a toda velocidad hasta el aparcamiento. El monstruo amarillo chocó con algunos coches aparcados, catapultándolos en direcciones opuestas como si fueran insectos. Ahora nada se interponía en el camino de Hitman hacia su objetivo.

Wilkins cayó de rodillas y juntó las manos delante de él.

Estaba rezando.

¿Qué tal te funciona eso?, pensó 47.

Para el asesino los últimos dos segundos fueron como si el tiempo se hubiera detenido. El rapidísimo transcurso de la acción pareció repentinamente desarrollarse a cámara lenta. Todos los sonidos cesaron para ser reemplazados por el vacío. El Agente 47 solo era consciente de los latidos de su corazón golpeando en su pecho y resonando en su cerebro.

Clavó los ojos en Wilkins. Durante esos breves instantes, los dos adversarios se

miraron el uno al otro. 47 advirtió que la confianza que solía desplegar el reverendo había desaparecido. En su lugar había miedo, desesperación y la constatación de que había perdido. Toda su fe y esperanza había sido reemplazada por las garras de la Muerte.

El hombre abrió la boca para gritar, pero era demasiado tarde.

Y eso fue todo.

El autobús abrió una brecha en la barandilla, saliendo disparado por el aire casi dos metros, para luego caer trazando un arco. El enorme morro se estampó contra Wilkins con toda su fuerza arrastrando el cuerpo unos quince metros sobre el agua, tras lo cual el vehículo taladró la superficie y desapareció en la oscura y verdosa turbiedad.

Los servicios de emergencia trabajaron febrilmente durante una hora hasta encontrar al Reverendo Wilkins. Los submarinistas finalmente recuperaron el maltrecho cadáver y lo llevaron a la orilla, donde fue recogido y trasladado a la morgue de la ciudad para una autopsia oficial.

Los hospitales de la zona estaban desbordados por el flujo de heridos del mitin. Era demasiado pronto para calcular el número de muertos.

Algunos de los hombres del Nuevo Ejército Modelo habían sido arrestados y estaban empezando a confesar. La verdad de lo sucedido saldría pronto a la luz.

El autobús escolar fue sacado del agua y examinado exhaustivamente por el FBI. No había rastro del conductor. Los buzos continuaron buscando en el fondo del embalse; encontraron gran cantidad de basura: botellas rotas, un par de ruedas viejas y otros objetos extraños, pero no descubrieron ningún otro cadáver. Uno de los raros objetos encontrados, que ninguno de los investigadores relacionó con los sucesos del 1 de noviembre, fue un maletín vacío que tenía una extraña flor de lis grabada en el exterior.

Algunos testigos declararon que todo había sucedido tan rápido que no pudieron distinguir al hombre que conducía el autobús. Otros, en cambio, afirmaban que no había nadie al volante, que la figura del asiento del conductor era una especie de «sombra sin rostro». En cualquier caso, quienquiera que matara a Charlie Wilkins había desaparecido por completo.

Sería otro misterio más que añadir a la lista de los muchos que tuvieron lugar ese infausto día en Washington D.C.

El *Jean Danjou II* se mecía suavemente anclado en aguas de Cerdeña. Se había pasado la última semana navegando de isla en isla, perpetuando la pretensión de que el yate pertenecía a un adinerado magnate que no tenía mejor cosa que hacer que viajar por el Mediterráneo sin ningún propósito.

Pero, en las entrañas del barco, el centro de mando de la Agencia seguía tan ajetreado como de costumbre. Al menos seis operaciones diferentes estaban en marcha en distintos rincones del mundo. Los tutores monitorizaban el progreso de sus asesinos. Los jefes firmaban contratos con los clientes y supervisaban a los tutores. El dinero entraba con fluidez en las arcas de la ACI. El personal era pagado, los gastos saldados, y la vida y la muerte seguían su curso.

Benjamin Travis estaba sentado en su camarote-oficina estudiando los últimos informes de América.

Vaya desastre...

Llevaba varios días sin dormir, tenía un terrible dolor de cabeza y estaba padeciendo un fuerte catarro. Pero, por encima de todo, el alto mando estaba presionándole para que le pusiera al tanto del progreso de su proyecto estrella y demandándole respuestas ante lo que se percibía como el monumental desastre en Washington D.C.

El mejor asesino de la Agencia había desaparecido. Nadie sabía si 47 estaba vivo o muerto. Travis conocía lo bastante bien al Agente 47 como para saber que se estaba ocultando. Otra vez. Dado que las fuerzas del orden de Estados Unidos no habían logrado recuperar su cuerpo en el Embalse de Mareas, eso solo podría significar que 47 había escapado y se escondía en alguna parte, esperando nuevos acontecimientos.

Lo cierto era que el mayor asesino de la ACI había logrado tener éxito contra todo pronóstico. Nadie más hubiera podido lograr el espectacular golpe sobre Charlie Wilkins. Desde luego, se había producido una gran cantidad de daños colaterales. Lo que resultaba lamentable, pero, dadas las circunstancias, inevitable. Esas cosas eran de esperar. En cualquier caso, Hitman había demostrado que aún estaba en lo más

alto.

Ahora, lo único que deseaba era poder encontrarlo, traerlo de vuelta, recibir su informe y pasar página.

Sin embargo, Travis estaba más preocupado por el asunto de Diana Burnwood. Hasta que esa zorra traidora fuera localizada, su proyecto estrella seguiría en peligro. Los altos mandos estaban respirando en su cuello. ¿Dónde estaba yendo a parar el dinero? ¿Dónde estaban los resultados? ¿Por qué estaba siendo tan hermético?

Travis no quería contarles la verdad. No podía revelar lo que Burnwood había hecho. Hasta ahora solo un selecto grupo de personas lo sabía, y ya eran demasiadas. Tarde o temprano, los jefes lo descubrirían y la cabeza de Travis rodaría. Hasta entonces, trabajaría sin descanso en controlar los daños, inventar cuentos y retrasar informes, esperando con frustración a que la magia de Jade funcionara. La pista sobre el paradero de Burnwood en el Medio Oeste de Estados Unidos había sido muy prometedora al principio, pero ahora el rastro se había enfriado. Travis había echado a su ayudante una severa reprimenda, algo que la estoica mujer se tomó como uno más de los arrebatos de su jefe. Jade era dura de roer. Sabía que algún día ella ocuparía su puesto si no se andaba con cuidado.

El director se levantó, se frotó los ojos enrojecidos y se acercó al mostrador donde estaba la cafetera. Se sirvió una taza y se la bebió de un trago, tal cual. Había consumido tanta cafeína durante los últimos días que tenía temblores.

Travis consideró desertar. Hacer la maleta, bajarse en la siguiente isla y tratar de desaparecer. Si no encontraban pronto a Burnwood, la mierda iba a quedar al descubierto. Nadie era despedido así como así de la Agencia. No se limitaban a entregarte el formulario rosa y una indemnización por despido. El fracaso tenía consecuencias mucho más serias. No podría renovar su currículum y empezar a llamar a otras puertas buscando un nuevo empleo. La ACI no funcionaba así.

Si eras un empleado de la Agencia, también ponías tu vida en juego. Por eso estaba tan bien pagado.

Alguien llamó a la puerta de su camarote.

—¿Sí?

La puerta se abrió dando paso a su ayudante, tan deslumbrante como de costumbre, con su *sexy* traje de ejecutiva, las gafas y sus altos tacones. Travis a menudo fantaseaba con pillar a Jade en un momento de pasión desenfrenada, algo que sabía que no sucedería nunca.

Tú continúa soñando, Travis..., se dijo para sí.

—¿Qué pasa?

Había un asomo de sonrisa en su rostro.

—Más vale que se prepare para besarme el culo —dijo Jade.

Estuvo tentado de abofetearla, pero tomó aire y replicó sereno:

—Realmente no tengo tiempo para esto. ¿Qué es lo que quiere?

—Para esto sí lo tendrá. La hemos encontrado.

Travis parpadeó.

—¿Qué?

—A Burnwood. La tenemos. Está en Illinois, justo como yo pensaba. Sabemos dónde está exactamente. Y tiene el paquete con ella.

Sintió ganas de besar a la mujer, pero se contuvo.

—Esas son excelentes noticias.

—Pensé que le alegraría el día.

—Lo ha hecho. Ahora ya sabe cuál es la siguiente prioridad.

—Encontrar al Agente 47.

—Exactamente.

Asintió y salió del camarote cerrando la puerta tras de sí.

Benjamin Travis suspiró de alivio, fue hasta su litera y se tumbó.

Por fin podría dormir.

El sol era siempre caliente y brillante en la «sofisticada capital metropolitana de Guadalajara», como la describían los folletos turísticos.

Sentado a la sombra, en el bar de la terraza del Hotel Universo, bebía mi agua helada disfrutando del escaso aire fresco que corría. Estaba contento por no hacer nada, ya llevaba un mes practicando esa placentera actividad.

Me sentía bien. La herida de bala de mi muslo derecho estaba cicatrizando rápidamente. La oxicodona había desaparecido completamente de mi organismo, y no sentía ningún deseo de volver a tomar las pastillas en mi vida. Era genial poder dormir hasta tarde por las mañanas y regalarme decadentes y costosas comidas. A excepción de los ejercicios diarios que realizaba habitualmente desde que era niño, me había negado en redondo a hacer nada constructivo.

Sabía que la Agencia estaba intentando localizarme, pero ya contactaría con ellos a su debido tiempo. Afortunadamente, ellos no conocían este escondite de Guadalajara. Había sido un destino obligado después de los acontecimientos de Washington. Necesitaba un nuevo maletín, y mi traficante de armas en la ciudad era el único hombre del que me fiaba, capaz de recrearlo con precisión tal y como había hecho un año antes. Algunos pensarían que resultaba casi milagroso que hubiera conseguido escapar de Estados Unidos con mis dos Silverballers y mi cable de fibra. El maletín hubiera resultado más problemático, por lo que tuve que dejarlo en el Embalse de Mareas.

Debía mi supervivencia a tres factores: a mi capacidad física, que siempre he mantenido con orgullo, excepto durante el lapso de unos pocos meses cuando fui un drogadicto; a lo que Ort-Meyer solía llamar «tenacidad»; y, por supuesto, a la suerte.

Justo antes de que el autobús escolar se hundiera en el agua, llené mis pulmones con todo el aire que pude contener. En cuanto el vehículo se sumergió, salí buceando por la puerta con las Silverballers metidas en la cinturilla de mi pantalón, abandonando el maletín en el fondo del embalse y nadando en dirección sudeste

hacia la pequeña caseta del embarcadero. Sabía que estaba allí. Había memorizado de antemano el mapa de las posibles rutas de escape.

No emergí a tomar aire durante casi cinco minutos. Para entonces, había llegado al muelle donde los pequeños botes estaban amarrados. Fue muy sencillo robar uno, ya que la atención de todo el mundo estaba centrada en los sucesos de la parte noroeste, donde tenía lugar toda la acción. Nadie vio cómo me alejaba remando hasta que finalmente llegué a la orilla junto al Titanic Memorial, en el extremo sur del gran lago. Descansé, me sequé entre los árboles y luego fui caminando por la P Street hasta encontrar un taxi que me llevara al motel en las afueras de la ciudad donde había dejado el resto de mi ropa, pasaportes y dinero. Desde allí, fue fácil dejar el país bajo una de mis muchas identidades falsas.

No volví la vista atrás.

La temperatura era muy calurosa, así que decidí entrar, ir al baño y echarme un poco de agua fría en la cara. Mientras lo hacía, me miré a mí mismo en el espejo y continué pensando en lo que había sucedido.

Las consecuencias de los actos de Wilkins habían sido muy significativas. Los miembros capturados del Nuevo Ejército Modelo empezaron a revelar en los interrogatorios todo lo que sabían. El cuerpo de Cromwell fue identificado como el de Darren Shipley gracias a su ficha dental. La verdad sobre las implicaciones del reverendo con el NEM fue sacada a la luz después de que el FBI irrumpiera en Greenhill y registrara exhaustivamente lo que había quedado de la oficina de la mansión.

Las elecciones se celebraron tal y como estaba previsto. El 4 de noviembre, Mark Burdett fue reelegido presidente. Prometió trabajar en la curación de las cicatrices de la nación y escuchar las demandas de la gente. Excepto tres, todos los demás congresistas del Primer Partido de América quedaron fuera del Congreso. Estados Unidos había vuelto al sistema bipartidista, y en poco tiempo las cosas retomarían su ritmo normal.

No es que me importara.

Ciento noventa y tres personas murieron durante los «Disturbios de la Explanada Nacional», tal y como lo llamaron los medios. Setecientos cincuenta y ocho resultaron heridos o lisiados. Después de todo lo que se había dicho y hecho, la culpa recayó únicamente sobre Charlie Wilkins.

Se la merecía.

Greenhill fue clausurado y sus habitantes obligados a trasladarse. Las otras sedes de la Iglesia de la Voluntad se fueron apagando lentamente. Cada restaurante Charlie's del país era evitado como si se tratara de una plaga. La cadena iba camino de la bancarrota y estaba abocada a cerrar en pocas semanas. Ninguna celebridad americana había caído en desgracia tan drásticamente como el Reverendo Charlie Wilkins.

Me hubiera reído de haberlo encontrado gracioso.

A decir verdad, prestaba poca atención a las noticias de Estados Unidos. Mis pensamientos, sin embargo, volvían ocasionalmente a Helen McAdams.

Sí, la echaba de menos.

Durante los días que estuve allí, pensé que podría ser normal. Era un ejercicio interesante. Por descontado que me vi forzado a hacerlo por el éxito de la misión, pero nunca me había sentido tan cerca de otro ser humano, ni mental ni emocionalmente.

Me dio algo que nunca había experimentado en la vida: la percepción de que era capaz de sentir emociones.

Supongo que la fallé de muchas maneras. Traicioné su confianza y no conseguí alejarla del peligro. No sé si habrá Juicio Final algún día, pero supongo que eso estará en mi currículum. Que así sea.

Yo soy quien soy. Soy lo que soy. Nada puede cambiar eso.

Lo sé porque finalmente conseguí descubrir quién era la Sombra sin Rostro. La Sombra de mis sueños. La Muerte. Sus facciones finalmente se aclararon en medio de la neblina una noche durante mi sueño. Le reconocí al instante. Probablemente era mi único amigo.

Él era yo, ya veis.

Yo era la Muerte.

Estaba condenado por todos los tiempos a ser él. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

Para siempre.

E P Í L O G O

Había alquilado una gran mansión en Illinois a precio de ganga. Con el mercado inmobiliario como estaba, era imposible vender una casa, pero muy fácil alquilarla o comprarla. Su refugio era todavía más perfecto porque estaba construido al borde de un acantilado que daba sobre el lago Michigan.

Diana Burnwood realizó todas las gestiones necesarias, cubrió su rastro y se estableció con mucha cautela usando una nueva identidad. Prácticamente todos los registros del condado mostraban que la propiedad aún estaba libre. Además, el lugar se hallaba lo suficientemente oculto como para no aparecer en el radar. Nadie sabía que estaba allí. Era solo ella... y el paquete que se había llevado de la Agencia.

Mientras se sentaba en una mecedora bajo el porche de madera, envuelta en una manta de piel y viendo caer la nieve, Diana supo que solo era cuestión de tiempo.

Sus días estaban contados.

La Agencia la encontraría.

Y si el Agente 47 estaba vivo, le enviarían a por ella.

Era inevitable. La pregunta era... ¿cuándo?

Lo mejor que podía hacer mientras tanto era vivir. Cuidar el paquete, y esperar a que pasaran los días y las noches hasta el fatídico momento de...

La Absolución.

Agradecimientos

El autor desea dar las gracias a Peter Miller y a la gente de PMA Literary & Film Management, Inc., así como a todos los de Del Rey (especialmente a su extraordinario editor Mike Braff), y a Io Interactive por su inestimable ayuda y asesoramiento.



Raymond Benson (Midland, Texas, 1955) escritor estadounidense conocido por ser el autor oficial de las novelas de James Bond de 1997 a 2003.

Nació un 6 de septiembre y se graduó de Permian High School en Odessa en 1973. Si bien en la escuela primaria, Benson mostró interés en el piano, lo que iba a convertirse en su interés principal fue escribir canciones. También formó parte de una escuela de arte dramático y se convirtió en vicepresidente del departamento de teatro en su escuela, un interés que más tarde le llevó a ser director de producciones teatrales. Otra actividad suya fue escribir y producir juegos de ordenador.

En 1984, Benson escribió *El compañero de James Bond*, un libro dedicado a Ian Fleming. Fue nominado para un Premio Edgar de Escritores de Misterio de América en la categoría de Mejor Obra Biográfica. En 1985, trabajó como diseñador y escritor en el juego de ordenador de James Bond 007: *En la mira del asesino*. Siguió a esto en 1986 con el trabajo sobre una versión del juego de ordenador de *Goldfinger* y coautor del *Sólo se vive dos veces*, el módulo II del popular juego de rol de *James Bond 007*.

En 1996, John Gardner renunció a escribir libros de Bond. Publicaciones Glidrose eligió rápidamente a Benson para reemplazarlo. Como novelista James Bond, era inicialmente polémico por ser americano, y por ignorar gran parte de la continuidad establecida por Gardner. Sin embargo, el autor hizo mucho para aplacar estas preocupaciones y se embarcó de inmediato en giras regulares para promover sus novelas en el Reino Unido, así como viajes ocasionales a la Europa continental; varias sesiones de firma de libros se llevaron a cabo en las oficinas de la editorial

británica Hodder & Stoughton, y en las librerías de Londres «Murder One» y especializadas en James Bond como «Adrian Harrington Ltd.».

En total, Benson escribió seis novelas de James Bond, tres novelizaciones y tres cuentos. Fue el primer autor Bond, desde Ian Fleming, en escribir historias cortas (publicadas en *Playboy* y TV Guide, y recogidas en antologías publicadas en 2008 y 2010).

Notas

[1] Hitman: sicario, asesino a sueldo. (N. de la T.) <<

[2] Fruta típica (de gruesas semillas parecidas a las de la chirimoya) que se debe comer una vez que ha caído del árbol, pues es altamente venenosa. (N. de la T.). <<

[3] Organización de Países Exportadores de Petróleo. (N. de la T.). <<

[4] Servicios Secretos de Inteligencia. (N. de la T.). <<

[5] Listado con las quinientas compañías con más ingresos del planeta. (N. de la T.).

<<

[6] Copia del Colt 1911 calibre 45. (N. de la T.) <<

[7] Colina Verde. (N. de la T.). <<

[8] Zona comercial del centro de la ciudad. (N. de la T.). <<

[9] Servicio Interno Fiscal. (N. de la T.). <<

[10] Protocolo de Transferencia de Ficheros. (N. de la T.). <<

[11] Tidal Basin en el original. (N. de la T.). <<